

A UN INSTANTE DE TI



Ricardo Espín Bueno

amazon Books

A un instante de ti

Ricardo Espín Bueno

Copyright © 2019 Ricardo

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, informático, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el expreso consentimiento del editor.

Todos los derechos reservados.

A los que me regalaron la vida

En la mitad del barranco las navajas de Albacete, bellas de sangre contraria, relucen como los peces. Una dura luz de naípe recorta en el agrio verde, caballos enfurecidos y perfiles de jinetes. En la copa de un olivo lloran dos viejas mujeres. El toro de la reyerta se sube por las paredes. Ángeles negros traían pañuelos y agua de nieve. Ángeles con grandes alas de navajas de Albacete...

FEDERICO GARCÍA LORCA
Fragmento del poema Reyerta.

PRÓLOGO

Muchas veces he pensado en los detalles que tiene la vida de un desconocido. De aquellos que vemos por primera vez en la calle, con los que coincidimos en la cola del cine, tomamos el mismo autobús, repostamos juntos en una gasolinera y tantos otros; seguro que son primos, vecinos, compañeros o cuñados de alguien, pero ¿de verdad los conocen? A las personas que creemos conocer les atribuimos una personalidad a veces equivocada. Apenas sabemos cómo se llaman, dónde trabajan o viven, y lo que ellos mismos nos cuentan. Sin embargo, ignoramos los matices; ¿Qué les hace feliz? ¿Qué piensan en soledad? ¿Rezan por las noches antes de acostarse? ¿Qué les inquieta? ¿Cómo actuarían en determinadas circunstancias? ¿Cuáles son sus fantasías o sus recuerdos? Si supiéramos esas respuestas, conoceríamos a esas personas como a nosotros mismos.

Hay otro tipo de personas que nunca hemos visto, incluso algunas ya no existen. Sin embargo, creemos saber todo de ellas. Por ejemplo Cervantes, ¿qué sabemos? Que nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares, que participó en 1571 en la Batalla de Lepanto, que escribió *El Quijote* y poco más. Los más eruditos pueden aportar datos, fechas y anécdotas sobre el célebre personaje. Y eso de una persona que vivió hace más de cuatrocientos años. Otro ejemplo más reciente puede ser Salvador Dalí. De él sabemos que nació en Figueras, que era pintor surrealista, que el amor de su vida fue una mujer llamada Gala y que fue enterrado en el Teatro-Museo de su ciudad natal. Como en el caso de Cervantes posiblemente existirán personas que conocerán de él “casi todo”.

Pero si menciono a Manuel Romano Cortés, sólo unos pocos sabrán a quién me refiero. Aunque aporte que nació el 27 de abril de 1929 en una aldea del norte de la provincia de Albacete, o que fue uno de los “Navajeros” más jóvenes que deambuló por la estación del tren y por las calles de la ciudad, seguirán siendo pocos los que asegurarían haberlo conocido.

Ese hombre era mi padre y yo nunca lo conocí.

Fue una persona como otra cualquiera de las que nos cruzamos en la calle, una persona que pasó por esta vida sin aportar nada extraordinario. Él no inventó nada, no escribió ningún libro, ni hizo algo por lo que mereciera reconocimiento. Sus logros fueron nacer en el seno de una familia humilde, ser un buen hijo, ser amigo de sus amigos, amar a una mujer sobre todas las cosas, y perseguir un sueño.

Yo fui su último hijo. Nací a principios de los sesenta. Década que sería rica en acontecimientos; la revolución del seiscientos, de los hippies, de la guerra de Vietnam, de los Beatles, del primer paseo por la Luna, de la desaparición de la perra gorda... y de la muerte de mi padre.

Cuando mi madre me regaló una navaja y una cruz de plata que pertenecieron a mi progenitor, surgió en mi un irrefrenable deseo saber más de él. Conocí su físico gracias a un viejo álbum de fotos. En esos pequeños instantes —cuando era casi un niño con un cigarro en su mano, con uniforme militar, ataviado de vendedor de navajas, el día de su boda, en una caseta de tiro de la Feria, unas pocas con mis hermanos... — me di cuenta que tras ellos había una vida que desconocía. Empecé entonces la frenética búsqueda de su identidad. No me conformaba con lo poco que sabía de él. Quise conocer al hombre, sus gustos, sus sueños, sus miedos, y por qué no, incluso compartir sus sentimientos.

Entonces comprendí a esas personas que buscan incasablemente a un ser querido del que no

tienen noticias durante años. ¿Qué buscan con eso? ¿Poder ver su cara? ¿Escuchar su voz? ¿Abrazarlo? Sensaciones que para mí serán imposible de percibir. Yo nunca podré escuchar su voz, acariciar su rostro, ni decirle te quiero. Sólo me queda el consuelo de poder visitar su tumba de vez en cuando, besar la fría lápida y hablarle aún a sabiendas de que él no me escucha.

Durante años estuve interrogando a las personas que lo conocieron; a las que lo amaron, a las que lo apreciaron, y a las que lo odiaron. Leí cartas rebosantes de romanticismo, escuché historias que parecían extraídas de una novela, visité los mismos escenarios en los que sufrió y gozó... y todo el que me habló de él me aportó algo extraordinario. Con esos retazos de su vida, fui forjando los rasgos de su carácter, sus gustos, sus anhelos... Llené folios y folios, y conforme los escribía, empecé a conocer al ignoto que fue ese hombre.

Lo que van a leer a continuación, no es una biografía ni una novela en la que hay que descubrir un misterio. Es tan solo la historia de un hombre corriente que le tocó subsistir en una de las peores épocas de este país llamado España.

Capítulo 1

El día 27 de abril de 1929, mientras el trigo empezaba a cambiar de color y en las vides de los campos manchegos brotaban las primeras flores, se escuchó el llanto de un niño rollizo que vino a este mundo cuando sus padres, Indalecio y Alfonsa, ya creían que no tendrían más descendencia. Ambos coincidieron en llamarle Manuel.

El pequeño Manuel era el menor de cinco hermanos. Lucas era el mayor de doce años, seguido de Juan de diez, la única hermana Gregoria de siete y por último Anastasio de cinco. Nació en una aldea llamada “Las Bichas”. Dicha aldea estaba situada al norte de la provincia de Albacete. Sus terrenos de cultivo lindaban al norte y al este con los de la aldea Torreparada, que se repartían entre las provincias de Albacete y Cuenca. Al oeste lindaban con la propiedad de Casa Aguilar — la hacienda más rica del contorno—, y al sur con varias propiedades más pequeñas.

Los señoritos o “los amos” de Las Bichas, residían en la capital y confiaban a Indalecio el gobierno de sus tierras. Los cultivos eran principalmente vides, más unas tablas de trigo, algunos olivos y unos pocos frutales. Dentro de la aldea también se cuidaba algún animal; tres mulos para el trabajo del campo, unas cuantas gallinas y conejos, un par de cerdos, varios perros y un número indeterminado de gatos. Aparte de las chinches, pulgas o piojos que en aquel tiempo eran abundantes.

El trabajo era cultivar y recoger la vid, bregando con la tarea que acarreaban los pequeños trigales, los olivos y los árboles frutales. La uva recogida durante la vendimia, era cargada en carros y trasladada a los pueblos cercanos para la elaboración de vino. Esa era la época del año que más gustaba a los aldeanos. El sonido del traqueteo de los carros, las charlas con los vecinos, compartir la bota de vino en las lindes, la Feria en la capital...

En la aldea, Indalecio, su esposa y sus hijos, se encargaban de casi todo, excepto en los trabajos más penosos en los que necesitaban ayuda de jornaleros. Elaboraban su propio aceite, el pan, el jabón, recolectaban la uva, cargaban en sus espaldas los canastos, llenaban el carro... y cada cosecha, con el consentimiento del amo, se quedaban con lo necesario para producir unas arrobas de vino, para su consumo, para vender o hacer trueque por otros productos de los que carecían. Luego unos pequeños huertos aportaban lo básico para la supervivencia.

Las Bichas era un recinto amurallado de altas paredes blanqueadas con cal, de unos tres mil metros cuadrados. Al interior se accedía por el vano que dejaban dos desvencijados portones de madera que siempre estaban abiertos. Flanqueando la entrada se erguían dos palomares en forma de torreones, que le conferían un aire de fortaleza y entre ellos, había un arco forjado donde otrora indicaba el nombre de la aldea. En ese tiempo sólo quedaban las letras: L, B y S.

La familia ocupaba la casona; un edificio de dos plantas, con diez o doce habitáculos, que hacían las veces de dormitorio, de almacén o despensa. También disponía de una cocina independiente y una estancia que se empleaba como comedor, donde los Romano se reunían a comer, la utilizaban para descansar o simplemente conversar al calor de la lumbre.

Flanqueando la casona se hallaban el corral y un edificio que albergaba la almazara, un pequeño molino y todo lo necesario para la elaboración del vino y el aceite. Luego estaban los establos, el granero y un apartado donde se guardaban los aperos de labranza, el carro... y todo el conjunto formaba un patio cuadrado, donde correteaban las gallinas o dormitaban los perros. Allí, al lado del pozo, frente a la entrada, había un pequeño banco de madera; el lugar preferido de Indalecio.

En la aldea se molía el trigo y la aceituna artesanalmente, se hacía el pan en un pequeño horno, el pozo suministraba el agua, y carecían de luz eléctrica. Todos los años mataban un cerdo y luego elaboraban chorizos y morcillas. Disfrutaban del tradicional “ajo de *mataero*”, y con los lomos oreados llenaban las orzas. Casi todo lo que necesitaban para su sustento lo tenían allí mismo. Lo cultivaban y criaban o lo conseguían por medio del trueque en otras aldeas de la zona.

Indalecio era un hombre fuerte y aguerrido. No en vano paso varios años en África sobreviviendo a constantes ataques en una guarnición en medio de ninguna parte, en la que sirvió a su patria. Las penurias que allí pasó, le bastaron para pensar que ninguna guerra valía la pena y que no había nada digno en matar a un semejante. Siempre tenía algo que hacer. Después de las tareas del campo, le sobraba tiempo para dedicarse al artesanal trabajo de hacer cestos, sillas, aparejos para las caballerías o aperos de labranza, que malvendía para ganarse unas perras. Y entre sus obligaciones, estaba la de acompañar y asegurarse que los zurrones de los amigotes señoritos del amo, al acabar una jornada de caza estuvieran llenos de piezas.

Alfonsa, su esposa, era la eterna trabajadora. No descansaba ni de recién parida. Su principal cometido era el de tener siempre a punto el rancho para la prole. Esa labor la compartía con las faenas del campo, cuidar de los animales, lavar la ropa y la interminable tarea de remendar una y otra vez la desgastada vestimenta de los miembros de la familia. Desde que nació Manuel, su cuidado se añadió a sus numerosas obligaciones.

Los primeros años de Manuel fueron como los de cualquier niño del campo. Toda la familia estaba pendiente de él, incluso los perros custodiaban su sueño cuando Alfonsa lo dejaba en el capazo de mimbre hecho por su esposo y se dedicaba a otros asuntos. Sus hermanos —cuando no los necesitaba su padre—, compartían con él juegos y sus juguetes eran los que Indalecio le fabricaba con sus propias manos.

Cada atardecer, la familia reunida frente al hogar alimentado con sarmientos, escuchaban entre el crepitar de la lumbre las mismas historias que Indalecio narraba de sus andanzas por África. Como peleó contra los moros, como defendieron un fortín en medio del desierto, como vio morir a sus compañeros... y luego, acababa relatando la historia de un tío suyo, que se echó al monte y asaltaba a los viajeros, hasta que fue abatido por la Guardia Civil. Ninguno se cansaba de escucharlo, porque cada día lo hacía de manera diferente.

Los propietarios de la aldea la visitaban dos o tres veces al año. En esas visitas Indalecio les informaba como había ido la vendimia; si los olivos habían sido productivos, si se había muerto algún animal y todo lo relacionado con la hacienda. Recibía unas pocas pesetas, que Alfonsa se encargaba de suministrar y algunas palmaditas en la espalda.

En aquel tiempo, alguno de los dueños de las aldeas se creían los amos de todo. No sólo de las tierras o de las casas, sino que tenían el derecho de propiedad de las personas que trabajaban para ellos. Bendecían los matrimonios entre los aldeanos o autorizaban si uno de ellos debía abandonar sus propiedades para trabajar en la capital. Afortunadamente, don Justo el dueño de Las Bichas, no era de esa clase.

Las noticias de lo que pasaba en el resto de España, a menudo llegaban tarde a la aldea. Siempre era algún aldeano o un viajero el que las transmitía, después de escucharlas en las tabernas de la capital, en las posadas o ventas del camino. Así fue como llegó a Las Bichas la intentona golpista del General Sanjurjo, dos años más tarde la insurrección huelguista en la localidad gaditana de Casa Viejas, donde la Guardia Civil y la Guardia de Asalto, sofocaron la revuelta a tiros, incendiando una choza donde se habían refugiado los insurrectos y más tarde, arrestando, torturando y ejecutando a participantes y sospechosos. No corrían buenos tiempos para

España. Unos meses más tarde los disturbios se propagaron por todo el país. Se proclamó el Estado Federal Catalán, provocando la proclamación de guerra y la intervención del ejército. En Asturias, se proclama la República Socialista Asturiana y los mineros se armaron y organizaron para atacar los puestos de la Guardia Civil, las iglesias, los ayuntamientos... consiguiendo hacerse con la mayor parte de la provincia. El Gobierno adoptó medidas enérgicas y acontecieron violentos combates. Las tropas moras y de la Legión, apoyadas por la aviación sofocaron la revuelta, asolando Oviedo y gran parte de la provincia.

Pero esas noticias que parecían lejanas, afectaron a la provincia de Albacete. Allí también ocurrieron alborotos y levantamientos. Unos cuantos exaltados quemaron iglesias, masacraron a monjas y curas, y algunos terratenientes fueron ajusticiados. Estos acontecimientos provocaron al Gobernador Militar a declarar el estado de guerra. Eso era un mal presagio para Indalecio y otros aldeanos.

Después de dos años de tensa calma, en el verano de 1936 llegaron a la aldea unos hombres uniformados y otros de paisano. Su misión era reclutar entre los aldeanos a todo el que estuviera en edad de ingresar en el ejército republicano, para defender a España de una rebelión que había comenzado en África. Los paisanos que acompañaban a los militares auguraron que pronto acabaría el poder que ejercían los amos sobre las personas y que las tierras pasarían a ser propiedad de quien las trabajase.

Lucas, el hijo mayor de Indalecio, ya estaba en edad de incorporarse a filas y con el dolor de su madre y la obligada complacencia de su padre, abandonó la aldea sin saber para qué y por qué. El pequeño Manuel que contaba entonces con siete años, no comprendía los llantos de sus hermanos y de su madre cuando lo vieron subir a un camión.

Ninguna guerra vale la vida de uno de los míos —musitó Indalecio.

—El camión que transportaba a los jóvenes de la comarca, se alejó dejando tras de sí una estela de polvo y, de algún modo, a toda la familia se le rompió el corazón. Hubieron que pasar algunos meses, para que Indalecio supiera por Silvio el del Colmao, un viejo amigo de la localidad de Quintanar de la República, que a sus hijos los habían destinado al tercer Regimiento de Caballería. Ambos deseaban que esa maldita guerra acabase pronto y que regresaran indemnes.

Sin embargo, las noticias que llegaban no eran muy alentadoras. De pronto, la comarca se transformó. En Albacete se estableció la sede del Ejército Voluntario de la República, el centro de organización de sus Fuerzas Aéreas, y la base de organización y entrenamiento de Las Brigadas Internacionales. En octubre de ese mismo año, empezaron a llegar a la capital los primeros brigadistas. Ciudadanos de varios puntos del planeta que dejaron sus países y sus familias, con la intención de ayudar al pueblo español a luchar contra el fascismo. En poco tiempo la ciudad de Albacete albergó a miles de voluntarios, provocando problemas de alojamiento y suministro. Se expropiaron edificios y almacenes, pero fueron insuficientes y algunos carecían de lo básico, así que se optó por distribuirlos por algunos pueblos de la provincia.

En las cercanías de Las Bichas, en la población de Tarazona de la Mancha, ubicaron al 8º Batallón de la XIII Brigada para adiestrarse para la batalla. Esta circunstancia hizo que cientos de ciudadanos extranjeros, en su mayoría eslavos, superpoblarán aquellas tierras y alterasen la monotonía de los lugareños. Para esos ciudadanos, los brigadistas eran unos valientes. Mujeres y hombres que en su mayoría nunca habían empuñado un arma, estaban dispuestos a entregar sus vidas por un país que no era el suyo.

Los aldeanos y habitantes de los pueblos cercanos se fotografiaban con ellos y guardaban como si fuera un tesoro, los coloridos carteles con consignas republicanas, que se pegaban por paredes y muros. Todos colaboraron con su granito de arena. El horno de Las Bichas, funcionó sin descanso haciendo pan. Indalecio aportó lo que pudo; algunos animales, aceite, un par de toneles de vino, y su casa siempre estaba abierta para quien necesitase un plato de comida caliente.

Un sin fin de historias surgieron; amor, amistad... y sobre todo gratitud, respeto y admiración.

El pequeño Manuel no se despegaba de su padre. Dejó de serle ajeno lo que sucedía y aún sin comprenderlo, fue consciente de que en algún lugar, personas que no se conocían y que posiblemente no tenían nada en contra se estaban matando. Los brigadistas jugaban con él y en alguna ocasión le obsequiaron dulces que no sabía que existían.

Recién estrenado el año 1937, apareció por la comarca un hombre de pelo cano con un petate y unos libros atados con una cuerda. Se llamaba Antonio y era un maestro que ya no estaba para batallas. Su intención era la de enseñar a todo el que quisiera. Sin embargo, su presencia, al principio provocó suspicacias. Algunos insinuaban que era un informador de uno de los bandos de la contienda. Nadie le quería alojar, evitaban hablar con él o bajaban la cabeza cuando se lo cruzaban en la calle. Al final, después de pasar algunas noches al raso y mendigar un plato de comida, ocupó un cobertizo abandonado. Pero cuando fue de puerta en puerta y de aldea en aldea, unos pocos confiaron en él y le permitieron que instruyera a sus hijos varones. Uno de ellos fue Indalecio. Así fue como don Antonio con unos pocos niños, casi todos aldeanos, ejerció su mal pagada profesión de maestro. Como pago recibía alguna gallina o algún fruto escaso en tiempos de guerra.

Cuando empezó la guerra y cerraron las escuelas, el atípico maestro se propuso seguir enseñando a quienes más adelante serían los hombres y mujeres de España. Las clases las impartía en cualquier sitio; en los pueblos, en el campo o en los patios de las aldeas. A sus alumnos les enseñó los números y las letras, pintándolos en una pared blanca con un trozo de madera quemada. Los chicos hicieron sus primeros pasos con la escritura, manejando una vara, escribiendo en la arena. Hasta que un alma caritativa le dotó de lapiceros y papel. Manuel era uno de sus alumnos más aplicados y con el tiempo le cogió cariño. Con los pocos libros que disponía, les explicaba otras guerras sucedidas en España. Para él todas injustas. Su tema preferido era la libertad y su sueño, que algún día pudiesen vivir hombres y mujeres sin temor. Su manera de enseñar, no fue bien vista para alguno de los padres y sus hijos dejaron de acudir a las clases. Sin embargo, Indalecio compartía con él muchos de sus anhelos. Ambos mantenían largas conversaciones, que el resto de la familia no llegaba a comprender y que en cierto modo les atemorizaban. Pero todos conocían a Indalecio y su manera de pensar. Era un hombre impetuoso y nunca dejaba a nadie en la estacada. Sin embargo, en ese tiempo había algo que le inquietaba; que su hijo Lucas estaba en la guerra.

Capítulo 2

En 1938, Lucas perdió la vida en la batalla del Ebro. Fue Aniceto, el hijo de Silvio el del Colmao, quien relató ese cruento enfrentamiento en el que más de doscientos mil soldados de ambos bandos mantuvieron encarnizados combates, dejando tras de sí miles de muertos y heridos. Aniceto, que regresó sin una pierna, contó que Lucas fue abatido al cruzar el río y que su cuerpo quedó junto a otros tiñendo las aguas del Ebro de color rojo.

La desdicha embargó a la familia Romano. Nunca les entregaron el cuerpo de Lucas. Al no tener cadáver, Alfonsa no admitió que su hijo hubiera muerto. A todo el que pasaba por Las Bichas —soldados, desertores o viajeros—, les preguntaba por su hijo. Esa ausencia produjo en ella una profunda tristeza. Su cordura fue deteriorándose hasta perder la cabeza. Incluso el pequeño Manuel intentaba hacerla entrar en razón.

—Madre, Lucas no va a volver. Lo han *matao* en la guerra.

—¡Mentira! Mi hijo vive y pronto vendrá a mi lado.

Después de acabar la contienda los jóvenes huían de ella. Alfonsa salía a los caminos y creía que todos eran su hijo Lucas. Les perseguía y les gritaba: «*Mal hijo, vuelve con tu madre*». Pronto empezaron a llamarla “Alfonsa la loca”. Afortunadamente para los Romano, Juan se libró de ir a la guerra. Con la confusión que reinaba, algunos jóvenes se vieron beneficiados y a pesar de tener edad suficiente, nunca fueron llamados a filas.

Unos días antes de que Manuel cumpliera los diez años, se hizo público el último parte de guerra. El ejército Nacional había vencido.

—«En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército Rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado» —leyó don Antonio a sus alumnos y añadió: —recordad esto, porque las heridas tardarán lustros en curarse.

Entonces Manuel no supo a que se refería. Los supervivientes de la tremenda e injusta guerra regresaron a sus pueblos y aldeas. Unos como vencedores y otros como vencidos. Cuando acabó el conflicto, no supuso el fin de la violencia. El bando triunfante no estaba dispuesto a perdonar los crímenes, que según ellos, había cometido el bando perdedor ni a iniciar un proceso conciliador. Se impusieron los valores del nuevo sistema político en el que no cabía la oposición; un estado monolítico, una sola ideología, una patria, una lengua. Eso supuso un retorno al pasado; Iglesia, oligarquía, y terratenientes. Se produjo el exilio de miles de españoles al extranjero. Se ejerció una tremenda represión sobre los vencidos con multas, destierros de familias enteras a las que se despojaba de toda propiedad, condenas a trabajos forzados como la construcción de pantanos, vías de ferrocarril... o el monumento del Valle de los Caídos. Otros a consecuencia de formar parte de “las listas negras” de sospechosos izquierdistas o los señalamientos de rojos que realizaban los curas de los pueblos, padecieron encarcelamiento y fusilamientos en las cunetas de las carreteras o al lado de las paredes de los cementerios. La provincia de Albacete, fue una de las más castigadas en los primeros años de la posguerra.

Con esas heridas abiertas, las tierras empezaron de nuevo a cultivarse, los ganados a reunirse y los amos a seguir mandando en sus posesiones. A pesar de la sangre derramada, nada había cambiado. Las promesas de que a los humildes les darían las tierras, se desvanecieron como los que lucharon por ellas. Alguno de los que combatieron en el bando perdedor y no admitieron la derrota buscó refugio en la serranía de Jaén. Otros en unos montes cercanos a la aldea Las Bichas,

en la provincia de Cuenca. Indalecio exponía su vida dándoles refugio y alimentos. Las constantes batidas de la Guardia Civil en la comarca, provocó que muchos perdieran la vida y que los supervivientes, huyeran hacia el interior de la provincia de Cuenca y hacia la provincia de Teruel. Aun así, los guerrilleros seguían acudiendo a Las Bichas para recibir la ayuda de Indalecio.

Poco a poco las cosas se apaciguaron y en las aldeas, pueblos y ciudades, se retomaron los rutinarios quehaceres. El tendero a su tienda, el pastor volvió a su ganado, el herrero a su fogón, el agricultor a sus campos... y los amos a seguir acumulando dinero. Sin embargo, había muchos conflictos y rencillas personales, que continuaron después de la guerra. Los Romano, mantenían desde hacía décadas una disputa con los Molina, la familia que residía en la aldea Torreparada. Los patriarcas Indalecio y Nemesio, eran primos, vecinos y enemigos. Todo empezó con ellos cuando estaban en edad de rondar a las mozas. Hasta que Alfonsa, la esposa del primero se cruzó en su camino, eran buenos amigos, trabajaban codo con codo, visitaban los pueblos cercanos para beberse unos chatos en las tabernas y no se perdían ninguna fiesta de la Comarca.

A Alfonsa, la hija de un jornalero recién llegado de Extremadura, la conocieron durante una romería en la población de Tarazona. Los dos la pretendieron y entablaron una pelea de machos por ver quien la conseguía. Ella eligió a Indalecio y Nemesio no aceptó la derrota. Desde ese momento perdieron su amistad y sus enfrentamientos eran constantes. Ambos defendían sus motivos. Indalecio no olvidaba que cuando se ausentó para guerrear en África, Nemesio, que no se alistó por padecer una ligera cojera a consecuencia de un accidente que sufrió cuando era un niño, aprovechó esa ausencia para conquistar a Alfonsa, empleando los argumentos más viles. Se inventó un parte donde informaba de la muerte en combate de su primo. Pero Alfonsa no le creyó y se mantuvo firme en la promesa que le hizo a Indalecio el día de su partida. Cuatro años más tarde, cuando regresó, contrajeron matrimonio.

Los terrenos de cultivo de Las Bichas y Torreparada eran lindantes con una invisible línea imaginaria que dividía las dos propiedades. Eso motivaba constantes pugnas. Sobre todo en el tiempo de vendimia, en el que unos y otros se disputaban el fruto de las cepas que se encontraban a un lado u otro de la invisible linde. En ocasiones, esos desafíos, habían acabado en verdaderas batallas cámpales, donde más de una vez habían intervenido las navajas.

Indalecio, cansado de esa guerra sin fin, había intentado terminar con sus desavenencias de modo pacífico, pero Nemesio albergaba un odio obsesivo y no estaba por la labor.

La familia Molina era temida en la zona. Tenían una más que merecida fama de bebedores y pendencieros. En Torreparada vivían Nemesio, su esposa y sus siete hijos; cinco varones y dos mujeres. Alguno de ellos había visitado el calabozo. Incluso el cabeza de familia, pasó por ese trance al inicio de la Guerra. Fue arrestado por los milicianos, por hacer comentarios afines a los rebeldes en una taberna. El Comité Local le salvó milagrosamente de la ejecución.

Para evitar males mayores, los Romano y los Molina, procuraban no coincidir. Los primeros se abastecían en Tarazona y los otros en Quintanar, pero era inevitable que se vieran durante la vendimia o en algunas de las fiestas de la zona.

Manuel era ajeno a esos conflictos. No conocía a esa parte de la familia y debido a su corta edad, no había intervenido en ningún enfrentamiento. Ni su padre ni sus hermanos, habían comentado algo al respecto en su presencia, pero en toda la comarca eran de sobra conocidas las diferencias ente Indalecio y Nemesio. Fue en el año 1941, durante una de las clases de don Antonio, cuando otro niño le soltó:

—Tu padre es un cobarde. Cuando ve a los de Torreparada, se esconde.

Ese insulto no podía terminar de otro modo que no fuera a mamporros. Don Antonio tuvo que

intervenir y reprenderlos.

—Compruebo que no habéis aprendido nada de lo que os he enseñado —les dijo agarrándoles de las orejas—. La violencia engendra violencia. Los puños nunca deben anteponerse a las palabras.

Ese sería un día que Manuel no olvidaría. Y no por la reprimenda de don Antonio, sino porque unos días antes, el maestro les había informado de que unos miles de soldados voluntarios —refiriéndose a la División Azul—, iban a participar a miles de kilómetros de España, en otra injusta guerra. Enfatizó la parte en la que mencionó que Franco, el jefe de Estado, así saldaba la deuda que contrajo con Alemania, cuando Hitler le prestó a sus asesinos de la División Cándor, en la pasada guerra española. Comentario que fue transmitido por los alumnos a sus padres y que a su vez fue comentado en la taberna.

Al día siguiente irrumpieron en la escuela dos Guardias civiles. Sin mediar palabra, a empujones, arrastraron al maestro al exterior. Manuel y los otros chicos contemplaron con asombro, como lo subían a la parte trasera de un camión y lo inmovilizaban junto a otros hombres. Entonces ignoraban que esa sería la última vez que verían a don Antonio.

Cuando Manuel, con los ojos vidriosos, se lo contó a su padre, escuchó algo que nunca hubiese deseado escuchar y que le aportó madurez.

—Manuel, ya no eres un niño y no tengo por qué engañarte. A estas alturas, el maestro habrá sido *ejecutao* y su cuerpo *enterrao* en alguna cuneta.

—¿Pero por qué? No ha hecho nada malo.

Indalecio rodeó con el brazo a su hijo.

—Te equivocas. Para algunos decir lo que siente y no rezar con determinadas ideas, es un delito.

Manuel no comprendió a su padre, pero el recuerdo de don Antonio quedó grabado en su memoria.

Afortunadamente para los Romano, ese año no salió nadie de Las Bichas para vestir uniforme militar. Pero la desdicha les rondaba. El deterioro en Alfonsa era progresivo. No la dejaban sola por temor a que cometiera una locura. Sus ganas de vivir habían desaparecido y los intentos de la familia para que afrontase la pérdida de Lucas fueron en vano. Un día, Manuel la estaba ayudando a fabricar jabón, se encontraba removiendo la mezcla de agua, aceite, sosa y manteca de cerdo, cuando Alfonsa tuvo un desvanecimiento. La mujer se tambaleó y cayó de espaldas en el suelo del patio. Manuel dejó cuanto estaba haciendo y se apresuró en socorrerla.

—Madre, ¿qué le pasa?

Pero sus labios estaban sellados, sus ojos apagados y su cuerpo inerte.

—¡Padre! ¡Gregoria! ¡Juan!

El primero en acudir fue Juan, pero ya nada había que hacer. Cuando llegó el resto, se enfrentaron al peor momento que había vivido la familia.

La repentina muerte de Alfonsa les produjo una tremenda tristeza. Pero el más afectado era Manuel, que en poco tiempo había perdido a don Antonio y a su madre. A Indalecio le quedaba un duro trabajo; llevar la aldea y cuidar de sus cuatro hijos. A Gregoria no le quedó más remedio que adoptar el papel madre, asumiendo así además de su trabajo en el campo, las duras tareas del hogar; remendar, cocinar, tener siempre el rancho preparado... Pero Alfonsa había instruido bien a su hija. Nadie en la aldea detectó diferencia alguna en los gazpachos, las migas o los guisos de caza que ella preparaba. Aparte era mejor costurera de lo que fue su madre. Con un par de trapos

se hacía un vestido y se atrevía a coser algún chaleco, pantalón, casaca o fajín.

Después de la muerte de su madre, Manuel empezó a realizar más trabajos en la aldea y los campos. No le gustaba demasiado, pero era consciente de que su ayuda era necesaria para seguir manteniendo la hacienda. Aprendió el manejo de la guadaña y las tijeras de vendimiar, a labrar con las mulas, a podar, a pasar el trillo en la era... Aunque lo que de verdad deseaba, era que su padre le dejara disparar con la escopeta. En sus escasas fantasías se veía de bandolero, como el tío de su padre.

—Ya tendrás tiempo de disparar cuando cumplas el servicio —le repetía Indalecio.

Manuel siempre que tenía oportunidad, se escapaba detrás de alguna bandada de perdices o seguía algún conejo. Sus escondites y madrigueras no eran ningún secreto para él. A menudo, al regresar a la aldea traía un par de piezas capturadas con sus manos, que acababan en el puchero para acompañar al arroz de los domingos. Estos conocimientos le condujeron a ser el guía oficial del amo y las personas que él autorizaba a cazar en sus tierras. Los cazadores se sentían satisfechos con las habilidades del chaval y tras cada partida, le daban como recompensa alguna moneda, que aportaba a la economía familiar.

Una tarde, al finalizar la jornada de caza, los cazadores quisieron hacerse unas fotografías junto a la pared blanca del muro, con las piezas expuestas entre ellos. Uno de los hombres preparó la escena. Cazadores, piezas, perros y el joven guía, se prepararon para que ese instante quedara inmortalizado. Manuel sintió fascinación por aquel artilugio y como no tenía ninguna fotografía, le pidió al que llevaba la cámara que si le podía hacer una para colgarla en su casa.

—¡Claro chaval! Colócate junto a la pared.

Manuel le obedeció, pero no sabía que postura adoptar, provocando las risas de los cazadores. Uno de ellos se acercó a él, le colocó un cigarrillo entre los dedos y le pidió que hiciera ademán de fumar.

El hombre apretó el botón y en ese momento, Indalecio salió al exterior y vio a su hijo con el cigarrillo. Sin mediar palabra le soltó un bofetón y Manuel huyó como alma que lleva el diablo.

—Indalecio, no se lo tome así. El chico no tiene la culpa, he sido yo el que le ha colocado el cigarro —salió en defensa de Manuel el de la cámara.

Indalecio lo atravesó con la mirada.

—Quizá para ustedes esto sea motivo de guasa —replicó—. Pero aquí no gustan esa clase de bromas.

Indalecio regresó al interior y fue a buscar a su hijo.

—Siento haberte *pegao*, pero que te sirva de lección —le dijo a modo de excusa.

Esa fue la primera y la última vez que Indalecio pegó a su hijo.

Capítulo 3

Después de un parón durante la guerra y los años posteriores, en 1943 mientras en España se establecía la mayoría de edad a los veintiún años y el gobierno de Franco decidía ser neutral en la II Guerra mundial, algunas fiestas de la Comarca volvieron a celebrarse. Una de las más populares, junto a los carnavales, era la Fiesta de la Vendimia, que se celebraba en Casa Aguilar.

El señor Edelmiro Aguilar era el más rico de la comarca; católico y un ferviente colaborador del Régimen que se había impuesto tras la guerra. Cada año después la vendimia, pese a la prohibición de asociación y reunión, agasajaba con una fiesta a los aldeanos, jornaleros y habitantes de las poblaciones cercanas. Ese evento, aparte del disfrute, servía para cerrar tratos, para reconciliarse y en alguna ocasión de allí había salido un compromiso de matrimonio. Pero había alguna que otra prohibición. No se podía hablar de política, blasfemar o llevar armas. Esto último era para evitar que en las peleas, si las había, nadie fuera dañado. Y para que se cumplieran las normas, el señorito apostaba a varios de sus trabajadores —con la escopeta colgada al hombro—, entre los asistentes. Sin embargo, nadie era registrado y la mayoría de los varones llevaba su navaja.

Manuel ya había cumplido los catorce años y estaba deseando acudir a la fiesta de la que todo el mundo hablaba. Mientras duró la recolección de la uva, había escuchado todo tipo de historias y experiencias que habían vivido los jornaleros. Eso provocó que la noche anterior a la celebración, no pegara ojo. No cesó de dar vueltas en la cama, hasta que escuchó el chirriar de la puerta de la casa. Sin que nadie lo advirtiera, salió a hurtadillas de la habitación y vislumbró a través de una ventana a su padre dirigirse al establo con un candil en una mano y un saco en la otra. Intrigado, esperó protegido por la oscuridad. Unos minutos más tarde, vio a su padre y a dos individuos escurrirse hasta la entrada principal y allí, se dieron un fuerte abrazo. Luego escuchó el trote de unos caballos.

Manuel sabía muy bien quienes eran esos hombres, ya los había visto en otras ocasiones. Maquis les llamaban. También sabía que esas reuniones, podrían acarrear problemas a la familia, pero confiaba en su padre.

Cuando Indalecio regresó a la casa, se encontró con su hijo.

—¿Qué haces despierto? —inquirió dirigiendo la mirada hacia la entrada de la aldea.

—No puedo dormir.

—Anda, vuelve a la cama.

Sin añadir nada más, Manuel regresó a su dormitorio. Le exasperaba que su padre no compartiera con él ciertas cosas, sobre todo porque una noche vio que le acompañaba su hermano Juan. Pensó que era todavía joven o que su padre lo hacía para protegerle, en caso de que lo descubrieran.

Enredado en esos pensamientos pasó la noche y esa mañana fue el primero en dejar la habitación. Poco a poco se fue despertando el resto de la familia y después de tomar un buen desayuno, se ocuparon de los quehaceres. Luego Gregoria preparó a su padre y a sus hermanos la ropa limpia y planchada que vestirían ese día. Ella se retocó un vestido y a todos les pareció que iba de estreno.

Al mediodía, el carro tirado por dos mulas y con los Romano acomodados, se dirigía a Casa Aguilar. Cada uno y, por motivos diferentes, deseaba acudir a la Fiesta de la Vendimia. Juan, porque allí vería a Consuelo, la hija del herrero con la que mantenía un noviazgo bien visto por

sus familias. El reservado Anastasio, por salir de la rutina, ya que era parco en palabras y le costaba relacionarse. Gregoria, por si le salía novio. A pesar de ser una de las mujeres más atractivas de la zona y que pretendientes no le faltaban, no le gustaba ninguno de la zona. De todos modos, su padre y sus hermanos Juan y Anastasio, no se lo ponían fácil. La protegían en exceso de todo el que se acercaba a ella, argumentando que sólo pretendían de ella algún revolcón en un ribazo. Y por último Manuel, que era la primera vez que acudía.

Indalecio no perdía la esperanza de que los conflictos que mantenía con su primo Nemesio Molina y con los hijos de este, se acabasen de una vez por todas, ya que ese día en Casa Aguilar, estarían las dos familias.

Al llegar, antes de entrar, Indalecio advirtió a sus hijos.

—Hemos venido a divertirnos. No quiero problemas.

Todos asintieron.

Al franquear la entrada, a Manuel se le abrió un mundo diferente. Casa Aguilar, estaba engalanada con guirnaldas y colgantes de colores. Una gran balconada con cortaluces de madera tallada de cuarterones, recorría tres partes del cuadrado que albergaba el patio. Todo el suelo estaba enladrillado y unas cuantas tinajas y viejos aperos de labranza servían de adorno. En el centro del patio, había unos tablones apoyados en unos trípodes, que formaban una mesa en forma de T, dispuesta para más de doscientos comensales. A un lado del patio se hallaba la zona de juegos para los más pequeños, al otro la de los mayores. Y al fondo, un entablado en un plano superior, donde estaba el lugar reservado a la familia Aguilar y sus invitados. Cada año, el anfitrión invitaba a su mesa a unos cuantos elegidos de entre los aldeanos y jornaleros. Ese era un privilegio del que podían disfrutar muy pocas personas.

Algunos de los jóvenes y adultos ya estaban inmersos en derribar los bolos o en introducir la chapa por la boca de la rana. Manuel miró a su padre y al lugar donde unos chavales estaban rodeando a otro que con los ojos vendados intentaba romper con un palo una piñata. Con un ademán Indalecio autorizó a su hijo y Manuel se unió al grupo de chavales.

Ese día sería inolvidable para él. Jugó al pañuelo, a la gallinita ciega, compitió en una carrera de sacos donde quedó el primero y fue el mejor con la peonza y las canicas. Su hermano mayor se acercó a Consuelo y conversó con ella, bajo la atenta mirada de su madre. Indalecio, Anastasio y Gregoria, deambularon de un lado a otro, conversaron con los conocidos, saludaron a unos cuantos y mantuvieron la distancia con los de Torreperda.

Esa fiesta era un buen motivo para olvidar el trabajo y alternar con otras personas de una manera distendida. Allí sobraba la comida y el vino, que algunos bebían sin control. Los más atrevidos rondaban a las mozas, arriesgándose a recibir una reprimenda. Y todo era controlado por unos cuantos hombres escopeta en ristre.

Al sonido de una campana las familias se unieron y ocuparon sus lugares alrededor de la mesa. El señorito Aguilar, su esposa, su hija —una joven malcriada que pasaba el tiempo montando a caballo— y sus acompañantes, desde su posición contemplaban a la chusma como si fuera un espectáculo. Sus criados se encargaban de servir el gazpacho con caza y la carne asada, regados con vino de la casa, que para el gusto de Indalecio era algo flojo. Esa era una de las pocas ocasiones en que los aldeanos eran servidos y no al contrario.

El ruido era ensordecedor. Los niños jugueteaban con los alimentos, los mayores hablaban con la boca llena, otros saboreaban el vino y algunas mujeres, se escondían comida bajo el vestido. Pese a la prohibición, unos cuantos conversaban sobre la guerra que azotaba a Europa. Algunos apostaban por Hitler y otros rezaban para que España no se viera salpicada. Indalecio evitaba el

tema.

En un momento, Juan hizo un ademán a su hermano pequeño señalando a la mesa de la familia Aguilar. Manuel dirigió hacia allí la mirada y divisó a la pequeña Amelia, la hija del matrimonio Aguilar, saludándole con una espléndida sonrisa en el rostro.

—Creo que le gustas —añadió Juan asestándole un cariñoso codazo.

—No digas insensateces —replicó Indalecio dejando el tema zanjado.

Sin embargo, no pudo evitar que su hijo menor le dedicara a la niña miradas furtivas.

Cuando hubo acabado el ágape y tras unas palabras del anfitrión seguidas de sonoros aplausos, cuatro hombres dispuestos con una guitarra, una bandurria, un tambor y un acordeón, se situaron en el entablado y comenzó el baile. Los más atrevidos se marcaron un baile en el espacio que quedaba entre las mesas y el entarimado. Algo más tarde se animó el resto.

Manuel deambuló de un lado a otro, sin saber muy bien qué hacer. Observaba a los mayores y a los más pequeños como danzaban y se lo pasaban en grande. Pero él no había bailado nunca y le daba vergüenza. Así que se limitó a mirar.

Al cabo de un rato se fijó en una chica de su edad que estaba sentada en un banco. Por la expresión de su cara, se podría decir que se estaba aburriendo. Paso algunos minutos observando su vestido blanco, su pelo rizado, sus zapatos... y en un momento sus miradas se cruzaron. Manuel, sintió algo en el estómago.

Después de unas cuantas miradas, se acercó y se sentó a su lado.

—¡Hola! —la saludó.

—¡Hola!

—Me llamo Manuel, ¿y tú?

—Felisa.

—No te he visto antes en los juegos, ¿no te gustan?

—Mi padre no me deja.

—¿Por qué?

Felisa se encogió de hombros.

Hubo largos silencios y miradas esquivas, pero Manuel insistió.

—¿Has venido antes a la Fiesta de la Vendimia?

—Con esta, dos veces, pero me aburro mucho.

—Yo es la primera vez que vengo. ¿Ves aquel que baila con esa chica tan guapa? —le señaló a Juan y a su novia—. Es mi hermano.

—Parece que se divierten. Son mayores... —dijo con algo de tristeza.

—Nosotros también lo seremos algún día y entonces bailaremos —le espetó Manuel.

—¿Tú y yo?

—¡Claro!

—¿Cómo sabes lo que haremos cuando seamos mayores?

—...Porque lo sé.

En el rostro de la niña se dibujó una sonrisa.

—¿Y si mi padre no quiere?

Manuel no supo que responder y cambió de tema.

—Antes he *ganao* en la carrera de sacos.

—Ese es un juego de niños.

De nuevo abundaron los silencios.

De entre la gente, surgió Gregoria y cuando vio a su hermano con la niña, se le arrugó el

rostro.

—Manuel, ven aquí inmediatamente —reclamó.

Él la miró sin comprender la premura ni el tono de su hermana.

—Me tengo que ir —le dijo.

—¿Tan pronto?

En ese momento, Manuel obedeciendo a un incontenible instinto, la besó en la mejilla y le dijo:

—Cuando sea mayor me casaré contigo.

A ella se le encendieron las mejillas y en ese momento un brazo agarró a Manuel y de un tirón lo arrojó al suelo.

—Apártate de mi hermana —le gritó un joven de aspecto fornido, que iba bebido.

Manuel se levantó y se plantó ante él desafiante con los puños cerrados.

—Desiderio, déjalo —rogó Felisa.

Pero su hermano lejos de obedecerla, la empujó y cuando Manuel avanzó, le asestó un puñetazo. El chaval se puso en pie y lanzó puñetazos y patadas. Desiderio esquivó los golpes y volvió a zurrarle.

Gregoria corrió entre la gente y reclamó a sus hermanos.

—Los de Torreperda están pegando a Manuel —les dijo angustiada.

Juan se apartó de su novia y corrió a defender a su hermano. Tras él fueron Anastasio e Indalecio. Juan, sin mediar palabra, se abalanzó contra Desiderio. Hubo un intercambio de golpes por ambas partes. Pero Juan era más fuerte, además estaba sobrio. La situación se agravó cuando dos de los hermanos de Desiderio intervinieron. Anastasio, Manuel e Indalecio se enzarzaron en la trifurca y en un momento había más de veinte personas repartiendo golpes.

Las parejas dejaron de bailar y cesó la música. El anfitrión ordenó a sus hombres que detuvieran la pelea, y no sin esfuerzo, al cabo de un rato los de Las Bichas y los de Torreperda, estaban contenidos frente a frente profiriendo amenazas e insultos.

El señorito Aguilar se plantó en medio.

—Otra vez los Molina y los Romano...

—Han *empezao* ellos —dijo Indalecio.

—No me importa quién haya empezado. Es una falta de cortesía traer vuestras rencillas a mi casa.

—Te voy a matar —profirió Desiderio intentando avanzar hacia Juan.

—¿Ah sí? Inténtalo —replicó Juan.

—¡Silencio! —gritó el señorito Aguilar.

En los rostros de los invitados se notaba la tensión.

—Si tenéis lo que hay que tener —continuó el señorito señalando a Juan y Desiderio—, esto lo solucionareis como hombres.

Todos los presentes ya sabían lo que quería decir con esas palabras y lo que podían traer consigo si los contendientes aceptaban. Fue Desiderio quien lanzó el desafío.

—Mañana te espero en la Vereda del Caño.

Pero Juan no se echó atrás.

—Allí estaré.

El reto estaba echado y ya no había vuelta atrás. Indalecio lamentó que ese día hubiera acabado así.

—Vámonos de aquí —dijo cabizbajo.

Antes de marcharse Manuel miró a Felisa. Él entonces desconocía que cuando dos personas se ofendían y se retaban, tenía que brotar la sangre y que no eran pocos, los que habían perdido la vida en uno de esos lances.

Cuando salía el sol, los contendientes se juntaban en algún lugar prefijado. Acudían siempre solos con sus navajas y una chaqueta o una manta que enrollaban en su brazo para protegerse de las estocadas del contrincante. El primero que hería al otro era el vencedor y el duelo se daba por terminado. Luego el vencedor, si así lo quería, lo hacía público. Normalmente así deberían acababan las disputas, sin embargo, muchas veces el herido no se conformaba con el resultado y la pelea continuaba, hasta que uno de los contendientes acababa malherido o muerto en el peor de los casos.

Los Romano abandonaron Casa Aguilar, se subieron al carro y lentamente se encaminaron a Las Bichas. Nadie dijo nada durante el trayecto. En todos, excepto en Manuel, pesaba el temor de lo que si nadie remediaba, ocurriría al amanecer. El más joven de los Romano susurró:

—Cuando sea mayor me casaré con Felisa.

Pero nadie le hizo caso.

Esa noche, cuando reinaba el silencio, Indalecio intentó convencer a su hijo Juan de que no acudiera a la Vereda del Caño, y Manuel los escuchó.

—Juan, esta familia ya ha sufrido demasiado y no puedo perder a otro hijo. Coge tus cosas y antes de que salga el sol ya estarás lejos.

—Padre perdone, pero no puedo huir. ¿Qué sería entonces de nosotros?

—A nosotros no nos pasará nada. Para mí es mejor la vergüenza que tener que tener que enterrarte.

—Esté tranquilo. Desiderio es muy bravucón cuando está con sus hermanos, pero en la Vereda del Caño estará solo.

—Aun así no me fio. Los Molina son traicioneros.

En ese momento Manuel comprendió que el reto no era ningún juego. Dejó el catre y fue hasta donde se encontraban ellos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estáis en la cama? ¿Qué se supone que pasara mañana? —inquirió. Su padre intentó engañarle.

—Nada Manuel. Vete a dormir. Tu hermano tiene que salir de viaje.

Pero Juan le contó la verdad.

—Mañana tengo que pelear a navaja con Desiderio.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Porque si no lo hiciera todos pensarían que los de Las Bichas somos unos cobardes.

—Fue por mi culpa. Yo iré a pelear en tu lugar.

Juan abrazó a su hermano.

—A ti aún te quedan muchos envites para defender a esta familia. Eres más fuerte que Anastasio y si a mí me pasará algo, ¿quién va a cuidar de la familia? Padre ya está viejo y además tienes que casarte con Felisa.

—Ella es una Molina —intervino Indalecio.

—Pero no es como ellos —replicó Manuel.

—De tal palo tal astilla —musitó Indalecio.

—Vamos a dormir —sugirió Juan—. ¡Ah! Decidle a Gregoria que mañana cocine un arroz con conejo.

Dicho esto, los tres se retiraron. Manuel compartía habitación con Anastasio y cuando entró

se percató de que se hacía el dormido. No dijo nada y se recostó en el camastro. Esa noche no pegó ojo. Con sentimientos enfrentados no dejó de pensar en Felisa y en que por su atrevimiento, los hermanos de ambos tenían que enfrentarse en un peligroso duelo.

Pero lo que ignoraba era que, ella ese mismo día, había tenido una fuerte reprimenda. Su padre y sus hermanos le habían recriminado el haber conversado con uno de los Romano.

—Si vuelvo a ver que te acercas a uno de ellos.... —la increpó su padre alzando la mano.

Tan sólo su hermana mayor salió en su defensa evitando que Felisa recibiera un bofetón.

—¿Y qué sabía ella? Dejadla ya.

Nemesio se apoyó en su garrote y junto a su hijo Desiderio salió de la estancia.

—Quiero que le des su merecido.

Desiderio se tocó el mentón.

—Le aseguro padre, que a Juan le va a penar el haberse *cruzao* en mi camino.

Capítulo 4

Manuel estaba despierto cuando su padre entró en la habitación contigua y le tocó en el hombro a su hermano.

—Es la hora —anunció a su pesar.

Juan se incorporó sigiloso para no despertar a sus hermanos. En silencio se vistió y salió al exterior. En el umbral de la entrada, Indalecio le entregó su navaja y él la abrió haciendo sonar los cinco muelles.

—Tus hermanos y yo te esperamos —le dijo su padre.

Juan asintió, se echó por encima una manta que había tejido su madre y desapareció.

—Ve con Dios —musitó Indalecio.

Manuel contempló cómo su padre se metía en uno de los establos y cuando se acercó, le pareció escuchar un llanto. Le extrañó, porque ni cuando le comunicaron la muerte de su hijo Lucas ni cuándo murió su esposa soltó ni una lágrima. Por un instante vaciló. Deseaba abrazar a su padre y decirle: «Tranquilo. Juan vencerá». Pero no pudo resistir la tentación de seguir a su hermano. A hurtadillas salió de la Aldea y caminó en pos de su hermano, vislumbrando a lo lejos su silueta.

El sol empezaba a regalar los primeros rayos, cuando Juan llegó a la Vereda del Caño. Desiderio ya estaba esperando. Manuel evitó que lo vieran tumbándose tras un ribazo.

—Creía que no ibas a venir —murmuró Desiderio.

—Pues te has *equivocao* —repuso Juan—. Acabemos con esto cuanto antes.

Los dos se colocaron frente a frente, se enrollaron las mantas en sus brazos e hicieron sonar los muelles de sus navajas. Sin dejar de mirarse a los ojos dieron algunos pasos y fue Desiderio quien lanzó la primera estocada. Juan la esquivó y retrocedió.

—¿Tienes miedo Romano?

—A nadie como tú.

Ambos se provocaban a la vez que como en un baile, avanzaban retrocedían y embestían. Manuel, desde su posición observaba cuanto ocurría.

Los dos contendientes intentaban herir al otro y así, como mandaba la tradición, a primera sangre se zanjaba el asunto. En un lance, Desiderio alcanzó la manta de Juan, pero no llegó a tocar la piel y continuó el duelo.

Tras un toma y daca que a Manuel se le estaba haciendo interminable, su hermano asestó a su contrincante un tajo en la barriga y la camisa blanca se tiñó de rojo. Aunque la herida no era de gravedad, la sangre marcaba el final. Juan había vencido.

—¡Maldita sea mi estampa! —masculló Desiderio.

—Esto se ha *acabao* —dijo Juan contento por el resultado.

Sin poder contenerse, Manuel salió de su escondite y llamó a su hermano.

—¡Juan! ¡Juan! —gritó corriendo hacia él.

Juan se giró sobre sí y lo contempló.

—¿Qué diantre haces aquí? —murmuró levantando la mano que portaba la navaja en signo de victoria.

En ese momento, el traicionero Desiderio se abalanzó sobre él y le asestó un mortal navajazo en el costado izquierdo. Manuel se detuvo sin dar crédito a sus ojos. Juan, con gesto de dolor, se tambaleó mirando a los ojos de su asesino y cayó sobre la arena.

Cuando Manuel llegó a su lado, su hermano había exhalado su último soplo de vida.

—¿Juan? ¿Juan? —intentó sin éxito hacerle reaccionar.

Cuando vio sus manos ensangrentadas y la mirada apagada de su hermano, la ira se apoderó de él. Arrebató la navaja de las manos de Juan y arremetió contra Desiderio profiriendo toda clase de insultos y maldiciones. Desiderio se la quitó de un golpe y la apartó de una patada.

—Chaval, déjalo ya.

Manuel, impotente, contempló como Desiderio ocultaba la herida rodeando su cuerpo con la manta y como se alejaba en dirección hacia Torreparda. Permaneció unos minutos junto al cadáver de su hermano y luego corrió a Las Bichas.

Cuando llegó, la sangre de sus manos y sus ropas lo decían todo.

—¡Padre! Desiderio lo ha *matao* a traición.

Indalecio, sin pronunciar una palabra, preparó el carro y fue en busca del cadáver de su hijo. No quiso que nadie le acompañara. Anastasio y Gregoria escucharon por boca de Manuel lo sucedido. Ella no podía parar de llorar y el silencioso Anastasio anunciaba sacando las escopetas:

—Cuando regrese padre, vengaremos la muerte de nuestro hermano.

Pero eso, aunque no lo entendía ninguno de sus hijos, no entraba en los planes de Indalecio. Entre él y Gregoria, lavaron y vistieron a Juan con su mejor traje, luego introdujeron el cuerpo en una maltrecha caja, lo subieron al carro y los cuatro se dirigieron al cementerio de Tarazona. Allí se turnaron para cavar la fosa al lado de donde reposaba Alfonsa y una vez acabada enterraron el cajón. Luego, Indalecio se enfrentó a la dura misión de visitar a Consuelo, la novia de Juan y comunicarle su muerte.

Una vez más, la desdicha se había cebado con los Romano. Unos días más tarde, Indalecio puso en conocimiento de su amigo Roque, el sepulturero, el entierro de su hijo. Aunque no era el procedimiento habitual, su amigo se encargó del papeleo. Pero no pudo evitar el recelo del cura y la Guardia Civil.

Por ese motivo, para informarse de lo que había ocurrido, se personaron en Las Bichas dos Guardias civiles. El cabo se apeó de su montura y ordenó al otro que aguardase con los caballos. Al cruzar el umbral se encontró con Indalecio sentado en su banco, realizando el asiento de una silla.

—¡Buenos días Indalecio! —saludó el cabo.

—¡Buenos días tengan ustedes! ¿Qué les trae por aquí? —contestó Indalecio sin levantar la cabeza.

—¿Puedo echar un trago?

Indalecio señaló el pozo con un movimiento de cabeza. El cabo recorrió unos pasos, dejó caer el cubo, estiró de la cuerda y con el contenido de un cazo se remojó el gaznate.

—Nos ha llegado la noticia de que un miembro de su familia falleció en el transcurso de una pelea de navajas —dejó caer el Guardia Civil.

—Hace unos días enterramos a mi hijo Juan, que murió a consecuencia de unas fiebres —repuso Indalecio sin dejar lo que estaba haciendo.

—No es eso lo que ha llegado a nuestros oídos. Según parece su hijo se encontraba bien en la fiesta de Casa Aguilar.

—Fue de repente. Se puso malo por la noche y por la mañana murió.

El Guardia Civil tomó actitud marcial.

—Indalecio sabe que si nos miente lo podemos llevar preso. A su hijo no le ha atendido

ningún médico y el cura no bendijo el entierro.

Indalecio seguía a lo suyo sin que le atemorizasen las amenazas.

—Por qué no me deja en paz. Acabó de enterrar a mi hijo y tengo mucho trabajo. Ahora hay dos manos menos para llevar la hacienda.

—Como quiera. Vamos a visitar las otras aldeas y hablaremos con los asistentes a la Fiesta de la Vendimia. Si descubrimos que nos ha mentido, volveremos para arrestarlo.

—Ustedes hagan lo que tengan que hacer.

El cabo recorrió unos pasos y se detuvo.

—También se rumorea por ahí, que ayuda a los maquis que están escondidos por estas tierras.

Indalecio dejó su trabajo, se puso en pie y se plantó ante el cabo.

—Las puertas de mi casa siempre están abiertas; usted lo ha *comprobao*. Si llega hasta aquí un viajero y me pide agua, yo no le preguntó si es un maquis.

—Pues debería hacerlo. Protegerles y no denunciarles es un delito, y se paga con la vida.

Indalecio volvió a su tarea y se despidió.

—Que tengan un buen día.

El cabo, de no muy buen humor, abandonó la aldea y subió al caballo. Los dos Guardias Civiles se dirigieron a las otras aldeas a ver si sonsacaban a alguna persona. Pero Indalecio, no tenía que temer. Sabía que nadie hablaría. Entre los aldeanos había un pacto no escrito por el cual no metían a otros en sus asuntos. Sobre todo en los que afectaban a rencillas entre familias. Ni el señor Aguilar se atrevería a romper ese pacto.

Cuando los guardias se alejaron, Manuel, que había escuchado todo, se acercó a su padre.

—¿Lo van a apresar padre?

—¡Quia! Estate tranquilo.

—¿Qué va a pasar con Desiderio?

Indalecio con un ademán le indicó que tomara asiento a su lado.

—Tu hermano Anastasio te ha metido cosas en la cabeza. Pero no hay que tener prisa en desear lo malo. Con el tiempo, cada uno tiene su merecido.

Manuel no comprendió que significaban esas palabras.

. Indalecio sacó de su chaleco una navaja y se la entregó.

—Toma Manuel. Ahora te corresponde a ti tenerla. Una navaja no puede estar sin dueño.

Manuel la agarró, observó las cachas blancas y la abrió. Su hoja relucía con los rayos de sol.

—Llévala siempre encima y no la emplees contra otros, a no ser para proteger tu vida. La navaja es un utensilio más, pero según quién la empuñe, se puede convertir en arma peligrosa.

—Tranquilo padre, que haré buen uso de ella.

Manuel, sin saber que a partir de ese momento su vida estaría ligada a esa navaja, se la guardó en un bolsillo.

Con la muerte de Juan las rencillas no acabaron. El odio que los Romano sentían a los Molina, se acrecentó. En poco tiempo habían perdido a tres miembros de la familia, pero era el último el que más desasosiego había provocado. Indalecio se volvió reservado, Gregoria rezaba para que no hubiera más incidentes, Anastasio escupía en su mano y arrojaba el gargajo en dirección a Torreperda, y el resentimiento que Manuel tenía a Desiderio, entraba en conflicto al recordar a Felisa.

Una noche que no podía conciliar el sueño, Manuel salió a la fresca y se percató de un resplandor que procedía del establo. Creyendo que su padre estaba con los maquis, se acercó sin

hacer ruido y husmeó por la ventana. Lo contempló sentado con una escopeta que se había olvidado un cazador y con la mirada perdida en el infinito. Esperó hasta poco antes de amanecer y vio como su padre cargaba la escopeta. El temor de que atentase contra su vida se disipó cuando Indalecio se colgó el zurrón y abandonó la aldea.

La tranquilidad no retornó a Manuel, hasta que cerca del mediodía apareció su padre sin la escopeta y se sentó en su banco para continuar tejiendo unas alforjas.

Esa misma tarde, la Guardia Civil se presentó en Las Bichas. En esta ocasión el cabo iba acompañado por tres guardias.

— ¡Buenas tardes Indalecio! —saludó el cabo, mientras los otros tres se apostaban en diferentes lugares agarrando sus cartucheras.

—¿Qué les trae por aquí? —repuso Indalecio.

Manuel, Gregoria y Anastasio intentaron acercarse, pero un guardia se lo impidió.

—¿Pasa algo padre? —inquirió Anastasio.

Indalecio se encogió de hombros.

—Nuestra visita se debe a un asunto delicado —procedió el cabo.

—Usted dirá.

—¿Puedo ver sus escopetas?

—¿Por qué motivo?

—Indalecio, colabore o tendrá que acompañarme.

Sus hijos estaban expectantes.

—Anastasio, trae las escopetas.

Un guardia acompañó a Anastasio y al cabo de unos minutos, salieron con tres escopetas. El cabo las examinó, las abrió y olió los cañones.

—Parece que no han sido utilizadas —murmuró.

—Hace meses que no salimos de caza —aseveró Indalecio—. Si me dice que busca, tal vez pueda ayudarle.

—Esta mañana ha aparecido Desiderio con dos agujeros en la espalda —explicó el cabo—. Nemesio asegura que ha sido alguien de Las Bichas y lo ha denunciado.

—Hoy no ha salido nadie de aquí. Puede preguntarle a mis hijos —dijo Indalecio en tono sereno.

En ese momento, Manuel palideció.

—No sé qué hacer con ustedes —continuó el cabo—. Sé que Desiderio era un mal tipo y que posiblemente mereciera ese final, pero si no encuentro al culpable, los Molina se tomaran la justicia por su mano.

—Usted está para impedirlo, ¿no es así?

El cabo se mordió el labio conteniendo su rabia. De sobra sabía que los de Torreparada tenían muchos enemigos y que a Desiderio lo podía haber matado cualquiera y que su cometido era encontrar era apresar al asesino para ser juzgado y condenado. Pero allí no había encontrado nada que delatase a los Romano, así que por el momento no tenía otra opción que contener la sed de venganza de los Molina.

Hizo un ademán a sus hombres y salieron al exterior.

—Los tendré vigilados —dijo el cabo al cruzar el umbral.

Cuando los Guardias Civiles se alejaron, Manuel suspiró.

—¿Quién lo habrá *matao*? —inquirió Anastasio.

—No lo sé —se precipitó en responder Manuel.

—Lo digo, porque si lo supiera le invitaría a unos chatos en la taberna.

Tras un agobiante silencio, Gregoria se metió en la casa persignándose, Indalecio ni levantó la mirada y Manuel y Anastasio se apartaron para echar comida a las gallinas.

Al más joven de los Romano no se le apartaba de la cabeza, que su padre hubiera sido capaz de matar a otro hombre, aunque fuese el que había matado a su hijo. Porque estaba convencido de que había sido él. Sabía que en África lo había hecho para defender su vida, pero eso era distinto. En ese momento recordó las palabras de don Antonio su maestro y se sintió confuso.

Esa noche lo comentó con su hermano.

—Anastasio —susurró para evitar que le oyeran desde las otras habitaciones.

—¿Qué quieres? —repuso Anastasio con voz adormilada.

—Creo que ha sido padre el que ha *matao* a Desiderio.

—¿Y qué pasa? —dijo Anastasio tras unos segundos

—¿No te importa?

—Se lo merecía. Ahora duerme.

Manuel no insistió e intentó convencerse de que su padre no había hecho nada malo.

Aunque nadie en Las Bichas lo supo entonces, la Guardia Civil después de visitar la aldea se dirigió a Torreparada. Allí el cabo tuvo que amenazar a Nemesio, cuando al comunicarle que no tenían al asesino de Desiderio, él y tres de sus hijos escopetas en ristre, se disponían a enfrentarse con los Romano.

—Sangre por sangre —masculló Nemesio.

El cabo ordenó a sus hombres que desenfundaran sus armas y así lo hicieron.

—Si no guardan las escopetas, ordenaré que disparen —fue tajante el cabo.

Nemesio sabía que la amenaza iba en serio y pidió a sus hijos que dejaran las armas.

—No quiero más disturbios o me veré obligado a pedir refuerzos a Comandancia y encerrarles a todos, ¿entendido?

El patriarca de los Molina, apoyado en su garrote, asintió.

Capítulo 5

Pasaron los meses y antes de empezar el año nuevo, en Las Bichas se celebró la matanza. Esa era la pequeña fiesta de los Romano. Como era costumbre, acudían Genaro el cartero y su esposa, y Silvio el del Colmado y su familia. Entre todos preparaban las aliagas, la leña, las especias, la capoladora, el cuchillo, limpiaban barreños y jarras, para más tarde degollar al cerdo, socarrar, escaldar, recoger y remover la sangre... Sin que nadie lo ordenase cada uno conocía su misión y después del laborioso trabajo, compartían mesa, cantes y chascarrillos.

Fue unos días más tarde cuando una noche Manuel y su hermano Anastasio, escucharon una conversación que se realizó en el establo. Por el tono adivinaron que su padre discutía con otros dos hombres.

—Otro derramamiento de sangre no es necesario. Perdí a mi hijo Lucas y a mi esposa por esa maldita guerra y no quiero pasar otra vez por lo mismo —manifestó Indalecio con vehemencia.

—Ahora es diferente —alegó uno de los desconocidos—. En el sur de Francia se están organizando nuestros camaradas. La guerra en Europa está llegando a su fin. Los aliados pronto acabaran con Hitler y necesitamos un Gobierno provisional republicano, que no esté en el exilio para negociar con los aliados cuando acabe la guerra. En Foix y en Toulouse se están reclutando veteranos y voluntarios, ya somos varios miles.

—Ninguno de mis hijos participara en esa locura —fue tajante Indalecio.

—¿Se te ha olvidado que fueron ellos los que quebrantaron la paz y te arrebataron a Lucas? —le reprochó el otro desconocido — Cuando atacemos, habrá un levantamiento popular y venceremos a las fuerzas franquistas.

—Como sé que no os puedo convencer, sólo me queda deseáros buena suerte.

Los dos hombres abrazaron a Indalecio.

—Gracias por todo amigo —le dijo uno de ellos—. Sé que has expuesto a tu familia y eso nunca lo olvidaremos. Por aquí quedan algunos de los nuestros, ¿podemos seguir contando con tu ayuda?

Indalecio asintió.

Manuel y Anastasio vieron salir a los desconocidos y desaparecer en la oscuridad.

—Padre, ¿va a haber otra guerra? —inquirió Manuel cuando su padre salió del establo.

—¡Dios no lo quiera! Vamos a dormir —se limitó a responder.

En Las Bichas no faltaba el trabajo. Desde que Juan había muerto, Manuel se había convertido en la persona que recaían los esfuerzos más pesados. Pese a tener cinco años menos que Anastasio era más alto y más corpulento. Pero eso no importaba a los hermanos, que codo con codo intentaban llevar la carga que suponía hacer ciertos trabajos. Indalecio les indicaba sus obligaciones y Gregoria suspiraba en silencio creyéndose ya solterona.

Ese año la cosecha fue más abundante y necesitaron más jornaleros para la vendimia. Indalecio distribuyó las partidas y a sus hijos los envió a la parte de más alejada de las tierras de Torreparada.

—Manuel, no corras tanto, que tenemos *pa' rato* —le dijo su padre al verlo trabajar de forma impulsiva.

El joven cortaba los ramos, los echaba al cesto, cargaba en sus espaldas, los depositaba en el carro, y cuando por la noche caía rendido en el camastro, lo último que pensaba era que en unos

días se realizaría en Casa Aguilar, la Fiesta de la Vendimia y él acudiría.

Llegó el ansiado día y después de comer, con su mejor ropa, apareció en el patio. Su padre y sus hermanos se le quedaron mirando y divisaron la navaja que sobresalía de un bolsillo de su chaleco.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó su padre.

—A Casa Aguilar.

—Allí los Romano no somos bien recibidos y además estarán los Molina —repuso Indalecio.

—No me importa. Yo voy a ver a Felisa.

Gregoria y Anastasio se dedicaron una mirada de desconcierto.

—Si tú vas, yo voy contigo —dijo Anastasio.

—De aquí no sale nadie —replicó Indalecio.

El rostro de Manuel se endureció.

—Tengo que ir —insistió.

Indalecio se despojó de la correa y fue hacia él.

—No me importa que me pegues, pero iré de todos modos.

Su padre se detuvo y lo miró fijamente unos segundos.

—Eres casi un hombre y sé que evitaras las peleas, pero no me fio de los que hay allí.

—Pues vamos todos —sugirió Manuel.

Gregoria y Anastasio esperaron la reacción de su padre.

—Si quieres ir, ve solo —sorprendió a todos.

Manuel vaciló y tras unos segundos de silencio, fue al establo, sacó una mula y se dirigió a la salida.

—Padre, ¿traigo las escopetas? —preguntó Anastasio al ver partir a su hermano.

—Hoy no será necesario.

Los tres miraron a la entrada deseando que Indalecio no hubiera errado al permitir a Manuel que asistiera a la fiesta.

Cuando el joven llegó a Casa Aguilar y se apeó de la mula, varias personas murmuraron a su paso. Les parecía increíble que Manuel, un muchacho de quince años, acudiera solo sin su padre y sus hermanos. Al verlo, uno de los hombres de Aguilar, fue a comunicárselo a su amo y este, acompañado de su hija, salió al encuentro.

—Muchacho, ¿vienes solo? —le preguntó.

—Sí y me llamo Manuel.

Amalia, soltó una tímida carcajada.

—Está bien Manuel —cambió su tono el señorito Aguilar—. Espero que vengas a disfrutar... y no a provocar altercados.

—Puede estar tranquilo. Sólo estaré unos minutos.

—Entonces se bienvenido.

El señorito se hizo a un lado y Manuel accedió al interior.

Encima del improvisado escenario se encontraban los mismos músicos de todos los años. Unas cuantas parejas estaban bailando en el centro del patio. A un lado, las madres protegían a las hijas que estaban en edad de rondar y al otro, los hombres bebían y conversaban. A nadie se le escapó el detalle de la navaja. Manuel recorrió el lugar con la mirada y en el mismo lugar que el año pasado encontró lo que buscaba. Felisa estaba sentada en el banco, escoltada por alguno de sus hermanos. Las miradas y los silencios advirtieron a los Molina de su presencia. Nemesio, se colocó delante de ella apoyado en su garrote. Pero eso no importó a Manuel y se dirigió hacia allí.

Por indicación del señorito, varios de sus hombres, portando las escopetas, se apostaron junto a los Molina. Nemesio los miró con desdén y cuando Manuel se aproximó, con un gesto detuvo a sus hijos.

Ante la expectante mirada de toda concurrencia, el joven se plantó ante ella

—Vengo a confirmar lo que te dije el año *pasao*. Cuando sea mayor tú y yo bailaremos.

Los hermanos empezaron a reír a carcajadas y uno de ellos le espetó:

—Eso nunca ocurrirá.

. Poco le importaron los comentarios a Manuel, pero si y mucho, la sonrisa que Felisa le dedicó.

Ella, en todo ese año no había pensado en él, pero cuando volvió a verlo, en su barriga revolotearon mariposas.

Manuel, sin esperar un segundo, atravesó el patio y salió al exterior. Alguno, a su paso, le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tienes cojones chaval —le lanzó otro.

—Así se hace —murmuró un tercero.

Pero a él no le importaban las adulaciones. Llevaba un año pensando en lo que acababa de hacer y estaba satisfecho.

Se disponía a subir a la mula cuando escuchó como alguien lo llamaba.

—¡Manuel!

Era una voz angelical, pero cuando se giró no contempló a quién esperaba; era la señorita Amelia Aguilar.

—¿Ya te vas? —le preguntó.

Manuel asintió.

—Por ahí he oído que eres un valiente y que tienes arrojo.

—Se equivocan señorita.

—Por favor, llámame Amelia.

—Lo siento, pero tengo que irme.

La señorita Amelia se acercó y agarró las riendas.

—Presiento que nos volveremos a ver —le dijo.

Manuel subió a la mula, hizo una leve reverencia y se alejó volviendo la vista atrás y viendo a Amelia inmóvil.

Durante el trayecto no dejó de pensar en qué quería la señorita Amelia de él. Por lo que había oído hablar de ella a los jornaleros, sabía que tenía dieciséis años, que iba al colegio y que su padre le concedía todos sus caprichos. Era muy guapa, sin embargo no se podía comparar a Felisa.

Cuando llegó a Las Bichas, encontró a su padre y a sus hermanos en el mismo lugar que los había dejado.

—¡Menos mal! —suspiró Gregoria.

Anastasio le ayudó a guardar la mula y su padre se sentó en el banco y continuó con sus quehaceres.

Esa noche, a la luz de una vela, le contó a su hermano lo que le había sucedido con la señorita Amelia. Anastasio no salía de su asombro.

—¿Por qué no le preguntaste qué quería?

—Si casi no podía hablar con ella.

—Al menos a ti te ha *hablao* —repuso con cierta nostalgia.

—Creo que me casaré con ella —dijo Manuel al cabo de unos segundos.

—¿Con la señorita Amelia?

—Con Felisa —apostilló Manuel.

—Los Molina son mala gente. Mira lo que hicieron con Juan.

—Ella es diferente.

—Deja esos pensamientos. Padre no lo autorizaría.

—Cuando llegue el momento, lo hará.

Insistió con esa firmeza. Sus hermanos y su padre se cansaban de escucharle repetir que se casaría con una Molina. Pero en el supuesto caso de que esos sueños dejaran de serlo, las diferencias entre las dos familias propiciarían un camino difícil. Por una parte Indalecio no estaba dispuesto a que uno de sus hijos se emparentara de ese modo con alguien cuyo hermano había asesinado vilmente a su hijo Juan y por la otra, los de Torreparda hacían lo imposible para que los Romano no resistieran en Las Bichas. Si Indalecio cedía, se vería obligado a abandonar la aldea y así dejaba el camino libre para que uno de los hijos de Nemesio se hiciera cargo.

Entrado el otoño, llegó a Las Bichas un maquis con malas noticias. La nombrada Reconquista de España, no había resultado como se esperaba. Unas semanas antes, algo más de doscientos guerrilleros cruzaron la frontera por Roncesvalles y se enfrentaron a la Policía Armada en Portillo de Lazar. Hubo un intercambio de disparos y algunas bajas. Dos días más tarde, unos cuatrocientos guerrilleros penetraron por el Valle del Roncal. Eso fue el inicio de una serie de incursiones por el pirineo de Navarra, Huesca y Lérida. La intención era una guerra de guerrillas para desembocar en una invasión por el Valle de Aran, donde se establecería un Gobierno provisional protegido por las condiciones de aislamiento del valle; cuyo único acceso era el Puerto de Bonigua. Además contaban con el factor clima. La estrategia provocaría un levantamiento popular y confiaban en el apoyo de fuerzas aliadas para acabar con el franquismo.

Pero los sueños de una España mejor, se vieron frustrados cuando después de un efímero éxito en sus primeras acciones, el despliegue de fuerzas franquistas en la frontera impidió el avance de la invasión. Ante tal fracaso, el Estado Mayor de los guerrilleros españoles en Francia, decidió iniciar la retirada y esperar otra ocasión.

A Indalecio, esas noticias le produjeron un sabor agri dulce. Él tampoco estaba conforme con la hegemonía impuesta por Franco, pero no deseaba otra guerra. Tampoco se le escapaba que con esos acontecimientos, aumentaría la represión contra la izquierda y los nostálgicos republicanos. No obstante, pese a esos temores, no dejó de prestar su ayuda a los maquis.

El fracaso de la invasión no influyó en Las Bichas y todo continuó como antes. Los pesados trabajos de mantener la hacienda se hacían cada vez más complicados para los Romano. Sobre todo cuando llegó una carta en la que requerían a Anastasio para que cumpliera con la patria. Con su ingreso en el ejército se pusieron las cosas difíciles. Dos manos menos para el trabajo era una contrariedad con la que mi Indalecio no había contado. Pero era un hombre de recursos. Gracias a que era una persona muy querida en la Comarca, gentes de otras aldeas y pueblos, le ayudaban cuando terminaban su faena. Eso removía las tripas de Nemesio y era un obstáculo a la ambición de que uno de sus vástagos tomase las riendas de Las Bichas.

Nemesio era un hombre rudo y malhumorado. Cuando tomaba más vino de la cuenta, era preferible no estar a su lado. No había ningún miembro de su familia que no hubiese probado su correa. Su esposa era sumisa y sus hijos le temían. Era hijo de un hermano de la madre de Indalecio y ambos habían nacido en Las Bichas, igual que sus ancestros. Luego, la familia se había distribuido por diferentes aldeas de la provincia de Albacete u otras provincias. El que su padre

hubiera nacido en Las Bichas y que durante generaciones la hubieran gobernado los Molina, para él eran suficientes motivos para ansiarla. Nunca llevo bien que su primo la administrara y no perdía la esperanza de conseguirla algún día.

Capítulo 6

Manuel, aunque a disgusto por no entusiasmarle demasiado el trabajo del campo, ponía todo su empeño para complacer a su padre. Mientras su hermano Anastasio se encontraba cumpliendo el servicio militar, la faena se había multiplicado. Sin embargo, el menor de los Romano no se quejaba y asumía el papel que le había tocado. Pero todo no era esfuerzo físico, madrugones, acostarse al anochecer... en ausencia de su hermano, a él le tocó acompañar a su padre a la capital en su vista anual.

Indalecio hacía ese viaje una vez al año. Siempre al llegar el invierno, cuando la hacienda necesitaba menos atenciones y era una de las pocas veces que se alejaba de la aldea. Su cometido era proporcionar vino a un viejo compañero de armas, que a su regreso de África se hizo cargo de una cantina propiedad de su padre. Su amigo, todos los años, acostumbraba a comprarle unos toneles de vino y le proporcionaba algún comprador para los cestos de mimbre, sillas, alforjas... que Indalecio confeccionaba en sus ratos libres.

Entusiasmado por la aventura, Manuel no descansó hasta que el carro estuvo cargado. Luego, padre e hijo iniciaron el pesado viaje y tras una jornada, llegaron a la Posada donde Indalecio acostumbraba a alojarse y dejar los bártulos.

Estar en la capital, para Manuel era una experiencia fantástica. Ya había estado allí en otras ocasiones, pero no dejaban de atraerle las calles, los edificios, las gentes y su trasiego...

—Algún día viviré aquí y seré rico —dijo de camino a la cantina.

A su padre esas palabras le sonaron a fantasía, como lo de casarse con Felisa.

Al llegar a la cantina, Indalecio le señaló a su amigo.

—Ese es Amancio.

Manuel vio a un hombre grueso detrás de la barra, que lucía un enorme mostacho y llevaba un mandil, aparentemente para proteger su ropa. Pero cambió de opinión al ver como al cobrar una consumición, lanzaba la moneda al aire y la recogía en un bolsillo.

En ese momento el cantinero se percató de los recién llegados.

—¡Que el Diablo me lleve, si ese que acaba de entrar no es mi amigo Indalecio!

Amancio salió de detrás de la barra y propinó un efusivo abrazo a su amigo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó dirigiéndose a Manuel.

—Es mi hijo menor —aclaró Indalecio—. Anastasio está cumpliendo el Servicio.

El cantinero estrechó la mano de Manuel.

—No sé por qué he dudado. El chico ha salido a ti.

Inmediatamente Amancio alargó la mano, agarró una jarra y tres vasos, los colocó en una mesa libre, los llenó y dijo a la concurrencia:

—¡Atendedme un momento! Si no es por este hombre —señaló a Indalecio—, yo no estaría aquí sirviendo chatos.

Era el momento que Manuel estaba esperando. Centenares de veces había oído a sus hermanos que en esa cantina se contaban historias de la guerra de África. Dicho y hecho, el cantinero empezó a relatar una de sus muchas experiencias y pidió a Indalecio que avalara la veracidad del relato. Los clientes escuchaban atentos y no cesaban de llenar sus vasos. Manuel, ya había escuchado algunas y se las sabía de memoria, sin embargo, Amancio le sorprendió.

—¿Sabes muchacho por qué tu padre y yo estamos vivos y no perdimos la vida en África?

Manuel se encogió de hombros.

—Veo que tu padre no te lo ha contado. Verás Manuel, en aquella tierra todo era el enemigo; un solo moro con un rifle y un pellejo de agua, bastaba para poner en jaque a un destacamento. El sofocante calor tumbó a más de uno, la escasez de agua, el silencio del desierto, la soledad provoca que las personas pierdan la cabeza. Luego el deseo. Esto mató a muchos soldados.

—¿El deseo? ¿Cómo puede matar desear algo? —inquirió Manuel algo desconcertado.

—Eres joven y aún no te pica el gusanillo.

—Amancio —intentó cortar Indalecio.

—¡Qué pijo! —replicó el cantinero e Indalecio con un leve movimiento de cabeza le autorizó a que continuara.

—Me refiero al deseo de una mujer —prosiguió—. En aquel tiempo la necesidad hacía que una mora fuese tuya por un poco de comida o unos céntimos. Pero algunos soldados, después de llenarles la tripa y retozar con ellas, acababan degollados y con la minga en la boca.

—Vale Amancio —reprendió Indalecio.

El cantinero le pasó el brazo por el hombro.

—¡Qué cojones tenías!

Indalecio apuró el vino de su vaso. Manuel y los otros clientes esperaban impacientes a que el caninero continuara y como no podía ser de otro modo, llenó los vasos y prosiguió.

—Nuestro fortín fue duramente atacado por los moros. Sufrimos el acoso durante días y tuvimos muchas bajas, entre ellos al teniente y al sargento, unos soldados valientes. Indalecio era el cabo y así obtuvo el mando de los pocos soldados que quedábamos vivos. Yo estaba herido y casi sin fuerzas. Nunca olvidaré el sonido de los disparos y los gritos de los moros. Estábamos acorralados, sin agua, alimentos y la munición empezaba a escasear. Al enemigo no le costó mucho llegar a nuestra posición y librar todos los obstáculos para entrar en el fortín. Yo pensé que nuestra hora había llegado. Todos teníamos miedo. Todos menos tu padre, que decía que no podía morir en aquel agujero porque le esperaba su novia.

Se detuvo un instante provocando el suspense.

—... nos atrincheramos en el polvorín para resistir el acoso del enemigo. Indalecio se apostó en la puerta con su máuser y se llevó a dos por delante. Aun así los moros lograron entrar y pasar a cuchillo a todo bicho viviente. Uno de ellos me agarró por el pelo dispuesto a degollarme. ¡Tu padre se lo cargó de un bayonetazo! Gracias a Dios, los refuerzos llegaron en buen momento e impidieron que esos mal nacidos nos mataran.

Amancio agarró a Indalecio por el hombro.

—Como quiero yo a este rufián —dijo orgulloso.

Indalecio intentó quitarle importancia al asunto.

—Tú también hiciste lo tuyo.

Fuese como fuese la historia, el tabernero le estaba agradecido.

Manuel disfrutó como nunca escuchando esas historias y estaba orgulloso de ser hijo de un héroe. Después de oír al cantinero, no le pareció tan mal que su padre hubiese matado a Desiderio, al fin y al cabo, era el enemigo. Aunque esos pensamientos le traían a la cabeza a Felisa y el tiempo que le quedaba para verla de nuevo.

Esa noche durmió en la misma habitación que su padre y le costó conciliar el sueño debido a los potentes ronquidos. Por la mañana se levantaron temprano y se dedicaron a repartir la carga del carro; en la cantina dejaron unos toneles y cargaron con los vacíos y en los establecimientos que Indalecio proporcionaba de su artesanía, Manuel asistió al regateo. Después iniciaron el viaje de vuelta.

De nuevo en la aldea, Manuel se dedicó a sus quehaceres con ímpetu. Así el tiempo pasaba más rápido. Un día, en la entrada, se detuvo un pequeño carruaje de paseo tirado por un caballo negro. En él iba la señorita Amelia y el capataz de Casa Aguilar. Indalecio, intrigado, salió al exterior.

—¡Buenos días Indalecio! —saludó la joven.

Indalecio se quitó la gorra y correspondió el saludo.

—¿Está Manuel? —preguntó la señorita Amelia.

—Por ahí está —repuso Indalecio.

—Por favor, ¿puede llamarlo?

Algo desconcertado, Indalecio reclamó a su hijo. Manuel acudió y contempló a la joven en un asiento acolchado bajo una capota negra y al capataz en el pescante sujetando las riendas.

—¡Hola! —saludó sin mucho entusiasmo.

—¡Hola Manuel! ¿Quieres dar un paseo? —invitó la joven.

Ante la mirada de sorpresa de su padre y la de sus hermanos que habían salido de la casa, Manuel rechazó la invitación.

—Ahora no puedo. Tengo mucho trabajo

—Bueno, quizá otro día. He venido a enseñarte lo que mi padre me ha regalado.

Manuel se acercó y acarició al animal.

—Es un buen caballo.

—Es un pura sangre andaluz —aseveró ella.

—Pero no tiene traza de tirar de un *arao* o arrastrar un carro lleno de uva.

—Pasa eso ya tenemos las mulas —replicó Amelia.

—Muy bien. Hasta luego señorita.

Amelia frunció el ceño y a un ademán suyo, el capataz aflojó las riendas y el caballo inició la marcha.

—¿Que te traes con la hija de Aguilar? —le preguntó Indalecio a su hijo, cuando el carruaje se hubo alejado.

—Nada —se limitó a responder.

—Ándate con *cuidao*. Esa clase de mujeres no son para los aldeanos —advirtió Indalecio.

Sin añadir nada Manuel entró en la casa.

Esa inesperada visita le dio una idea a Manuel. A los pocos días, sin que su padre se enterase, se desplazó montado en una mula hasta las cercanías de Torreparada con la esperanza de ver a Felisa, aunque sólo fuese un instante. Sabía que se exponía a ser sorprendido por Nemesio o alguno de sus hijos, por eso actuaba con cautela. Así un mes tras otro, hasta que llegó nuevamente la vendimia y tras ella la fiesta en Casa Aguilar.

Ese año relucieron las navajas y los campos se tiñeron de rojo. Una pelea entre jornaleros de Las Bichas y de Torreparada, había acabado con un hombre muerto y varios heridos. Cuando Indalecio y Nemesio acudieron para apaciguar a sus jornaleros, ya no había remedio.

—Tú y toda tu familia tiene la culpa —reprochó Nemesio.

Indalecio ignoró la provocación y se preocupó por los heridos de uno u otro bando.

—Sois unos cobardes y asesinos —insistió Nemesio con la voz en grito—. Que sepan todos que tú mataste a mi hijo Desiderio.

Indalecio ayudado por unos cuantos jornaleros, subió a los heridos al carro y los trasladó al pueblo. Ese día el cabo, después de las pesquisas, arrestó al asesino, que era un jornalero de Torreparada y a varios hombres que habían intervenido en la pelea. Luego reunió a Nemesio e

Indalecio.

—Estoy hasta los huevos de los Romano y los Molina. Si vuelve a haber otro alboroto, yo en persona me encargaré de encerrarles en el calabozo y tirar las llaves al Júcar —los amenazó.

Debido a esos acontecimientos, el día de la Fiesta de la Vendimia, Indalecio se apostó en la entrada de la aldea, para impedir que su hijo saliera.

—Lo siento Manuel, pero éste año no iras a la fiesta. Si me obligas emplearé la fuerza.

Pero Manuel no quería faltar a su palabra. Llevaba un año esperando ese día.

—Padre, tengo que ir. Te aseguro que no pasará nada.

—No dudo de tu palabra, pero las cosas están ardiendo.

—Hazle caso a padre —aconsejó Gregoria.

Sin hacer caso a su hermana, Manuel se dirigió al establo e Indalecio se interpuso en su camino. En ese momento, un carro tirado por dos mulas se detuvo en la entrada.

—¡A la paz de Dios Indalecio! —saludó el capataz de Casa Aguilar, y añadió: —Vengo a buscar a Manuel.

—¿A mi hijo? ¿Para qué?

—Me envía el amo. Manuel está invitado a su mesa.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Indalecio a su hijo.

Manuel negó con la cabeza y con una triunfal sonrisa, dirigió sus pasos hacia el carro. Su hermana fue en pos de él atusándole el pelo y cepillando con sus manos el chaleco. Indalecio frunció el ceño.

—Pórtate bien —le aconsejó su hermana.

Su padre se limitó a hacer un leve movimiento de cabeza. Era la primera vez que un Romano compartiría mesa con la familia Aguilar y no podía privar a su hijo de ese privilegio.

Manuel se acomodó en el pescante y el capataz azuzó a las mulas. Esa invitación, había cogido al joven por sorpresa. Aunque sospechaba que Amelia tenía mucho que ver.

Cuando llegaron el capataz no se despegó de él hasta que ocupó un lugar en la mesa. Muchos se sorprendieron de verlo allí encima, sobre todo Nemesio y sus hijos, que le dedicaron una mirada llena de inquina. Pero eso poco importaba a Manuel. Como quiera que fuese, allí estaba para cumplir su palabra. Buscó con la mirada a Felisa y la vio acompañada de su madre y su hermana mayor. Sus miradas se cruzaron y apagaron una sonrisa.

A los pocos minutos apareció la familia Aguilar. El anfitrión estrechó la mano de los invitados a su mesa y ocupó su lugar.

—Me alegro de verte Manuel —le dijo Amelia cuando pasó a su lado.

El joven la correspondió con un tímido saludo.

Una vez que la familia Aguilar estuvo dispuesta, los criados empezaron a servir la comida. Manuel se sentía incómodo y no sabía que decir a los otros comensales, que conversaban del fin de la guerra en Europa, de los rojos condenados a muerte o de las faenas de Manolete, Carlos Arruza y Luis Miguel Domingin en la pasada Feria de Albacete. Temas que carecían de importancia para él, que tenía bastante con esquivar las miradas y sonrisas que le lanzaba Amelia.

Al finalizar el ágape, como era costumbre, comenzó el baile y Manuel buscó las miradas de Felisa. Para evitar provocaciones, se mantuvo a una distancia prudencial. Contempló a sus hermanos y a su padre vaciar una jarra tras otra, a su madre alejada de las otras mujeres y a su hermana mayor, suspirando con cara de aburrimiento. En un momento, Amelia se acercó a él.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó.

—No sé.

Amelia se percató de que Felisa acaparaba la atención de Manuel.

—¿Te parece guapa esa aldeana?

Manuel vaciló.

—Es una pena que sea una Molina y tú un Romano —añadió Amelia saboreando sus palabras.

—Eso no tiene nada que ver —replicó Manuel.

—¿Ah no? Entonces, ¿por qué no hablas con ella?

Esa pregunta quedó sin respuesta. Amelia acudió a la llamada de su padre y Manuel, no se movió de allí hasta que la gente empezó a marcharse. Cuando los Molina pasaron a su lado, Zenón, uno de los hermanos de Felisa, se detuvo frente a él y se pasó la mano por la garganta en gesto amenazante. Manuel no se intimidó y le sostuvo la mirada.

—Déjalo. No merece la pena —dijo Nemesio con desdén.

Pero cuando todo lo daba por perdido, Felisa sin mirarle a la cara susurró a su paso.

—Te he visto desde mi ventana.

Habían sido unas pocas palabras, pero suficientes para que la llama se mantuviera viva.

Esa noche, después de que el capataz lo trasladase a Las Bichas, estaba eufórico. Deseaba decirles a su padre y a su hermana que Felisa, arriesgándose a ser reprendida, le había hablado y lo que era mejor, que sus escarceos por las proximidades de Torreperda, habían servido de algo. Sin embargo, optó por mantenerlo en secreto excepto con la almohada.

Capítulo 7

En Torreparda no pasaba un día en el que no se maldijera a los Romano. La inquina que Nemesio sentía hacia su primo y sus hijos la había inculcado a su familia, excepto a Felisa y a dos de sus hermanos. Uno de ellos era Abelarda, la hermana mayor, que cansada de recibir palizas y de ser humillada tomó una decisión.

Una noche, protegida por la oscuridad y aprovechando que todos dormían, despertó a Felisa.

—¿Qué sucede? —inquirió la joven.

Abelarda le habló en susurros.

—No quiero que nadie nos escuche. Me voy. Ya no aguantó más.

Felisa se sentó en la cama y se frotó los ojos. Pero no, no era un sueño.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—Dónde y con quién me voy no importa. No quería irme sin despedirme.

—No puedes hacerlo. Padre ira a buscarte y ya sabes como las gasta.

—No te preocupes, no me encontrará. Ahora tengo que salir sin que nadie se entere.

—Pero, ¿cómo sabré si estás bien?

—Cuando pase un tiempo, te escribiré.

—Pero si no sabes escribir.

—Alguien lo hará por mí. Ahora ven a mis brazos.

Las dos hermanas se fundieron en un férreo abrazo. A Felisa le costó soltar a Abelarda.

—Nena, cuídate mucho. Te quiero.

—Te quiero Abelarda.

Tras esas palabras, Abelarda desapareció y a Felisa le embargó una terrible tristeza.

Al amanecer, cuando se percataron de que Abelarda faltaba, Nemesio interrogó a su otra hija. Felisa, sólo pudo decir que su hermana se había largado y eso le costó recibir un par de bofetones.

Nemesio intentó encontrarla y evitar la afrenta que suponía que una hija suya se hubiese fugado. Lo único que consiguió averiguar, fue que Abelarda se había ido con un desconocido. Fuera de sí, reunió a la familia y les dijo:

—Abelarda nos ha *deshonrao*. Las puertas de esta casa jamás se abrirán para ella.

Llegó el invierno y con él la poda de la vid, la recogida de la aceituna y el viaje a la capital. Para esta ocasión, Indalecio y Manuel recorrieron un camino diferente. El motivo no era otro que comprobar si era verdad lo que contaban otros que habían hecho ese mismo trayecto. Unos Kilómetros antes de llegar a Albacete, vislumbraron la colosal obra de la que tantos hablaban. Se trataba de una torre hormigón de más de sesenta y siete metros de altura con apariencia de faro, construida con el propósito de utilizarla como depósito de agua y mejorar el deficiente suministro de la ciudad. Padre e hijo se maravillaron de semejante obra arquitectónica.

—Silvio, me ha dicho que ha *costao* más de cinco millones.

Manuel lanzó un bufido imaginando qué haría él con tanto dinero.

Algo más tarde y sin perder de la vista esa mole, llegaron a la Posada y repitieron el ritual del año anterior. Visitaron la Cantina de Amancio, escucharon sus historias, al día siguiente repartieron la carga del carro y regresaron a la rutina de la aldea.

Anastasio se licenció y retomó sus quehaceres. Indalecio agradeció que hubiera dos manos

más para el pesado trabajo de llevar la hacienda. Durante meses, la familia escuchó las anécdotas, que eran muchas, del exsoldado. Sus disparos con diferentes armas, un par de viajes en un carro de combate, las largas marchas...Y cuando faltaba poco para el cumpleaños de Manuel, la comarca se revolucionó. El mismísimo Franco tenía previsto visitar la capital el treinta de abril.

Muchos se trasladaron a Albacete para ver en persona al Caudillo. Otros, como Indalecio y su familia, optaron por no ir y se dedicaron a arar, remover la tierra y eliminar de las cepas los brotes inservibles. Para ellos, el Jefe de Estado no era digno de reverencia. Ninguno de los Romano había olvidado que Lucas y Alfonsa fueron víctimas de esa guerra fratricida que él había provocado. Unos años antes tampoco se sumaron al recibimiento que la ciudad de Albacete rindió a los voluntarios de la División Azul, que regresaron del frente ruso. Detalle que no pasó desapercibido para los acólitos del régimen franquista. No obstante, no pudieron evitar escuchar el relato de la visita.

La muchedumbre, por iniciativa propia o extorsionados por otros, recibió entre vítores al Dictador. Las calles se engalanaron para la ocasión y el acontecimiento fue reproducido en el NO-DO^[1], en todas las salas de cine del país.

En los días posteriores a la ilustre visita, en los corrillos de las tabernas no se hablaba de otra cosa. Para unos era un orgullo y para otros una humillación. Inevitablemente hubo opiniones contrarias que acabaron en enfrentamientos. Indalecio tuvo que intervenir para evitar que llegaran a las manos dos jornaleros que conocía. Uno de ellos había hecho un comentario refiriéndose a la estatura del Dictador: «*Todos los recortujos tienen mala leche*», y el otro le había llamado “Rojo”. Afortunadamente la cosa no llegó a mayores y después del acaloro, se resolvió con unos chatos de vino.

Desde que Manuel supo que Felisa lo veía desde su ventana, se arriesgó un poco más. Una vez a la semana, cuando había finalizado sus tareas, se acercaba a Torreperda y la buscaba con la mirada. Sin embargo, ella no se dejaba ver. Se limitaba a esperar tras la cortina y a suspirar cada vez que vislumbraba al joven. Por el mismo motivo, ambos deseaban que el tiempo fuera deprisa y que se detuviese durante la Fiesta de la Vendimia.

Entre sueños, duros trabajos, visitas nocturnas de los maquis, escarceos de Anastasio a la capital, jornadas de caza con los señoritos, y la recogida de la uva, llegó el día ansiado.

Indalecio no prohibió a Manuel que asistiera a la fiesta, a condición de que le acompañase su hermano. Los dos celebraron la decisión de su padre.

En sendas mulas y con sus navajas, se trasladaron a Casa Aguilar. Manuel retó a su hermano a una carrera, pero era una excusa para llegar antes. La fiesta se desarrolló sin incidentes. Anastasio de aquí para allá, Manuel sin quitarle la vista a Felisa y Amelia, sin quitársela a él. Ese día, Manuel y Felisa, no pudieron hablar, sin embargo, sus ojos lo hicieron por ellos. Se dedicaron gestos y sonrisas disimuladas. Deseaban estar juntos, pero ella no había un segundo que no estuviera vigilada. Cuando el acontecimiento hubo acabado Manuel vio con tristeza como Felisa salía de la aldea. Maldijo por lo bajo. Había estado esperando todo un año y no había tenido ocasión ni siquiera de haber oído su voz.

Los hermanos se disponían a regresar a la aldea, cuando la señorita Amelia abordó a Manuel. Anastasio, se adelantó unos pasos y los dejó solos.

—Sabía que vendrías —le dijo ella—. Pero he visto que no te has divertido.

El joven lanzó un desganado gruñido.

—Si quieres, puedo ir alguna vez a tu casa y me la enseñas —añadió la joven.

—No hay mucho que ver. Tu casa es cien veces mejor que la mía.

Amelia miró hacia el interior.

—Aquí hay mucho trabajo y yo podría conseguir que trabajases para mi padre —dejó caer.

—Yo ya tengo trabajo. Mi padre no puede prescindir de mí —arguyó.

—¿Sabes una cosa? Yo siempre consigo lo que quiero.

Manuel hizo como si no la hubiera escuchado.

—Mi hermano me espera.

Ella lo miró a los ojos, le acarició la mejilla mostrando una irónica sonrisa y se encaminó hacia el interior.

Fue inevitable que Anastasio le interrogara a su hermano mientras recorrían el camino de vuelta.

—¿No me digas que no te gusta?

—Déjame — se quejó Manuel.

—Dos chicas y a cual más guapa —insistió Anastasio—. Si yo tuviera que elegir, me quedaría con la señorita Amelia.

Manuel no quiso seguirle la corriente.

El inexorable tiempo no se detenía y tras un frío invierno, llegó la primavera. Un día, después de una larga jornada arando en los viñedos, Manuel y Anastasio hacían el camino de regreso en el carro, cuando se cruzaron con el carruaje de Amelia. El capataz los saludó llevándose la mano a la gorra y ella, en silencio, los siguió con la mirada. La duda de qué hacían en los terrenos de Las Bichas quedó resuelta en cuanto cruzaron el umbral. Indalecio y Gregoria les salieron al paso.

—Manuel tengo una buena noticia para ti —anunció su padre.

La alegría que manifestaban su padre y su hermana le produjo cierta incertidumbre.

—Aguilar quiere que trabajes para él —resolvió Gregoria.

—Pero yo no quiero —replicó Manuel.

Anastasio lo miró sorprendido.

—No puedes negarte —insistió Indalecio—. He *hablao* con el capataz y me ha dicho que no es en el campo. Harás para el señor unos *recaos* y no tendrás que dejarnos.

—¿Por qué no va Anastasio?

—Porque Aguilar te quiere a ti.

—¿Y qué pasa con don Justo?

—Ya me apañaré yo con él.

A Manuel no se le escapaba que esa propuesta había salido de Amelia y no le gustaba que jugasen con él. Pero se quedó sin argumentos ante la insistencia de su padre y sus hermanos. Y así, dos días más tarde, se presentaba en Casa Aguilar.

Tal y como sospechaba, su trabajo no era nada especial. El capataz se encargó de transmitirle las órdenes del amo. Su única obligación consistía en conducir el carruaje de paseo, trasladar a Amelia a Quintanar o a cualquier otra parte, esperar y luego llevarla a Casa Aguilar. Los primeros días, los acompañó el capataz, pero a partir de ahí, los trayectos los hacían solos. Amelia, estaba a punto de cumplir los diecinueve y Manuel era ya todo un hombre. El señor Aguilar confiaba en él, pero aun así le advirtió que se limitase a su trabajo y que cumpliera las órdenes de su hija sin rechistar.

Ella era más despierta que la mayoría de las jóvenes de la Comarca, había asistido a la

escuela, se vestía de manera diferente, había viajado, era hija de un hombre adinerado y bien relacionado, era rabiosamente atractiva, y todo eso, lo empleaba para engatusar a Manuel. Pero él se resistía. Intentaba mantenerse en silencio o contestar si o no.

—Presiento que estás enfadado conmigo y no sé el porqué —le comentó ella un día.

—No es por usted señorita, es...

—Te he dicho mil veces que me llames Amelia —le interrumpió.

—Lo siento...señorita Amelia.

—Eres terco como una mula. No ves que quiero que seamos amigos.

—Mi padre dice que un hombre y una mujer no pueden ser amigos.

Ella lo dejó por imposible. Siempre que intentaba entablar una conversación distendida, él la hablaba con excesivo respeto, cambiaba de tema o se mantenía en silencio, y eso la sacaba de quicio.

Manuel se limitaba a cumplir los encargos, sin prestarle demasiada atención a Amelia. En el fondo la temía. Aunque desconocía lo que quería de él, le inquietaba que ella consiguiera siempre lo que se proponía. Por el contrario, Anastasio tenía muy claro que a la señorita Aguilar le gustaba su hermano y no lo callaba.

—¿Quién estuviera en tu lugar? La chica más guapa y rica de la comarca va tras de ti y tu la rechazas —murmuró Anastasio durante la comida.

—Eso no es cierto —replicó Manuel.

En un momento entablaron una discusión a la que puso fin Indalecio.

—¡Callaos los dos! Sois hombres y parecéis dos mujerzuelas. Acabad de comer y ayudar a vuestra hermana.

Ninguno replicó.

Pese a todo para Manuel, a falta de amigos, su hermano era su confidente. Aunque casi siempre tenían opiniones diferentes y acababan discutiendo, compartían algunos secretos. Anastasio le confesó a su hermano, que sus idas y venidas a la capital, eran para visitar el Alto de la Villa, el barrio de prostitutas de Albacete y le explicaba con todo tipo de detalles lo que buscaba allí. Y Manuel compartió con él, que al acabar los encargos de Casa Aguilar, antes de regresar a la aldea, se paseaba por las cercanías a Torreperda y lanzaba un saludo a la nada, esperando que Felisa lo recibiese.

—Si padre se entera, te dará una paliza.

Pero a pesar de las advertencias de su hermano, Manuel continuó desviándose en su camino. Así fue pasando el tiempo, llegó la vendimia y la fiesta en Casa Aguilar. En esta ocasión Manuel acudió solo y fue la segunda vez que compartió mesa con la familia de Amelia. A la mayoría de invitados les sorprendió, ya que anteriormente nadie había tenido ese privilegio. Esa circunstancia provocó algunas habladurías. Sin embargo, a Manuel lo único que le importaba era que vería de nuevo a Felisa. Y como era de esperar, la joven acudió con su familia.

Como en la vez anterior, el anfitrión y sus íntimos hablaban de temas irrelevantes para Manuel. Nadie mencionaba si la cosecha había ido bien o mal, ni que el trabajo en el campo empezaba a escasear y que algunos jóvenes se planteaban abandonar aldeas y pueblos para buscar una vida mejor lejos de allí, incluso en el extranjero. Unos maldecían que el equipo de fútbol de la capital había sido descalificado cuando tenía muchas posibilidades de acceder a la segunda división. Los aficionados al toreo, estaban de luto por la reciente muerte del maestro Manolete. Otros presagiaban un escarmiento ejemplar para los responsables de las explosiones de los Polvorines

de Alcalá de Henares, supuestamente perpetrados por jóvenes militantes de PCE^[2] y de las JSU^[3].

Ajeno a las conversaciones, Manuel concentraba su atención en Felisa. Durante la celebración, ni ella ni él cesaron de dedicarse miradas furtivas. Detalle que no pasó desapercibido para Amelia y que la inundó de rabia.

Cuando comenzó el baile, Manuel evitó a Amelia y se escabulló entre la gente. Algunos lo saludaban y otros se preocupaban por su familia.

—¿No ha venido tu padre?

—Gregoria, ¿sigue soltera?

—¿Qué tal le fue la mili a Anastasio?

Manuel cruzó unas cuantas palabras con ellos y se ocultó tras una tinaja. Felisa estaba a unos pocos metros de él, pero era como si estuviera al otro lado del Mundo. Cuando el sol se ocultó y la fiesta estaba próxima a finalizar, le hizo una seña señalándole la puerta, y ella asintió. El joven se dirigió al exterior y esperó nervioso. Unos minutos más tarde, Felisa apareció.

—¿Has venido? —exclamó Manuel.

—Mi padre y mis hermanos ya han bebido bastante y he podido despistarlos.

Desde el interior llegaba la melodía de la Zarzamora, interpretada a su modo por los músicos.

—Me alegro de que estés aquí.

—Y yo —apostilló ella.

Por unos segundos no supieron que decir.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió Felisa.

—Podemos bailar. Ya somos mayores.

En el rostro de Felisa se dibujó una mueca de satisfacción. Se acercó a él y le ofreció su mano. Manuel la apretó con la suya y con la otra la agarró por la cintura. Con movimientos torpes intentaron imitar a las parejas que bailaban en el interior. Dieron unos pocos pasos, se pisaron y trastabillaron hasta pegar contra la pared. La situación les produjo risa, hasta que se percataron de que estaban abrazados y sus rostros a unos centímetros. Pero si querían que sucediese algo, no pasó. Todo se precipitó al escuchar una voz que reclamaba.

—¿Felisa?

—Estoy aquí —respondió una vez que Manuel se hubo escondido tras un carro.

Sus dos hermanos cruzaron el umbral.

—¿Por qué has salido sola? —le recriminó Zenón.

—No me encontraba bien.

—Vamos *pa' dentro* —ordenó su hermano sin dejar de escrutar a la oscuridad.

Felisa y sus dos hermanos accedieron al patio y Manuel suspiró. Pero cuando se disponía a desatar su mula, unos sonidos tras él le provocaron un respingo.

—Que escena más enternecedora —dijo Amelia a la vez que surgía de la oscuridad dando unas palmaditas.

—Me ha *asustao* señorita.

—He visto que ni tú ni esa aldeana sabéis bailar. Si quieres, yo puedo enseñarte.

—Lo siento, pero ya me iba.

Amelia arrugó su rostro.

—¿Por qué siempre me esquivas? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Sin responder, Manuel subió a su mula, le dio en el lomo con las riendas y el animal comenzó a moverse.

—¡Eres un cobarde! Por eso te escondes de los Molina —masculló Amelia.

Manuel se alejó intentando que no le afectaran esos improperios y que la señorita Aguilar no le fastidiase el día. Aunque había sido por unos segundos, había tenido a Felisa entre sus brazos y eso era suficiente para él.

Capítulo 8

Dos días después de la fiesta, Manuel acudió a Casa Aguilar para llevar a Amelia a Quintanar. En esa ocasión ella se mantuvo en silencio. Se limitó a saludarlo con un movimiento de cabeza. Él lo agradeció. Como acostumbraba, dirigió el carruaje hacia la casa de una modista que le estaba haciendo un vestido. Pero antes de llegar se encontraron con el capataz en la puerta de un almacén, con un camión preparado para cargar unos cuantos sacos de suministros.

—¡Buenos días señorita! —saludó el capataz despojándose de la gorra en gesto de respeto.

Amelia le saludó y pidió a Manuel que detuviera el carruaje.

—¿Qué estás esperando? —le preguntó al capataz.

—A que vengan unos cuantos hombres para cargar el camión.

—No es necesario. Manuel lo hará.

—Perdone señorita, pero son cuarenta sacos de cincuenta kilos —repuso el capataz.

—¿Te atreves a contradecir mis órdenes? —replicó ella con vehemencia.

El capataz inclinó la cabeza y miró a Manuel de reojo.

—Ya me has oído —dijo ella.

Manuel la miró y desvió la mirada hacia los sacos.

—Eso no es mi obligación —se quejó.

—Tu obligación es hacer lo que yo te mande. Ahora veremos si eres un hombre o un gallina.

Manuel apretó los puños y saltó al suelo. Sin dejar de mirarla empezó a cargar los sacos, a recorrer el espacio que le separaba, a subir por unos tablones y a depositarlos en el camión. Ella disfrutaba al verlo sudar y con la respiración agitada. La carga era mucha para un solo hombre y estaba convencida de que le fallarían las fuerzas. Pero se equivocó.

—Ya he *terminao* —le dijo Manuel tras dejar el último saco.

Amelia vaciló un instante, pero al segundo siguiente dio otra muestra de su perversidad.

—Vuelve a dejarlos donde estaban.

El capataz iba a decir algo, pero la mirada de la señorita lo intimidó.

Manuel aceptó el reto. Se despojó de la camisa y uno a uno fue sacándolos del camión, para depositarlos en el lugar de origen. Algunos curiosos, atraídos por el esfuerzo del joven se detuvieron para ver en qué quedaba la cosa. En el rostro de Amelia apareció una malévola sonrisa cuando después de cargar unos cuantos sacos, Manuel se tambaleó en los tablones. Sin embargo, pudo mantenerse en pie y el saco no se le cayó.

Cuando el joven acabó y la miró desafiante, a ella le invadió una sensación de malestar.

—Vámonos de aquí —dijo rabiosa.

Ese día, Manuel no ayudó a su familia y les ocultó el incidente. No obstante, su situación empezaba a agobiarle. Sus sueños los veía lejanos y a no ser por Felisa, se habría alistado en el ejército. Una noche su hermano percibió ese desasosiego.

—¿Qué te pasa? No paras de dar vueltas en la cama.

—No estoy a gusto —repuso Manuel.

—¿Es por Felisa o Amelia?

—No es por eso. Es por la vida que llevamos. Trabajar y más trabajar, ¿y para qué?

—No podemos quejarnos. Trabajamos, tenemos un techo...

—Pero nada de esto será nunca nuestro —no le dejó acabar—. Somos sirvientes y por mucho que hagamos siempre tendremos un amo.

—Así es la vida hermano. Todo el mundo trabaja para alguien.

—Yo quiero otra cosa. Algún día otros trabajaran para mí, mis hijos irán a la escuela y no tendrán que servir a nadie.

—Manuel vas muy deprisa. No sabes si tendrás hijos ni si te casaras. Deja que pase el tiempo y que venga lo que tenga que venir.

Manuel no era como su hermano. Anastasio carecía de sueños y se conformaba y disfrutaba con la vida que le había tocado. Sin embargo, él imaginaba una vida lejos de Las Bichas y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por conseguirlo. Pero cuando se despertaba y salía de su cuarto, otra vez se enfrentaba a la realidad.

Una tarde, después de dejar a Amelia en Casa Aguilar, se desvió de su camino y se acercó a Torreperda. Para variar, Felisa se asomó a la ventana y lo llamó.

—Manuel espera.

Con algo de temor, el joven se acercó a la entrada y ella apareció.

—Mi padre y mis hermanos están en el campo. Si quieres puedes llevarme en la mula.

Manuel no se lo creía. Ella estaba ahí y le pedía que la llevara en la mula. Cuando se apeó para ayudarla a subir, se percató que bajo el umbral había alguien observándoles. Era un joven corpulento, que los miraba con la cabeza ladeada a un lado y frotándose las manos. Él se puso en guardia.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella—. Es mi chache^[4] Agustín.

Manuel había oído hablar de él, pero no lo había visto nunca. Sabía que era mellizo de Felisa y que había nacido con un retraso que le impedía hablar y relacionarse.

—Agustín espérame aquí —le dijo ella.

El joven se acercó cabizbajo, acarició a la mula a la vez que emitía los únicos sonidos que pronunciaba.

—Vayaya, vayaya...

Felisa le besó en la mejilla.

—No tardaré mucho.

El joven se retiró unos pasos y no dejó de observarlos.

Sin perder más tiempo, Manuel ayudó a Felisa a subir a la grupa de la mula, y él se colocó delante. Cuando iniciaron la marcha, sintió como ella le rodeaba con sus brazos por la cintura y un escalofrío recorrió su cuerpo. En silencio y a trote lento, cabalgaron entre los viñedos y después de un corto paseo se detuvieron en un lugar conocido por la Fuente del Parador. Ese era un bello paraje en medio de la llanura, ubicado en los límites de las propiedades de Las Bichas y Torreperda. Su nombre se debía a que en otro tiempo los viajeros que transitaban por esos lares, detenían su marcha para cargar agua o para que bebieran las caballerizas. El agua que manaba de entre unas piedras, llenaba unos abrevaderos y luego la sobrante recorría un pequeño trecho y acababa formando una charca. La hierba crecía alrededor formando un tupido manto ensombrecido por unos cuantos árboles frondosos.

Mientras la mula bebía, Manuel y Felisa se acomodaron en el verdín. Durante unos minutos ninguno dijo nada, pero era evidente que ambos habían soñado con ese momento. Fue ella quien rompió el hielo.

—Mi familia dice que eres raro y que no me puedo fiar de ti.

—¿Por qué?

—Porque eres de Las Bichas y porque no tienes amigos.

—Bueno... —titubeó Manuel — Tengo a mi padre y a mis hermanos.

—Y a la señorita Amelia —añadió Felisa.

—No, ella no es mi amiga. Trabajo para su padre, nada más —enfaticó la última parte.

—Pues por ahí dicen que sois novios.

—¡Que sabrán ellos!

—Yo sé que no lo sois.

Manuel agradeció oír esas palabras.

—Yo... a mí me gustas tú —se atrevió a decir provocando que Felisa se sonrojara.

Él esperaba algo parecido, pero ella cambió de tema.

—¿Es verdad que un tío de tu padre fue bandolero?

Manuel asintió algo desilusionado.

—Le apodaban “el Mantorro”, pero se llamaba Lucas, igual que mi hermano el que murió en la guerra.

Tras esas palabras hubo un largo silencio. A ninguno de los dos se les escapaba que una de las murallas que había entre ellos, eran las trágicas muertes de sus hermanos Juan y Desiderio. Pero no lo mencionaron.

—¿Por qué se odian tanto tu padre y el mío? —inquirió ella.

—No lo sé. Mi padre no habla nunca de eso, pero he oído a los jornaleros que algo les pasó cuando eran jóvenes. Lo malo es que nos arrastran a nosotros.

—Yo no te odio.

—Pero si lo hacen tus hermanos y yo no les he hecho nada.

—¡Uff! Si se enteran que estoy contigo, son capaces de matarte y mi padre me mata a mí.

En ese momento sus manos se rozaron. Manuel agarró con ternura la mano de Felisa.

—Don Antonio, mi maestro, decía que el odio engendra violencia y cuando se desata, las heridas que produce son difíciles de sanar.

Felisa apretó su mano y murmuró:

—Nosotros no nos odiamos nunca, ¿verdad?

—Eso no ocurrirá jamás —repuso Manuel con vehemencia.

—Tú también me gustas —dijo ella al fin.

Esta vez fueron las mejillas de Manuel las que se sonrojaron.

—¿Y ahora qué pasará? —insistió ella.

—Creo que somos novios.

—¿Dos primos pueden ser novios?

Manuel tardó en responder ya que no se había planteado esa cuestión.

—En realidad, no lo somos. Son nuestros padres.

Sin darse cuenta empezaron a hablar de ellos, de sus familias y de lo que se perdían por las diferencias entre los Romano y los Molina. Manuel le contó que había acompañado a su padre a la capital en un par de ocasiones y le describió con todo tipo de detalles lo que había visto; un edificio de más de dos plantas, hombres y mujeres con sus elegantes vestiduras, automóviles, el Deposito del Agua, un parque por donde paseaba la gente...

Felisa escuchaba fascinada. Ella nunca se había alejado de Torreperda o las poblaciones cercanas. Nemesio, su padre, opinaba que la capital no era para las mujeres del campo. Según él, su destino estaba allí, en esas tierras. Allí encontraría marido y luego se dedicaría en exclusiva a él y a sus hijos. Sin embargo, Felisa por lo poco que sabía de la vida y los matrimonios que conocía, no le parecía eso un buen futuro. No pudo evitar hablar de su hermana, de la que no sabía

nada, y de su escapada. Manuel evitó decirle que se rumoreaba que el hombre con el que se escapó la había abandonado y que la habían visto en el Alto de la Villa, el barrio de prostitutas.

Conforme hablaban y se conocían comprobaban sus diferencias y afinidades y las de sus familias. Sus hermanos mayores habían estado en la guerra. El de Manuel murió en combate y de Felisa, después de estar en el frente defendiendo la bandera Republicana, desertó y se pasó al bando Nacional. Ambos habían nacido en una aldea, sabían leer y escribir y sobre todo les gustaba estar juntos.

Conversando el tiempo pasó rápidamente, pese a que ellos hubieran deseado que se detuviera.

—Tengo que regresar —dijo ella.

Manuel lamentó que ese momento acabase.

—¿Podemos vernos otro día?

Felisa no se lo pensó.

—Cuando no estén mi padre y mis hermanos, dejaré una maceta en mi ventana y podré ir contigo.

A Manuel se le encendió la mirada. Se pusieron en pie y antes de que él la ayudara a subir a la mula le dijo:

. —Ahora que somos novios, ¿nos podemos dar un beso?

Felisa se mantuvo en silencio sin retirar su mirada del rostro de Manuel. Sus cabezas se acercaron y sus labios se rozaron levemente. Luego recorrieron el trayecto de regreso.

Al llegar a Torreperda, Agustín estaba esperando a su hermana. Ella descendió de la mula, saludó con la mano y junto a su hermano, se introdujo en la aldea.

Ese día sería imborrable en su memoria. Manuel y Felisa por fin habían estado solos sin que sus respectivas familias se opusieran. Aunque ambos sabían que a partir de ese momento les quedaba un largo camino lleno de obstáculos.

Capítulo 9

No corrían buenos tiempos para los maquis. La represión franquista se cebó con ellos. Después del descalabro en el Valle de Aran, los que no pudieron o no quisieron huir a Francia o a Marruecos y permanecieron en el monte, eran hostigados y se convirtieron en trofeos de caza. Por toda la geografía española fueron exterminados muchos integrantes de las partidas o grupos guerrilleros, otros arrestados, aunque en muchos casos supuso igualmente su muerte aparándose las fuerzas de orden en “la Ley de Fugas”. La ayuda que recibían de las zonas rurales fue disminuyendo, la mayoría de sus colaboradores fueron descubiertos y muchos sospechosos de colaborar con los maquis sufrieron encarcelación y torturas. Eso fue desgastando la moral de la guerrilla. Sin embargo, Indalecio seguía ayudando a los pocos que tenían el atrevimiento de abandonar su cobijo y llegar a Las Bichas. Para sus hijos, hacía tiempo que no era un secreto y ellos mismos ayudaban a su padre a empaquetar el producto de la matanza, a dejar unas hogazas de pan, un poco de queso, frutos y alguna barrica de vino en el establo, para que al abrigo de la oscuridad, los maquis lo recogieran.

Una de esas noches los Romano vivieron unos momentos de tensión; tal vez los peores. La jornada había sido larga y al oscurecer, se encontraban tomando la última comida del día, cuando alguien llamó a su puerta. Manuel fue a comprobar quién golpeaba con tanta insistencia y al abrir se encontró con dos hombres, uno de ellos intentaba contener la sangre que brotaba de una herida en el estómago.

—¡Padre! —gritó.

Indalecio acudió presto y reconoció a uno de ellos.

—¡Por Dios Pelao! ¿Qué os ha sucedido?

—La Guardia Civil nos viene pisando los talones. Necesitamos refugio.

Para Indalecio lo más fácil habría sido negarles su ayuda y no exponer a su familia, pero no se lo pensó.

—Acompañadme.

Anastasio y Manuel ayudaron al herido a llegar al establo, mientras Gregoria iluminaba el camino con un candil.

—Ocultaos bajo la paja —les indicó Indalecio.

Cuando los maquis estuvieron cubiertos por la paja, la familia regresó a la casa y continuaron con la cena. Unos minutos más tarde escucharon el sonido de cascos de caballos y otra vez golpearon su puerta.

—Abrid a la Guardia Civil.

Indalecio pidió a sus hijos que no se movieran y abrió la puerta.

—Buenas noches cabo. ¿Qué le trae...? —empezaba a decir cuando el cabo lo retiró de un empujón.

—Registrad la casa —ordenó a sus hombres.

Manuel, Anastasio y Gregoria, no se movieron entre tanto los de la benemérita entraban y salían de las habitaciones.

—¿Me puede decir qué pasa? —inquirió Indalecio.

—Venimos siguiendo a unos delincuentes.

—¿Y cree que están aquí?

—No pueden andar muy lejos. Uno de ellos está herido y necesitan ayuda.

En ese momento, Indalecio se percató de que a unos centímetros de las botas del cabo había una mancha de sangre.

—Le doy mi palabra de que por aquí no ha *pasao* nadie —dijo avanzando un paso y cubriendo con su pie la mancha.

—Eso lo veremos —replicó el cabo.

Unos minutos más tarde los guardias aparecieron negando con su cabeza.

—Buscad fuera.

Iluminados por farolillos, fueron registrando las otras dependencias.

—Aquí hay un montón de bártulos —se quejó el que entró en el lugar donde elaboraban el vino y el aceite.

Los otros, se limitaron a abrir las puertas y echar un vistazo por encima. Cuando le tocó el turno al establo, Indalecio se estremeció.

—Aquí no hay nadie.

El cabo miró por encima del hombro del guardia y le hizo un gesto. Éste desenfundó su pistola y vació el cargador disparando contra la paja. Manuel, Anastasio y Gregoria salieron alarmados. Indalecio había entrado en el establo para tranquilizar a las mulas y se temieron lo peor. Suspiraron cuando lo vieron salir.

El cabo recorrió la aldea con la mirada y tras unos interminables minutos ordenó a sus hombres seguir con la búsqueda. Les reconfortó oír como la partida de la Guardia Civil se alejaba.

Sin perder ni un segundo, retiraron la paja esperando encontrarse a dos cadáveres. Casi sin creérselo ahí estaban el Pelao y su compañero abrazados ocupando un espacio diminuto y milagrosamente con vida. Ningún proyectil había impactado en sus cuerpos.

—Anastasio, sal fuera y avisa si viene alguien —indicó Indalecio.

El resto trasladó al herido al interior de la casa.

—No sé cómo agradecer lo que hacéis por nosotros —murmuró el Pelao.

—Hay que mirar esa herida —advirtió Indalecio.

Tal y como imaginaban, la herida era de un balazo.

—No tiene muy buena pinta —murmuró Indalecio.

Entre Gregoria y su padre, limpiaron la herida y vendaron el cuerpo; no podían hacer más.

—¿Dónde está el resto del grupo? —le preguntó Indalecio al Pelao.

—A salvo. Nosotros hemos *despistao* a los civiles, pero no nos será difícil encontrarlos.

—Este hombre no aguantará mucho.

—No te preocupes Indalecio. Cuando lleguemos al campamento lo curaremos. Tú ya has hecho bastante. Ahora tenemos que irnos. No quiero que tu familia tenga problemas.

Indalecio sabía que allí no podían permanecer por más tiempo y no se opuso. Los acompañó a la salida y Anastasio les informó de que tenían el camino libre.

El Pelao apretó la mano de Indalecio.

—Muchas gracias amigo —le dijo y con su compañero colgado de su hombro se perdieron en la oscuridad.

—Padre, ¿vivirá ese hombre? —inquirió Manuel.

—No lo sé hijo.

Esa noche la familia Romano había estado más unida que nunca. Cuando se retiraron a dormir, escucharon caballos, pero la Guardia Civil fracasó en su empeño de capturar o matar a los maquis. Unos días más tarde el incidente dejó de acaparar sus comentarios.

Mientras su familia se sumía en la rutina, Manuel vivía un ajetreo continuo. Después del primer encuentro a solas con Felisa, vinieron otros. Cada vez que veía una maceta en el alfeizar de la ventana, su corazón se aceleraba. Cabalgaban hasta la Fuente del Parador y allí, soñaban con el futuro. Pero eran eso, sueños. Aunque evitaban mencionarlo, ambos sabían las dificultades que acarrearía esa relación. Por eso aprovechaban al máximo los pocos minutos que disponían para ellos. Se prometieron amor eterno y allí escondían sus tímidos besos y sus caricias.

Manuel atendía sus obligaciones en la hacienda, acudía a Casa Aguilar un par de días a la semana, acompañaba a la señorita Amelia y esquivaba sus insinuaciones, cada vez más directas.

—¿Has pensado alguna vez en el futuro? —le preguntó en una ocasión.

—Muchas veces señorita.

—¿Y que ves?

—Que estoy lejos de aquí.

—¿También de mí?

—No señorita —respondió.

Y no mintió. Aunque le deseaba otra cosa, al finalizar sus ensoñaciones, siempre acababa en Las Bichas. Era como si estuviese encadenado a esa tierra, a su familia, a Amelia... Por más que quisiera que el tiempo corriera, el reloj parecía detenerse.

Por ese tiempo, corrió por la comarca la noticia de que Abelarda, la hermana mayor de Felisa, había dejado el Alto de la Villa y especulaban que estaba en Madrid. En las tabernas, algunos aseguraban haber yacido con ella. Para Nemesio fue un batacazo el enterarse de que una de su sangre se prostituía. A quién tuvo el atrevimiento de decírselo, le asestó un garrotazo y sus hijos se peleaban a la mínima insinuación. El patriarca de los Molina, prohibió a su familia que se mencionara el nombre de Abelarda en su presencia.

Todo esto afectó a Felisa. Sobre todo cuando su padre le dijo:

—Ningún hombre se fijara en la hermana de una puta.

Ella estuvo a punto de decirle que ya había encontrado al hombre de su vida, pero no lo hizo para no recibir una paliza.

Ese año estuvo lleno de acontecimientos. Uno de ellos alteró el mundo de los Romano. Como ya era habitual, Manuel acompañó a un grupo de cazadores. La jornada fue buena y se consiguieron muchas piezas. Todos excepto uno llamado Mariano, había cobrado alguna pieza. El tal Mariano, era un señorito de la población cercana de la Roda. Tenía cerca de cuarenta años y era viudo, de ademanes correctos, y excesivamente respetuoso. Cuando conoció a Gregoria se quedó prendado de ella y durante la jornada de caza, interrogó a su hermano.

—¿Oye Manuel! ¿Tu hermana tiene novio?

—No, ¿por qué?

—Por curiosidad.

Entre pregunta y pregunta, salían piezas que se le escapaban al señorito Mariano y que eran abatidas por Manuel.

De regreso a la aldea, Gregoria tenía preparada la comida para el grupo de cazadores. A Manuel no se le pasó por alto el que ese día se había esmerado, ni que los dos se buscaban con la mirada.

Cuando a los pocos días Mariano regresó a Las Bichas en su flamante automóvil, con la intención de verla otra vez, Indalecio desconfió; « ¿Cómo un señorito se podría fijar en una chica del campo? », se preguntó. Sin embargo, sus intenciones eran buenas y a las pocas semanas no era

extraño verlo aparecer y dar un paseo con Gregoria, que por fin había encontrado a su Príncipe Azul.

La felicidad que embargaba a Gregoria era compartida por el resto de la familia. Manuel, en cierto modo la envidiaba. Su hermana y Mariano tenían todo a su favor, sin que nadie se interpusiera en sus planes. Así se lo transmitió a Felisa y ella se alegró.

—Es muy bonito. Gregoria se merece ser feliz.

Pero ese día, a su regreso a Torreperda, Zenón estaba en la puerta y vio a su hermana apearse de la grupa de la mula de su peor enemigo. Cuando Felisa se aproximó a la puerta, la agarró del brazo y la zarandeó. Manuel saltó de la mula y fue hacia él.

—Déjalo y vete —le aconsejó ella para evitar un mal mayor.

—Ni se te ocurra hacerle daño —le advirtió Manuel a Zenón con mirada amenazadora.

Los dos hermanos cruzaron el umbral y Manuel se fue rabiando. Los habían pillado y temió que Nemesio castigara a Felisa. Y no se equivocaba. En cuanto Zenón le dijo a su padre que su hermana había estado con Manuel, éste se enfureció

—¿Qué juego te traes con el Manuel? —escupió.

Ella entre avergonzada y temerosa le respondió:

—No es ningún juego. Yo le quiero —repuso con firmeza.

Nemesio se carcajeó, contagiando a sus hijos.

—¿Así que lo quieres? ¿Cómo lo sabes si no has conocido a otro?

—No necesito conocer a nadie más. Estoy segura de lo que siento.

Nemesio se dirigió a su esposa.

—¿Tú sabías que se veía con el Manuel?

La mujer, atemorizada, se mantuvo en silencio.

—Sois todas iguales —masculló Nemesio.

Felisa no perdía la esperanza esperando que su padre la comprendiera. Cosa difícil, ya que no recordaba haber visto una muestra de afecto hacia ella, su hermana, su hermano Agustín o su madre. Sólo demostraba apego hacia sus otros hermanos, con los que trabajaba la tierra, salía a cazar, bebía y jugaba a las cartas.

—Padre, Manuel y yo...

Nemesio no le dejó terminar la frase. Se lo impidió propinándole un bofetón.

—Eres otra puta como tu hermana —masculló.

Felisa corrió sollozando a su cuarto y su hermano Agustín tras ella, intentando a su modo, consolarla.

Al mismo tiempo, cuando Manuel llegó a Las Bichas, no tuvo más remedio que sincerarse con su padre y sus hermanos.

—Hace tiempo que me veo a escondidas con Felisa. Sé que os parecerá extraño, pero la quiero.

Su padre intentó asimilar esas palabras, Anastasio se mantuvo en silencio, y Gregoria abrazó a su hermano.

—Mal presagio son tus amores —murmuró Indalecio.

—Padre, yo sé que me casaré con ella —repitió Manuel por enésima vez.

Los tres hermanos esperaron la reprimenda, pero Indalecio los sorprendió.

—Hijo, los Romano estamos *acostumbraos* a superar la adversidad, por muy dura que sea. Desde hace años te escuchamos la misma cantinela y hasta hoy pensaba que eran tonterías de chaval. Pero ya eres un hombre. Por mi parte no vas a encontrar oposición y no voy a advertirte de

lo que puede suceder. Tú sabrás lo que debes hacer.

Después de escuchar a su padre, Manuel estaba en una encrucijada. No albergaba duda alguna de lo que sentía por Felisa, pero tampoco quería que eso agravara las delicadas relaciones con los Molina. Lo que desconocía en ese momento, era que Indalecio pensó que si su hijo y la hija de Nemesio se querían, podría emplearlo para limar asperezas.

Capítulo 10

Hacía semanas que Manuel no veía la maceta en el alfeizar, pero albergaba esperanzas de encontrarse con Felisa en la Fiesta de la Vendimia. Celebración a la que acudió con su hermano y a la que no asistió ninguno de los Molina. Mientras su hermano conversaba con algún conocido y apuraba unos cuantos vasos de vino, Manuel no se despegó de la puerta. Más tarde, durante la comida, esquivó las miradas y sonrisas que Amelia le dedicaba. Conforme pasaba el tiempo y ella no aparecía, maldecía por lo bajo a Nemesio y toda su parentela. Al no verla su ánimo decayó y antes de comenzar el baile, evitando los envites de Amelia se marchó con su hermano.

—¿Estás *cabreao*? —le preguntó Anastasio.

—Estoy dolido. Felisa no ha venido. Su padre es un cabrón. ¡Me cago en sus muertos pisoteaos!

Nemesio se sorprendió. No era habitual escuchar esas palabras en boca de su hermano.

—Paciencia Manuel. Todo se andará.

Al cabo de dos días, Manuel acudió de nuevo a Casa Aguilar para recoger a la señorita Amelia y acompañarla a Quintanar.

—¿Por qué te marchaste tan pronto? —le preguntó ella con tono de reproche.

—No me estaba divirtiendo.

—¡Claro! Te pasaste todo el día mirando a la puerta. Si fueras listo no perderías el tiempo. Felisa no es para ti.

Manuel se mordió el labio para no replicar y no habló en el resto del trayecto.

Al llegar al pueblo ella se apeó y se introdujo en la casa de la modista. Como siempre, él esperó en el pescante y cuando llevaba un rato, contempló a dos fornidos forasteros que salían a trompicones de la taberna. Los desconocidos se reían a carcajadas y empezaron a caminar por el otro lado de la calle. La casualidad propició que Amelia, al salir al exterior portando un paquete, se tropezara con uno de ellos y se le cayera de las manos. Uno de los forasteros, se despojó de la gorra e hizo una fingida reverencia. El otro recogió el paquete.

—Perdón —se excusó Amelia—. Por favor me da mi vestido.

—Seguro que te sienta de maravilla —repuso el que lo había recogido.

El otro se plantó frente a ella, haciendo gestos obscenos con la lengua.

Desde el otro lado de la calle, Manuel no escuchó las veces que Amelia les rogó que le dieran el vestido, pero cuando divisó como ellos se lo pasaban de uno a otro y se mofaban de ella no aguantó. Soltó las riendas, se apeó y se encaminó hacia los forasteros. Al llegar se plantó a unos centímetros de ellos.

—¿Por qué no le devuelven el paquete? —preguntó en tono amenazante.

—Uyuyuy, lo que tenemos aquí. Un gallito —dijo tono socarrón en que llevaba el paquete.

—¿Es tu novia? —añadió el otro.

—No, no es mi novia, pero eso no es suyo —aseveró alargando la mano para agarrar el paquete.

El individuo se lo impidió cediéndoselo a su amigo.

—Entonces lárgate —replicó empujándole.

Manuel apretó los puños y Amelia se retiró unos pasos temiéndose lo que iba a ocurrir. El otro forastero le asestó un manotazo en la nuca a la vez que lanzaba el paquete. Manuel se giró y no pudo evitar que el que quedó a su espalda le propinara un puñetazo en el costado. El joven se

encaró con él y le devolvió el golpe. En un instante se desencadenó una pelea en la que los tres rodaron por el suelo lanzando puñetazos a diestro y siniestro. Amelia gritó pidiendo ayuda y cuando unos lugareños intervinieron, Manuel y los otros mostraban sus rostros amoratados y sus cuerpos doloridos. Los forasteros ante tal avalancha que se les vino encima, huyeron profiriendo toda clase de improperios.

El joven, recogió el paquete del suelo y se lo entregó a Amelia.

—Que miedo he pasado —reconoció ella—. Gracias por defenderme.

Amelia le besó en la mejilla y con un pañuelo le secó la sangre que le brotaba por la nariz.

—No ha sido nada —repuso él quitándose importancia.

De regreso a Casa Aguilar, Amelia estaba excitada. No cesaba de hablar y de alabar lo que para ella era una hazaña. Por el contrario, Manuel se mantenía en silencio aguantando una exclamación de dolor, cada vez que el carruaje traqueteaba en los baches.

Cuando llegaron, ella corrió al interior de la casa y él se ocupó de despojar al caballo de los arreos, meterlo en el establo y sacar su mula. Al salir, el señor Aguilar fue a su encuentro.

—Mi hija me ha contado lo que has hecho por ella y no sé cómo agradeceréte.

—Otro en mi lugar habría hecho lo mismo.

—Pero has sido tú. Si quieres puedo encontrarte algo fijo en mi casa.

—No se lo tome a mal, pero en Las Bichas hay mucho trabajo y allí hago más falta que aquí.

De todos modos se lo agradezco.

—Como quieras, pero si cambias de idea, comunícamelo.

Aguilar le dio unas palmaditas en la espalda y retornó a la casa.

Amelia estaba esperando en la puerta. Había oído todo y no le parecía bien que Manuel no hubiera aceptado el trabajo.

—¿Por qué le has dicho no a mi padre?

—Ya lo has oído. En mi casa me necesitan.

—Deberías aceptar. El capataz es viejo y yo puedo conseguir que el puesto sea tuyo.

—No me cabe la menor duda de que lo conseguirías, pero no puedo aceptar.

El entusiasmo de Amelia, se tornó en enfado y sin despedirse, dio media vuelta y se largó.

Cuando Manuel llegó a la Aldea, su hermana fue la primera en ver su rostro magullado.

—¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? —se preocupó.

No le quedó más remedio que contar que se había peleado en el pueblo. Más tarde, tuvo que repetir la historia a su padre y su hermano.

—Has hecho lo que debías —le dijo Indalecio.

—¿Y que ha dicho la señorita Amelia? —se interesó su hermano y no recibió respuesta.

Manuel no veía ninguna proeza en lo sucedido. Al contrario, a él no le gustaban las peleas. Cada vez que se le alteraba el genio, recordaba las palabras de su maestro; «*los puños no deben anteponerse a las palabras*», e intentaba calmarse. Pero esta vez no pudo hacer nada para evitar la pelea y no imaginaba que ese incidente correría de voz en voz por toda la comarca.

Las murmuraciones sobre él y la señorita Amelia se acrecentaron. Los más atrevidos aseguraban que había algo entre ellos, comentarios que molestaban a los de Torreparda. Y como era de esperar, llegaron a Felisa.

—¿Sabes que Manuel ha reñido con dos borrachos en el pueblo? —le lanzó Zenón.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Hermanita, no deberías preocuparte por él. La pelea ha sido por la señorita Amelia.

—Seguro que ellos lo han provocado.

—Por lo que me han dicho, recibió una buena paliza, y yo me alegro.

—Eres malvado.

—¿Yo? ¿Y él qué? Todo el mundo sabe que tontea con la hija de Aguilar.

Felisa no le siguió la corriente a su hermano. Ella estaba convencida de que sus insinuaciones eran falsas y le reconcomía no poder verlo. Desde que su padre tuvo conocimiento de que se veían a escondidas, le había prohibido abandonar la aldea. Sus hermanos la vigilaban constantemente y si se atrevía a desobedecer las órdenes de su padre, su madre la amenazaba con contárselo. Ella, desconsolada, sufría en silencio y no perdía la esperanza de que esa situación cambiase.

Indalecio estaba preocupado por Manuel. En los últimos días se mostraba silencioso y no rendía en el trabajo. Casi no tomaba alimento y pasaba mucho tiempo solo. No llegaba a entender como su hijo se había enamorado de Felisa y en parte, se sentía responsable de su desdicha.

Un día se desplazó hasta Tarazona para aprovisionarse de clavos para herrar a las mulas y leche para elaborar queso. Allí la casualidad quiso que coincidiera con su primo. Nemesio se encontraba apoyado en su garrote, supervisando como sus hijos cargaban el carro. Aunque hacía años que no se dirigían la palabra, Indalecio aprovechó la ocasión para hablar con él.

—Nemesio, ¿podemos hablar sin gritarnos?

Nemesio y sus hijos se le quedaron mirando con desprecio.

—¿De qué quieres que hablemos?

—De los chicos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Sé que sabes que mi Manuel ronda a tu hija.

—Mi hija es mucha hembra para el Manuel.

—Ellos se quieren y no es justo que paguen nuestros enredos.

—Mira Indalecio —repuso Nemesio en tono amenazador—. Sé de las andanzas de mi hija. Ella no es como las otras mujeres. Tiene la cabeza llena de pájaros como su hermano Agustín. Pero de ahí a que se junte con uno de los tuyos... Todo el mundo sabe que sois rojos y unos cobardes.

Indalecio continuó en tono conciliador.

—Nemesio la guerra acabó hace tiempo. Ya no hay bandos y nosotros no podemos iniciar una por nuestra cuenta. Olvidemos lo *pasao*...

—¿Y qué hay de mi hijo Desiderio? Tú lo mataste.

Indalecio contuvo su ira. Podría haberle reprochado que su hijo no fue tan valiente como todos creían. Manuel vio en la Vereda del Caño a Desiderio derrotado y como le asestó a Juan un navajazo cuando se encontraba de espaldas. Así que optó por no empeorar las cosas.

—Nemesio apelo a la sangre que corre por nuestras venas. Tu padre y mi madre eran hermanos.

Nemesio miró a sus hijos que estaban expectantes. Luego se dirigió a Indalecio.

—Como dice el refrán; Todos del mismo vientre y cada uno de su temple. Tú y yo hace años que no somos nada.

—Te creía más hombre —escupió Indalecio—. Nuestras diferencias las teníamos que haber *saldao* hace tiempo. Yo estoy dispuesto a olvidar y dejar que los chicos se quieran.

Nemesio tardó unos segundos en reaccionar.

—Yo no voy a ser menos que tú. Por mí se pueden ver cuando quieran, pero te advierto, si el Manuel la deja preñada yo mismo le meteré un tiro con mi escopeta.

A Indalecio le escamó ese cambio. Nemesio era un hombre malhumorado e intransigente y no se esperaba que autorizara a Manuel que se viera con su hija.

—Haces lo correcto —le dijo tendiéndole la mano.

Nemesio la rechazó.

—Que nuestros hijos se hayan vuelto locos, no significa que seamos amigos.

Indalecio no insistió. Se conformó con lo que había conseguido. Arreó la mula y se alejó.

—¿Vas a permitir que Manuel se junte con Felisa? —le preguntó Zenón a su padre.

—La verá, pero nunca la tendrá. Será como el burro que va tras la zanahoria.

Aunque no sabían los planes de su padre, sus hijos se carcajearon.

—¿Y qué pasará con ella? —le preguntó Emeterio, el hijo mayor.

—Le servirá de lección, por fijarse en quien no debe —repuso Nemesio.

Con esas palabras Nemesio manifestaba lo poco que le importaba implicar a su propia hija en su venganza personal.

—¿Y lo de Desiderio? —Inquirió Zenón — Llevamos años escuchándole que debemos vengarle.

—Eso, lo pagaran a su tiempo.

Desde ese momento la situación cambió, pero no como esperaba Manuel. Cuando su padre le dijo que había hablado con Nemesio y que permitía que se viera con Felisa, corrió al establo, se montó en la mula y se dirigió a Torreperda. Al llegar y divisar la maceta en la ventana, se entusiasmó y casi se le saltan las lágrimas al ver salir a Felisa. Sin embargo, había un inconveniente. Se podían ver cuando querían, pero siempre bajo la atenta mirada de un hermano de Felisa. Ellos los vigilaban a cierta distancia. Eso impedía que pudieran besarse o agarrarse de la mano, pero no que hicieran planes, que soñaran con abandonar el campo y vivir en la capital.

Capítulo 11

Ese año las vides estaban a rebosar. La climatología había sido favorable y las cepas no habían sido atacadas por parásitos o enfermedades. Para la recogida se necesitaron más jornaleros que de costumbre. Don Justo, el propietario de Las Bichas, no escatimó en gastos para que ayudaran a Indalecio y su familia. Eso ahuyentó el temor que Indalecio tenía a perder el gobierno de la aldea y a la vez, alejó las ambiciones de Nemesio de hacerse con Las Bichas

Don Justo era un buen hombre. Confiaba en Indalecio y aunque fueran de clases diferentes, lo apreciaba. En cierto modo le debía la vida. Cuando Don Justo era un mozalbete, se perdió durante una jornada de caza. En cuanto se le echó en falta, muchos fueron los que salieron en su búsqueda, pero ni la Guardia Civil, ni su padre, ni los más de cien voluntarios que escudriñaron la zona lo encontraron. Al caer la noche suspendieron la búsqueda hasta que saliera el sol, todos excepto Indalecio, que lo encontró en el fondo de un pozo abandonado, que estaba cubierto por unas cañas. Cuando Indalecio descendió, el joven gemía levemente, se encontraba exhausto y con las fuerzas a punto de abandonarle. Indalecio lo rescató y en plena oscuridad, cargó con él varios kilómetros hasta llegar a Las Bichas. Como era de imaginar, Don Justo y su familia le estaban eternamente agradecidos.

Por fin llegó la vendimia. Los jornaleros llenaron los campos, por los caminos se escuchaba el incesante traqueteo, en los ribazos se compartían las botas de vino y los botijos llenos de paloma^[5], y se conversaba de cualquier tema. Después del trabajo, en las aldeas, se hacían corros donde se escuchaban historias, se cantaban canciones populares y se afilaban las navajas para el día siguiente. Ese año Manuel se esmeró más que nunca. Y no porque se aproximaba la fiesta de Casa Aguilar. Era porque en esos días, tenían un invitado; Mariano, el pretendiente de Gregoria.

Manuel se sentía a gusto con él. Pese a los años de edad que les separaban, se entendían de maravilla. Mariano era de una pasta diferente a otros señoritos. No despreciaba a nadie y por lo que decían, sus trabajadores lo apreciaban. Su trabajo consistía en administrar el patrimonio familiar, conseguido a base de mucho trabajo. Su familia era de origen modesto, pero antes de la guerra realizó unas buenas inversiones y dieron su fruto. Eran propietarios de campos de cultivo y de un yacimiento de “tierra blanca”, de donde se extraía la materia prima para fabricar pintura y revestimientos. Mariano residía en la Roda. Era viudo y no tenía hijos, y de las tareas del hogar se encargaban dos criadas. Todo su patrimonio estaba dispuesto a compartirlo con Gregoria, después de su matrimonio. Para los Romano era un regalo, que al menos uno de ellos cambiara de vida.

Todo estaba preparado. Después de varios años, la familia al completo, asistiría a la Fiesta de la Vendimia. En esta ocasión les acompañaría Mariano, ya que su familia y la familia Aguilar eran amigas. Él y Manuel convencieron a Indalecio.

Gregoria estaba entusiasmada. Era la primera vez que acudiría a un acto en compañía de su novio y deseaba que todo transcurriera en paz. Por ese motivo rogó a su padre y a sus hermanos no cayeran en las provocaciones, si las había por parte de los de Torreperda. Ellos le dieron su palabra de evitar todo enfrentamiento.

Mientras la actualidad estaba marcada por los fusilamientos de cuatro miembros del PSUC^[6], por la creación de la OTAN, el lanzamiento del primer Cohete que se separó de la Tierra 392

Km., la excomunión de por vida de comunistas y simpatizantes decretada por el Papa Pío XII, la capital avanzaba paso a paso. El gremio cuchillero andaba en auge y se creaba la Diócesis de Albacete, desligándose del Arciprestazgo de Chinchilla. Esos eran los temas más comentados en la mesa de la familia Aguilar.

Ese año había más gente que nunca. La cosecha había sido abundante y todos tenían ganas de celebrarlo. Cuando entraron los Romano surgieron comentarios. Pese a las murmuraciones, conversaron amigablemente con sus vecinos antes de la comida, luego ocuparon su lugar en la mesa y todo transcurría en paz.

Manuel rechazó la invitación de Amelia de acompañarla durante la comida y se quedó al lado de su familia. Como era de esperar, a ella le contrarió el rechazo. Cuando finalizó el ágape, empezó a sonar la música. Mariano y Gregoria se atrevieron con un pasodoble, Indalecio se entretuvo charlando con el cartero, Anastasio compartió una jarra de vino con otros jóvenes, y Manuel buscó con la mirada a Felisa. La vio entre los suyos y sin pensárselo dos veces se dirigió hacia ella. Se equivocó al pensar que si Nemesio y sus hijos permitían que estuvieran juntos, no les importaría que cruzaran unas palabras.

Ella se encontraba sentada en un banco flanqueada por Zenón y su hermano mayor, que se pasaban de uno a otro un porrón de vino. Cuando Felisa lo vio se le encendieron los ojos y se irguió, pero Zenón se interpuso entre ellos.

—¿Dónde te crees que vas? —dijo a Manuel poniéndole la palma de la mano en su pecho.

—Déjame. No quiero problemas. Vengo a hablar con tu hermana.

—Pues si no quieres problemas, ya te puedes ir por donde has venido.

—Por favor, estate quieto —suplicó Felisa a su hermano.

—Tú, cállate —replicó Zenón con desdén y se encaró a Manuel.

Manuel le sostuvo la mirada, pero no tenía intención de que la cosa fuera a mayores.

—Te pido por favor que te apartes y me dejes hablar con ella —rogó.

Zenón, lejos de retirarse, le empujó con desprecio. Manuel se tambaleó sin caer al suelo y lo intentó de nuevo. Esta vez retiró la mano de Zenón y llegó hasta ella.

—Quiero hablar contigo —le dijo.

Felisa avanzó un paso y le tendió su mano. En ese instante, Zenón, ebrio de vino y rabia, intentó golpear a Manuel. Felisa soltó un grito y lo alertó. Manuel esquivó el golpe y Zenón trastabilló hasta dar con sus huesos en el suelo. Los que contemplaron el incidente, no pudieron reprimir unas carcajadas. Zenón se incorporó lleno de ira y se lanzó contra Manuel.

—No he venido en busca de pelea —aseveró.

Pero eso ya era inevitable. Zenón tenía los ojos enrojecidos de rabia. Las risas de los otros no hacían más que aumentar su enfado. Se abalanzó sobre Manuel y ambos rodaron por el suelo propinándose mamporros. Que intervinieran otros fue inevitable. Primero el hermano mayor de Felisa, luego Anastasio. Al cabo de un minuto, no se sabía quién peleaba y quién intentaba separarlos.

—Tú eres el responsable —reprochó Indalecio a Nemesio—. Has *inculcao* el odio a tus hijos y mira el *resultao*.

Nemesio alzó su garrote con intención de golpearle, pero una vez más, los empleados del señor Aguilar tuvieron que intervenir. Gregoria estaba avergonzada al comprobar que su hermano había hecho caso omiso de sus advertencias. Sin embargo, Mariano lo había visto todo e intercedió por él. La música se detuvo y el anfitrión se acercó al tumulto. Todos los asistentes esperaron expectantes.

—Mi casa siempre ha estado abierta a todos los que han querido venir a divertirse. Pero estas dos familias está claro que por sus diferencias no pueden estar juntas. Desde este día y en el futuro las puertas de mi casa estarán cerradas para vosotros —sentenció dirigiéndose a los de Torreperda y a los de Las Bichas.

El silencio dio paso al murmullo de las gentes y una voz sobresalió entre todas.

—Para que todos se enteren, reto a Manuel mañana en la Vereda del Caño —gritó Zenón.

Manuel que ya sabía lo que significaba aquello, aceptó el reto. Pero para Indalecio fue como si le hubiesen dado un mazazo. No podría resistir el perder otro hijo. En un acto impropio de él, sacó su navaja e hizo sonar los muelles.

—Mañana no morirá nadie en la Vereda del Caño. Si ha de morir alguien que sea ahora —desafió.

Nemesio y tres de sus hijos respondieron sacando sus navajas. Felisa atemorizada se refugió detrás de su madre a la vez que Manuel y Anastasio abrieron las suyas.

El señor Aguilar ordenó a sus hombres que cargaran las escopetas. Algunos invitados, en tropel se apresuraron a abandonar la aldea, otros se retiraron unos pasos y permanecieron para ver como transcurrían los acontecimientos y la señorita Amelia, se quedó en primera fila disfrutando del espectáculo. Su padre intentó evitar el derramamiento de sangre.

—Dejad las navajas en el suelo u ordenaré a mis hombres que abran fuego.

Los Romano y los Molina se escrutaban unos a otros esperando que surgiera la chispa que iniciara la contienda. Entonces Felisa salió de entre la gente y se colocó en medio de ellos.

—Mirad vuestras caras. ¿Qué pretendéis? Mataros unos a otros. ¿Qué conseguiréis con esto? Que los que sobrevivan se maten el año que viene, y si aún queda alguno con vida, seguir así hasta que no quede ninguno de nosotros.

—Retírate —le ordenó su padre.

Pero ella permaneció allí mirando con cara suplicante a Manuel.

Al parecer ninguno estaba dispuesto a ceder, pero en ese momento entraron en Casa Aguilar dos Guardias Civiles que estaban haciendo una ronda y les había llamado la atención ver a los invitados salir corriendo de la aldea. Cuando el cabo se abrió camino con su caballo y contempló la escena, desenfundó su arma.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¡Bajad las armas inmediatamente!

El otro guardia llegó al patio y apuntó con su fusil.

Felisa apoyó la mano en la navaja de Manuel y él la arrojó al suelo. Le siguieron su padre y su hermano y luego los Molina, excepto Zenón. Amelia apretó los dientes decepcionada.

El cabo se apeó de su caballo y fue recogiendo las navajas, y su compañero las escopetas. Zenón se mostró reacio a entregar la suya.

—Y tú, ¿no me has oído?

El joven hizo un quiebro y se lanzó contra Manuel. El otro guardia impidió que recibiera un navajazo, propinando a Zenón un culatazo. El cabo se le echó encima y lo inmovilizó. Ante la sorpresiva mirada de la mayoría, le colocaron unos grilletes.

—Te juro que te mataré —amenazó Zenón a Manuel.

El cabo lo agarró del cuello y lo zarandeó.

—Tú no vas a matar a nadie.

Nemesio dio unos golpes en el suelo con su garrote.

—Aquí ya se ha acabado la fiesta. Que cada uno se vaya a su casa —ordenó el cabo.

—¿Y qué pasa con mi hijo? —inquirió Nemesio.

—Se ha resistido a la autoridad. Así que mucho me temo que no lo va a ver en una temporada. Y les aviso, que se les va a multar por llevar una navaja de más de diez centímetros de hoja. Cuando paguen la multa, podrán recuperar las navajas.

Nemesio masculló algo entre dientes y se encaminó a la salida seguido de su familia. Felisa se giró y miró a Manuel. Ambos lamentaban lo que había ocurrido y sabían que eso influiría en su relación.

Antes de que se marcharan los Romano, Amelia susurró algo a su padre y este se acercó a Manuel.

—Mi hija me ha dicho que empezaron los Molina. Tú puedes seguir viniendo a mi casa —le dijo y sin dar oportunidad a replica se retiró.

Los Romano regresaron a las Bichas. Gregoria no paraba de llorar. Se temía que su relación con Mariano se viera enturbiada por el suceso. Pero su novio mitigó sus temores, pidiéndole esa misma noche que se casara con él. Si Indalecio y sus hijos tenían alguna duda de él, desapareció en ese momento.

Indalecio agradeció que su hijo y Zenón no se batieran y que este último hubiera sido arrestado. Sin embargo, conocía a Nemesio y esa circunstancia acrecentaría su odio hacia los Romano. Manuel era de la misma opinión y mucho se temía que lo suyo con Felisa había terminado.

Capítulo 12

Zenón pasó una temporada entre rejas y cuando regresó a Toreparada, la noticia se propagó por la comarca. No eran pocos los que presagiaban un desastre. Durante todo ese tiempo Manuel no vio ni una sola vez a Felisa. Su padre la mantenía encerrada y no salía de los límites de la aldea. Pero él no dejó de cabalgar por las proximidades de Torreparada, esperando un milagro. La señorita Amelia se benefició de esa ausencia. Pasaba más tiempo con Manuel y aunque él se mostraba afligido y taciturno, ella no desaprovechaba ninguna ocasión para insinuarse. Incluso tuvo el atrevimiento de hacerle un regalo.

—Toma esto es para ti —le anunció entregándole un pequeño paquete.

Manuel lo abrió y con asombro contempló una cadena y una cruz de plata.

—¿Te gusta? —le preguntó Amelia con su mejor sonrisa.

—Sí, pero no sé si debo aceptarlo.

—¿Por qué no? Lo encargué expresamente para ti. Déjame que te lo ponga.

Manuel, sin saber si hacía bien, no se opuso a que ella se lo colocara en el cuello. Sabía que la familia Aguilar era religiosa y pensó que si lo rechazaba, podría ofender a Amelia. Ese gesto, ella lo interpretó de otro modo. Dejó su cómodo lugar en el carruaje y se sentó en el pescante al lado de Manuel.

—Muchas gracias señorita.

—¿Cuándo me vas a llamar por mi nombre? —replicó ella.

—Gracias señorita Amelia.

Ella se agarró a su brazo y se acurrucó contra él hasta que llegaron a Casa Aguilar. Para Manuel, desde hacía tiempo no era un secreto saber que ella estaba enamorada, pero la conocía bien y sabía que su orgullo le impediría expresarse abiertamente. No obstante, por razones obvias, no estaba dispuesto a alentar esos sentimientos.

Al llegar a su casa, a todos les sorprendió el regalo de la señorita Amelia, pero ninguno se atrevió a decir lo que lo que pensaba. Durante la cena fue inevitable que mencionaran a Zenón. Mariano, que esa noche compartió cena con ellos, le quitó importancia a las habladurías que circulaban de voz en voz.

—Seguro que ese muchacho habrá aprendido la lección —manifestó.

Después de cenar se dispuso a marcharse. Gregoria le acompañó a la puerta e Indalecio reprendió a Anastasio por vigilarlos desde la ventana. Cuando ella regresó, los cuatro se sentaron frente al hogar y se dispusieron a pasar un par de horas escuchando a la luz de las velas, las mismas historias que ya se sabían de memoria.

—... y allí estaba yo con otros doce...

Los ladridos de los perros interrumpieron el relato de Indalecio y les alertaron de que alguien se acercaba a la aldea. Unos segundos más tarde escucharon el sonido de cascos y el relinchar de una mula.

—No os mováis de aquí —ordenó Indalecio a la vez que sacaba su escopeta de la alacena y la cargaba.

—Voy con usted padre —se ofreció Anastasio.

—He dicho que no salgáis —replicó con vehemencia.

Indalecio prendió una lámpara de aceite para alumbrarse y salió al exterior, cerrando la puerta tras de sí. Hacía mucho tiempo que ningún maquis visitaba la aldea y aunque no era ningún secreto

que debido al acoso que sufrían los cazaban como si fuesen alimañas, no perdió la esperanza de que fuera alguno de ellos.

La oscuridad era absoluta., pero vislumbró las siluetas de una mula y dos personas.

—¿Quién va? —preguntó adelantando la lámpara a la vez que apuntaba con la escopeta.

—Señor Indalecio, soy yo Felisa.

Algo desconcertado, avanzó unos pasos y contempló con la mortecina luz que desprendía la lámpara, a Felisa y a su hermano Agustín. Alumbró hacía la entrada para asegurarse que no había nadie más con ellos.

—¿Qué os trae por aquí tan tarde?

—Necesito hablar con Manuel —casi imploró Felisa.

—Pero ¿pasa algo?

Felisa reventó a llorar.

Indalecio rebosante de perplejidad, los acompañó al interior de la casa. Manuel fue el más sorprendido cuando ella se echó en sus brazos sollozando.

—¿Qué... qué haces aquí? ¿Por qué lloras? —inquirió.

—Tienes que marcharte rápido. Zenón viene a matarte.

Todos se alarmaron y Manuel intentó tranquilizarla.

—Cálmate y dime, ¿por qué iba a venir tu hermano a matarme?

—Hace menos de una hora que escuché a Zenón hablar con mi padre. Él te hace responsable del tiempo que ha pasado en la cárcel y quiere vengarse.

—¿Y Nemesio le apoya en esa locura? —intervino Indalecio.

—Mi padre no le tiene a usted en buena estima y hará lo que sea por verle lejos de Las Bichas. Él y mis hermanos se han pasado la tarde bebiendo y han cargado las escopetas.

Indalecio reflexionó unos segundos.

—Anastasio coge la mula parda y ve al pueblo en busca de la Guardia Civil. Nosotros cerraremos las puertas y esperaremos que vuelvas con los guardias.

—Si hay jaleo estaré mejor aquí —replicó Anastasio.

—Haz lo que te digo. Nosotros nos arreglaremos.

Sin perder tiempo, sacaron la mula del establo y sin pertrecharla, Anastasio se montó y empezó a cabalgar hacia el cuartel de la Guardia Civil.

—Ahora será mejor que vuelvas a tu casa —sugirió Indalecio a Felisa.

Pero el sonido de unos disparos lejanos, les hicieron actuar con rapidez. Manuel y su padre intentaron cerrar las grandes puertas de madera que hacía años que no se movían, pero estas se resistían. Felisa y Gregoria tuvieron que aportar su ayuda para que los portones fueran cerrados. Luego los aseguraron con una tranca. Agustín, que no entendía lo que pasaba, caminaba nerviosos de un lado a otro, frotándose las manos y recitando su «vayaya...»

Felisa le acarició la cabeza.

—Chache, no pasa nada —intentó tranquilizarlo.

Después de asegurar la entrada, Indalecio exigió que Felisa, Gregoria y Agustín se metieran en casa y que no la abandonasen hasta que llegara la Guardia Civil. Antes de cerrar las puertas entregó a Manuel otra escopeta y unos cartuchos.

—Quiera Dios que no tengamos que emplearlas —pensó en voz alta.

No tardó mucho tiempo desde que cerraron los portones hasta que escucharon como se detenía un carro al otro lado del muro. Manuel y su padre en la más completa oscuridad, con las escopetas cargadas se apostaron en el patio y al segundo percibieron como intentaban abrir los

portones.

—¡Manuel! ¡No te escondas! Tú y yo tenemos algo pendiente.

Era la voz de Zenón.

—Si no sales y das la cara mañana todo el mundo sabrá que eres un cobarde.

Indalecio agarró a su hijo.

—No caigas en sus provocaciones.

—Padre, déjeme que le dé un escarmiento a ese bocazas.

—Hijo no seas tonto. Si sales hay fuera, te matarán antes de que puedas hacer nada.

Indalecio no tenía miedo y lo había demostrado un sin fin de veces, pero esto era diferente. Desconocían cuantos estaban fuera y que armas llevaban. Lo más posible sería que tuvieran sus escopetas cargadas, encañonando los portones y, que no dudarían en emplearlas si alguien atravesaba el quicio de la puerta. Además, no estaba dispuesto a perder otro hijo por unas rencillas que ya duraban demasiado.

—No pueden derribar la puerta, así que esperaremos a que venga la Guardia Civil.

Manuel tampoco tenía miedo a nadie. Sin embargo, le atemorizaba tener que disparar contra un miembro de la familia de Felisa.

Los de fuera probaron por todos los medios hacerse paso; ataron una cuerda a los asideros de una de las puertas y al carro. La mula tiró y solo consiguieron arrancar el asidero. Luego lo intentaron haciendo palanca con un tablón. Tampoco tuvieron éxito y su rabia iba en aumento. Indalecio intentó convencerlos de que desistieran.

—Nemesio, ¿estás ahí fuera?

—Aquí estoy. Sal si tienes cojones.

—Escúchame con atención. La Guardia Civil está a punto de llegar. Si no quieres agravar las cosas, coge a tus hijos y regresa a Torreperda.

—No me vas a convencer con tus mentiras. La Guardia Civil no sabe que estamos aquí y no puede protegerte. Así que de aquí no se mueve nadie hasta que nos llevemos a uno por delante.

Indalecio y Manuel sabían que Anastasio tardaría más de una hora en llegar al cuartel de la Guardia Civil y luego esperar hasta que llegasen a Las Bichas. Así que tenían ante ellos una larga noche.

Por unos minutos no se escuchó a los de fuera.

—¿Qué estarán tramando? —se preguntó Indalecio.

—¿Y si intentan entrar por otro sitio? —dejó Manuel la pregunta en el aire.

Su padre recorrió el muro con la mirada y dijo:

—Están ahí fuera, lo presiento

Pero Manuel para tranquilizarse dio una vuelta. Tras unos minutos, regresó al lado de su padre. Sonaron unos disparos y le pusieron la piel de gallina.

—¿Qué hacen? —inquirió.

—Intentan abrirse paso a tiros.

Pero la verdad era, que los perdigones que impactaban en los portones, apenas los astillaban.

—Manuel, sal ¡Cobarde!

—En Las Bichas sólo viven cobardes, ladrones y asesinos.

—[...]

Continuaron los gritos y las amenazas.

El tiempo pasaba y no encontraban solución a la encrucijada. Mientras, Felisa junto a Gregoria y Agustín, miraban a través de la ventana intentando vislumbrar algo entre la oscuridad.

—Tranquila —le dijo Gregoria a Felisa—, ya verás como no pasa nada.

—Nunca hubiese imaginado algo así.

Entonces a Manuel se le ocurrió algo.

—Zenón, ¿me escuchas?

—Escucho a un cobarde.

—Si os marcháis, mañana estaré esperándote en la Vereda del Caño. Arreglaremos esto tú y yo solos.

—¿Y cómo sé que acudirás y qué no me engañas?

—Te doy mi palabra. ¿Qué me dices?

—¿Qué hacemos padre? —le preguntó Zenón a Nemesio.

—Derribar esa maldita puerta. Arrimad sarmientos.

Sus tres hijos le obedecieron y cuando tuvieron un buen montón le prendieron fuego.

Los esfuerzos de Manuel e Indalecio para solucionar el enfrentamiento pacíficamente se habían acabado. Los Molina ebrios y encolerizados querían llevar el asunto hasta las últimas consecuencias. Era cuestión de tiempo que el fuego, consumiera los viejos portones.

—Manuel, dame la escopeta y metete en la casa —dijo con voz firme Indalecio.

—Yo me quedo a su lado —replicó.

—Haz lo que te digo.

—Lo siento padre, pero esta vez no le obedeceré.

Indalecio no consiguió convencer a su hijo. Las llamas a cada segundo eran más intensas y por más que lo quisieran impedir, en poco tiempo tendrían que utilizar las escopetas. Pero el sonido que escucharon, les hizo albergar una esperanza. Se acercaba un vehículo; la recién adquirida DKW para la Benemérita. Aunque ellos en ese momento ignoraban quién se aproximaba.

El vehículo se detuvo y los faros iluminaron a cuatro rostros perplejos. La pareja de Guardias Civiles se apearon empuñando sus armas.

—¡Alto en nombre de la Guardia Civil! Tiren las escopetas.

Indalecio y Manuel agradecieron escuchar la voz del cabo.

Desconcertados, Nemesio y dos de sus hijos obedecieron de inmediato. Zenón por el contrario hizo caso omiso. Corrió hacia la oscuridad disparando. Los guardias respondieron el ataque. Sin embargo, Zenón pudo escapar.

—¿Qué pasa Nemesio? No tienes bastante con que tus hijos vayan a la cárcel, que ahora te enzarzas en una disputa armado con escopeta —dijo el cabo.

—Ellos nos han *provocao* —alegó Nemesio.

—No es eso lo que nos ha contado Anastasio.

Nemesio y sus hijos, no se explicaban cómo habían sido alertados.

—Poneos contra la pared —les ordenó el cabo.

En ese momento, Manuel e Indalecio, dejaron en el suelo las escopetas, abrieron los portones y salieron a la luz que desprendían los faros de la DKW.

—No vamos armados —gritó Indalecio para evitar sorpresas.

Manuel apartó de una patada los sarmientos que ardían y con su chaqueta sofocó el fuego.

—¿Están ustedes bien? —se interesó el cabo.

Indalecio asintió.

Al punto salieron Gregoria, Agustín y Felisa. Nemesio que no se esperaba ver allí a su hija, reaccionó violentamente y se abalanzó sobre ella golpeándola.

—Mala pécora que reniegas de tu sangre.

Agustín reaccionó agarrando a su padre para impedir que siguiera pegando a su hermana. El cabo lo retiró lanzándolo al suelo.

—¡Me gago en la leche! —masculló.

Uno de sus hijos recuperó el garrote y ayudó a su padre a ponerse en pie.

—Nemesio e Indalecio —procedió el cabo para zanjar el asunto—. Esto ha llegado muy lejos. En estas tierras se ha derramado demasiada sangre. Así que podemos dejar las cosas como están y cada uno regrese a su casa o podemos ir todos al cuartel y que sea lo que Dios quiera.

—Por mi parte no quiero mas rencillas ni problemas —alegó Indalecio.

Nemesio se mantuvo en silencio.

—¿Qué me dice Nemesio? Han atacado a los Romano al abrigo de la noche. Si Indalecio cursa una denuncia, no tendré más remedio que arrestarles.

Después de meditar unos segundos, Nemesio respondió.

—No se preocupe cabo. Esto ya ha *acabao*. Pero que quede claro... no quiero ver más a esa mujerzuela que denuncia a los suyos. Desde este momento, para mí es como si se hubiera muerto, y el *tarao* de su hermano puede tomar el mismo camino.

Felisa escuchaba atónita las palabras de su padre. Bien era verdad que él no demostraba cariño por ella ni por su hermano Agustín y que en Torreparda la trataban como a una esclava, pero al fin y al cabo, eran su familia. Gregoria la abrazó intentando consolarla.

El cabo permitió que Nemesio y sus hijos se subieran al carro, pero antes de que se fueran, requisó sus escopetas y les hizo una advertencia.

—Si Zenón regresa a Torreparda, aconsejadle que se entregue. Ahora es un fugitivo y si le dais cobijo, no me quedara más remedio que aplicar la ley.

Nemesio asintió y él y sus hijos, cabizbajos, desaparecieron en la oscuridad

Manuel miraba a Felisa confundido. No sabía qué hacer o qué decir.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó el guardia al cabo refiriéndose a Felisa y Agustín.

Fue Indalecio quien aportó la solución.

—Tú y el Agustín os quedareis en Las Bichas hasta que busquemos un remedio.

El cabo no puso objeción. No era una buena solución, pero pensó que por el momento Felisa y Agustín estarían mejor en Las Bichas, lejos de las represalias del vengativo Nemesio. Por esa noche ya habían tenido bastante. Sin embargo, aún les quedaba informar de la huida de Zenón a otros cuarteles, para que lo arrestasen en cuanto se dejase ver. No obstante, a la mañana siguiente iniciarían una búsqueda por la Comarca.

La pareja se subió al vehículo y emprendieron el regreso al cuartel. No muy lejos se cruzaron con Anastasio que trotaba con la mula. Los guardias detuvieron el coche y le informaron de que todo se había resuelto sin incidentes graves. Cuando él llegó a la aldea su padre y su hermano estaban aún apagando los rescoldos de la lumbre.

—Esta noche será difícil de olvidar —dijo Indalecio—. Gregoria, prepárale unas camas a Felisa y al Agustín. Todo el mundo a dormir y mañana será otro día.

Nadie objetó nada. Gregoria obedeció a su padre. Ahuecó la lana de los colchones, hizo las camas para sus improvisados invitados y rellenó de agua la jarra de la jofaina.

—Espero que durmáis bien. Hace mucho que nadie utiliza estas camas —deseó Gregoria.

—No te preocupes por nosotros. Estaremos bien. No queremos ocasionar más molestias —alegó Felisa entre avergonzada y afligida.

Esa noche se cerraron los portones por segunda vez. Zenón estaba en alguna parte y nadie se fiaba de él. Indalecio no pegó ojo y estuvo sentado frente al hogar, abrazando la escopeta, hasta

que el sol ofreció los primeros rayos.

Capítulo 13

Afortunadamente no hubo más incidentes. Gregoria, después de asearse en la jofaina abandonó su dormitorio. Al ir a encender el hogar, encontró a su padre adormilado y lo despertó. Indalecio se sobresaltó.

—No pasa nada padre. Debería echarse un rato.

Pero Indalecio se desperezó, se pasó las manos por las mejillas y se dispuso a enfrentarse a una nueva jornada.

Manuel y Anastasio acudieron enseguida. El primero no había dormido bien. Hasta muy tarde había escuchado los sollozos de Felisa y estaba inquieto.

Cuando Felisa se despertó ya se encontraban todos sentados en la mesa para desayunar. Apareció seguida de su hermano Agustín

—Perdonad que me despierte tan tarde —se excusó.

—No te disculpes. Para todos ha sido una mala noche —le dijo Indalecio.

Manuel se interesó por ella.

—¿Cómo estás?

—No muy bien. No sé qué será de nosotros —repuso acariciando la cabeza de su hermano.

—Aquí sois bienvenidos —intervino Indalecio—. Ya pensaremos en algo.

Manuel no cesaba de mirarla. Esa era una situación que nunca hubiese imaginado. Ella estaba allí sentada a su lado, compartiendo el desayuno con su familia. Sin embargo, aunque no lo manifestaba, a Indalecio le inquietaba tenerla bajo su techo. En primer lugar, por las circunstancias que la habían traído allí y luego, por las murmuraciones que sin duda provocaría su presencia en la aldea. Pero por más que buscase una salida, no la encontraba. Cuando acabaron de desayunar quiso aclarar unas cuantas cosas.

—Esta es una situación un tanto extraña. La Felisa y su hermano no pueden volver por el momento a Torreperda, así que hasta que su padre cambie de actitud, vivirán aquí. Yo sé que vosotros os queréis —continuó mirando a Felisa y Manuel—. Ahora estaréis mucho tiempo juntos. Esto no quiere decir que cambien las cosas en nada. Aún estáis solteros... Ya me entendéis. Para cada cosa hay su tiempo. No quiero que anticipéis nada.

Ellos comprendieron el mensaje y ambos se ruborizaron.

—Señor Indalecio le estoy agradecida de lo que hace por mí y por mi hermano. No se preocupe, que Manuel y yo no le daremos motivos para que se avergüence de nosotros.

—Siento si he sido duro, pero más vale una advertencia que un lamento —repuso Indalecio.

Felisa miró a Manuel y en su rostro se dibujó una tímida sonrisa.

Agustín estaba confundido. No llegaba a comprender qué hacían fuera de su casa, con gente extraña. Gimoteando, tiraba del brazo de su hermana y señalaba la puerta constantemente. Felisa tuvo que explicarle que hacían ahí.

—Chache, tenemos que estar aquí. Ya conoces a Manuel —le hablaba como si fuese un niño—. Éste es su padre. Se llama Indalecio. Esta...

Agustín la escuchaba con su cabeza ladeada, desviando la mirada a cada miembro de la familia Romano. Por su retraso, había sido de poca ayuda en Torreperda. Su padre le mandaba hacer de todo, pero él nunca hacía nada al gusto de Nemesio. Lo que le llevó a recibir palizas. Felisa salía en su defensa y de vez en cuando recibía algún golpe. Entre los dos hermanos había una estrecha y persistente relación. Él la seguía a todas partes y ella, era la única persona que lo

trataba con cariño.

—Vamos valiente, que te voy a enseñar a manejar la anea —lo invitó Indalecio.

Agustín miró a su hermana.

—Anda ve con él.

Agustín agarró la mano de Indalecio y le instó a que salieran.

—¡Que jodio! —murmuró por lo bajo Indalecio.

—Creo que harán buenas migas —auguró Gregoria.

Ante la atenta mirada de Anastasio y Manuel, Felisa se puso en pie y ayudó a Gregoria a recoger los cacharros.

—¿Vosotros no tenéis nada que hacer? —les dijo su hermana con vehemencia.

Como si hubiesen sido activados por un resorte, los dos hermanos salieron al exterior. En el patio divisaron a su padre y a Agustín sentados en el banco, enlazando la anea en el culo de una silla y se les escapó una sonrisa.

—¿Qué crees que pasará con Zenón? —le preguntó Manuel a su hermano.

—Es un mal bicho. Lo mejor es que no estés solo.

Manuel sabía que Anastasio estaba en lo cierto. Ahora Zenón era un huído de la justicia y le dominaba el rencor, lo que lo hacía peligroso. No era prudente encontrarse con él, así que solo quedaba esperar a que lo capturase la Guardia Civil.

La jornada se presentaba larga y Manuel estaba deseando estar a solas con Felisa. Antes de que Gregoria los llamara para comer, se produjo el momento. Felisa salió al exterior a arrojar el agua de un caldero cuando él la abordó. Sin que nadie lo percibiera, la agarró de la mano y se metieron en el almacén.

—Necesitaba estar contigo —le dijo.

Felisa se encontraba inquieta.

—Si nos ve tu padre se enfadara.

Manuel se asomó por el ventanuco y contempló a su padre y a Agustín entretenidos en el banco.

—Tranquila —musitó agarrándola por la cintura, apretándola contra él.

—Siento el comportamiento de mi padre y mis hermanos...

Manuel le cubrió la boca con la palma de su mano.

—Tú no tienes la culpa. Si no llegas a avisarnos de que venían hacia aquí, quién sabe lo que habría *pasao*.

—No quería que te hicieran daño —musitó Felisa.

Sus caras estaban tan cerca que Manuel no pudo resistirse a besarla. Ella retiró su cara.

—He dado mi palabra a tu padre que no haríamos nada...

Manuel no le dejó acabar. Sus labios se unieron y sus manos acariciaron el cuerpo del otro.

—¿Te acuerdas la primera vez que nos besamos? —le preguntó Manuel.

—Dirás cuando me besaste tú.

—Me refiero a cuando nos besamos de verdad.

Ninguno de ellos tenía experiencia en ese sentido. Fue en la Fuente del Parador cuando como por instinto, juntaron sus labios, entreabrieron la boca y sus lenguas se rozaron. ¡Como iban a olvidar ese momento!

Felisa apreció la excitación de Manuel y para no empeorar las cosas se separó de él.

—Voy a ayudar a Gregoria.

Manuel suspiró cuando ella se marchó. .

Todo cambió con los nuevos inquilinos. A Manuel se le apreciaba feliz y trabajaba más y más rápido que antes de que Felisa y su hermano llegaran a la aldea. Esperaba al atardecer, el único momento del día que podían estar solos, para robarle un beso o una caricia. En uno de esos encuentros, ella descubrió la cadena y la cruz de plata que pendía de su cuello y él no le ocultó que se lo había regalado la señorita Amelia.

—Si quieres me lo quito y se lo devuelvo.

Pero ella se lo impidió.

—No importa quién te lo haya regalado. Es la cruz en la que murió nuestro Señor. Consévala y te protegerá.

Manuel no supo cómo reaccionar. Sabía que los Molina eran de los que no se perdían ningún domingo el sermón del cura, pero no comprendía como Felisa le permitía que tuviera algo que le había regalado otra mujer. En realidad, no la conocía tanto como se pensaba.

Para Mariano fue una sorpresa ver en la aldea a Felisa y a su hermano Agustín. Gregoria le contó por qué estaban allí y le estremeció la experiencia vivida por su futura esposa y le inquietó que Zenón continuara evadido de la justicia. Sin embargo, Gregoria le tranquilizó.

—Todas las noches cerramos las puertas y mi padre duerme con la escopeta cargada a los pies de la cama.

El chache Agustín, como ya le llamaban todos, no le costó demasiado hacerse a su nuevo hogar. Cuando no estaba con Indalecio, se le podía encontrar en el establo, donde pasaba horas acariciando a las mulas, o en el patio jugando con los perros o persiguiendo a las gallinas. Su hermana se quitó un peso de encima al verlo tan feliz. Los Romano lo trataban bien y le ofrecían su cariño. Ella, pese a que pensaba que esa situación era transitoria, también se adaptó. A la vez que aprendía a coser, ayudaba en los quehaceres a Gregoria y siempre estaba dispuesta a realizar otros trabajos. Como no podía ser de otro modo, ella y Manuel estaban entusiasmados y el anhelo de compartir sus vidas se hacía más grande.

Pero Manuel no se conformaba con que un día Felisa fuera su esposa. El trabajo del campo no le entusiasmaba. Deseaba una vida mejor y para conseguirla tendría que alejarse de esas tierras. Sin embargo, era consciente de que su ayuda allí era necesaria y sus deseos y la realidad entraban en conflicto. Esas quimeras preocupaban a su padre, y no por que pretendiera casarse con Felisa. Eso ya lo había asumido. Era por su interés en abandonar Las Bichas. Sus brazos eran necesarios para llevar la hacienda. Sin embargo, esas no eran las únicas contrariedades a las que tenía que enfrentarse Indalecio. Su hija también tenía planes de matrimonio y aunque pensaba que Mariano era un buen partido, le apenaba que otro Romano abandonase la aldea.

Una de las visitas de Mariano, trastocó sus convicciones. Su futuro yerno le pidió permiso para que Gregoria viajase con él a la Roda, para conocer a su familia. Indalecio se resistió a autorizar ese viaje. Para él no era sensato que una mujer decente viajase sola con un hombre, aunque fuese su novio. Pero como confiaba en Mariano y después de meditarlo, aceptó.

De todo lo que se avecinaba había algo que le tranquilizaba. Estaba convencido de que su hijo Anastasio, el eterno solterón, no se apartaría de su lado. Lo conocía mejor que nadie y sabía que su timidez le impedía acercarse a las mujeres. Nunca había tenido novia, ni había mostrado interés abiertamente por alguna mujer de la comarca. Tan sólo se relacionaba con las prostitutas del Alto la Villa, y no en muchas ocasiones. Porque cuando viajaba a la capital, eran pocas las veces que le sobraban las dos pesetas que le cobraban.

Durante los dos días que Gregoria estuvo ausente, Indalecio se mostró inquieto. Pero cuando

ella regresó y contó su maravillosa experiencia, la paz volvió a él. Su hija había sido bien acogida por sus futuros suegros. No escatimaba halagos hacia ellos.

—La casa de Mariano es preciosa [...] Las criadas me hicieron sentirme incomoda. No me dejaban hacer nada [...] Sus padres me trataron como a una hija [...] En el pueblo se dirigieron a mí de usted [...]

Todos se alegraron de oír sus palabras. Incluso el timorato Anastasio se atrevió a bromear.

—Y esas criadas, ¿están solteras? —dijo provocando unas risas.

La verdad era que hacía mucho tiempo que en Las Bichas no brillaba tanto la felicidad. Para celebrarlo, Indalecio sacó una botella de vino, que tenía reservada para una ocasión semejante.

—Me alegro hija mía —dijo antes de beber el primer trago.

Los días fueron pasando y la Guardia Civil había fracasado en todos sus intentos de localizar y apresar a Zenón. La orden de búsqueda estaba en todos los cuarteles, pero nadie daba con él. Torreperada era vigilada constantemente y en varias ocasiones había sido registrada. Por la zona empezaron a correr las habladurías. En las tabernas, algunos insinuaban que había abandonado la provincia y otros aseguraban que a esas alturas había cruzado los Pirineos. Pero no era el único rumor que viajaba de aldea en aldea o de pueblo en pueblo. La estancia de Felisa y Agustín en Las Bichas tampoco se escapaba.

Por precaución, todas las noches, se cerraban los portones ya engrasados. Manuel no salía al exterior sin la compañía de su hermano, que llevaba la escopeta al hombro e Indalecio no se fiaba ni a plena luz del sol. La preocupación de los Romano era compartida por Felisa. Ella conocía a su hermano y sabía que no perdería el empeño de vengarse de Manuel. Un día fue inevitable que hablaran de ello.

—Tengo miedo de que Zenón cometa una locura —le dijo ella.

—No tienes por qué temer nada —la tranquilizó Manuel—. Los Civiles no paran de rondar. Si tu hermano es listo, no se acercará por aquí.

—Tú no lo conoces como yo. Si algo se le mete en la cabeza, no para hasta conseguirlo.

Para cambiar de tema, Manuel sacó la navaja de un bolsillo e hizo sonar la carraca.

—¿Te gusta? —le preguntó.

Felisa asintió.

—Las cachas se las puso mi padre. Era la navaja que llevaba mi hermano cuando...

De pronto se detuvo, pero Felisa acabó la frase.

—Cuando mi hermano Desiderio mató al tuyo.

Manuel tardó unos segundos en reaccionar.

—Yo estaba allí cuando ocurrió...

Sus ojos se humedecieron al contarle que en aquel aciago día Juan venció a Desiderio y que su hermano, asestó un traicionero navajazo cuando Juan estaba de espaldas.

—Lo siento. No sabía que hubiera sido así.

—Tú no tuviste nada que ver.

Manuel le ocultó que tenía la certeza de que a su hermano Desiderio, lo había matado su padre. Sin embargo, para ambos esas dos muertes, sería algo que pesaría en sus conciencias.

Capítulo 14

La señorita Amelia llevaba semanas sin ver a Manuel y le inquietaban los rumores que le habían llegado. Se resistía a creer que Felisa estuviera bajo el mismo techo que la persona que ella amaba. Sus ambiciones estaban a punto de derrumbarse y no estaba dispuesta a permitir que otra le arrebatara lo que equivocadamente creía suyo. Esos pensamientos la desquiciaban.

Cansada de esperar a que él apareciese por Casa Aguilar, una mañana cabalgó hasta Las Bichas. Lo primero que vio al franquear la entrada, fue a Indalecio y a un joven desconocido sentados en el banco realizando una suerte de ovillo y a unos metros, a Felisa tendiendo la colada.

—¡Buenos días señorita Amelia! —la saludó Indalecio despojándose de la gorra.

Al escuchar a su padre, Manuel salió del establo.

—¿Qué le trae por aquí? —inquirió.

—Cuando me lo contaron no podía creerlo, pero compruebo que es verdad —repuso ella sin bajar del caballo.

Indalecio y Felisa se miraron.

—No sé lo que le habrán *contao*... —empezaba a decir.

—No importa —replicó con vehemencia—. Mi padre te necesita.

Manuel miró a Felisa y luego a Amelia.

—No voy a volver.

—¿Cómo te atreves? Si no vuelves, mi padre y yo no olvidaremos este desprecio.

—Lo siento, pero nada me hará cambiar de opinión.

—He sido una ilusa por creer que querías cambiar de vida, pero compruebo que eres un fracasado y que nunca saldrás de este andurrial.

—Lamento que se lo tome así.

Amelia con los ojos enrojecidos, lanzó a Felisa una mirada llena de inquina y luego clavó sus ojos en los de Manuel.

—Te juro que te arrepentirás —dijo y fustigó al caballo.

El animal se encabritó y salió del recinto como alma que lleva al diablo.

Sin pronunciar palabra alguna, Manuel regresó al establo e Indalecio se encogió de hombros mirando a Felisa.

Al abandonar la aldea, Amelia no dejó de castigar al caballo con la fusta y pese a que era buena amazona, al llegar a Casa Aguilar, se estrellaron contra el muro. Al equino hubo que sacrificarlo y ella, sufrió una fuerte conmoción que la obligó a guardar reposo.

Fue días más tarde cuando en Las Bichas se enteraron del percance sufrido por la señorita Amelia. Entonces, Gregoria le confirmó a Felisa lo que ya sospechaba.

—Esa engreída siempre ha *andao* tras Manuel. Pero ahora se ha *llevao* una lección al comprobar que ni el dinero de su padre, ni todas sus posesiones, pueden comprar a mi hermano.

—Pobre chica —se lamentó Felisa.

Pasaron unos días y Manuel y Anastasio se trasladaron a Tarazona para cumplir un encargo de su padre. Allí coincidieron con el capataz de Casa Aguilar.

—¿Qué hay? —le saludó Manuel.

—¡Ya ves Manuel! —le correspondió el capataz y añadió: —En Casa Aguilar se te echa de menos.

—¿Y eso?

El capataz se acercó a ellos para asegurarse de que otros no le escucharan.

—Es la señorita —casi susurró.

—Sé que se cayó del caballo, pero de eso hace ya muchos días.

—Del golpe ya está repuesta, pero ahora apenas come. Se ha *quedao* en el esqueleto y no deja de preguntarme por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué? —le preguntó y se arrepintió.

El capataz se acarició el mentón.

—Mira Manuel, tú y yo sabemos lo que le ocurre... sufre mal de amores. Si quieres le puedo decir algo.

Manuel meditó un instante.

—Yo no sé... —titubeó.

Anastasio intervino.

—Dígale que si come, Manuel la esperará aquí... dentro de una semana.

Manuel atravesó a su hermano con la mirada.

—Se lo diré.

Sin opción a réplica, el capataz continuó su camino.

—¿Por qué le has dicho eso? —reprochó Manuel a su hermano.

—A veces pienso que eres tonto —repuso Anastasio—. La señorita Amelia es el mejor partido de la comarca y está loca por ti.

—Pero yo quiero a Felisa.

Anastasio adoptó actitud ceremonial.

—Si yo tuviera que elegir, ¿qué crees que elegiría?

—Pero yo no soy tú. ¿Cómo le voy a decir a Felisa que tengo que ver a la señorita Amelia?

—No se lo digas.

Manuel se encontraba en una encrucijada y todo por culpa de su hermano. Sabía muy bien que acudiría a la cita y que tendría que mentirle a Felisa. No le entusiasma la situación, pero pensó que ya se le ocurriría algo.

Mientras llegaba el momento de la cita, los nuevos inquilinos de la aldea se habituaban a su nueva familia. Pese a los resquemores que existían entre los Romano y los Molina, a Felisa y Agustín se les trataba con cariño. Hasta el chache Agustín percibió el cambio. Sin embargo, no podían ignorar que esa situación no era estable. Por eso Felisa decidió apelar al apego de su madre y pidió a Manuel que la acompañara a Torreperda.

Aprovecharon la ausencia de Nemesio y sus hijos, que se encontraban en el campo, para ir en la mula. Mientras ella entró en la casa para hablar con su madre, Manuel la esperó fuera.

Cuando Felisa besó a su madre, detectó desdén en su proceder y cuando le pidió que intercediera por ella y Agustín, sólo recibió reproches.

—Tú eres la culpable de todo. Has *renegao* de tu sangre y denunciaste a tu padre y tus hermanos.

—Pero madre, ellos querían matar a Manuel.

La mujer escupió en el suelo.

—¡Maldigo a los Romano! Si algo le ocurre a tu hermano Zenón, tú serás la responsable. ¡Vete! Ahora eres uno de ellos.

Felisa suplicó, pero su madre no mostró un ápice de compasión.

—Lárgate antes de que vuelva tu padre —fueron las últimas palabras de su madre.

Felisa abandonó Torreperda llorando. Manuel, sospechando lo que había ocurrido, la abrazó.

—Mi madre no me quiere —dijo ella entre sollozos.

—Tranquila. No llores. Agustín y tú podéis quedaros en Las Bichas —intentó consolarla Manuel.

—¿Cómo es posible que actúe así? De mi padre y mis hermanos no me extraña nada, pero de mi madre...

—No se lo reproches. Tu madre te quiere, pero teme a tu padre.

—Mi padre no es como Indalecio. Hizo bien tu madre eligiéndolo a él —sollozó.

A Manuel le sorprendieron esas palabras. Desconocía que ella conociera esa historia. En ese momento, él también agradeció la elección de su madre. No quería ni imaginarse que podría haber sido uno de los hijos de Nemesio. Cuando regresaron no tuvieron que contar nada a nadie. Las lágrimas y el decaimiento de Felisa eran más que reveladores. La joven se excusó y corrió a su dormitorio.

—Ve junto a ella. Estas son cosas de mujeres —sugirió Indalecio a su hija.

Gregoria golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Elisa no respondió y ella abrió lentamente la puerta.

—¿Te encuentras bien? —se interesó.

—Estoy hundida. De repente me encuentro con que mi familia me desprecia —dijo entre sollozos.

Gregoria no sabía que decir para mitigar su pena.

—Tengo que encontrar a mi hermana.

Entonces Gregoria reaccionó.

—Esa no es buena idea... no sé si sabes lo que dicen de ella.

—Se lo he escuchado a mi padre, pero si Agustín y yo viviéramos con ella, cambiaría de vida.

Gregoria le acarició la cabeza.

—Abelarda ha cogido un mal camino y es muy difícil dejarlo. Por lo que he oído a los jornaleros vive en Madrid...

Felisa le agarró la mano.

—Si sabes de alguien que me puede decir dónde está, dímelo.

Gregoria se mantuvo en silencio. De oídas sabía que un par de hombres que vendimiaban en Las Bichas, habían estado con ella en Madrid, pero no creyó oportuno decírselo.

—Todo tiene arreglo. Ahora Agustín y tú estáis con nosotros y os apreciamos. Deja el tiempo correr. Tal vez cambien las cosas.

Felisa se secó las lágrimas y asintió. No podía hacer otra cosa.

La preocupación era latente en toda la familia. Incluso el chache Agustín detectó que algo sucedía. Él y Manuel no se despegaban del lado de Felisa y ella los reprendía.

—No sé quién es más niño de los dos.

A Manuel le remordía la conciencia. Tenía que acudir a la cita con la señorita Amelia y ocultárselo a Felisa. Estuvo en un tris de no ir, pero ya no había vuelta a tras, su hermano había dado por él la palabra.

Ese día, Anastasio y él dejaron la aldea y se desplazaron en el carro. Al llegar a Tarazona, Anastasio fue a ver a un amigo y Manuel esperó en la plaza junto a la fuente. Amelia no tardó en aparecer. Llegó en su carruaje de paseo, tirado por un nuevo caballo. Su semblante era pálido y se apreciaba su delgadez.

Se apeó y Manuel recorrió los pasos que les separaban.

—¡Buenos días! ¿Qué tal se encuentra? —la saludó.

—Estaba convencida de que me llamarías —repuso ella.

Manuel evitó llevarle la corriente para no entrar en su juego.

—Ya me dijo el capataz que ha *estao* enferma.

—Ha sido horrible.

Algunos lugareños se detenían para observarlos y ella sugirió dar un paseo. Manuel, a regañadientes, aceptó. Buscaron la sombra bajo las balconadas y atravesaron uno de los arcos de acceso a la plaza. Al otro lado, la calle estaba solitaria y ella aprovechó que no había miradas indiscretas para agarrarle de la mano. Manuel se sintió incómodo y en ese momento se arrepintió de haber hecho esa locura.

—Sé lo que le ha *pasao*... —titubeó — y no quiero que sufra por mí.

Ella miró a ambos lados de la calle.

—Aquí no hay nadie. Me puedes tutear —le indicó llevando su mano al pecho de Manuel.

Él retrocedió unos pasos y apoyó su cuerpo contra la pared.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —dijo ella con voz agitada, recorriendo los labios de Manuel con su mano—. Sabía que te preocuparías por mí y que me buscarías.

—No siga por favor.

—Manuel, te quiero. Siempre te he querido.

Él hubiese deseado no oír esas palabras. Quiso correr, huir de allí, pero estaba paralizado. Los ojos de ella estaban clavados en los suyos, su respiración era jadeante, su boca cada segundo más cerca, y ocurrió lo que nunca hubiera tenido que ocurrir. Amelia le besó en la boca y lo abrazó.

Manuel no saboreó ese beso. La imagen de Felisa surgió en su cabeza.

—Esto no está bien —pensó en voz alta.

—Dime qué me quieres.

—No puedo, no puedo —replicó.

Pero ella no estaba dispuesta a darse por vencida e intentó besarle otra vez. Manuel, en un acto incontrolable, se despegó de ella con un empujón y le rompió el vestido, dejando parte de su ropa interior al descubierto.

—Quiero a Felisa —gritó.

En ese instante, Amelia se sintió humillada. Le golpeó en el pecho con los puños mascullando:

—¡Eres un cabrón!

Manuel le agarró los brazos y ella se derrumbó.

—Esto no tenía que haber *acabao* así. No quiero volver a verla —dijo y se encaminó a la plaza.

—¡Eres un maldito! —farfulló ella entre lágrimas.

Al atravesar el arco, Manuel dejó de escucharla.

Sin perder tiempo se subió al carro y fue a buscar a su hermano. Cuando lo encontró le hizo un gesto y Anastasio se despidió de los dos hombres con los que estaba conversando.

—Cuéntame —le instó cuando subió al carro.

—No hay nada que contar.

Anastasio detectó rabia en las palabras de su hermano y no insistió.

Capítulo 15

Esa tarde, Manuel tendría otra muestra de la maldad de Amelia. Para tranquilizar su conciencia, decidió contarle a Felisa lo ocurrido.

—.. te juro que yo no he *dao* pie, para que actúe de esa manera —acabó.

—No tienes porqué excusarte. Te creo.

Felisa se metió en la piel de Amelia y sintió pena por ella. Es duro amar sin ser correspondido, se dijo. Ella era dichosa por ser amada. Una prueba de ello era la sinceridad de Manuel.

En ese momento, se personó en la aldea la pareja de la Guardia Civil. Sin saludar y con cara de pocos amigos, el cabo se dirigió a Manuel con unos grilletes en la mano. Indalecio se interpuso en su camino.

—¿Sucede algo para irrumpir de esta manera? —inquirió.

—Lo siento Indalecio, pero no es una visita de cortesía. Venimos a arrestar a Manuel.

En ese momento todas las miradas se centraron en el joven.

—¿Por qué motivo? —repuso — Yo no he infringido la ley.

—Eso se lo tendrás que decir al juez. Así que no te resistas y todo será más fácil.

Anastasio y su padre protegieron a Manuel colocándose delante de él.

—¿De que se le acusa? —preguntó Indalecio.

—Su hijo ha forzado a la señorita Amelia. Ella lo ha denunciado.

—Eso es mentira —replicó Felisa.

—Gregoria, entra en casa y que te acompañe Felisa —ordenó Indalecio.

Gregoria tuvo que tirar de ella hasta llegar a la casa.

—Yo no he *abusao* de nadie —alegó Manuel en su defensa.

—¿Es verdad! Mi hermano no ha hecho nada —aseveró Anastasio.

—Ya lo ha oído cabo. Mi hijo no sale de aquí —replicó Indalecio.

El cabo se llevó la mano a la cartuchera.

—Indalecio, no me obligue a utilizar la fuerza —advirtió.

El otro guardia desenfundó su arma y la tensión se acrecentó.

—Dejadlo —rogó Manuel—. Iré con ellos. No tengo nada que temer.

—Tú no te mueves de aquí —insistió Indalecio.

—Padre, no empeore las cosas —rogó.

Manuel esquivó a Indalecio y ofreció sus manos al cabo. Ante la iracunda mirada de su padre y su hermano, el cabo le colocó los grilletes, lo agarró de un brazo y lo condujo al vehículo. Cuando se escuchó el motor, Gregoria no pudo retener a Felisa, que envuelta en lágrimas, salió al exterior y corrió para alcanzar al automóvil.

—¿Qué coño ha *pasao* en Tarazona? —preguntó Indalecio a Anastasio.

—No lo sé, pero, ¿no creerá usted que Manuel ha hecho eso?

—¡Claro que no!

Fue Felisa, cuando regresó, quien aclaró lo sucedido. Anastasio, blasfemando, asestó con rabia una patada a un madero, Gregoria se santiguó, Agustín, nervioso agarró la mano de su hermana, e Indalecio maldijo. Por un instante la impotencia se apoderó de ellos. Y no era para menos, la versión de Manuel carecía de valor ante la de la señorita Amelia. Sin embargo, Indalecio no se dio por vencido. Algo tenía que hacer y decidió ir a Casa Aguilar, a suplicar si era

preciso. Preparó una mula y sin dar explicaciones salió de la aldea.

Unos minutos más tarde penetró en Casa Aguilar. En el patio se apeó de la mula y gritó:

—¡Señor Edelmiro! ¡Señor Edelmiro!

Alertados por el griterío, acudieron unos empleados, que vacilaron al ver a Indalecio.

—Tiene que marcharse —le aconsejó el capataz.

—De aquí no me muevo hasta que no hable con tu amo.

El señor Aguilar no tardó en acudir.

—¿Qué hace en mi casa? —le reprochó.

Indalecio esquivó a los hombres y se plantó a centímetros del señor Aguilar.

—Se va a cometer una injusticia con mi hijo y su hija es la responsable.

—¿Cómo se atreve? Después de lo que ha hecho ese desgraciado. ¡Echadlo de aquí!

—Manuel no ha *forzao* a la señorita Amelia —alegó mientras era arrastrado a la salida—. Si fuera un mal hombre se hubiera *aprovechao* de ella, pero sin emplear la fuerza.

El señor Aguilar avanzó unos pasos y lo agarró del cuello.

—¿Ahora insulta a mi hija? Le tenía por más hombre.

Pero Indalecio no se amilanó.

—Pregunte a sus hombres. En toda la comarca saben que la señorita Amelia está enamorada del Manuel.

El señor Aguilar miró a su capataz.

—¿Es cierto?

El capataz y los otros empleados bajaron sus cabezas.

—¿Es verdad? —insistió con vehemencia.

El capataz levantó la cabeza y asintió.

—Recoge tus cosas y lárgate.

—Pero amo...

—¿No me has oído? ¡Que te marches!

El capataz, cabizbajo se separó unos pasos y se excusó.

—Amo, llevo más de treinta años sirviendo a su familia y nunca me he quejado de nada. Oculte lo de su hija para evitarle un enfado.

—No me importa el tiempo que lleves conmigo. No has sido fiel y quiero que abandones mi casa.

Después de unos segundos, el capataz fue a recoger sus cosas.

En ese momento, Amelia apareció.

El señor Aguilar se giró y lanzó a su hija una mirada repleta de furia.

—Y tú, ¿qué tienes que decir?

—Padre, Manuel me ha hecho mucho daño —arguyó con voz afligida.

—Diga la verdad señorita —imploró Indalecio.

—Estoy esperando —instó Aguilar.

Ella se acercó sumisa.

—Padre yo quiero a Manuel. Usted puede obligarle a que se case conmigo.

—¿Dime si te ha forzado?

Amelia reventó en llantos.

—Me ha rechazado. Prefiere a Felisa y tenía que pagarlo —sollozó.

El señor Aguilar se llevó las manos a la cabeza y se dirigió a Indalecio.

—Le pido excusas y le juro que su hijo dormirá hoy en Las Bichas.

Los hombres soltaron a Indalecio. En gesto de cortesía se despojó de la gorra y se despidió.

—¡Que tengan un buen día!

Antes de abandonar Casa Aguilar, escuchó la sentencia del señor Edelmiro a su hija.

—Te doy todo lo que pides y tú me pagas así. Todo el mundo se estará riendo de nosotros. Nunca en mi vida me he sentido tan avergonzado. Ordenaré que preparen tus cosas. Mañana partirás a Toledo y vivirás allí con mi hermana Calvario.

—No padre. No me puede hacer esto...

De nada sirvieron sus ruegos y sus pataleos. Su padre se mantuvo firme en su decisión.

Cuando Indalecio llegó a la Aldea y les contó a todos lo sucedido, las lágrimas se transformaron en risas. Ninguno se despegó de la puerta hasta que como había jurado el señor Aguilar, unas horas más tarde, él mismo trasladó a Manuel en su automóvil. Todos lo abrazaron como si hubiera estado años ausente. Incluso el chache Agustín, que sin entender lo que sucedía, correteaba de un lado a otro, repartiendo abrazos.

Manuel agradeció que la señorita Amelia se alejara de su vida y en el fondo, Felisa también. Al domingo siguiente, Felisa lo convenció de que la llevara al Iglesia, para agradecerle a Dios que todo hubiese acabado bien. Él aceptó a regañadientes. Excepto a Gregoria, a ningún Romano le gustaban los curas. Quizá por eso y porque acudían poco por la Iglesia, Don Calixto, el párroco, en una ocasión denunció a Indalecio y como resultado, la Guardia Civil le multó por trabajar en domingo y le requisó tres sacos de patatas.

Manuel, a sabiendas que la familia de Felisa acudía a misa en Quintanar, eligió la iglesia de San Bartolomé de Tarazona para evitar un encontronazo. Anastasio los acompañó, pero no entró en la iglesia.

Esa visita provocó todo tipo de murmuraciones. Incluso al cura le sorprendió y agradeció ver a un Romano en la Casa de Dios. El sacerdote demostró ese agradecimiento al finalizar la misa, estrechando la mano de Manuel y confiriendo sus bendiciones a Felisa y a su familia.

Afortunadamente, el suceso con la señorita Amelia, el arresto y la posterior puesta en libertad de Manuel, no trascendió. El señor Aguilar se encargó de que la Guardia Civil no lo hiciera público, para evitar que su familia se convirtiera en tema de conversación en las tabernas.

Poco a poco la aldea recobró la tranquilidad. La partida de la señorita Amelia influyó mucho en que así fuera, y el incidente pasó a ser una anécdota, que la familia ya no comentaba. Después de un tiempo sin acontecimientos relevantes, Genaro, el cartero, llegó montado en su bicicleta. Los perros ladraron anunciando su presencia. Al apearse de la bici, estaba exhausto. Indalecio que se encontraba jugando con Agustín, salió a su encuentro.

—¡Buenos días Indalecio! —saludo el cartero intentando recuperar el resuello.

—¡Buenos días cartero! Pareces *cansao* —correspondió Indalecio.

—El tiempo que no pasa en balde, y ya no soy un chaval.

—¿Qué te trae por aquí?

El cartero se quitó su gorra de plato y con un pañuelo se secó el sudor del cuello.

—Traigo una carta de Madrid para la Felisa a esta dirección —dijo algo confundido.

—Tranquilo que no te has equivocado. Pero podías haber esperado a que nos viéramos en el pueblo.

—Es que me ha parecido importante —repuso meneando el sobre—. Dentro hay un par de billetes.

Indalecio lo miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Amigo, es la experiencia —dijo con una sonrisa.

Y razón no le faltaba. Genaro llevaba ejerciendo de cartero desde el año 1939. Fue gracias a una casualidad. Cuando estalló la guerra le sorprendió visitando a un familiar en Sevilla y, sin poder evitarlo, fue reclutado en el bando Nacional, pero nunca realizó ni un disparo. Como recompensa, al finalizar la contienda, le dieron el puesto de cartero en su pueblo. Al llegar la paz, empezó a rondar a Brígida, una mujer de mala fama. Según decían las malas lenguas, por su cama pasaron muchos de las Brigadas Internacionales. A Genaro no le importaron las murmuraciones y se casó con ella. Aunque de cuando en cuando tenía que soportar algún comentario mal intencionado. Pese a esa peculiar historia, Indalecio lo consideraba un buen amigo.

—Así que una carta para Felisa, ¿y quién la escribe?

—Es de su hermana Abelarda.

Indalecio frunció el ceño y de un grito reclamó a Felisa.

Al momento ella acudió y cogió el sobre que el cartero le ofreció. Sin perder tiempo lo abrió y descubrió que acompañando a la carta, había dos billetes de cien pesetas.

El cartero meneó la cabeza mirando a Indalecio, que no salía de su asombro.

Felisa corrió al interior de la casa para mostrarle el dinero a Manuel y leer la carta.

Indalecio le acercó el botijo a Genaro para que remojara el gaznate.

—Has *acertao*.

Genaro bebió un trago y vertió agua en el pañuelo.

—Este año parece que va a calentar el Lorenzo —murmuró mirando al cielo.

—Eso es bueno amigo —repuso Indalecio.

Antes de regresar al pueblo, Genaro le contó a Indalecio algo que le provocó desasosiego.

—¿Has *escuchao* lo de Zenón?

Indalecio se encogió de hombros.

—Dicen que se ha *juntao* con unos maquis y que hace unos días asaltaron una casa cerca de Villalgordo.

—Genaro que ya no hay maquis —dijo Indalecio. Aunque nadie mejor que él sabía que aún quedaba alguno.

—Eso es lo que dicen. La verdad es que lleva de cabeza a la Guardia Civil. Cuando venía hacia aquí con la carta estaba *cagao* de miedo.

—Quizá no era él —quiso convencerse Indalecio.

—Era él sin duda. Lo reconoció un vendimiador de Torreparada.

—Villalgordo está muy cerca —murmuró Indalecio.

Para él era muy difícil creer que Zenón se hubiese unido a los pocos guerrilleros que aún luchaban contra el franquismo y a los que él prestaba su ayuda cuando la necesitaban.

El cartero, después de refrescarse otra vez y liarse un cigarro, emprendió de nuevo el regreso de vuelta.

—Que pases un buen día y dale recuerdos de mi parte a la Brígida —se despidió Indalecio.

En el interior de la casa, Manuel no podía creerse que la hermana de Felisa le hubiese mandado tanto dinero. Sin embargo, ese dinero era un “no quiero saber más de vuestros problemas”. En la carta —que posiblemente la habría escrito algún cliente—, le decía a su hermana que se había enterado de que estaba en Las Bichas. Le pedía perdón por ser indecente, le deseaba lo mejor, y le suplicaba que se olvidara de ella. Felisa no pudo reprimir las lágrimas.

—No sufras, la encontraremos —la consoló Manuel.

—No sabemos dónde está.

—La carta viene de Madrid.

—Madrid es muy grande y está muy lejos.

Él no supo que decir o hacer para mitigar su congoja.

Cuando se le hubo pasado el sofocón a Felisa, salieron de la casa y se acercaron al lugar donde el padre de Manuel se encontraba con su faena y Agustín jugueteando con un perro. Sin pensárselo, ella le ofreció el dinero a Indalecio.

—Tome es para usted. Haga con él lo que quiera.

Pero él se negó a aceptarlo.

—De ninguna manera. Te lo ha *mandao* tu hermana y es tuyo.

—Insisto en que lo acepte. Es por las molestias que le causamos mi hermano y yo. Usted nos da de comer y nos trata como si fuéramos hijos suyos.

—Para nosotros no es ninguna molestia, esta es tu casa.

Sin embargo, la insistencia de Felisa convenció a Indalecio.

—Lo guardaré para cuando decidáis casaros. Como sabéis, yo no soy de dineros y os ayudaré en lo que pueda.

Entonces intervino Manuel.

—Cuando nos casemos, tenemos planes de vivir en la capital.

Aunque eso no era nada nuevo, Indalecio frunció el ceño. La posibilidad de que su hijo abandonase la aldea no era de su agrado.

—Mira Manuel para vivir en la capital hace falta mucho dinero. Allí no hay trabajo para los del campo.

—Buscaré un empleo y con el tiempo prosperaré. Aquí no hay futuro.

Felisa se mantenía al margen.

—Hijo tú naciste aquí igual que tus hermanos. Esta es tu casa...

—Mi hermana también se casará y se marchará.

—Eso es distinto. Ella es una mujer y su sitio está al *lao* de su marido.

Manuel vaciló.

—Perdóneme padre, pero yo no quiero acabar como usted, trabajando de sol a sol. Cuando salgo a la puerta de la aldea siempre veo lo mismo. Quiero otra cosa para mis hijos.

Esas palabras hirieron a Indalecio. Pensó que el enamoramiento de su hijo le había nublado el sentido, pero no le llevó la contraria. Aún quedaba tiempo para que él y Felisa contrajeran matrimonio y aún podía cambiar de opinión. Tampoco creyó oportuno revelarles lo que le había contado el cartero. Aunque si era cierto que Zenón estaba por la comarca, era cuestión de tiempo que lo supieran.

Después de esa corta charla sobre el futuro, todo continuó igual. Cada uno a su trabajo. Indalecio deseando que su hijo se mantuviese junto a los suyos. Manuel soñando cómo sería su vida en la capital, y Felisa sufriendo en silencio el desprecio de su familia.

Capítulo 16

Conforme pasaba el tiempo la rutina se apoderaba de los habitantes de Las Bichas. Para Felisa y Agustín era como si siempre hubieran formado parte de la familia. Ella colaboraba en el trabajo, ayudaba a Gregoria en los quehaceres caseros y cuando les sobraba algo de tiempo se perdían entre hilos y agujas. El chahe Agustín, cuando no andaba tras los animales o ayudando a Indalecio, seguía a su hermana.

Manuel no abandonaba su quimera de casarse con Felisa y vivir en la capital. Su ansia de conseguir una vida mejor, le quitaba el sueño.

—¡Quieres dejar de dar vueltas! —se quejaba su hermano cansado de oír el ruido de los muelles de la cama.

Cada día estaba más feliz de tener a Felisa a su lado, de tener apenas unos minutos de soledad con ella, de besarla... poco a poco su amor se iba fortaleciendo. Amaba y era correspondido, ¿qué más podía pedir?

Mariano visitaba a Gregoria con más frecuencia y una vez más, con la pesadumbre de Indalecio, su hija se ausentó un par de días para asistir a una boda de un familiar de su novio. A su regreso, rebosando entusiasmo, mostró a su familia un par de vestidos que su futura suegra le había regalado.

—¿Por qué no te los pones para que veamos que tal te sientan? —le sugirió Felisa.

Dicho y hecho. Gregoria se perdió en su dormitorio y al cabo de unos minutos, apareció con el primero y escuchó un murmullo. Para ellos, nada acostumbrados a la ropa elegante, parecía una princesa.

—Creo que tengo que darle un par de puntadas —dijo estrechando el vestido en su cintura.

Luego repitió el pase con el segundo y provocó el mismo impacto.

Manuel sintió envidia sana. Deseaba ver a Felisa con un vestido semejante y que él se lo hubiera regalado. Se imaginó paseando con ella por el parque, tener una casa propia y viajar a Alicante o a Murcia para ver el mar. Pero al segundo siguiente, retornó a la realidad.

En poco tiempo la efímera rutina se vio alterada por dos circunstancias. La primera era esperada; Mariano pidió permiso a Indalecio para contraer matrimonio con Gregoria y llevársela a vivir a la Roda. Como era de esperar, aceptó. La otra, causó más impacto.

Una mañana, la pareja de la Guardia Civil entró en la aldea. Indalecio se encontraba clavando el culo de una silla, mientras Agustín lo sujetaba.

—¡Buenos días Indalecio! ¿Está Manuel? —saludó y preguntó el cabo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Indalecio.

—Mi hijo. ¿Para qué lo quieren ustedes? —inquirió estremecido.

—Venimos a entregarle en mano una carta. Tiene que incorporarse al Ejército.

—¿Para qué tiene que ir el Manuel al Ejército? —se quejó Indalecio.

—Para hacer el servicio militar y porque es obligatorio servir a su patria. Además si se reengancha puede tener un buen futuro.

—Manuel ya tiene bastante trabajo aquí.

—Indalecio nosotros cumplimos con nuestra obligación. Si él no quiere alistarse es cosa suya. Le declararan prófugo y me fastidiaría venir a arrestarle.

Indalecio se mostraba contrariado pero no podía hacer nada contra las leyes.

—Mi hijo está en el campo. Dejen la carta y yo se la entregaré.

El cabo dudó, pero al final se la entregó y él la introdujo en un bolsillo de su chaleco.

—Otra cosa Indalecio —añadió el otro guardia—. Tenga mucho cuidado. Han visto a Zenón cerca de aquí.

Esa advertencia intranquilizó a Indalecio. El nombre de Zenón se escuchaba mucho en los últimos meses. Sus actos delictivos ya eran conocidos en toda la zona. A él no le hacía demasiada gracia que su nombre se mezclara con el de auténticos guerrilleros como el Ojos azules, Paisano, Ramiro, Aniceto, el Abuelo, el Manco de la Pesquera, y tantos otros a los que él había ayudado alguna ocasión y que hacía mucho que no aparecían por Las Bichas. Pero esa duda quedó resuelta cuando el cabo le informó de que en el pasado mes de noviembre, un número indeterminado de Guardias Civiles de Cuenca, Valencia y Teruel, tomaron al asalto uno de los últimos reductos de los guerrilleros situado en Cerro Moreno, en las cercanías de Santa Cruz de Moya. Al parecer, el éxito de la misión fue gracias a un delator, que reveló la ubicación del campamento. Pese a que los sorprendieron, los maquis se defendieron con saña, provocando muchas bajas en la Benemérita. La mayoría de guerrilleros fueron abatidos. Unos pocos huyeron y los que fueron apresados, habían sucumbido o estaban a punto de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

Esos inesperados sucesos entristecieron a Indalecio.

Cumplida su misión la Guardia Civil abandonó la aldea. Indalecio, consternado, esperó a que llegase su hijo para comunicarle su próximo incorporamiento a filas. Esto resquebrajó los planes de Manuel y los del casamiento de Gregoria. Aunque no habían fijado una fecha, ella y Mariano planificaron la boda algo después de que el soldado se licenciase.

Para Manuel su inminente ingreso en el ejército rompía sus esquemas. Sin poder evitarlo tenía que alejarse de Las Bichas y por consiguiente, también de Felisa. Ahora que estaban disfrutando su amor sin obstáculos, temía que la distancia enfriara su relación. Pero ella lo tranquilizó.

—Esperaré a que acabes el Servicio Militar. Pensaré en ti cada segundo del día y echaré en falta tus besos. Te quiero.

—Yo te escribiré cada semana ¡Dios! Que duro va a ser estar sin ti.

Esa noche, a pesar de la tardanza y de que no los veía desde la ventana, Indalecio no los llamó, ni les reprendió por la ausencia.

Unos días más tarde, el plácido sueño de los habitantes de la Aldea, se vio alterado al escucharse unas detonaciones. Indalecio se dio un susto de muerte al reconocer que eran disparos. Apresuradamente se vistió, prendió un candil y se encontró con el resto de la familia.

—¿Qué pasa padre? ¿Quién ha *disparao*? —inquirió Anastasio.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —repuso escopeta en mano.

—Voy con usted —dijeron al unísono Manuel y su hermano.

—No os mováis de aquí y cerrad la puerta cuando salga —ordenó.

Nadie se atrevió a contradecirle.

Cuando él abandonó la casa, los cinco se agolparon en la ventana.

Con la escopeta en la mano, Indalecio abrió uno de los portones y con prudencia se asomó. En el exterior se escuchaban las voces de varias personas.

—¿Quién anda ahí? —inquirió.

—¡Es la Guardia Civil! —reconoció la voz del cabo.

Más tranquilo franqueó el umbral y a pocos metros del muro vislumbró a tres guardias que alumbraban con unos farolillos a un hombre abatido, con varios impactos en su cuerpo de los que brotaba la sangre.

—¿Qué ha sucedido cabo? —se interesó Indalecio.

—Es Zenón. Le veníamos siguiendo desde Casa de la Cañada Baja y por fin ha caído. Éste ya no robará a nadie más.

Una vez que comprobaron que no existía riesgo, Manuel y los otros salieron a interesarse por lo sucedido. Indalecio se interpuso en el camino de Felisa.

—Será mejor que no lo veas.

Ella miró por encima del hombro de Indalecio y contempló el cadáver de su hermano.

—Manuel acompaña a Felisa y Gregoria dentro —ordenó Indalecio.

—No —se negó ella.

Gregoria la abrazó y en ese momento, sin que nadie pudiera evitarlo, Agustín se aproximó a su hermano, se sentó a su lado y le acarició la cabeza.

—Bayaya, bayaya... —sollozaba.

Nunca antes había dicho esas palabras con tanta ternura.

Indalecio impidió que un guardia lo retirase.

—Déjelo un momento.

Felisa no pudo reprimir las lágrimas.

Unos minutos más tarde, los guardias apoyaron el cuerpo contra el muro, lo iluminaron con los faros del automóvil y le hicieron unas fotografías. Al punto, introdujeron el cadáver en el coche y Manuel, sus hermanos, Felisa y Agustín, se retiraron.

—Esta noche hemos tenido suerte —manifestó el cabo—. Llevábamos tiempo tras sus pasos y no me equivoque al pensar que algún día, Zenón al resguardo de la oscuridad, intentaría matar a Manuel.

Indalecio, que no apreciaba mucho a la Benemérita, agradeció que hubieran cumplido con su trabajo, aunque había costado una vida.

Nadie regresó esa noche a su cama. Toda la familia se mantuvo despierta, hasta el amanecer y con las primeras luces, como si nada hubiera pasado, cada uno se ocupó de lo suyo.

La noticia de la muerte de Zenón corrió como la pólvora. Los aldeanos ya podían dormir tranquilos sin necesidad de tener la escopeta en la cabecera de su cama. Sin embargo, esa muerte no presagiaba nada bueno. En las tabernas se hacían apuestas sobre quién sería la siguiente víctima. Porque para la mayoría estaba claro que Nemesio y los suyos clamarían venganza.

Felisa y Agustín no asistieron al entierro de su hermano. Indalecio no creyó oportuno ni seguro que fueran a la iglesia ni al cementerio. Tampoco asistió Abelarda. Al no saber su domicilio, no pudieron notificarle la muerte Zenón.

—Al menos ella, se ha librado de la sombra de mi familia —murmuró Felisa afligida.

Según supo algo más tarde Indalecio, cuando dieron sepultura a Zenón, su padre juró ante los presentes que no descansaría hasta que los Romano pagasen las muertes de Desiderio y Zenón.

—Mala cosa es esa amenaza —comentaba Indalecio a su amigo Silvio.

—Tienes que evitar cruzarte con un Molina —le aconsejó Silvio.

—Yo no les tengo miedo a esos cobardes. Si por mí fuera, esto habría *acabao* hace años. Nemesio y yo a navaja, y el que más pueda capador. Pero están mis hijos. No me perdonaría si les pasa algo.

Silvio le dio unas palmaditas en el hombro.

—Amigo, sé paciente. Ahora Nemesio está con la sangre hirviendo, pero el tiempo lo enfría todo.

Paciencia era lo que le sobraba a Indalecio. Llevaba años intentando que las diferencias de los Romano y los Molina finalizaran de forma pacífica, pero siempre ocurría algo que lo

complicaba todo. No se le iba de la cabeza que Manuel y Felisa querían casarse, pero la muerte de Zenón era otro obstáculo para conseguirlo.

Lo que no sabía Indalecio, era que el cabo, cansado de escuchar que correría la sangre en Las Bichas, visitó Torreparada e hizo una advertencia a sus moradores.

—Si los Molina os atrevéis a tocar un cabello de alguno de los Romano, por desorden continuado, por reiteradas amenazas, o por lo que me salga de los huevos, os prometo por la Santa Cruz, que me encargará de que os destierren.

Nemesio y los suyos sabían que hablaba en serio.

—¿Y si ellos nos provocan? —inquirió el patriarca.

—Se les aplicará la misma pena.

Capítulo 17

Tras unos días de tensa calma, Indalecio y Anastasio tenían todo preparado para viajar a Albacete. En esa ocasión, Anastasio convenció a su padre de que les acompañase su hermano. Manuel puso algún reparo. En breve tenía que ausentarse y quería estar el máximo tiempo posible junto a Felisa. Pero de nada le sirvieron sus argumentos. Su padre consideró que era más seguro que viajase con ellos y que no permaneciera en Las Bichas. Así cuando el carro estuvo cargado, iniciaron el viaje.

Durante el trayecto, mientras Indalecio dormitaba, el reservado Anastasio conversó más de lo habitual con su hermano.

—¿No te acuerdas de la señorita Amelia?

—A veces.

—Es una pena que se haya ido.

—Ella se lo ha *buscao*.

—¿Sabes? Una vez vi a su tía Calvario, a esa con la que vive ahora. Tiene pinta de marimacho y según dicen es una meapilas.

—Me da igual. No quiero hablar de ella —replicó Manuel.

Anastasio cambió de tema.

—¿Así que cuando acabes la mili te casas?

—Esa es la idea. Pero primero tengo que hablar con el señor Justo y encontrar trabajo en Albacete.

—Primero tienes que estrenarte —aseveró Anastasio.

—¿Estrenarme? ¿En qué? —preguntó Manuel desconcertado.

—Mira Manuel, yo soy soltero pero algo sé de mujeres. Cuando hagas el servicio militar, no serán pocos los que te propondrán ir a una casa de putas. Yo mismo me estrené durante la mili...

Manuel escuchaba a su hermano algo confuso.

—Cuando te cases —prosiguió—, para la noche de bodas necesitaras cierta experiencia de la cual careces.

A Manuel le costaba creer que su hermano le estuviese aconsejando en asuntos de mujeres.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Como sabes, cuando viajo a Albacete, voy al Alto de la Villa, y allí me desahogo de... Ya me entiendes.

Manuel sabía de sus escarceos en el barrio de prostitutas, pero le surgió una duda.

—¿Padre también te acompaña al Alto de la Villa?

—¡Quia! Él nunca —respondió rotundamente Anastasio.

—¿Y quieres que yo te acompañe?

—¡Pues claro! —repuso con una amplia sonrisa — Juntos hemos *trillao*, recogido uva y aceituna, *cortao* leña, hemos *cazao*, pero nunca hemos ido de putas.

En ese instante, se despertó Indalecio e interrumpió su conversación.

Como siempre al llegar a Albacete, dejaron los bártulos en la posada y luego caminaron hasta la cantina de Amancio, el amigo de Indalecio. Después de los efusivos saludos, como no podía ser de otra manera se escucharon las historias de los dos viejos y los parroquianos ampliaron sus rondas.

—Está historia seguro que no os la contado vuestro padre —dijo Amancio en un momento

motivando la expectación.

—¿No te atreverás? —replicó Indalecio imaginando lo que quería contar.

—¡Pero pijo! ¿Qué pasa?

Anastasio y Manuel le instaron a que contará eso que desconocían. El cantinero se atusó el delantal e hizo sonar un cencerro para atraer la atención de los que aún no le escuchaban.

—¡Pues ahí va! Un día que íbamos de patrulla sorprendimos a una caravana de moros. Como nuestras órdenes eran limpiar el terreno de focos hostiles, atacamos. En la refriega murieron dos de los nuestros y todos los enemigos. Pero cual fue nuestra sorpresa cuando fuimos a rematar a los que quedaban con vida, que encontramos entre unas vasijas de aceite a una mora —se detuvo y se relamió—. Creo que es la mujer más preciosa que he visto en mi vida. El caso es que no podíamos hacer prisioneros. El sargento ordenó a Indalecio que rematara la faena, pero él se negó, y cuando el sargento sacó la pistola y fue a disparar, esté cabrón —señaló a Indalecio—, se lo impidió. Los dos se dieron una buena tunda. Al final, unos cuantos apoyamos a Indalecio y llevamos a la mora al destacamento. Al llegar y poner el sargento en conocimiento del teniente el suceso, yo tuve que llevar a vuestro padre al calabozo y lo peor era que tenía que enfrentarse a un Consejo de Guerra y posiblemente ser fusilado.

—No fue *pa'tanto* Amancio —le interrumpió Indalecio.

—¿Cómo qué no?

Antes de continuar, se tomó unos segundos para llenar los vasos.

—El caso es que la mora estaba en el mismo calabozo y resultó que era hija de un cabecilla de la rebelión. Este hombre que tenéis aquí, durante días se privó de comer para darle a ella su alimento, impidió que dos borrachos hijos de puta que vigilaban el calabozo, la violaran. Y cuando unos días más tarde, nos rodearon más de quinientos moros, él forzó las rejas y a riesgo de su vida se escapó con ella y se la entregó a su padre. En agradecimiento, el cabecilla le ofreció cuatro mujeres que rechazó, pero no sé cómo huevos obtuvo una tregua. De no ser por él, los moros nos habrían comido. Lo peor es que a los que apoyamos a Indalecio nos trasladaron a otro destacamento, y los que permanecieron allí, fueron masacrados unos días más tarde de nuestra partida.

Amancio pasó el brazo por el hombro de Indalecio.

—Amigo, sé que siempre te has reprochado esas muertes, pero que pijo, así es la guerra.

Indalecio se mantuvo en silencio.

—Padre, ¿por qué no nos había *contao* esa historia? —sintió curiosidad Manuel.

—Porque después de haber *pasao* tantos años, aún sigo preguntándome si hice lo correcto —repuso afligido.

Ni Manuel ni Anastasio insistieron. Sin embargo, se preguntaron, ¿cuántas historias más les había ocultado? Y sobre todo, ¿por qué le dolía recordarlas? En la que acababan de oír, no encontraron nada reprochable. Es más, su fuero interno les decía, que ellos habrían actuado del mismo modo.

Después de dos rondas dejaron la cantina y visitaron las tiendas de la calle Albarderos, donde se vendían los enseres que se elaboraban en Las Bichas. Tras el trapicheo tomaron una cena ligera en una de las tabernas cercanas a la Posada. Luego, Indalecio les entregó a sus hijos unas perras y se retiró a descansar.

Con dinero fresco en el bolsillo, los dos hermanos se desplazaron al barrio de prostitutas. El Alto de la Villa estaba ubicado en un pequeño promontorio, cercano a las calles comerciales y a unos pocos pasos de la Plaza Mayor. Por ser el punto más alto de la ciudad, en otro tiempo fue un

lugar estratégico para Moros y Cristianos y para las contiendas que allí se desarrollaron. Vetustas edificaciones de una o dos plantas conformaban un entresijo de callejuelas, donde las prostitutas vivían y ejercían su profesión. Las calles con nombres peculiares (Las Damas, La Estrella, Desengaño, del Amparo...), confluían en la Plaza del Pozo de las Nieves, donde había un antiguo Depósito de Agua, una chimenea respiradero de un refugio antiaéreo y donde estaban la mayoría de los burdeles. Allí en uno de esos locales, Manuel contempló por primera vez a mujeres ataviadas con vestimentas provocativas, que bebían un chato de un trago, fumaban y no escatimaban carantoñas a los clientes.

—No te fijes en ninguna de estas —le aconsejó su hermano—. Ahora iremos a ver a unas que conozco.

En algunos momentos Manuel se sintió ruborizado y sorprendido. No conocía a su hermano. Su timidez de pronto había desaparecido. Al salir del local recorrieron un corto trecho para llegar a un lugar donde tres mujeres se encontraban sentadas en el suelo, jugando una partida de cartas.

—¿Dónde van dos hombres tan guapos? —los provocó una de ellas.

—Anastasio, ¿qué nos traes aquí? —dijo otra irguiéndose y acariciando la mejilla de Manuel.

—Es mi hermano pequeño. Quiero que lo tratéis bien.

Manuel se sonrojó. Anastasio hizo el trato con la más joven y tuvo que empujar a su hermano para que entrara en la casa. Una vez que la cortina se cerró, Anastasio esperó conversando con las otras dos.

—¿Qué tal se ha *portao* el chaval? —le preguntó a la prostituta cuando salieron.

—No ha estado mal para ser la primera vez —contestó con una amplia sonrisa.

Manuel estaba deseando desaparecer, pero aún permanecieron allí unos minutos más. Las prostitutas les invitaron a una copa de anís a granel y estuvieron bromeando un rato.

—¿Así que pronto vas a casarte? —le preguntó a Manuel una de ellas.

—Cuando... acabe el servicio —balbuceó.

No se esperaba que su hermano hubiese compartido con esas mujeres algo así.

—¡Pero si aún eres un niño! —exclamó la prostituta con la que acababa de retozar.

—Bueno dejad al chico. No veis que está *enamoraao* —resolvió Anastasio.

Las tres se miraron y suspiraron.

—Chico tienes suerte —dijo una de ellas con anhelo—. Acostarte y despertarte junto a la persona que quieres.

Como ya era tarde los hermanos se despidieron de las prostitutas y antes de acudir a la Posada hicieron un alto en una taberna de la calle la Caba.

—¿Qué tienes que contarme? —intentó sonsacarle Anastasio.

Manuel se encogió de hombros.

—No sé si he hecho bien. Yo quiero a Felisa y creo que la he *engañaao*.

—No seas pardillo —aseveró su hermano—. Ellas saben que los hombres vienen al Alto de la Villa. Incluso los que están *casaos*... ¿Antes de entrar con la prostituta querías a Felisa?

—¡Claro!

—¿Y la sigues queriendo?

—Sí, como iba a dejar de quererla por...

—¡Pues entonces! ¿Ves como nada ha *cambiaao*?

Las peculiares teorías de Anastasio tranquilizaron a Manuel.

—No se lo cuentes a nadie —le rogó.

—Ni al Diablo.

Manuel se quedó abstraído con la mirada perdida en la nada.

—¿Qué piensas? —se interesó su hermano.

—Me estaba acordando de la hermana de Felisa.

—No te lamentes. Ella escogió ese camino.

Sin embargo, Manuel no pudo evitar sentir lástima y rabia. Estaba convencido de que si Nemesio hubiera tratado bien a sus hijas, Abelarda no se habría escapado y Felisa viviría con su familia.

Al llegar a la Posada, entraron sin hacer ruido a la habitación que compartían con su padre. A la mañana siguiente tenían un duro trabajo antes de regresar a Las Bichas. Ese día fue uno más para Anastasio, pero para Manuel fue lo más parecido a las juergas que disfrutaban los jornaleros tras cobrar la paga después de la vendimia y que tantas veces les había escuchado.

Por la mañana se dedicaron a repartir la mercancía por los comercios, a recoger algunos encargos y cuando hubieron acabado, iniciaron el viaje de vuelta. Esa sería la última vez que el carro recorrería ese camino.

Al llegar a la aldea, Manuel abrazó a Felisa como si hiciera mucho tiempo que no la había visto.

—¿Te pasa algo? —inquirió sorprendida.

—Nada, es que... tenía ganas de tenerte entre mis brazos.

El tiempo que faltaba para que Manuel se incorporase a filas, pasó muy rápido. Antes tuvo que desplazarse a la capital para tallarse y descubrir que su destino era el cuartel del Ejército del Aire de San Javier. La noche antes de iniciar el viaje que le alejaría varios meses de Las Bichas y de Felisa no podía conciliar el sueño. Después de dar mil vueltas en la cama, de aguantar los ronquidos de su hermano y de escuchar el resoplar de las mulas, salió de la habitación, se sentó frente a los rescoldos de la chimenea y luego decidió dar un paseo.

Tras dar unos pasos se acomodó en el banco y después de unos segundos se acercó a la ventana del dormitorio de Felisa y llamó débilmente con los nudillos.

—¿Felisa? —susurró

Al punto, ella abrió la ventana.

—Manuel, ¿qué haces ahí fuera?

—No puedo dormir.

—Espera un momento y te acompaño un rato.

Con discreción para no despertar a Agustín y a los otros, Felisa se vistió y salió al patio. Manuel se abrazó a ella y se puso a llorar como un niño.

—No quiero estar lejos de ti.

—Yo tampoco. Pero verás como el tiempo pasa rápido y pronto estaremos juntos de nuevo.

—¿Y si ya no me quieres cuando regrese?

—¡Anda no seas tonto! Eso no ocurrirá nunca.

Las lágrimas de Manuel se confundieron con unas gotas de lluvia.

—Metámonos dentro o nos vamos a poner como una sopa —sugirió ella.

Pero Manuel quería que ese momento fuera eterno. La agarró de la mano y la condujo al establo. Allí se sentaron sobre la paja y se abrazaron. Ambos sabían que unas horas más tarde se separarían.

La lluvia arreció y se escucharon algunos truenos. Felisa se apretó contra él, sus bocas se

unieron y sintieron los latidos acelerados de sus corazones. A la luz de los relámpagos las caricias se sucedieron. Manuel la besó en el cuello, en los hombros y recorrió su cuerpo por debajo del vestido. Ella no le detuvo. Un torrente de sensaciones los invadió. La pasión y el deseo se mezclaron. Ninguno de ellos había sentido algo así y sin querer evitarlo consumaron el acto.

—Hemos roto la palabra que le dimos a tu padre —se lamentó Felisa, con Manuel todavía encima de ella.

—Ya no podemos remediarlo —aseveró él.

Sus cuerpos permanecieron unidos y se detuvo el tiempo. Poco antes de amanecer, se atusaron las ropas y salieron al patio.

—Esto no volverá a ocurrir hasta que estemos casados —dijo ella antes de introducirse en la casa.

Él la besó y le dijo:

—Te doy mi palabra.

Unas horas más tarde, Manuel agarró la maleta de madera hecha por su padre, donde llevaba todas sus pertenencias y salió al patio. Allí le estaba esperando su familia. Uno a uno lo abrazaron y le desearon buena suerte. La despedida de Felisa fue más fría de lo que hubiera deseado, pero se hacía cargo. Indalecio y él se subieron al carro y no dejó de mirar atrás, hasta que la imagen de Felisa se difuminó en la lejanía.

En el trayecto hacia Villalgordo, donde Manuel se uniría a otros dos reclutas, su padre no cesó de darle consejos, pero él no los escuchó; Felisa ocupaba todos sus pensamientos. Al llegar al pueblo, un camión esperaba a los reclutas para trasladarlos a la estación de ferrocarril de la Roda. Allí, tras despedirse de su padre, se subió al tren que le conduciría a la estación de Murcia y esa sería la primera ocasión que se alejaría de los suyos.

Capítulo 18

Al llegar al cuartel se abrió un mundo lleno de nuevas experiencias para Manuel. En el viaje desde Murcia a San Javier había descubierto el mar, luego le habían cortado el pelo, le habían puesto unas cuantas vacunas y se había vestido de uniforme.

Los nuevos reclutas, cargados con su petate, formaron ante los barracones que serían su hogar durante mucho tiempo. El sargento, paseó frente a ellos, escrutándoles de pies a cabeza y preguntándoles nombre y oficio. Cuando le llegó el turno a Manuel, le dio vergüenza reconocer que era un hombre del campo y mintió diciendo que era mecánico de bicicletas.

Al finalizar la revista, cuál fue su sorpresa, cuando el sargento fue asignando trabajos. Lo destinaron al taller y cuando comprobaron que había mentido, le llegó el primer arresto, la primera reprimenda y la primera lección.

—En el Ejército español, no hay lugar para mentirosos, ni para hombres que se avergüenzan de sus orígenes —le dijo el sargento.

Manuel se prometió a sí mismo no volver a mentir y así lo expuso en la primera carta que escribió a Felisa.

En los primeros días congenió con otros tres reclutas; Matías, un asturiano que no paraba de hablar y al que le costaba entender lo que decía, Lorenzo, un aldeano como él que procedía de una hacienda murciana llamada Rompealbardas, y Julián, castizo de pura cepa. Con ellos compartía todo su tiempo, desfilaban, se sentaban juntos en el comedor, conversaban, bebían y bromeaban en la taberna, paseaban en su tiempo libre... y eran lo más parecido a una familia.

Con Lorenzo era con el que tenía más cosas en común. Ambos eran del campo y coincidían en el anhelo de conseguir algo mejor. Aunque también había cosas que los diferenciaba. Cada uno había vivido la guerra civil, el antes y el después, de manera diferente. Según Lorenzo, los comunistas le habían robado tierras a su padre y en dos ocasiones, lo habían subido al camión que conducía a los reos al paredón. Afortunadamente, un amigo de la familia, le había librado de ser fusilado. Relataba con estupor que al estallar la guerra, siendo niño, había visto como los comunistas arrastraban con caballos a un Cristo crucificado. También contaba con orgullo, como un hermano suyo se había enrolado en la División Azul y había combatido en el frente ruso. Pese a esas diferencias, eran buenos amigos. Que la amistad estaba por encima de las ideologías, fue la segunda lección que Manuel aprendió.

Matías era un joven bromista, que antes de ser llamado a filas ejercía el duro trabajo de minero, igual que lo hacía su padre y antes su abuelo. Su historia no era muy diferente a las de la mayoría de jóvenes de su pueblo. Originario del Concejo asturiano de Castrillón, trabajaba en la mina de Arnao. Su familia también había sufrido la represión franquista. Antes de la guerra, su padre perteneció al Sindicato Minero Asturiano y había estado implicado en revueltas, lo que le condujo al acabar el conflicto, igual que a otros sindicalistas, a cumplir una condena de tres años.

La experiencia vital de Julián era distinta a las de sus compañeros. Ni él ni su familia habían padecido represión alguna, ni antes ni después de la guerra. Su padre era propietario de una pequeña tienda de ultramarinos y los fines de semana trabajaba en la cabina de proyección del cine Capítol de la Gran Vía madrileña.

Cada uno de ellos compartía con el resto sus vivencias, sus sueños, y su amistad se fortalecía día a día.

—Ya están aquí los de Las Bichas y Rompealbardas — bromeaban Matías y Julián cuando

aparecían Manuel y Lorenzo por el barracón.

Y ellos les correspondían la broma.

—¿Qué tal día llevan hoy los señoritos?

Esa entrañable amistad fue descrita en la segunda carta de Manuel. Carta que Felisa leyó a su familia y de la que omitió las líneas que estaban reservadas para ella.

Entre cartas, maniobras, interminables conversaciones en las que se conocían los nuevos amigos, visitas a la taberna, paseos al lado del mar... llegó la jura de Bandera. Los cuatro amigos, desfilaron y juraron su compromiso con la Patria. Muchas familias se congregaron ese día para ver a los soldados en tan significativo momento. Pero nadie de Las Bichas asistió a la celebración. Para Indalecio era una paradoja, que Manuel se comprometiera a defender la Bandera que representaba a los asesinos de su hijo Lucas. Esa ausencia provocó que el ánimo de Manuel decayera, pero todo pasó cuando recibió una carta de Felisa, en la que ella le contaba lo mucho que lo echaba en falta y acababa con un: «TE QUIERO».

Ella también sufría la ausencia. Cada día que pasaba era uno menos para que estuvieran juntos de nuevo. Todos los días, antes de dormir, rezaba por él. Aunque algunas noches le costaba conciliar el sueño. En su cabeza retumbaban las palabras que una vez escuchó a su padre; «La mujer que pierde la virtud antes del matrimonio, es una ramera». Sin embargo, ella no se arrepentía de lo que sucedió en el establo. Si bien al principio le había dolido, sentir a Manuel dentro de ella, había sido maravilloso y cuando le embargaba la añoranza, recordaba ese momento.

Después de jurar bandera el cuartel recibió a unos soldados del Cuerpo de Paracaidistas. Su estancia allí tenía un motivo; exhibirse con sus uniformes, contar sus experiencias y reclutar voluntarios.

Manuel y sus tres amigos presentaron la solicitud y fueron admitidos. A los voluntarios los trasladaron a la Escuela de Paracaidismo de Alcantarilla. Allí permanecerían tres meses recibiendo clases teóricas y el colofón final sería realizar seis saltos.

Ninguno de ellos se hubiera imaginado que su servicio militar fuera tan instructivo. Después de unos cuantos vuelos de adaptación y de haber recibido la instrucción necesaria llegó el momento de lanzarse al vacío. Antes de subir al avión se palpaba el nerviosismo. Manuel, sus amigos, y otros ocho voluntarios, pertenecían a la patrulla que realizaría el primer vuelo y por consiguiente, serían los primeros en saltar.

El avión despegó y entre un ruido ensordecedor, el jefe de patrulla animaba a sus pupilos, a la vez que les daba los últimos detalles.

—...Cuando os de una palmada en el hombro, os lanzáis, ¿entendido?

Todos asintieron.

Cuando tomaron altura, el jefe de patrulla llamó al primero. Esperó la señal luminosa y golpeó en el hombro del novato. El soldado fue incapaz de lanzarse. El jefe, con gesto airado, lo envió al final de la cola. Igual ocurrió con los cuatro siguientes.

—No creáis que os vais a librar. Quien quiera pisar tierra, ahí tiene la puerta —dijo el jefe con vehemencia.

Manuel iba en quinto lugar y al contrario que sus compañeros, estaba deseando lanzarse. Se había concienciado para que el pánico no se apoderase de él. Tal era su entusiasmo, que antes de que el jefe pronunciase su nombre, colgó el mosquetón en la barra que activaba el dispositivo de apertura del paracaídas al lanzarse y se colocó en posición de salto. Entonces, el jefe se percató

de que su equipo estaba a punto de engancharse la barra y apoyó la mano en su hombro, para que se agachara. Manuel confundió ese gesto con la señal y se lanzó. No era el momento adecuado y aunque podría haber ocurrido cualquier incidente, afortunadamente después de permanecer unos minutos flotando en el aire, tomó tierra, aunque bastante lejos del lugar indicado.

Sus tres amigos tampoco se echaron atrás y se lanzaron sin tener que ser empujados. Ya en tierra firme manifestaron su entusiasmo.

—Ha sido acojonante.

—Que silencio.

—Parecía que la tierra se movía.

—Casi se me sale el estómago por la boca.

Los cuatro habían superado con creces su primer salto y esa experiencia la recordarían el resto de su vida. Antes de finalizar el curso realizaron cinco saltos más, pero coincidieron en que ninguno había sido como el primero.

Durante su permanencia en Alcantarilla ocurrió algo insólito. Los soldados se revolucionaron cuando llegaron unos camiones cargados de material cinematográfico. Hacía días que se rumoreaba que ese cuartel, había sido elegido para grabar algunas secuencias de una película, y que famosas estrellas del celuloide pasarían allí una temporada. Según aseguraban los más informados, se trataba de una comedia y la trama iba sobre tres alféreces, alumnos de la Escuela de Paracaidismo, que eran buenos amigos y rivales en cuestiones de amor. El terceto se autodenominaba “La Trinca del Aire”, que a su vez sería el título de la película.

Alguno de los que habían tenido la suerte de ver una película, les defraudó comprobar los trucos cinematográficos. Ellos mismos participaron y colaboraron en algunas escenas. Les pareció esperpéntico el tener que empujar un avión para que el cámara, desde el suelo, rodara saltos de un par de metros a una colchoneta. También, desfilan a las órdenes de un paisano. En estos desfiles, la torpeza de un actor llamado Fernando Fernán Gómez, obligó al director a repetir planos. Al final, optó por grabar los pies y el cuerpo de los soldados independientemente.

Así entre saltos, instrucción, rodajes...pasaron los tres meses. Con el curso superado, a Manuel y a sus tres amigos, los destinaron a Alcalá de Henares, donde continuaría su entrenamiento y formarían parte de la Primera Bandera de Cazadores Paracaidistas, una de las unidades de elite del Ejército Español. Curiosamente, el rodaje de “La Trinca del Aire”, se trasladó a ese mismo cuartel.

La felicidad de Felisa por los logros de Manuel, era compartida por el resto de la familia. Casi sin pestañear, la escuchaban cuando leía las cartas. Gracias a ellas sintieron lo que era lanzarse al vacío. Cada uno a su modo estaba orgulloso de Manuel. Incluso Indalecio, que no llevaba demasiado bien la ausencia de su hijo.

En la aldea todo transcurría en calma. Las amenazas de Nemesio, afortunadamente no se habían cumplido, aunque nadie se fiaba que esa calma fuese duradera. Por eso durante la vendimia, a la que Manuel faltó ese año, la Guardia Civil hizo unas cuantas rondas por los límites de Las Bichas y Torreparda. La cosecha fue excelente y no faltaron manos.

Gregoria y Felisa, cada vez más unidas, cuando acababan con sus tareas, se enfrascaban en coser y bordar el ajuar y el vestido de novia de la primera. Mariano los visitaba a menudo y él también esperaba ansioso, que Manuel acabase el servicio militar para contraer matrimonio.

En una de las cartas que Felisa recibió, se abrió una esperanza. En ella, Manuel le decía que dada la proximidad de su cuartel a Madrid, cuando tuviera tiempo libre, buscaría a su hermana.

Sin embargo, esa quimera no era compartida por Indalecio. Ya no era ningún secreto a lo que se dedicaba Abelarda y sabía muy bien lo difícil que era dejar esa vida. Y en el supuesto caso de que lo consiguiera, siempre habría alguien que le recordaría su pasado. Luego estaban su padre y sus hermanos, que la habían repudiado. Y conociendo como conocía a Nemesio, jamás la acogería ni perdonaría.

—No te hagas muchas ilusiones. En Madrid vive mucha gente —le dijo.

En la primera salida del cuartel, los cuatro amigos se desplazaron a Madrid. Julián, como buen conocedor de la gran urbe, los condujo por calles y plazas, por típicas tascas madrileñas y para acabar la tarde, fueron al cine Capítol, donde proyectaban la película “*El crepúsculo de los dioses*”. Aprovechando la circunstancia de que el padre del soldado Julián trabajaba en esa sala, no tuvieron que pagar la entrada. Esa sería una experiencia que Manuel no olvidaría. Nunca había visto una película y lo poco que conocía del cine, era por el rodaje de “La Trinca del Aire”. Ni por asomo se imaginaba lo diferente que era verlo en la gran pantalla.

Cuando se apagaron las luces, surgieron las imágenes del NODO. El noticiario propagandístico del Régimen Franquista, no les entusiasmó demasiado. Sin poder evitarlo visionaron unos reportajes en los que se veía al Jefe de Estado inaugurando un pantano, un partido de fútbol entre seminaristas ataviados con sotana, como se ensalzaba la sumisión de las fieles esposas cristianas, y todo narrado por la misma voz.

Por fin empezó la película. Manuel se sumergió en la historia de Joe, un escritor mediocre, que acuciado por las deudas y huyendo de los acreedores, busca refugio en la mansión de Norma Desmond, una estrella del cine mudo venida a menos. La actriz, únicamente acompañada de su fiel criado, ansía regresar al cine y para ello necesita que Joe le corrija un guion escrito por ella. Entre ellos surge una relación de amor y odio, que irremediamente conducirá a la tragedia.

Cuando acabó la película, prometieron repetir la experiencia.

Tal y como se había comprometido Manuel, dedicó parte de su tiempo libre en buscar a Abelarda. No le quedó más remedio que revelarles a sus amigos por qué la buscaba y a lo que se dedicaba la hermana de su novia y como no podía ser de otro modo, se prestaron a ayudarlo. Una vez más, Julián fue de mucha ayuda. Le indicó los lugares conocidos frecuentados por prostitutas callejeras, prostíbulos y casas de citas.

—Podíamos aprovechar la ocasión y desfogarnos —sugirió el asturiano.

Manuel descubrió entonces, que él no era el único que se había estrenado en las artes amatorias con una prostituta.

Cada tarde, antes de regresar al cuartel, dedicaban algo de tiempo en visitar, barrios y tugurios, y en todos Manuel hacía la misma pregunta; «Conocéis a una chica llamada Abelarda Molina». Pero su búsqueda era infructuosa. Antes habían estado en la dirección que rezaba en el remite de la carta que Felisa recibió de su hermana y comprobaron que nadie la conocía.

En esas tardes repitieron sus visitas al cine. Cuando cambiaban la cartelera, Julián era el encargado de informar de los estrenos. Fueron muchas las películas que visionaron, incluso repetían sesión en el mismo día. Hasta tal punto, que Manuel ya tenía sus preferencias. Las de Guerra y las del Oeste le entusiasmaban. ¡Cómo deseaba compartir una sesión de cine junto a Felisa!

Lo que Manuel omitía en sus cartas, era que de cuando en cuando acudía a la sala de baile “Barceló”. Allí descubrió con asombro que, mujeres de diferentes edades, visitaban ese lugar sin la compañía de sus padres y que bailaban sin ningún pudor con desconocidos. Aunque él no

aprovechó esa circunstancia. Se limitaba a acompañar a sus amigos, a ver como se divertían y a pensar en Felisa.

Capítulo 19

Desde que Indalecio informó de la boda de su hija al señor don Justo, se mostraba intranquilo. Sin dilación tenía que tratar ese tema con él y aprovechó su visita para hacerlo. Después de tratar los asuntos de la hacienda y recorrer los viñedos, regresaron a la Aldea. Felisa les sirvió un tentempié a la sombra y los dejó solos. Indalecio, tomó aire y procedió.

Durante unos minutos le expuso como estaban las cosas. No tuvo que explicarle qué hacían allí Felisa y su hermano, porque ya lo sabía por voz de otros, pero sí que pronto Gregoria los dejaría y que su hijo menor estaba empeñado en vivir en la capital.

—Me fastidiaría mucho dejar todo esto, pero acataré de buen grado lo que usted decida —acabó.

Don Justo, se tomó unos segundos.

—¿Sabes una cosa Indalecio? Tu primo Nemesio, empleando los argumentos más mezquinos, me ha ofrecido en reiteradas ocasiones a sus hijos para llevar la hacienda.

—¿Y qué va a hacer?

—No creo que haya nadie como tú para llevar todo esto. Durante años he confiado en ti, mi padre confió en el tuyo. Tú has nacido aquí, tus hijos también. Esto es más tuyo que mío. Los Romano estáis ligados a Las Bichas.

Indalecio agradeció esas sinceras palabras y le aportaron tranquilidad.

—Si estas paredes hablaran podrían contar muchas historias. Allí, ¿recuerdas? —señaló don Justo — fue donde me enseñaste a cargar la escopeta.

Caminó unos pasos y se detuvo ante el muro.

—Todavía está el agujero de mi primer disparo.

Indalecio recordó el momento que don Justo, al que le llevaba doce años, insistió en que le enseñara a manejar la escopeta y como un instante después de cargarla, disparó contra el muro.

—Se hace tarde y tengo que regresar a Albacete —dijo don Justo mirando su reloj.

—Entonces, ¿no cambia nada? —inquirió Indalecio.

—No te preocupes.

—¿Y qué hay de lo de mi Manuel?

—Cuando llegue el momento, hablaremos.

Don Justo se despidió y se encaminó en su automóvil a la capital e Indalecio se introdujo en la casa y transmitió su regocijo a su familia.

En Alcalá de Henares, a los soldados los instruían como si fueran a entrar en combate al día siguiente. Aunque esa circunstancia nunca se había llevado a cabo, porque el Cuerpo de Paracaidistas había nacido tras la Guerra Civil. Pese a ello, los mandos los concienciaban de que en caso de conflicto armado, esa unidad sería una de las más importantes para sorprender al enemigo y que serían ellos los que realizarían las misiones más arriesgadas. Su lema era: «*Sólo merece vivir quien por un ideal está dispuesto a morir*».

Los soldados tenían que estar dispuestos al toque de generala, fuera día o noche, y formar en el patio con el equipo y en perfecto estado de revista. Luego los sometían a duras pruebas de valor y resistencia. Por eso saboreaban cada segundo del escaso tiempo de holganza, en el que visitaban la cantina de tropa, y de los permisos de unas pocas horas en los que les permitían salir del cuartel.

En uno de esos permisos, Manuel y sus compañeros viajaban en uno de los pocos tranvías que aún transitaban por las calles madrileñas. Al detenerse en una parada, Manuel divisó desde la ventanilla, a dos mujeres que iban caminando con paso firme y decidido en la misma dirección que el tranvía. Las dos iban vestidas de manera sobria, con ropas oscuras. La de más edad debía rondar los sesenta y al ver el rostro de la más joven, Manuel se estremeció y se levantó del asiento.

—¿Qué miras con tanto empeño? —le preguntó Lorenzo.

—Yo conozco a esa joven. Se llama Amelia —respondió algo alterado.

Sus tres amigos se acercaron a la ventanilla.

El asturiano lanzó un silbido, Julián bufó y Lorenzo murmuró algo entre dientes.

—¿Quién es? —inquirió Julián.

—Nadie —repuso agarrando la cruz de plata que pendía de su cuello y ocupando de nuevo su asiento.

—¿Cómo que nadie? —insistió Julián mientras el asturiano golpeaba con los nudillos en el cristal.

—Estate quieto —le pidió Manuel con vehemencia.

El tranvía retomó la marcha y Manuel se desplazó a la parte trasera. No se movió de allí hasta que se hubieron alejado motivando curiosidad a sus amigos. Ellos le habían escuchado mil veces, decir que estaba enamorado de una tal Felisa, que sería su esposa y que dejarían el campo para trasladarse a Albacete, pero nunca le habían oído hablar de Amelia, así que adivinaron que tras ese nombre había una historia.

—Guaje, ¿no nos lo vas a contar? —casi rogó Matías.

Manuel miró sus rostros y supo que no podía negarse.

—Ella es la señorita Amelia. Hija del hombre más rico que conozco...

Tan entusiasmados estaban escuchándole, que se pasaron de parada. Pero no les importó. Sin pestañear escucharon la sórdida relación que mantuvo con ella y como lo que podía haber sido una buena amistad, acabó mal para ambos.

—Ahora ella vive en Toledo y hacía mucho que no la veía —acabó.

Como era de esperar esa tarde el tema principal fue Amelia. Ninguno de ellos comprendía como había rechazado a una chica así y él tampoco pudo aclarárselo.

—Pues si el destino ha querido que la veas, será por algo —murmuró Julián.

Ese día Manuel después de mucho rechazar las invitaciones de sus compañeros, aceptó un cigarro y al llegar al cuartel había perdido la cuenta de los que había fumado.

Lo primero que hizo al día siguiente, en cuanto tuvo un rato libre, fue escribir a Felisa, diciéndole lo mucho que la quería y cuanto la echaba de menos. Pero no le reconfortó demasiado escribir esas líneas, porque omitió que había visto a la señorita Amelia.

En Las Bichas todos esperaban esas cartas que Felisa leía en voz alta. Sin embargo, Genaro el cartero, un día a la semana se veía obligado a hacer en bicicleta el trayecto de Tarazona a la aldea y no era el único que deseaba que Manuel acabase el servicio.

Los compañeros de barracón ya no se sorprendían de que recibiera carta de su novia.

—Guaje, ¿otra vez carta? —le repetía Matías todas las semanas.

Julián, Lorenzo y Matías, envidiaban su felicidad. Aunque los tres le aventajaban en experiencia con el sexo opuesto, ninguno de ellos tenía compromiso formal y no dejaba de sorprenderles que Manuel tuviera las ideas y los sentimientos tan claros.

Se aproximaba la fecha de su primer permiso y estaba ansioso de regresar a casa. Las pruebas

que Alquezar, su sargento le imponía, las superaba antes y mejor que la mayoría, como si con ello el permiso llegase antes. El sargento, no se cansaba de felicitarlo y repetirle la misma consigna: «*El paracaidista ejemplar es un hombre sencillo, sobrio, alegre y buen camarada, fuerte de cuerpo y espíritu y deseoso de destacar por ser el mejor en el servicio a la Patria*». Él mismo realizaba idénticas pruebas que los soldados y de cuando en cuando, se jactaba de haber estado en primera línea de fuego durante la Guerra Civil — por supuesto en el bando ganador—, y de haber dejado a más de una “roja” viuda. Comentarios que no agradaban a todos, pero que no les quedaba más opción que reírle la gracia.

El día antes de salir de permiso, Manuel contempló en el escaparate de una tienda un vestido precioso; más aún que los que le había regalado a su hermana su futura suegra. Era un poco caro, pero pudo pagarlo con lo que tenía guardado y con unas pesetas que consiguió en cambios del turno de cocina y comedor, y en unas cuantas guardias que hizo a compañeros.

Por fin llegó el momento ansiado. Tras efusivas despedidas, los soldados tomaron caminos diferentes. Manuel invirtió el recorrido que le llevó a Alcalá de Henares. En Atocha tomó un tren dirección a Albacete. Durante el trayecto se lio unos cuantos cigarrillos y en el pasillo, mirando por la ventana, contaba cada minuto que le faltaba para reencontrarse con su familia y con Felisa. Cuando llegó a la Roda, se apeó y tuvo que esperar hasta que encontró alguien que fuera a Villalgordo donde le esperaba su padre. Afortunadamente no fue mucho tiempo. Compartió el viaje en la parte trasera de un camión, con una cuadrilla de albañiles.

Al llegar a Villalgordo, padre e hijo se abrazaron.

—Parece que has crecido —le dijo Indalecio.

Sin perder tiempo emprendieron el viaje en el carro. Indalecio lo interrogó y Manuel no paró de hablar contando como era Madrid, sus calles llenas de vehículos y gentes, el metro, el tranvía, los cines y teatros...

Poco antes de llegar a la aldea, divisó en la puerta a toda su familia. Felisa no pudo contenerse y corrió a su encuentro. Manuel se lanzó del carro y fue hacia ella. En mitad del camino se juntaron, se abrazaron y se besaron. Indalecio al pasar junto a ellos miró hacia otro lado.

—Te he *echao* tanto de menos —musitó Manuel.

—Se me ha hecho interminable la espera —correspondió ella.

Cogidos de la mano, empezaron a caminar para unirse a los otros. A Gregoria le costó separarse de su hermano.

—¡Que guapo estás! —lo piropeó atusándole el uniforme.

Anastasio lo abrazó y le tanteó los bíceps.

—Estas fuerte hermanito.

El chache Agustín, con su peculiar «*bayaya*», lo agarró de la mano y lo condujo a un rincón del patio, donde una de las perras amamantaba a sus cachorros.

—Veo que ha *augmentao* la familia —bromeó Manuel.

Unos segundos más tarde, se introdujeron en la casa y lo inundaron a preguntas. Gregoria y Felisa querían saber cómo se vestían las mujeres en Madrid y Anastasio e Indalecio, querían escuchar las anécdotas del ejército. Manuel los complació a todos. Mientras contaba como era un avión por dentro, como fue su primer salto, como eran sus amigos... Agustín no se separaba de su lado. Le cogía por el hombro y se apretaba contra él, demostrando a su modo, que él también era feliz.

Manuel era el único habitante de Las Bichas que había subido a un avión. Su padre había estado en África, pero las travesías entre los dos continentes fueron en barco y Anastasio, que cumplió su servicio militar en infantería, tan sólo había viajado en los camiones del ejército. Para ellos, que Manuel fuera paracaidista era un orgullo.

Él no escatimó en detalles al describir como era una sala de cine y lo que allí se veía. Historias de vaqueros e indios americanos, de guerra, incluso de amor, que provocaban un nudo en la garganta. Nadie se aburrió al escuchar los pormenores de su instrucción y entrenamiento.

—Todos los días, nos tenemos que arrojar desde una torre que está a mucha altura [...] El paracaídas, aunque es muy grande, cabe en un saco muy pequeño [...] Nuestra anterior mascota era una cabra, pero en uno de los saltos, pataleó y se salió del arnés [...]

Ese fue un buen día para todos. Cuando se retiraron, hacía mucho rato que se había puesto el sol. Manuel y Felisa, se conformaron con estar frente a frente, aunque deseaban un momento de intimidad.

Ya en la habitación, Anastasio continuó con el interrogatorio.

—¿Has *estao* con alguna prostituta? ¿Son como dicen las mujeres de Madrid? ¿Te has *roscao*?

Manuel resolvió todas sus dudas, aunque las respuestas que dio no eran las que esperaba su hermano.

Por la mañana el soldado, ya de paisano, trabajó en la hacienda, como si fuera un día más. Echó de comer a los animales, cargó sacos, peinó las crines de las mulas acompañado del chache Agustín, ayudó a su hermano a reparar el carro... y se detenía cuando Felisa se cruzaba en su mirada.

Al atardecer, llegó el momento de estar juntos sin que nadie los observara. Manuel pidió permiso a su padre y este les permitió que salieran fuera de los muros. Como hicieran tantas otras veces antaño, montaron en la mula parda y trotaron hasta la Fuente del Parador. Allí se acomodaron sobre el tupido verdín y se abrazaron. Durante largos minutos no dejaron de decir lo mucho que se habían echado en falta y repitieron mil veces; «te quiero».

Fue inevitable que Manuel le preguntara por su familia y que ella le respondiera que nada había cambiado. Afortunadamente para los dos, en su ausencia, no había habido ningún percance entre los Romano y los Molina. También le indicó que en varias ocasiones había intentado dar con su hermana, pero que nadie la conocía.

—Seguiré buscándola.

Se había reservado algo para ese momento. De una alforja sacó un paquete y se lo entregó. Ella, rebotante de curiosidad, lo abrió y descubrió el vestido que él había comprado en Madrid.

—¡Es precioso! —exclamó colocándose por delante.

—Te quedará bien.

—Gracias —le dijo echándose en sus brazos.

—Cuando nos casemos y vayamos a vivir a la capital llevaras vestidos como este —le susurró al oído.

Ella no pudo resistir la tentación de probárselo.

—No mires.

Manuel se giró y ella se desprendió de su desgastada ropa y se lo enfundó. El vestido resultó ser una talla más grande de lo que necesitaba. Aun así Manuel silbó cuando ella le pidió que se diera la vuelta.

—Me está un poco grande pero entre tu hermana y yo lo arreglaremos. Lo guardaré para el día

de la boda de Gregoria.

—No. Quiero que te lo pongas el domingo cuando vayamos a misa. Que todos vean que la novia del Manuel es la más guapa y mejor vestida de por aquí.

Esa no sería la única sorpresa. Manuel, sacó de su bolsillo un saquillo de tabaco, un librito de papel y se lio un cigarro.

—¿Y esto? —inquirió.

Manuel accionó el chisquero, lo encendió, exhaló una bocanada y expulsó el humo.

—Sabía que te iba a sorprender. En el cuartel fuman casi todos y en la capital, he visto que algunas mujeres también lo hacen.

—Porque serán unas frescas —replicó Felisa.

—No mi amor. Allí son diferentes a nosotros. Viven de una manera distinta a la gente del campo.

—Y esas chicas que fuman, ¿son guapas?

—Ninguna como tú.

Manuel la abrazó y se besaron hasta que les faltó el aire. Quería recuperar los besos y las caricias que había anhelado tanto. Ella tuvo que poner freno a sus manos.

—No vamos a faltar a nuestra palabra otra vez.

Él negó a regañadientes.

Permanecieron abrazados hasta que el sol apenas resplandecía en el horizonte. Cuando Manuel vislumbró a lo lejos, la silueta ensombrecida de Casa Aguilar, estuvo a punto de contarle que había visto en Madrid a la señorita Amelia, pero se contuvo.

El sol se había ocultado cuando llegaron a la aldea. En el patio se encontraron con Indalecio.

—Ya estaba impaciente —les dijo.

—Padre puede estar tranquilo.

Manuel no tuvo que decir nada más.

Capítulo 20

El domingo, Manuel y Felisa acudieron a la iglesia cogidos del brazo, motivando expectación entre los feligreses. Algunos lugareños murmuraban a su paso.

—Mira la hija del Nemesio, parece toda una señorona.

—Si los pudiese ver la pobre Alfonsa, que orgullosa se sentiría.

—[...]

Otros se les acercaban para preguntarle a Manuel sobre el servicio militar. Alguno de los más viejos les entretuvo con sus historias.

—Cuando yo hice el servicio no era como ahora...

Manuel saludaba a todo el mundo, orgulloso de ir del brazo de la mujer que quería. Al salir de misa se cruzaron con Nemesio y dos de sus hijos. Felisa, en un acto reflejo, se soltó del brazo de Manuel. Su padre se detuvo ante ellos, los miró y continuó su camino.

—¿Qué hacen aquí? —se preguntó Manuel en voz alta — ¿No iban a misa a Quintanar?

Felisa, con un nudo en la garganta, siguió con la mirada a su padre y a sus hermanos hasta que los perdió.

—Nunca me perdonaran —murmuró.

—Son ellos los que te tienen que pedir perdón —rectificó Manuel.

La visita a Tarazona no había resultado como ellos hubieran deseado, pero al regresar a Las Bichas se olvidaron del incidente.

El tiempo de permiso pasó rápido y de nuevo llegó el momento de la partida de Manuel. Atrás quedaban largas conversaciones en familia, trabajo, besos, caricias y un sinfín de “Te quiero”. Felisa soltó unas lágrimas en la despedida.

—Ya queda menos —Intentó consolarla Manuel.

Agustín, con un cachorro entre los brazos, le dio unas palmaditas en la espalda. Gregoria suspiró. Anastasio le aconsejó que aprovechara el tiempo al máximo e Indalecio, que pasara desapercibido. Una vez más, el carro traqueteó hasta Villalgordo. Manuel se juntó con otros soldados y un camión los trasladó a la estación de la Roda.

La nostalgia se apoderó de Felisa. Veía lejos el momento de estar de nuevo entre los brazos de la persona que amaba y con la que había decidido pasar el resto de su vida. Sus penas las compartía con Gregoria, a la que quería como a una hermana. Cada noche rezaba por Manuel y pedía a Dios que le permitiera volver a ver a Abelarda. Le costaba convencerse de que su verdadera familia no la quisiera. De oídas sabía que su padre negaba tener una hija cuando la mencionaban otros aldeanos. Por eso hizo un intento de acercamiento.

Una mañana, sin decir nada a Indalecio, cogió una mula y fue hasta las tierras de Torreparada, donde encontró a los suyos en los viñedos suprimiendo los sarmientos del año anterior. Sin bajarse de la mula llamó a su padre. Él la miró con desdén y Emeterio, su hijo mayor, avanzó un paso.

—Seguid con el trabajo —ordenó Nemesio.

—Padre, escúcheme —insistió Felisa.

Nemesio se acercó.

—Di lo que tengas que decir y márchate.

Felisa descendió y se colocó frente a él.

—He venido hasta aquí porque sois mi familia y ya no aguanto más esta situación —dijo algo afligida.

—Tú y yo no somos nada. Dejaste de serlo cuando elegiste a los asesinos de tu hermano Desiderio, y propiciaste que Zenón se echara al monte, al correr como una perra en celo detrás del Manuel.

—Padre no fue así. Si usted no hubiera alentado a mis hermanos, nada de eso habría ocurrido.

—¿Cómo te atreves a contradecirme? —escupió amenazándola con la mano en alto.

—Digo la verdad. Zenón no murió por mi culpa, sino por la suya.

Nemesio le asestó un bofetón y el segundo lo evitó Emeterio.

—Padre, por favor — imploró su hijo.

Su padre resolvió el asunto propinándole un empujón y derribándola en la tierra. Emeterio la ayudó a incorporarse. Él era el único que había manifestado algo de cariño y no olvidaba que siendo niña, la paseaba a ella y a Agustín en el lomo de una borriquilla, exponiéndose a una reprimenda de su padre.

—Creía que aún quedaba algo de compasión en usted —le reprochó Felisa.

—¡Qué el Diablo te lleve! —masculló Nemesio girando sobre sus talones.

Felisa no se aguantó a decirle lo que nadie se había atrevido.

—¿Nunca se ha preguntado por qué mi hermana se marchó? ¿Y por qué ninguno de mis hermanos se ha casado? Usted siempre le echa la culpa a otros, a los Romano, a Abelarda, a mí... Pero ya no le tengo miedo y no me hará más daño.

Con el corazón hecho añicos subió a la mula y se encaminó a Las Bichas. Cuando se alejó un trecho se detuvo para secar sus lágrimas. La testarudez de su padre era un obstáculo insalvable. Era consciente que con el tiempo se casaría y abandonaría esas tierras para vivir en la capital. Sin embargo, esa circunstancia no cambiaba la sangre corría por sus venas. La misma de los que la despreciaban.

Al llegar a la aldea Gregoria percibió su congoja, pero no pudo averiguar qué le sucedía. Felisa prefirió callar.

Para olvidar el trance, junto a su futura cuñada y acompañada por el chache Agustín, se afanó en las tareas del hogar, en el trabajo del campo, en coser el traje de boda de Gregoria y en bordar el abultado ajuar.

Mariano era otra de las personas que también esperaba ansioso el día de su boda. Pero antes, Manuel tendría que licenciarse. En cuanto tenía un rato libre aparecía por la aldea. Para sus desplazamientos utilizaba un viejo, pero impecable Hispano-Suiza de color negro, que maravillaba a los aldeanos. Cuando veían a Gregoria en compañía de su novio en el automóvil, la envidiaban. Su futuro casamiento con un señorito era motivo de murmuraciones. Aunque la mayoría eran buenos, siempre había quien pensaba que la hija de Indalecio, un sencillo hombre de campo, no se lo merecía.

El patriarca de los Romano ya se había hecho a la idea de que su hija dejaría pronto su casa. Pero se sentía orgulloso. Para él el destino de una mujer era casarse y dar muchos hijos. Estaba deseando que unos cuantos chiquillos corretearan por Las Bichas. No obstante, quien más le preocupaba era Manuel y sus descabellados sueños. Pero aún albergaba esperanzas de alejar de él esas ilusorias ideas.

En el cuartel, Manuel se reencontró con su camareta de amigos. Ellos lo vieron algo cambiado, ya que durante el permiso, se había dejado un mostacho que le acompañaría el resto de

su vida.

Los cuatro amigos se pusieron al corriente de todo lo que habían hecho durante los días que se alejaron del cuartel. Cada uno contó sus vivencias. Julián aprovechó ese tiempo para ayudar a su familia en la tienda de ultramarinos y salir con sus amigos de toda la vida. Matías no se acercó por la mina. Se limitó, como él decía, a beber unas sidriñas, a comer fabes, y a holgazanear. Lorenzo, igual que Manuel, colaboró en las faenas del campo y disfrutó de su familia.

La nostalgia que les embargaba por estar fuera de casa se disipó en el momento que tuvieron que enfrentarse a sus obligaciones. De nuevo vino la instrucción, los saltos, las guardias... y un par de apariciones como figurantes, en el rodaje de “La Trinca del Aire”.

Tras unos días agobiantes, llegó un ansiado descanso.

—Tengo buenas noticias —anuncio Julián —Están echando una del oeste. Se titula «*El Pistolero*». Sale un tal Gregory Peck y va de un...

—Guaje, no nos la jodas —le cortó Matías.

—Por mí de acuerdo —aseveró Lorenzo.

—¡Pues no hay más que hablar! —concluyó Manuel.

Tal como acordaron se desplazaron a Madrid para ver la película. Después del obligado NODO disfrutaron de la historia de Jimmie Ringo, un legendario pistolero ya en su decadencia, que decide retirarse de los peligros. Sin embargo, su fama atrae a otros pistoleros que quieren demostrar que son más rápidos que él...

Para Manuel, esa era una historia no muy distinta a las vividas por los maquis a los que su padre había ayudado durante años. Personas que querían abandonar los montes para hacer una vida normal, pero siempre había alguien que intentaba darles caza o denunciarles a la Guardia Civil. Y los duelos que vio le recordaron a los que en su tierra se hacían con navaja en lugar de pistola.

Cuando acabó la película no pudo reprimirse y les relató a sus amigos, como siendo apenas un niño fue testigo de uno de esos duelos, cuyo final fue la muerte de su hermano Juan.

—¿Y tú que hiciste? —inquirió Julián.

—No pude hacer nada. Ya os he dicho que era un niño.

—¡Pues yo lo habría desnucado! —aseveró Matías.

—Desde que vi morir a mi hermano no deje de pensar en mil maneras de acabar con su asesino, pero poco después, apareció con dos tiros en la espalda.

—¡Copón! —exclamó Lorenzo — Parece la película que vimos antes del permiso. Esa que una mujer quiere vengar la muerte de su hermano. Ahora no me acuerdo del título.

—El Lobo de la Sila —resolvió Julián como experto cinéfilo.

Acompañados de una botella de mistela y un plato de garbanzos tostados, la conversación siguió en una tasca. Luego, antes de volver al cuartel, probaron suerte en un par de tugurios, por ver si alguien conocía a la hermana de Felisa. Tampoco ese día tuvieron suerte.

Todo eso lo contaba Manuel en sus cartas, y Felisa las leía cuando la familia estaba reunida al calor del hogar. Ellos gozaban con las peripecias de Manuel, en las que incluía las aventuras de algún vaquero que medía su destreza con el revólver contra forajidos o indios salvajes.

Pero todo no era tan idílico como ellos pensaban. En varias ocasiones Manuel comprobó que cumplir con la Patria era muy duro. En unas maniobras conjuntas con un batallón de Legionarios, tenían que recorrer un largo trecho con su pesado equipo. Los mandos de ambas unidades militares incitaban a sus soldados para que no desfallecieran. Sin embargo, para los paracaidistas era muy difícil mantener la marcha acelerada del Tercio. Aun así no se amilanaron.

Por el camino fueron quedando los que exhaustos no podían seguir el ritmo. A estos, los subían a un camión, se les atendía si era el caso o tras remojarse y descansar, proseguían la marcha. Cuando hicieron un descanso, en el camión había cuatro paracaidistas y un legionario fumando un cigarrillo. El sargento de la Legión se acercó al vehículo y ordenó que se apareara a su subordinado.

—¿Qué le sucede soldado? —inquirió.

—Verá mi sargento, es que tengo los pies destrozados —argumentó el legionario.

Ante la perplejidad de Manuel y los otros, el sargento le hizo quitarse las botas y los calcetines. Y al observar que en sus pies no se apreciaba ninguna rozadura o herida, los golpeó con la culata de su fusil. El legionario bramó de dolor.

—Ahora sí que veo que los tiene lastimados. Cálcese y siga la marcha junto a sus compañeros —ordenó con vehemencia.

El legionario, con los pies ensangrentados, se cuadró, soltó un taconazo, se calzó, cargó con su equipo y se incorporó a la marcha.

Sin embargo, esa no fue esa la única muestra de la dureza de los Novios de la Muerte. Esa misma noche, después del rancho, algunos legionarios visitaron la cantina y más de uno bebió demasiado. Un grupo se lanzó a cantar el himno de la legión y los paracaidistas, intentaron acallarlos con sus canciones. El ambiente se calentaba por momentos.

En un momento la cantina se llenó de soldados de ambos cuerpos y unos a otros se increpaban. La chispa saltó cuando Julián se envalentonó con un legionario y se empujaron. Para evitar la pelea, Manuel se metió en medio. Un legionario con una larga barba de chivo y con los brazos tatuados, lo agarró y lo retiró de malos modos.

—Fuera de aquí, bicho —le dijo con desdén, provocando las risas de sus camaradas.

Pero Manuel no se echó atrás y se encaró con él devolviéndole el empujón.

El legionario lo agarró del cuello y acercó su cabeza.

—¡Eh paraca! ¿Quién te crees que eres para empujarme? Los paracas deben retirarse ante un legia. Así que hazte a un lado.

Manuel permaneció impertérrito.

—¿Entonces me retas? —escupió el legionario.

—Yo no reto a nadie. Pero si quieres avanzar, tendrás que esquivarme.

Ninguno de los dos se movió un milímetro. El murmullo de voces dejó paso a un tenso silencio, roto por una voz.

—Esto se arregla en el ring —gritó uno.

—Al ring, al ring, al ring... —corearon los legionarios.

Manuel ignoraba que en el código no escrito de los legionarios, cuando había una disputa, se solventaba en el cuadrilátero.

Manuel aceptó el reto y en un instante, fuera de la cantina, se congregaron soldados y mandos. Unos cuantos legionarios formaron el cuadrilátero amarrándose de los brazos, y en cuyo interior, quedaron Manuel y el de la barba de chivo, que se desprendió de la camisa dejando al descubierto sus músculos. Dio unos pasos con los brazos en alto para excitar a sus compañeros. Manuel, permaneció inmóvil sin dejar de observarlo.

—¡Dale una paliza! —se escuchó.

—Paraca, ahora vas a probar los puños de un legionario.

El murmullo era ensordecedor. Cada soldado alentaba a su compañero. Era como si la valía de los dos Cuerpos estuviera en juego.

El legionario se protegió con los puños, se acercó a su rival y lanzó el primer puñetazo. A Manuel no le dio tiempo a esquivarlo y recibió el golpe en el rostro. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para mantenerse en pie. Intentó contraatacar y recibió otro puñetazo en el estómago. Sus compañeros veían mal el asunto. Pensaban que el combate duraría poco.

El legionario volvió al ataque y le asestó otros dos golpes. Manuel se tambaleaba y lanzaba puñetazos sin conseguir su objetivo. Su oponente jugó con él, bailando a su alrededor y empujándole contra los que formaban el cuadrilátero. Pero en un descuido, el puño de Manuel se estrelló en su mentón. Entonces los paracaidistas empezaron a incitarle.

—¡Dale Manuel!

El legionario se puso nervioso y quiso zanjar rápidamente el asunto. Como un huracán se abalanzó contra él propinando golpes a diestro y siniestro. Golpes que Manuel esquivó y correspondió. Los dos estaban recibiendo un duro castigo y era cuestión de segundos que uno cayera a la arena. Ese momento se produjo cuando Manuel lanzó con todas sus fuerzas un gancho que le dio en la barbilla. El legionario, con el rostro desencajado, cayó de bruces al suelo.

El griterío de los paracaidistas fue tremendo.

Manuel se acercó al vencido y le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse. El legionario la agarró y cuando se irguió, le propinó tal puñetazo que lo noqueó.

Cuando Manuel recobró la consciencia, su sargento y sus amigos estaban a su lado.

—Nunca debes fiarte del enemigo vencido —le dijo el sargento Alquezar.

Esa fue otra de las lecciones que aprendió.

Al ponerse en pie, el de la barba de chivo se acercó a él.

—Buen golpe —dijo el legionario acariciándose la barbilla a la vez que extendía la otra mano.

—Estamos en paz —repuso Manuel dándole un fuerte apretón.

Luego, como si nada hubiera ocurrido, paracaidistas y legionarios bebieron, bromearon, y compartieron sus anécdotas.

Un día más tarde, los del Tercio regresaron a su cuartel.

Capítulo 21

El tiempo avanzaba y llegaron las Navidades. Aunque en Las Bichas esas festividades no se celebraban en exceso, para Manuel eran las primeras que pasaría lejos de su casa y de Felisa, y eso lo entristecía. Al menos tuvo la compañía de Lorenzo, ya que Julián y Matías disfrutaron de un permiso. La cena de Nochebuena fue copiosa. Como una gran familia, los soldados disfrutaron de alimentos poco usuales en su mesa, bebieron vino y brindaron con Champagne. Para algunos, entre ellos Manuel, era la primera vez que saboreaban esa bebida. Al acabar el brindis, cantaron villancicos y bromearon.

Los días posteriores, todos en el cuartel, se dedicaron a sus quehaceres cotidianos. El día de fin de año se presentaba igual de ajetreado que el de Nochebuena. Pero dos tenientes recién salidos de la academia se quedaron al mando y aguaron la fiesta a los soldados. Después de una larga tarde, una buena cena y muchos brindis, los tenientes manifestaban evidentes síntomas de embriaguez. Cuando la mayoría de soldados estaban durmiendo en los barracones, empezaron a retarse.

—La primera Compañía es más rápida que la segunda —aseguró uno.

—Eso, habrá que verlo —aseveró el otro.

La disputa la acabaron ordenando un toque de generala a las tres de la madrugada. Los soldados de la primera y segunda Compañía abandonaron los barracones y se plantaron en el punto de reunión. Como no llegaron a un acuerdo sobre que Compañía había sido más rápida en formar en el patio, no se les ocurrió otra cosa que ordenar una marcha por la carretera de Guadalajara, para comprobar cuál de las dos resistía más. Como no podía ser de otro modo, nadie se negó y los soldados abandonaron el cuartel, provocando el desconcierto de los ocupantes de los escasos vehículos que circulaban y que sorprendidos los esquivaban. Al llegar a un cruce se desviaron hacia Meco. Pero lo que los tenientes ignoraban, era que el chalé del Coronel estaba próximo a esa carretera y que contempló el desfile desde su ventana. Alarmado, hizo unas cuantas llamadas y en poco tiempo se resolvió el reto. Aunque no pudo saberse que Compañía tenía más aguante. Los soldados volvieron al cuartel, a los dos tenientes los arrestaron y algún tiempo más tarde, se supo que los habían destinado a África. Esa sería otra de las experiencias que los soldados de ese reemplazo no olvidarían nunca.

Con el nuevo año nada cambió, excepto que les quedaba menos para acabar su compromiso con la Patria. En el cuartel se rumoreaba que la película “La Trinca del Aire”, en la que ellos mismos habían participado de algún modo y cuyo rodaje había finalizado, se estrenaría en unos meses, y que algunos estarían en ese acontecimiento. Pero mientras esperaban ese momento, su instrucción no cesó.

Un día el sargento pidió unos voluntarios para acompañar a un piloto a la Base Aérea de los Llanos en Albacete. La misión era llevar un Junker-52 para repararlo en la Maestranza. Manuel no pudo reprimir el impulso de dar un paso al frente y sus tres amigos lo imitaron. A la mañana siguiente, subieron al avión y volaron a Albacete. Después del aterrizaje el avión fue conducido a un hangar y allí les informaron de que la reparación duraría hasta bien entrada la tarde. Manuel pensando que tenía tiempo suficiente para enseñarles la ciudad a sus amigos, pidió permiso para salir de la Base. Unos minutos más tarde, los cuatro amigos, caminaban por la carretera en dirección a la ciudad.

El trayecto era de unos pocos kilómetros y les costó muy poco llegar. En la primera taberna

que encontraron se tomaron unos chatos y a Manuel le invadió la nostalgia de estar tan cerca y a la vez tan lejos de Felisa. Entre vino y vino surgió la idea de visitar el barrio de prostitutas. Ante la insistencia de sus amigos, Manuel aceptó acompañarlos al Alto de la Villa y mostrarles el lugar de pecado de la ciudad. Recorrieron las callejuelas hasta llegar a la Plaza Pozo de la Nieve y se introdujeron en un oscuro tugurio de paredes color chocolate que olía a inmundicia, donde cuatro meretrices intentaron seducirlos. Una de pechos exuberantes lo consiguió con el asturiano, que rebuscó en sus bolsillos y encontró lo suficiente para pagar sus servicios. Después de beber un vaso de un trago se perdió con ella tras una cortina.

Manuel y los otros, entre risas, salieron al exterior.

—A eso llamo yo un par de tetas —bromeó Julián.

Tuvieron que aguantar un rato hasta que el asturiano se desfogó. Sin embargo, no hubo tiempo para nada más. Cuando iban a entrar en otro local, vieron como un avión sobrevolaba la ciudad. Enseguida, reconocieron que era con el que habían viajado y con el que debían volver.

—¡La hemos jodido! —exclamó Lorenzo.

—Nos van a meter un paquete que nos vamos a cagar —añadió Julián.

Sin saber qué hacer, Manuel propuso tomar un tren hacia Madrid. Pero no llevaban lo suficiente para los billetes y desistieron para no empeorar las cosas. Así que sin otra opción, regresaron a la Base Aérea. Cuando se presentaron un superior les informó que al día siguiente llegaba un avión de Palma de Mallorca y que iba a Torrejón, y que se pondría en contacto con el Comandante de Alcalá para mitigar la reprimenda.

Esa noche la pasaron sin pegar ojo temiéndose un arresto.

Al día siguiente subieron en el avión con destino a Torrejón y al aterrizar a un tren con destino Alcalá de Henares. Los billetes se los pagó el sargento que los trasladó a la estación. Cuando los cuatro se presentaron en el cuerpo de guardia, tal y como se temían, fueron arrestados y conducidos al calabozo. El arresto era de una semana, pero les privaron de todos permisos y de abandonar el cuartel en lo que les quedaba de mili.

Eso fue un varapalo, no sólo para Manuel y sus tres amigos, que al fin y al cabo, habían infringido las normas, también lo fue para Felisa y los Romano. Ya no podrían ver a Manuel hasta que obtuviera la “Blanca”.

Al cabo de unos días, el sargento Alquezar les comunicó, que había conseguido que aliviaran el castigo. A partir de ese momento, podían abandonar el Cuartel, durante unas pocas horas. No era mucho, pero lo agradecieron.

Entre cartas, paseos en bici de Genaro a Las Bichas, saltos, marchas... el tiempo fue pasando y Manuel regresó al calabozo. Pero esta vez no en condición de arrestado. Le asignaron una guardia en el turno de noche.

—Ándese con ojo Romano —le advirtió el sargento—. Dentro hay dos hombres peligrosos, que van a ser trasladados. No se deje engatusar.

—Lo tendré en cuenta, mi sargento.

Manuel conocía a uno de ellos; el soldado Moratalla. Un paisano suyo que había desertado y que fue capturado cuando intentaba cruzar la frontera de España con Francia. Por ese delito se tenía que enfrentar a un Consejo de Guerra y pagar una larga condena en una Prisión Militar.

Todo transcurría en calma, hasta que a las dos de la madrugada, sin saber cómo, el soldado Moratalla salió del calabozo y Manuel le echó el alto.

—No me jodas Romano. Déjame ir —dijo avanzando.

—Ni se te ocurra —aseveró Manuel apuntándole con el fusil.

—No tienes cojones —provocó Moratalla.

Manuel, sin dejar de encañonarlo, corrió el cerrojo.

—No me gustaría tener que disparar, pero si me obligas lo haré.

No era su intención matar a nadie, pero dada la situación, eso era preferible a dejarlo escapar y acabar el mismo en una Prisión Militar.

Moratalla vaciló y al cabo de unos segundos, regresó al calabozo.

Manuel agradeció el no tener que disparar. Cuando acabó la guardia, ocultó el intento de fuga para que no se agravara el delicado estado de su paisano. Pero si se lo contó a sus amigos, y ellos mismos, dudaron de cómo habrían obrado en esa circunstancia. El incidente no dejó de ser una anécdota más.

Unos días más tarde, los paracaidistas empezaron a entrenar para desfilan el día 18 de julio. Día que se conmemoraba el Alzamiento Nacional y que en muchos lugares se celebraba con un desfile militar. Como las pistas de Alcalá de Henares eran de tierra y no se escuchaba el taconazo, los soldados se trasladaban diariamente a Getafe, para practicar en las pistas de cemento. El día del desfile coincidieron de nuevo con los del Tercio de la Legión y antes del inicio, el Capitán General Muñoz Grandes, montado en un brioso caballo blanco y negro, saludó y animó a los soldados. Muñoz Grandes era admirado y odiado a partes iguales. Para unos como el soldado Lorenzo, era un héroe por su reconocida trayectoria, y para otros como el soldado Matías, era un asesino por ser uno de los mandos que se encargaron de sofocar las revueltas mineras de Asturias. Como quiera que fuese, todos se cuadraron y le saludaron.

Las diferentes unidades de los tres ejércitos desfilan por las calles de Madrid. Desfile que fue presenciado por el Jefe de Estado, al que al pasar por la tribuna que él ocupaba, los soldados dirigieron la mirada y saludaron. Pero ese no sería el último desfile para los paracaidistas. Dos meses más tarde, con motivo del estreno de la película “La Trinca del Aire”, desfilan de nuevo por la Gran Vía. Esta vez en solitario. Ese evento congratulaba a los soldados paracaidistas, porque después el reemplazo de Manuel por fin se licenciaría.

Poco antes del estreno, los cuatro amigos disfrutaron de su última tarde libre. Ese día lo festejaron en grande. Tomaron más vino de la cuenta y la última ronda corrió a cargo de Julián en un burdel. Su intención no era despedirse del ejército en los brazos de una meretriz, sin embargo, acabaron rodeados de mujeres. Manuel no perdió la ocasión de preguntar por la hermana de Felisa y una de las prostitutas al oírle se le acercó.

— ¿Buscas a una chica que se llama Abelarda? —inquirió.

—Sí, ¿la conoces? —repuso Manuel desconfiando.

—Puede ser. ¿Es de Albacete?

—Si.

—¿No serás uno de sus hermanos?

Esas palabras le convencieron.

—Soy el novio de su hermana Felisa y necesito saber de ella.

La joven lo escrutó.

—Entonces, tú eres el de... —se tomó unos segundos para escarbar en su memoria — Ya me acuerdo. Ella me lo contó que su hermana pequeña estaba enamorada de uno de un lugar llamado: Las Bichas.

Si Manuel albergaba alguna duda, se disiparon en ese instante.

—Es verdad que la conoces. No puedo creerlo. ¿Dónde está?

La prostituta se tomó algo de tiempo en responder.

—Ya no está por aquí.

—¿Y no sabes su dirección? —insistió Manuel acelerado.

—Lo siento, pero lo que quiero decir es que no está aquí ni en ningún sitio. Está muerta.

—¡Toñi! Menos parroteo —la reprendió una mujer que rondaba los cincuenta y que estaba controlando a las chicas desde un rincón.

—Perdona, tengo que trabajar —se excusó la joven.

—Dime al menos de qué murió y dónde está enterrada —le rogó Manuel.

—¿Qué de qué murió? Mira esto. Este trabajo tiene sus riesgos, y no sé dónde la enterraron. Manuel iba a insistir, pero se lo impidieron sus amigos.

—Déjalo ya —le pidió Julián.

Abandonaron el burdel y Manuel no pudo contener las lágrimas.

—¿Cómo se lo voy a decir a Felisa? —sollozaba.

La tarde no acabó como hubieran deseado y apenados regresaron al Cuartel.

Hasta el día del estreno de la película, Manuel se mostró callado y decaído. Sus amigos imaginaban su guerra interior y por nada del mundo deseaban estar en su piel. Pero la proximidad del fin de su compromiso con la Patria, mitigó su dolor. Vestido con el traje de gala desfiló junto a sus compañeros por la Gran Vía. El equipo de grabación, autoridades, actores e invitados, les dedicaron un emotivo aplauso.

La Trinca del Aire era la primera película sobre paracaidistas que se proyectaba en España. Como la mayoría de películas rodadas después de la Guerra Civil, pretendía infundir, aunque en clave de humor, la camaradería, los valores patrióticos, y el ideario nacional-católico, impuesto por el régimen franquista. Para asegurarse de ello, estaban los implacables censores, que no vacilaban en meter la tijera y suprimir cualquier escena que contraviniera esos valores. Los más críticos se atrevían a asegurar, que el mismo Jefe de Estado, detrás de un seudónimo, escribía algunos guiones que por supuesto no pasaban por la censura.

Para los soldados que intervinieron en la película el estreno fue el disparo de salida. Un par de días más tarde retomaron sus vidas.

En la despedida no faltaron las lágrimas, los abrazos, las promesas de reencuentro, el intercambio de direcciones... Con tristeza Manuel se despidió de tres personas que apreciaba de corazón. Con un diploma de Caballero Paracaidista, una reluciente insignia en su solapa, y con su maleta, subió a un tren y dejó atrás la etapa que más intensamente había vivido y en la que más experiencias había acumulado.

Capítulo 22

Al bajar del autobús Manuel esperaba encontrarse con su padre, pero se sorprendió al contemplar una escena parecida a las muchas que había visto en las películas del Oeste. Allí estaba su hermano sujetando las riendas de dos mulas. En un momento se fundieron en un abrazo.

—Bienvenido a casa —le dijo Anastasio entregándole una gorra y la navaja.

Manuel se colocó la gorra, abrió la navaja y la hoja relució.

—Está bien afilada —murmuró pasando el dedo pulgar por el filo.

Tras cerrar la navaja y guardársela en un bolsillo, aseguró la maleta a la grupa y los dos hermanos se encaminaron a Las Bichas. Durante el paseo no faltaron las preguntas. Anastasio se interesaba por todo lo concerniente a mujeres, y Manuel por Felisa, su padre, su hermana y el chache Agustín.

—Tranquilo todos están deseando verte ¡Por cierto! Te has escapado otra vez de la vendimia.

Conversando llegaron a un cruce de caminos. Dejaron a la derecha el que llevaba a Casa Aguilar y continuaron por el principal. A partir de ese instante se cruzaron con varios carruajes que se dirigían a la Fiesta de la Vendimia. Algunos detuvieron su marcha para saludar a Manuel, sin embargo, nadie hizo referencia a la fiesta. Todos sabían que los Romano y los Molina, no eran bien recibidos en Casa Aguilar.

—¿Ha *regresao* ya la señorita Amelia? —preguntó Manuel a su hermano.

—¡Que va! Por ahí se murmura que su padre aún no la ha *perdonao*.

Manuel se detuvo un instante y recorrió con la mirada las tierras de Casa Aguilar.

—¿Sabes que todo esto podría haber sido tuyo? —le soltó su hermano.

—¿Y a qué precio? —replicó Manuel — A ser el juguete de una niña mimada.

—¿No me digas que nunca sentiste algo por ella?

—¡Claro que sí! Pero no como ella quería.

—Estaba loca por ti y no supo ganarte. No pienses más en ella, Felisa te espera —concluyó Anastasio.

Manuel no esperaba esas palabras de su hermano y se alegró de escucharlas. En su rostro apareció una malévolas sonrisa a la vez que azuzó a la mula. Anastasio aceptó el reto.

Las mulas trotaron como nunca y al atravesar la entrada de la aldea acusaron el esfuerzo. Anastasio venció en la carrera y se ocupó de las cabalgaduras.

—Anda, corre a ver a tu novia —incitó a su hermano.

Manuel se apresuró para reencontrarse con Felisa. El momento no se hizo esperar. Ella al escucharlos, salió de la casa y se lanzó sobre él. Por un momento olvidaron que no estaban solos. Indalecio tuvo que carraspear para que rompieran el abrazo. Uno a uno fue dándole la bienvenida.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó Gregoria.

—Aprovecha, que mañana tenemos trabajo —le dijo su padre.

Ese momento y lo que significaba, llenaba de felicidad a todos. Cada uno tenía un motivo diferente. Indalecio agradecía dos manos más, Anastasio, porque tenía alguien con quien hablar, Gregoria, porque ya no había ningún obstáculo para contraer matrimonio con Mariano, Elisa, porque no podía vivir sin él, y Agustín, porque los veía felices. De nuevo la familia estaba reunida.

A la mañana siguiente, Manuel comprobó que nada había cambiado. Día tras día junto a su padre y su hermano, trabajaban hasta el atardecer, retiraban las piedras del campo, cortaban y

apilaban la leña, prensaban la uva, se ocupaban de los animales... y cuando se escondía el sol, él y Felisa paseaban por el exterior de la aldea, los domingos acudían a misa y luego pasaban un rato en la Fuente del Parador. Indalecio ya no les hacía ninguna advertencia. Confiaba en Felisa y estaba convencido de que el paso de su hijo por el ejército le había hecho madurar. Así que no temía que cometieran una travesura. Aunque no hacía falta que él interviniera. Felisa no quería volver a romper la palabra que dio a la persona que la había acogido bajo su techo y le paraba los pies a Manuel cuando intentaba sobrepasarse.

Sin embargo, no todo era felicidad. Llegó el momento en el que Manuel le reveló a Felisa lo que había averiguado de su hermana y ella también murió un poco ese día.

—La noche que se despidió de mí, sabía que no volvería a verla —sollozó.

—Siento no saber dónde fue enterrada.

—Creo que mi familia tiene derecho a saberlo.

—¿Para qué? —replicó Manuel — Nadie se preocupó por ella en vida. Dejemos que descanse en paz.

Felisa comprendió que Manuel tenía razón y decidió no decir nada.

Llegó la recogida de la aceituna, el matacerdo, las navidades, el frío y las nieves, el nuevo año y los almendros anunciaron la primavera. Durante días, Indalecio y sus hijos, supervisados por Gregoria, limpiaron el patio, retiraron trastos inservibles, blanquearon las paredes con cal, prepararon las habitaciones de la casa... y dejaron la aldea reluciente. Entre trabajo y trabajo, cada uno de ellos acudía a la llamada de Felisa, para entrar en la casa y probarse los trajes, que ella y Gregoria les estaban cosiendo. Los de las dos mujeres de la casa, nadie los había visto.

Para la boda acudieron familiares y amigos de ambas partes, pero como era de esperar, entre los invitados no estaban los de Torreparada. Aunque era notoria la diferencia de las dos familias, era como si fuera una sola. Aldeanos, lugareños de Tarazona y Quintanar, terratenientes, comerciantes... confraternizaron como si se conocieran de toda la vida.

Mientras el novio esperaba en la iglesia de San Bartolomé, se resolvió el misterio del vestido de la novia. Gregoria estaba radiante y Felisa no se quedaba a tras. Cuando salieron al patio, sonaron unos aplausos.

La comitiva se desplazó a Tarazona y, Manuel no tenía palabras para expresar lo que sentía en ese momento. La ceremonia religiosa la ofició un tío del novio, que ejercía de auxiliar del obispo de Madrid. La iglesia la llenaron los invitados y en el exterior, se congregaron los curiosos, que no querían perderse el momento de ver salir a los novios.

Cuando Gregoria entró cogida del brazo de su padre, Manuel y Felisa se agarraron de la mano y no se soltaron mientras duró el oficio y cuando los novios dijeron el «Si quiero», fue como si lo hubieran dicho ellos mismos.

Una vez acabada la ceremonia y que inundaran a los recién casados de arroz, los invitados se desplazaron hasta la aldea, donde estaba todo preparado para el ágape. Unos hicieron el desplazamiento en coche, otros en camión, y unos cuantos en carro. Hacía mucho tiempo que Las Bichas no se engalanaba para un banquete de boda.

En el banquete no faltó el vino de cosecha propia, para acompañar a los gazpachos manchegos con carne de caza, al moje, a los huevos con pisto y a los corderos que se asaron en el horno. Entre plato y plato sonaron unos estrepitosos «Vivan los novios», y para acabar, se abrieron unas botellas de anís y coñac.

Una guitarra, un laúd, una bandurria, una pandereta y unas castañuelas, amenizaron el baile.

Bailaron seguidillas manchegas, torras, jotas... y conforme pasaba el tiempo, a los músicos les costaba acompañar los ritmos. Manuel y Felisa por fin bailaron sin que nadie se lo prohibiera.

Bien entrada la noche, entre cánticos acompañaron a los recién casados a la puerta de la casa.

También se retiraron don Justo y su esposa, y los padres del novio. Ya sin los novios presentes, los invitados fueron marchándose y de madrugada en el patio, solo resistieron Indalecio, Anastasio, Manuel que seguía cogido de una adormilada Felisa, Agustín acurrucado en el banco, y unos cuantos amigos. Estos, borrachos como cubas y sin prisa por marcharse, después de las típicas canciones de quintos, se arrancaron con una canción prohibida.

—«*En la plaza de mi pueblo dijo el jornalero al amo: Nuestros hijos nacerán con el puño levantado. Esta tierra que no es mía, esta tierra que es del amo, la riego con mi sudor, la trabajo con mis manos. Pero dime compañero, si estas tierras son del amo, ¿por qué nunca le hemos visto trabajando con el arado? Con mi arado abro los surcos, con mi arado escribo yo páginas sobre la tierra de miseria y de sudor...*».

Anastasio se unió a los cantantes e Indalecio intentó silenciarles sin conseguirlo. No quería que les oyeran los padres del novio, ni don Justo. A Silvio el del *Colmao* y a Genaro el cartero, les hizo reír el espectáculo. Indalecio corriendo tras los jóvenes, indicando silencio y susurrando un largo siseo. Por fin, después de mucho insistir, consiguió que abandonaran la aldea y que conforme se alejaban, se dejaban de escuchar los cánticos.

—¡Venga! Todos a dormir —fue tajante Indalecio.

Con la mañana llegó la marcha de los recién casados. Anastasio y Manuel acusaron la resaca en la despedida. Todos ya empezaban a echar de menos a Gregoria.

—No os preocupéis, que tampoco estamos muy lejos —les dijo ella.

Al fin y al cabo su nuevo hogar estaba a pocos kilómetros de distancia. Gregoria y Mariano se subieron al automóvil y tras una estela de polvo se alejaron. Indalecio, Manuel, Anastasio y Felisa, despidieron uno a uno a los familiares. El chache Agustín, también hizo lo suyo. Emitiendo sus inconfundibles sonidos, correteaba de un lado a otro dando besos, apretones de manos y palmadas en la espalda.

Los últimos en abandonar el lugar fueron don Justo y su esposa. El amo, antes de partir habló con Indalecio.

—De nuevo reitero mi enhorabuena. Dentro de poco veremos por aquí algún retoño y a lo mejor, les gusta el trabajo del campo como a su abuelo.

—Aún queda mucho para eso y mientras tanto no sé si Anastasio y yo podremos con la hacienda. Manuel también tiene planes de casamiento y quiere dejarnos. Los años no pasan en balde y yo no soy el de antes.

Don Justo le dio unas palmaditas en la espalda

—Indalecio, los tiempos cambian y los jóvenes también. No te preocupes por la hacienda. Si necesitas ayuda paga a algunos jornaleros —dijo don Justo entregándole unos billetes.

—No sé cómo darle las gracias.

—No tienes por qué dárme las. Durante todos estos años has servido fielmente a mi familia y nunca te has quejado. Llevas toda la vida aquí y sería injusto que prescindiera de ti. Si necesitas más dinero, no dudes en pedírmelo.

Indalecio le agradeció la deferencia.

Antes de subir al coche, don Justo aún le dijo algo que demostró su buen corazón.

—Indalecio, si tu chico quiere vivir en la capital, después de su matrimonio yo me ocuparé de encontrarle trabajo.

—Se lo diré. Gracias.

El tintineo del motor quebranto el sonido del campo y poco a poco se fue perdiendo en la lejanía.

Indalecio permaneció unos minutos contemplando su mundo. Amaba tanto esa tierra que no comprendía como su hijo estaba empeñado en abandonarla. Aquel era uno de los pocos lugares del planeta donde podía verse el sol desde el alba hasta el ocaso, sin que ninguna montaña lo impidiese. Él y sus hijos habían nacido allí. Allí conoció a su esposa y allí murió. Estaba más arraigado a esa tierra que las raíces de las vides que allí crecían.

Agustín lo rescató de su ensimismamiento.

—Tú también te iras de aquí —le dijo revolviéndole el cabello.

Juntos entraron en la casa y Manuel y Felisa mostraron su entusiasmo, cuando Indalecio les comunicó que el amo les buscaría trabajo en la capital.

—¡Lo sabía! —exclamó Manuel.

Esa era una buena noticia. No corrían buenos tiempos y muchos cruzaban la frontera buscando una vida mejor. Después de la guerra, potenciado por el régimen franquista, el país se había sumido en un estado de alarmante pobreza y aislamiento. Tras más de una década de autarquía, el intento de mantener una economía de autosuficiencia había fracasado y el Gobierno se vio forzado a dar un giro importante hacia la recuperación y modernización. Esos cambios empezaron a observarse en el mundo rural. Los terratenientes se mecanizaban para obtener mayores beneficios, y por consiguiente se reducía la mano de obra. Por eso, no eran pocos los que habían emigrado, a Francia, Suiza o Alemania. Algunos dejaban el campo y probaban suerte en las grandes ciudades. Pero allí les esperaban los trabajos más precarios; criadas, porteros, sirvientes... Pese a ello, Manuel no desistía de su empeño. Estaba convencido de que con el tiempo prosperaría y que otros trabajarían para él. Podría darles a sus hijos lo que para él fue vetado. Ir al colegio, jugar a diario con otros niños, no estar pendiente del cielo por si llueve... Quimera que sólo era compartida por Felisa. Sin embargo, eran conscientes de que aún faltaba tiempo para iniciar ese camino.

Con la ausencia de Gregoria, Felisa se convirtió en la mujer de la casa. Su trabajo se multiplicó hasta que Indalecio le pidió que sólo se dedicara a las tareas del hogar y así la libró del duro trabajo del campo. El aprendizaje adquirido junto a su madre y a Gregoria, le sirvió de mucho para llevar ella sola la responsabilidad de atender a cuatro hombres. No obstante, Manuel siempre estaba dispuesto a ayudarla en los trabajos más pesados.

Entre su rutina estaba el ir a comprar suministros. En una ocasión que Indalecio les pidió que fueran a Quintanar a por leche, se encontraron con Nemesio y sus hijos. Sus miradas se cruzaron y de pronto, Felisa se acercó a ellos.

—Padre tengo algo que decirle.

Nemesio no se detuvo, pero ella lo agarró del brazo.

—Ni se te ocurra tocarme —masculló él retirando el brazo.

Por si tenía que intervenir, Manuel se acercó a una distancia prudencial.

—Si no me quiere escuchar usted, quizá mis hermanos quieran saber de Abelarda.

Los cuatro detuvieron la marcha y se la quedaron mirando.

—Ella ha muerto —dijo al fin.

Su padre se mostró impertérrito, pero en el rostro de sus hermanos apareció una mueca.

—¡Vámonos! —ordenó Nemesio.

Pero Felisa insistió.

—¿No le importa?

Nemesio lanzó a sus hijos una amenazadora mirada y continuaron su camino.

—No tenéis corazón —les recriminó Felisa con rabia.

Manuel la abrazó intentando consolarla.

—No llores por ellos.

—Lloro por Abelarda. Su memoria no merece este desprecio —sollozó.

Capítulo 23

A su regreso de la romántica luna de miel en las Islas Canarias, Gregoria y Mariano llevaron regalos para todos. A Felisa, un elegante vestido; a Manuel un reluciente mechero; a Anastasio y a su padre, sendos morrales de cuero; y a Agustín, una bola de cristal que al moverla se alborotaban copos de nieve. Pero esos no fueron los únicos regalos. Gregoria les hizo un guiso que se chuparon los dedos. Incluso su esposo la felicitó por su tiento exquisito para la cocina. Pero le advirtió que en su casa, cocinar era obligación del servicio. Manuel y Anastasio bromearon al respecto.

Las visitas de Mariano y Gregoria eran más frecuentes de lo que Indalecio esperaba. Los recién casados aparecían cuando menos lo esperaban y eso congratulaba a la familia. En esas visitas, mientras las dos mujeres conversaban de sus cosas, los varones visitaban la taberna de Tarazona o disfrutaban de una jornada de caza. Todos excepto el chahe Agustín, porque la vez que los acompañó ejerciendo de morralero, al abatir la primera pieza, lloró como un niño.

De nuevo se palpaba la felicidad en Las Bichas. El consentimiento de don Justo de pagar a más jornaleros cuando fuera preciso, alegró a Manuel, que cada día que pasaba veía más cerca su matrimonio y su traslado a la capital. En su cabeza y en la de Felisa, rondaba la fecha de su boda. Deseaban que fuera en la próxima primavera.

Cuando se lo comunicaron a Indalecio, no puso objeción, pero si insistió en que podían quedarse en la aldea. Sin embargo, la decisión de abandonarla era firme. Mientras llegaba ese día, tanto Manuel como Felisa, no dejaron de atender a sus muchas obligaciones.

La primavera dio paso a un caluroso verano. Se aproximaba el tiempo de la vendimia y ese año, prometía una buena recolecta. Una mañana, Manuel salió temprano de la Aldea. Montado en el carro, recorrió la poca distancia que había a los viñedos. Su intención era arrancar las malas hierbas y comprobar si los granos habían cambiado de color. Al llegar, se apeó y recorrió unos metros inspeccionado la espléndida calidad de las uvas. Como le había enseñado su padre, arrancó unos granos y probó su sabor. Luego caminaba unos metros y repetía el ritual. En una parte del viñedo, estaba tan entretenido que no se percató de que una pequeña víbora asustó a la mula. El equino arrancó súbitamente llevándose por delante y sin poder evitarlo, la rueda del carro pasó por encima de sus dos piernas y el eje golpeó su cabeza. Por un instante Manuel quedó aturdido y cuando reaccionó, sintió un intenso dolor de cabeza y unas punzadas en las dos extremidades. Sin éxito intentó incorporarse y en ese momento se dio cuenta de que tenía las dos piernas fracturadas. Gritó hasta la extenuación para captar la atención de los de la aldea. Sin embargo, estaba demasiado lejos y nadie lo escuchó. Sin otra opción, intentó arrastrarse, pero el dolor era insoportable.

Al cabo de un rato se le ocurrió tirarle una piedra a la mula y dio resultado. Unos minutos más tarde, el carro entró en el patio. Indalecio, que se encontraba sentado en el banco, al observar que su hijo no iba en el carro, salió al exterior y cubriéndose del sol con la mano, miró hacia los viñedos. A lo lejos divisó a Manuel en el suelo.

—¡Anastasio! ¡Corre! —gritó.

Su hijo dejó lo que estaba haciendo y acudió al instante.

—¿Qué pasa padre? ¿A qué vienen esas voces?

—Creo que a tu hermano le ocurre algo —le dijo señalando con el dedo.

Anastasio dirigió la mirada hacia el lugar donde le señalaba su padre y sin perder tiempo

corrió hacia allí. Indalecio fue en pos de él con el carro. Cuando llegaron, contemplaron a Manuel tendido en el suelo, con un hilo de sangre que teñía su rostro y con las piernas en una posición que advertía la gravedad del asunto.

—¡Manuel! ¿Qué ha *pasao*? —exclamó su hermano.

Pero Manuel estaba al límite de su aguante.

Ente Anastasio y su padre lo subieron al carro con sumo cuidado. Pero la delicadeza empleada, no impidió que Manuel se retorciera de dolor y que gimiera por el traqueteo del carro al recorrer el camino.

Desde la ventana, Felisa observó a Manuel en la parte trasera del carro y los rostros compungidos de Anastasio e Indalecio. Sin perder un segundo salió al exterior.

—Indalecio, ¿qué le pasa a Manuel? —inquirió asustada.

—Tranquila, no es grave. Se ha *quebrao* las piernas.

—Pero ¿cómo ha sido?

—No lo sabemos —repuso Anastasio—. Ha *perdio* el sentido.

Manuel no sintió dolor cuando entre los tres lo trasladaron a la habitación de Indalecio. Mientras Anastasio fue a buscar al médico, su padre y Felisa le dieron unas friegas con linimento casero y le hicieron tomar un bebedizo elaborado con laurel, romero, alcohol de romero y unas pastillas de Okal, que les suministraban a los animales y que los aldeanos tomaban para mitigar las dolencias. Ninguno de los dos se movió de su lado hasta que llegó el médico en el coche de la Guardia Civil. Incluso Agustín, intuyendo que pasaba algo, acariciaba el rostro de Manuel.

Don Luis, el médico, advertido por Anastasio, llevó lo necesario para atender al herido. Después de examinarle, le entablilló las dos piernas y le suministró un calmante.

—Tiene los dos fémures fracturados —dijo al salir de la habitación—. Sin embargo, no hay síntomas de que los huesos estén astillados.

—¿No sería mejor llevarle a Albacete? —inquirió Indalecio.

—¿Joder Indalecio! ¿Desde cuándo necesitamos a los de la capital? Esto se cura con reposo y nada más. Mañana, lo escayolaré y chispum.

Indalecio se conformó con esa explicación. Confiaba en don Luis y su fama de chistoso como la de entender los huesos era sobradamente conocida en la Comarca. Pese a que había cursado la carrera de medicina, en más de una ocasión, se había ocupado de algún animal. Los lugareños, aseguraban que ese don lo había heredado de su padre, que sin estudios lo mismo curaba un dolor de barriga que encajaba un hueso.

—¿Se recuperara? —se interesó Felisa.

—¡Claro! Manuel es fuerte, pero tendrá que pasar una temporada sin moverse. Que suerte tiene el *jodio*. Ahora que viene la vendimia.

El comentario no hizo demasiada gracia a Felisa, que no se quitaba de la mente la cantidad de personas que en esas tierras quedaron tullidas por no ser atendidas adecuadamente. No muy lejos tenía un ejemplo. Su padre, siendo un mozalbete se cayó de un árbol y se rompió una pierna, lo que le condujo a arrastrar una cojera de por vida.

—Por ahora no puedo hacer nada más. Con lo que le he suministrado, dormirá plácidamente y mañana traigo los apechusques —dijo el médico imitando con la mano el cortar de un serrucho.

Indalecio le acompañó a la salida y antes de que subiera al coche de la Guardia Civil agradeció al cabo que lo hubieran trasladado con tanta premura.

—No hay porque darlas Indalecio —repuso el cabo — ¿Para que estamos los amigos?

« ¿Los amigos? ¿Desde cuándo somos amigos? », se dijo Indalecio. No hacía mucho que el

cabo le había sancionado otra vez por estar trabajando en domingo. Además, aborrecía los uniformes. No se le olvidaba que por un uniforme militar, estuvo varios años alejado de España y que por ese mismo motivo, su hijo Lucas perdió la vida, y Manuel y Anastasio, la única ocasión que se habían ausentado, era para vestir un uniforme. Pero pese a esa animadversión, reiteró las gracias.

—Ya pasaremos cuentas —le dijo el médico al entrar al vehículo.

Indalecio asintió y cuando el coche se alejó, regreso al lado de su hijo. Manuel se encontraba bajo el efecto del calmante. Agarrada a su mano estaba Felisa y Anastasio a los pies de la cama.

—¡También es mala suerte! —lamentó Anastasio — con lo que se nos viene.

—Bueno, bueno —repuso su padre en tono conciliador—. Ya se nos ocurrirá algo.

—No se preocupe Indalecio —observó Elisa—. Yo les ayudaré este año en la recogida.

—¡Por nada del mundo! —replicó Indalecio — Alguien tiene que cuidar de Manuel.

De momento a Felisa le pareció bien, pero hubo algo que la ruborizó.

—¿Y cuándo necesite...?

Indalecio y Anastasio se miraron.

—Se encargará él —sentenció Indalecio señalando a su hijo.

—¿Yo? —repuso Anastasio.

Su padre asintió, Felisa escondió una sonrisa y él frunció el ceño.

—¡Vamos no me jodas! Ahora resulta que le tengo que limpiar el culo —salió de la habitación despotricando.

Por unas horas no hubo necesidad de requerir los servicios de Anastasio, porque a Manuel se le escapó la orina. Felisa, con sumo cuidado, lo limpió y lo aseó. Pero al atardecer, cuando se despertó, le dolían las piernas y la barriga. Entonces Anastasio tuvo que intervenir.

Indalecio y Felisa, pese a la desventura, no pudieron reprimir la risa cuando vieron a Anastasio cruzar la cocina con una mano tapándose la nariz y con la otra, todo lo alejada que podía, llevando un orinal.

El dolor provocó que Manuel cayera rendido. Felisa no se movió de su lado hasta que por la mañana llegó el médico, le suministró otro calmante y lo escayoló.

—¡Bueno machote! ¿No te quejarás? He hecho una buena faena —bromeó don Luis mientras recogía sus bártulos.

Indalecio, Anastasio, Agustín y Felisa, entraron en la habitación y contemplaron a Manuel escayolado hasta el pecho.

—¿Eso es necesario? —inquirió Indalecio.

Don Luis salió de la habitación, explicando el porqué de tanta escayola, pero ninguno comprendió sus argumentos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Felisa a Manuel cuando se quedaron solos.

—Hecho mistos —repuso con rabia.

—¿Te duele?

—Siento un hormigueo y mucho calor.

Felisa se apresuró a abrir la ventana.

—¿Así mejor?

Manuel asintió para conformarla. En realidad el calor lo sentía bajo la escayola.

Poco a poco el dolor fue desapareciendo, menos cuando hacía un movimiento brusco. Felisa no se separaba de su lado por el día, y por la noche, acudía cuando escuchaba algún quejido. Estaba tan pendiente de él, que incluso aprendió a liar cigarrillos y a utilizar la navaja de afeitar

para evitarle esos mínimos esfuerzos. Mientras hacía la comida u otras labores, Agustín se encargaba de custodiar al enfermo y Manuel se quejaba de que le tuvieran que atender como a un niño. Sobre todo porque no se podía levantar de la cama y algo tan íntimo como hacer sus necesidades fisiológicas lo tenía que hacer allí tumbado.

Los días transcurrían y cuando los amigos de la familia tuvieron conocimiento del accidente de Manuel, no fueron pocos los que pasaron por la aldea. Pero la visita que más agradeció, fue la de su hermana y su cuñado. Gregoria le preparó un puchero de caldo, que como ella decía; «despertaba a un muerto». Como siempre, Felisa tomó buena nota.

—Me fastidia que estés todo el día aquí pendiente de mí y que no podamos darnos un beso porque esté alguien mirando —se quejaba Manuel.

—Tranquilo que pronto te pondrás bien e iremos de nuevo a pasear a La Fuente del Parador. Además cuando nos casemos, ¿quién crees que va a cuidar de ti? —lo animaba ella.

—Te quiero y haría cualquier cosa por hacerte feliz, pero mírame, soy un inútil.

—Yo soy feliz con estar a tu lado y tu inutilidad es pasajera.

—Cuando me recupere y pueda andar de nuevo, lo primero que haré, es ir a ver a ese maldito cura para que nos case. ¿Por qué...aún quieres casarte conmigo?

Pese a que esa conversación la habían tenido mil veces, Felisa se ruborizó.

—Pues claro tonto. Como no iba a querer casarme contigo —le respondió tras besarle.

Aunque no pudo evitar que le sobreviniera la tristeza. Ella deseaba con todo su ser pasar el resto de su vida con él. Sin embargo, tenía una espina clavada en su corazón; su familia. Nunca la había tratado demasiado bien. Su padre era un tirano, su madre sumisa, y sus hermanos no se atrevían a indisciplinarse. Pero al fin y al cabo, eran de su sangre y le mortificaba el desprecio que hacia ella manifestaban. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado que sucediera algo así en su vida. Al menos tenía el consuelo de estar con el chache Agustín y en cierto modo lo envidiaba, porque la realidad le era ajena.

Entre nostalgia y dolor recordaba a su hermana Abelarda. Un millón de veces había pensado en ir a Madrid, buscar su tumba, rezar unas oraciones y dejarle un ramo de flores. Pero Manuel, le había propuesto algo mejor, por lo que la recordarían siempre.

—Nuestra primera hija, se llamará Abelarda.

Ese día, Felisa lloró como nunca antes.

Capítulo 24

La vendimia fue mejor que en años anteriores. Por su estado, Manuel no pudo colaborar en la recogida. Desde la habitación escuchó el trasiego de jornaleros, el traqueteo de los carros y a través de la ventana le llegaban los comentarios de los trabajadores. Así descubrió que Casa Aguilar se había mecanizado y que prescindía de personal. También escuchó algún comentario dedicado a la señorita Amelia. Los jornaleros estaban convencidos de que ya no le volverían a ver el pelo por esas tierras. Auguraban que se casaría con algún señorito de capital.

Indalecio y Anastasio se felicitaron por la buena cosecha y echaron en falta a Manuel. Felisa, mientras duró la vendimia, pasó menos tiempo con él. Sus muchas obligaciones se incrementaron al tener que preparar el racho para los jornaleros. Cuando acabó la vendimia lo agradeció.

Durante la convalecencia, Gregoria y Mariano los visitaban a menudo. El cambio que se produjo en ella fue radical. Con su matrimonio se abrió un nuevo mundo. Gregoria igual que Felisa no conocía nada fuera de los límites de las aldeas o de los pueblos cercanos, pero tras su boda viajaba, se vestía de otro modo, tenía personas a su servicio... Todos estaban entusiasmados con ese cambio. Aunque era su padre el que más lo demostraba. A cada visita le preguntaba si ya estaba encinta. Estaba loco por ser abuelo y ya había hecho una cuna y una mecedora para su primer nieto.

Así después de tres largos meses, de una visita semanal del médico y de los cuidados de Felisa, don Luis despojó a Manuel de la escayola.

—Esto va muy bien —aseguró dándole unos golpecitos en las piernas.

Pero para Manuel, fue una decepción el no poder doblar sus piernas y no poder dejar la cama.

—¿Cuándo podré caminar? —inquirió.

—No te impacientes. Con el tiempo correrás y podrás ayudar a tu padre en el campo como lo hacías antes. Pero primero tienes que recuperarte. Hay que recobrar el juego de las rodillas y la fortaleza de las piernas.

A Manuel le desquiciaba el tener que estar más tiempo en ese estado.

Don Luis les enseñó a Indalecio y a Anastasio unos ejercicios para que Manuel los hiciera a diario. Era primordial que no dejase de hacerlos para obtener una recuperación total. Aunque algunos eran dolorosos, Manuel no se quejó. Él más que nadie quería librarse de su reclusión.

Día a día el progreso era evidente y se pudo sentar en la cama. Indalecio le hizo un par de muletas, y cuando Manuel apoyado en ellas dio unos pasos por la habitación, Felisa se emocionó. Al cabo de unas semanas, con bastante dificultad y con la ayuda de su padre y su hermano, al fin abandonó la habitación y salió al patio. Fueron apenas unos minutos en los que de nuevo percibió el aire en su rostro, el sol, el olor a tierra...

—Cuanto echaba esto de menos —murmuró.

Su empeño y el de su familia dieron resultados satisfactorios y al llegar la primavera, Manuel podía desplazarse ayudado de un garrote. Don Luis, se sorprendió por la rapidez de la recuperación.

—Los Romano estamos hechos de buena pasta —argumentó Indalecio.

Ya no existían impedimentos para que Manuel y Felisa realizaran unos cortos e íntimos paseos fuera de la aldea y soñaran con el futuro. Entre besos y caricias escondidas, repetían una y otra vez lo mucho que se amaban y por fin pusieron fecha a la boda; sería el primer domingo después de las fiestas de San Bartolomé. Pero antes Manuel tenía algo que comunicarle a Felisa.

Ese momento se produjo una tarde que se desplazaron en carro a la Fuente del Parador. Allí, en el lugar que se comprometieron, Manuel se liberó de algo que le apesadumbraba.

—Sabes que te quiero sobre todas las cosas y que deseo más que nada estar siempre junto a ti, pero hay algo que no te he *contao*.

Felisa lo miró con intranquilidad.

—Tiene que ver con la señorita Amelia, ¿verdad?

—No. Entre ella y yo nunca hubo nada, es sobre nuestras familias.

Tras un incómodo silencio, prosiguió.

—Te conté que vi morir a mi hermano Juan y que Desiderio fue un cobarde, pero te oculté quien mató a tu hermano.

—¿Qué dices! La guardia Civil no pudo averiguarlo...

—Fue mi padre —espetó.

—¿Cómo lo sabes?

—La noche antes de que Desiderio muriera, vi a mi padre preparar una escopeta que se dejó un cazador. Esa mañana salió temprano y cuando regresó no llevaba la escopeta. Ni Gregoria ni Anastasio lo saben.

—Pero...

Felisa se quedó sin palabras.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —le preguntó al cabo de un rato.

—Porque te amo y no quiero ocultarte nada.

—Si es verdad, tú eres tan culpable como tu padre.

Manuel fue a agarrarle la mano y ella lo rechazó.

—Vámonos a casa, ya no me apetece estar aquí.

En silencio subieron al carro e iniciaron el regreso. Al llegar, Indalecio les salió al paso.

—Habéis venido muy pronto —se extrañó.

Pero más le extrañó la actitud de Felisa.

Ella se apeó y sin decir nada corrió a su dormitorio.

—¿Qué le pasa? —preguntó Indalecio a su hijo.

—Nada, pero dejadla en paz.

—¡Ah! Una riña de novios. Ya se le pasará.

Esa noche, en ausencia de Felisa, Indalecio se ocupó de la cocina. Cuando estaban acabando de cenar, ella apareció.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Manuel.

—Estoy bien, pero tengo que pedir os perdón por mi actitud —repuso ella.

—No pasa nada —intervino Indalecio—. Mi difunta esposa y yo también tuvimos nuestras riñas.

Felisa sonrió y pidió a Manuel que saliera fuera. Ante la perpleja mirada de Indalecio y Anastasio, los dos se dirigieron al exterior y Agustín en pos de ellos.

—Chache, quédate aquí —le rogó ella.

Su hermano regresó a la mesa y ellos salieron al patio.

—¿Ya no quieres casarte conmigo por lo que te he dicho? —le preguntó Manuel.

Felisa se tomó unos segundos en responder.

—Indalecio se ha portado muy bien con mi hermano y conmigo. En todo este tiempo me ha demostrado que es una buena persona y si creyera que mató a Desiderio, no podría perdonárselo, ni a ti tampoco. Prefiero pensar que tú estás equivocado y seguir respetándole.

—Entonces, ¿aún quieres casarte conmigo?

Felisa le respondió con un beso en los labios.

—Pensaba que te había perdido.

—No va a ser tan fácil librarte de mí.

Transcurridos unos segundos regresaron al interior y sus caras manifestaron que el enfado había desaparecido.

Llegó el momento de visitar al padre Calixto y fue complicado convencerle de que los casara. El sacerdote empleó todo tipo de argumentos; que si eran primos, que Nemesio lo tenía que autorizar... pero en realidad su verdadero motivo era otro. De todos era sabida la animadversión que tenía a los rojos, y por qué. Perteneecía a una familia católica y tanto él como dos de sus hermanos habían elegido la vida eclesiástica. En los primeros días de la Guerra, mientras él se encontraba en Tarazona, su hermano salvo el pellejo de milagro cuando unos milicianos atacaron el Convento de los Padres Agustinos en Madrid. Sin embargo, su hermana no corrió la misma suerte. Ella y otras religiosas fueron masacradas por la barbarie que se desató en esos días.

—Los Romano son escoria —comentó con Genaro, el cartero—. A mí no me engañan. Lucas, el mayor, murió peleando al lado de los asaltaiglesias, sé que su padre ha *cobijao* en Las Bichas a maquis, y los otros son de la misma calaña.

Genaro prefirió no defender a sus amigos y optó por contárselo a Indalecio y a Manuel.

—¿Eso te ha dicho ese mal nacido? ¿Y tú que le contestaste? —saltó Indalecio.

—Me callé.

—Hiciste bien amigo. No merece la pena discutir con alguien que no cumple los mandatos de su amo —repuso refiriéndose al hijo de Dios que dijo: «No guardes rencor al prójimo», y que él mismo se lo había escuchado decir al padre Calixto en la Iglesia.

Manuel recordó entonces las palabras de su maestro cuando le dijo que las heridas de la guerra, serían difícil de curar.

Ese inconveniente se solventó por la intervención del tío de Mariano. El párroco no se pudo oponer a las disposiciones de tan alto cargo eclesiástico. Tan sólo le quedó argumentar, que si durante las semanas en las que colocaría en el tablón las amonestaciones — que recalcaría durante los oficios religiosos—, si alguien se oponía a ese matrimonio, él no lo oficiaría.

Ya sin obstáculos, Manuel estaba deseando que el tiempo pasara rápidamente. Indalecio se sentía apenado porque pronto otro hijo dejaría Las Bichas. Aun así se puso en contacto con don Justo y le comunicó la fecha de la boda, a la que él y su esposa estaban invitados. Anastasio se debatía entre la tristeza que le produciría la ausencia de su hermano y la satisfacción de que Manuel empezará a cumplir sus sueños. Sin embargo, el eterno solterón, le encontraba el lado bueno. Si su hermano se trasladaba a vivir a Albacete, él tendría más motivos para ir a la capital y visitar de vez en cuando el barrio del Alto de la Villa, donde saciaba sus instintos varoniles. A Felisa, por el contrario, le faltaba algo.

—¿No eres feliz? —se preocupó Manuel.

—No del todo. Dentro de poco voy a vivir el momento más feliz de mi vida y me apena que nadie de mi familia lo comparta conmigo.

Manuel no supo que decirle en ese momento, pero esperó a las fiestas de San Bartolomé para intentar que algún Molina estuviera presente en su boda. Sin comunicárselo a nadie se subió a la mula y se encaminó a Torreperada. No le apetecía ver a la familia de Felisa, pero por ella estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Antes de llegar a la aldea encontró a Nemesio y a su hijo Emeterio en un viñedo. Su presencia no pasó desapercibida, sin embargo, hicieron como que no lo habían visto. Manuel se bajó de la mula y se acercó a la linde.

—¡Buenos días Nemesio! —intentó ser cordial.

Él y su hijo continuaron caminando como si tal cosa. Manuel insistió.

—Por favor, atiéndame un instante.

Emeterio se detuvo.

—Padre, ¿no quiere escucharle?

Nemesio, evitó a su hijo y golpeó con su garrote a una cepa.

—A esta le ha *atacaó* la yesca.

Ante el desdén de Nemesio, Manuel se plantó frente a él.

—Mire Nemesio, me ha *costao* mucho decidirme a venir para hablar con usted. Pero me va a oír aunque no quiera. Su hija y yo vamos a casarnos dentro de unos días. A ella le haría muy feliz que usted y su familia asistieran a la boda.

Nemesio le lanzó una mirada de inquina.

—Yo no tengo ninguna hija —repuso.

—¿Cómo puede ser así?

Emeterio se mantenía al margen.

—Soy como soy. Tenía dos hijas que cuando salieron de Torreparada murieron.

—¿Y qué me dice de Agustín?

—Por mí te puedes quedar con ese *tarao*. No sirve para nada. Sólo es un estorbo.

Manuel contuvo su rabia.

—No sé por qué, pero Felisa aún les quiere. Nemesio piénselo. Es un buen motivo para que se acaben las diferencias entre nosotros. Olvidemos el *pasao* —intentó hacerle razonar.

—¿Olvidar? No puedo olvidar que vosotros matasteis a mi hijo Desiderio, y que por vuestra culpa, Zenón tuvo que echarse al monte para que la Guardia Civil lo liquidase.

Manuel no aguantó más y le espetó:

—Desiderio fue un cobarde. Yo vi como acuchilló a mi hermano Juan por la espalda y...

Nemesio reventó en cólera.

—Tú sí que eres un cobarde. Huiste cuando Zenón te retó. Ahora vete de las tierras de Torreparada y no vuelvas, o de lo contrario te llevaran a Las Bichas con los pies por delante —masculló abriendo su faca.

Manuel, fuera de sí, hizo que sonaran los cinco muelles de su navaja.

Emeterio, para evitar males mayores, agarró a su padre.

—Vete Manuel. No empeores las cosas —le aconsejó.

Manuel entró en razón y guardó la navaja.

La intervención de Emeterio, aunque insospechada, había sido crucial para que la tierra no se tiñera de rojo. Manuel, más tranquilo, lo saludó con un movimiento de cabeza y subió a la mula.

Al llegar a la Aldea, Felisa le estaba esperando en la puerta.

—¿De dónde vienes? Estaba preocupada.

Manuel no le ocultó lo que había sucedido con Nemesio.

—...A tu padre le domina el rencor y nunca hará nada por cambiar. Pero tu hermano me ha sorprendido.

A ella no le extrañó la actitud de su padre ni la de su hermano.

—Sé que en algún rincón del corazón de Emeterio, aún queda amor hacía Agustín y hacia

mí.

—Olvidemos eso y pensemos que dentro de una semana serás mi mujer.

Para ella era difícil olvidar lo que le reconcomía por dentro. Sin embargo, pese a lo que había ocurrido, no perdía la esperanza de que su familia cambiara de parecer.

Capítulo 25

Dos días antes de la boda, Indalecio y sus hijos se trasladaron a Albacete para entregar unos serones, unos cinchos para el queso y unas aguaderas de esparto, y de paso, comprar los anillos. Para esta ocasión, dejaron el carro e hicieron el trayecto en el camión de un vecino de Tarazona. El viaje duró menos de lo acostumbrado y en poco menos de una hora, se plantaron en la capital.

Después de descargar los bártulos en la Posada y disfrutar de un fuerte almuerzo, se dedicaron a repartir la mercancía y luego fueron al taller de uno de Quintanar, que había cambiado el campo por sopletes, alicates, entenallas, calibres y bruñidores. El joyero les ayudó a decidirse por un par de anillos de oro.

—Son un poco caros —murmuró Manuel cuando escuchó el precio.

—¡Quia! Un hombre sólo se casa una vez en la vida. Bueno, todos menos tu hermano —repuso Indalecio.

Los tres se echaron a reír contagiando al joyero.

Una vez que hubieron acabado, se metieron en una taberna cercana.

—Hoy es un día especial —dijo Indalecio—. Aquí estoy con mis dos hijos varones y uno de ellos pretende hacerme abuelo.

—No corra tanto padre, que Gregoria me lleva ventaja —repuso Manuel.

—A ver si a Mariano se le *acabao* la pólvora de la escopeta —añadió Anastasio.

Entre risas y chatos de vino llegaron los consejos paternos.

—Oye Manuel, dentro de unos días tendrás esposa y quiero que escuches los consejos que te da este viejo. A la mujer hay que respetarla. Nunca le levantes la mano ni le faltes el respeto, porque ella será la madre de tus hijos. Cuéntale sólo lo que deba saber. Lo que pienses que le va a doler, cállatelo. Deja que lleve el dinero, pero ten siempre algo para ti. La Felisa es una buena mujer y será una buena esposa. No sé cómo es hija del Nemesio...

—No se preocupe padre, que espero ser un buen marido —dijo en tono condescendiente.

—Si tu madre que, en paz descansa, estuviera viva, te aconsejaría lo mismo que yo.

—Yo lo que quiero es tener pronto un sobrino —intervino Anastasio pidiendo otra ronda.

—Tranquilo Anastasio. No te escaparás de pasear a mis hijos en la Parda.

Para variar, padre e hijos no conversaron del campo. Bebieron y hablaron de ellos hasta que el sol se ocultó. Luego, con demasiado vino en sus estómagos, caminaron hasta la Posada. Anastasio los acompañó hasta la puerta y allí se despidió.

—Yo voy a hacer una visita al Alto de la Villa.

Indalecio, hizo como que no lo había oído y accedió al interior.

—Aprovecha tú que puedes... —farfulló Manuel—. Que yo dentro...de unos días seré un hombre *casao*.

Mientras en Las Bichas, Gregoria y su futura cuñada, arreglaban el vestido que la primera compró y que Felisa se iba a vestir en la boda.

Aprovechando la ausencia de su padre y sus hermanos, mientras daban unas puntadas conversaron de sus cosas.

—No sé cómo te voy a dar las gracias por lo que haces por mí —le dijo Felisa.

—¿Cómo que no? Haciendo feliz a mí hermano.

—Toda tu familia se ha portado tan bien conmigo y con mi chache Agustín que...

Gregoria no le dejó continuar.

—No tienes que dar las gracias de nada. Aunque tu familia y la mía tengan sus diferencias, tú siempre te has sabido estar en tu sitio y has demostrado ser una mujer decente. Otra en tu lugar, quien sabe lo que habría hecho.

A Felisa le entristecieron un poco esas palabras y decidió confesarle a Gregoria su secreto.

—Gregoria igual te enfadas conmigo, pero tengo que contarte algo...

—¿De qué se trata? No me intrigues —la instó.

—El día antes de que tu hermano se fuera a la mili... en el pajar... eso... ya sabes. Pero sólo esa vez.

—¿En el pajar? —repuso Gregoria soltando una carcajada.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque... —dijo entre carcajadas—. Allí fue donde lo hicimos Mariano y yo la primera vez.

No pudieron aguantar las risas.

—Si se entera Indalecio nos mata a las dos —murmuró Felisa entre carcajadas.

Gregoria, más serena, agarró las manos de Felisa.

—Quién me iba a decir a mí, cuando hace años mi hermano me dijo que se casaría contigo, que sería verdad.

—Manuel siempre cumple su palabra —dijo Felisa llena de orgullo.

Por fin llegó el ansiado día. Había pasado poco más de una año desde la boda de Gregoria y Mariano y la aldea se engalanaba una vez más para celebrar otro banquete. Los invitados eran casi los mismos. Sin embargo, en esta ocasión, asistieron tres personas muy importantes para Manuel. Julián, Lorenzo y Matías, sus antiguos compañeros de mili, con los que mantenía contacto por carta, no rechazaron la invitación. Como llegaron a última hora, Manuel no pudo atenderlos como quería, pero los cuatro se abrazaron como una piña.

En la misma Iglesia que se casó Gregoria, se celebró la ceremonia. Felisa estaba radiante y Manuel, ya casi recuperado, prescindió ese día del garrote. Los novios entraron en el Templo del brazo de los padrinos; Indalecio y Gregoria. En el exterior había mucha expectación y les sorprendió ver a la Guardia Civil. No era extraña su presencia, ya que había corrido el rumor que Nemesio y los suyos a escopeta o navaja iban a impedir la boda. Rumor que Felisa ignoraba y antes de entrar en la iglesia recorrió con la mirada a la multitud por ver si había alguno de los suyos. Pero para su pesar, allí no estaba ninguno de Torreparada.

La ceremonia, oficiada por el padre Calixto y con la asistencia del improvisado monaguillo Lorenzo, tuvo que detenerse en varias ocasiones. Agustín estaba empeñado en estar al lado de su hermana, provocando las risas de los presentes y el cabreo del párroco. Al final nadie pudo convencerlo de que se sentase en un banco y permaneció frente al altar, al lado de los novios.

Cuando el cura preguntó que si había alguien que se oponía a ese matrimonio, el Templo se quedó en silencio, y Felisa y Manuel, se sintieron aliviados. Después vino el «Si quiero», que ninguno de los dos olvidaría jamás. Con esas palabras se cumplía el vaticinio que Manuel haría aquel lejano día de 1943 en la fiesta de Casa Aguilar.

Al salir de la Iglesia, kilos y kilos de arroz los inundaron, decenas de personas felicitaron a los recién casados y los que esperaban que Nemesio y su prole aparecieran para arrancar a Felisa del Altar, se sintieron defraudados.

—Dime que es verdad y que no estoy soñando —fue lo primero que dijo Manuel al salir a la calle.

Ella le mostró el anillo y le dijo:

—Hasta que la muerte nos separe.

Después de las felicitaciones y los buenos deseos, Don Justo los trasladó en su automóvil al cementerio, para dejar en la tumba de la madre de Manuel el ramo de novia. A Felisa le conmovió el no poder hacer lo mismo en la tumba de su hermana. Al salir del cementerio se encaminaron a Las Bichas donde les esperaban los invitados.

A los novios los vitorearon varias veces durante el ágape y a Felisa se le rompió el corazón por la ausencia de los suyos. Era otro de los desprecios a los que ya estaba acostumbrada. Al terminar, brindaron por la dicha del nuevo matrimonio y Don Justo, entregó unas cajas de puros a los amigos de Manuel para que fueran repartidos entre los varones.

Manuel y Felisa irradiaban felicidad. Dejaron el lugar de honor y pasearon entre los invitados, recibiendo por enésima vez las felicitaciones y los buenos augurios. Todo transcurría con normalidad, hasta que los músicos se dispusieron a preparar los instrumentos. Al cabo de un rato, la algarada quedó interrumpida por una visita inesperada. Todas las miradas estaban dirigidas a la entrada y allí, se encontraba la señorita Amelia Aguilar con un elegante vestido y cubriéndose con una sombrilla.

—¿Qué hace esta aquí? —exclamó Anastasio.

Un murmullo casi sordo invadió el patio.

—¿Qué coño quiere ahora? —lanzó Indalecio.

—Voy a pedirle que se marche —añadió Manuel.

Felisa lo agarró del brazo.

—Por favor, no seas brusco —le rogó—. Hoy no es día de disputas. Si quiere acompañarnos, será bien recibida.

—Eres demasiado buena —le susurró Gregoria en tono de advertencia.

Ante la perplejidad de los presentes, Manuel pidió que continuara la fiesta y se acercó a ella.

—Hola Manuel.

—Tenga usted buenas tardes. ¿Qué le trae por aquí?

—Por nada del mundo quería perderme esto.

Manuel comprobó que su soberbia no había disminuido con el paso del tiempo.

—Acabo de casarme y tengo que atender a mi esposa y a los invitados, así que si no quiere nada...

—Sólo quería ver como te hundes en el fango.

Manuel se giró y observó que todas las miradas estaban clavadas en ellos. Dio unos pasos y Amelia cruzó el vano en pos de él.

—¿Ha venido para insultarme? —le preguntó Manuel a salvo de las miradas.

—Todo lo contrario. Dios sabe cuánto he intentado odiarte, pero no he podido. He pagado caro el amarte. Los últimos años los he pasado entre conventos, misas y rosarios y ni un solo segundo, he dejado de pensar en ti.

A Manuel le costaba mirarla a los ojos.

—Usted sabe que eso no era amor y que su castigo no fue por mí culpa. Me acuso en falso, pero no le guardo rencor.

—Pues deberías hacerlo, porque no he venido a felicitarte como esos paletos que están ahí.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

Amelia se acercó a unos milímetros de él.

—Durante mi destierro me he acostumbrado a esperar y sé que algún día vendrás a mí.

—Usted no está en su sano juicio. Quiero a Felisa, me he casado con ella y pronto me alejaré de aquí —dijo con vehemencia.

—Eres un iluso Manuel. Te empeñas en cumplir tus sueños, anteponiendo tus verdaderos sentimientos.

Eso era demasiado para él.

—Por favor, márchese.

—Me voy, pero cuando despiertes, me buscarás.

Manuel no quiso escuchar más. Giró sobre sus talones y se dirigió al interior.

—¿Qué quería? —le preguntó Felisa cuando se unió a ella.

—Aguarnos la fiesta, pero no lo ha conseguido —repuso indicando a los músicos que siguieran tocando.

Lorenzo, Matías y Julián, lamentaron que la señorita Amelia no se uniera a la fiesta.

—Yo sabría como domar a esa yegua —murmuró Lorenzo.

—Demasiado potro para tan poco jinete —bromeó Julián.

Pero en un segundo la olvidaron. Jóvenes y viejos disfrutaron del baile. Incluso el tímido Anastasio, se atrevió a bailar con Manolita la del locutorio; otra solterona como él.

Entre baile y baile, Felisa notó a Manuel distante.

— ¿De verdad no ha pasado nada con la señorita Amelia? —insistió.

—Nada que merezca comentar.

—Es que me parece extraño que no se sepa nada de ella durante tanto tiempo y que aparezca el día de nuestra boda.

A Manuel le costó mucho tener la boca cerrada. Siguió el consejo de su padre y no dijo nada que hiriera a su esposa.

—Dejemos eso ya —rogó.

Felisa no insistió. Estaba entre los brazos de la persona que amaba y en la que confiaba, y eso le bastaba.

Hasta altas horas de la noche los invitados disfrutaron de una fiesta que en nada envidiaba a las de Casa Aguilar, y así se lo hicieron ver a Indalecio.

Él agradeció los cumplidos. Aunque le vino a la memoria que en una de esas fiestas fue donde Manuel conoció a Felisa. Esa era la cara de la moneda, y la cruz, que por ese mismo motivo, perdió a su hijo Juan en un desafortunado duelo de navajas.

Hasta el final Felisa no cesó de mirar a la entrada, esperando ver aparecer a alguien de su familia. Pero eso no ocurrió.

Como ya hicieran con Gregoria y su marido, los jóvenes entre los que se encontraban Matías, Lorenzo y Julián, acompañaron a los recién casados a la puerta de la casa con coplillas y canciones.

Esa noche fue idílica para ambos. Al llegar al dormitorio, se comportaron con vergüenza. Era la primera vez que dormirían en la misma cama y que harían el amor sin considerarlo pecado o que estaban haciendo algo prohibido. Pero los cánticos que les llegaban desde el exterior, tampoco ayudaban. Poco a poco fueron dejando la vergüenza a un lado, se despojaron de sus ropas, apretaron contra sí sus cuerpos desnudos y se colmaron de besos, caricias y frenesí. Esa noche, Manuel descubrió un lunar en la nalga izquierda de su esposa.

—Es herencia de mi madre. Mi hermana también lo tenía —aclaró ella resolviendo su único secreto.

Bien entrada la mañana los invitados que habían pernoctado en la aldea fueron acudiendo a la

cocina, donde les esperaba un succulento desayuno. Matías, aguantó una arcada cuando contempló la comida en la mesa. Lorenzo y Julián, con dolor de cabeza, reprimieron la risa.

—Eso ocurre cuando se mezcla el vino con el anís —les dijo Indalecio—. Si queréis un remedio casero, cortad un limón y restregáoslo por los sobacos.

Por si acaso ninguno de ellos pidió un limón.

Cuando la cocina estaba concurrida, aparecieron los recién casados y fueron recibidos con un aplauso, provocando que Felisa se ruborizada. Y por si eso fuera poco, luego vinieron los comentarios.

—Preparadles un buen plato, que tendrán que recuperar fuerzas —soltó Matías.

—A Manuel esta noche no le ha hecho falta el paracaídas —bromeó Lorenzo.

—[...]

Manuel tapó los oídos de su esposa y cesaron las bromas.

Los que tenían que partir, después de desayunar fueron despidiéndose y abandonando la aldea. A Manuel se le saltaron las lágrimas cuando sus antiguos compañeros se alejaron.

—Puede que no los vuelva a ver —murmuró.

—¡Claro que los veras! —exclamó Felisa.

En la puerta hubo un río de despedidas.

Don Justo se quedó para el final. Antes de salir para Albacete requirió a Manuel. Este acudió al lugar donde estaba el coche aparcado.

—Tengo algo para vosotros —le anunció don Justo, agarrando un paquete que le entregaba su esposa. Es para vuestra nueva casa.

—Muchas gracias.

—Y esto es para que lo empleéis en lo que queráis —añadió sacando unos billetes del interior de su chaqueta e introduciéndolos en el bolsillo de la camisa de Manuel.

—Felisa y yo se lo agradecemos.

—Tu padre me ha dicho que quieres dejar Las Bichas y trabajar en la capital, ¿me equivoco?

—No se lo tome usted a mal. Felisa y yo lo hemos pensado muchas veces y queremos que nuestros hijos tengan otra vida diferente a la que hemos tenido nosotros.

—No me lo tomo a mal. Siempre he admirado a los jóvenes que aspiran a más. Cuando pasen unos días ven a verme a mi casa. Veré lo que puedo encontrar para vosotros.

—Gracias, gracias... —repitió Manuel.

—Pero, ¿no te iras antes de la vendimia?

—Esperaremos.

Don Justo miró a su alrededor, se acuclilló y agarró un puñado de tierra.

—Aquí has nacido. Nunca reniegues de eso. Cuando tu padre decida abandonar estas tierras lo venderé todo. Mientras que él quiera, esta seguirá siendo su casa y la de los suyos.

Esas palabras reconfortaron a Manuel. Temía que si él se marchaba, el amo prescindiría de su padre y de su hermano Anastasio.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos y don Justo se introdujo en el automóvil. Mientras se alejaba hizo sonar el claxon varias veces.

Manuel entró en la casa cargado con el regalo.

—¿Qué es? —le preguntaron con curiosidad.

Él se encogió de hombros y procedió a quitar la envoltura. Bajo el papel descubrió una caja en la que se apreciaba la imagen de un receptor de radio y una leyenda. Ninguno entendió el significado de lo escrito en alemán. Tan sólo se atrevieron a pronunciar la marca del aparato;

Blaupunkt.

Manuel sacó el aparato para que todos pudieran verlo. Sin embargo, aún tendría que esperar para funcionar. En la aldea no disponían de luz eléctrica.

—Es parecida a la que hay en la taberna —dijo Anastasio.

—Y que se apaga cuando llega la Guardia Civil —aseveró Indalecio.

Todos sabían el porqué. Cuando estaba entre amigos el tabernero, movía el dial hasta que sintonizaba con la REI (Radio España Independiente), conocida popularmente por «La Pirenaica». Esa emisora mantenía en jaque al régimen franquista, porque se escapaba a la censura y no podían impedir que divulgara mensajes en contra de Franco y la Dictadura. En más de una ocasión habían intentado sin éxito localizarla en las poblaciones cercanas a los Pirineos, por creer que transmitían desde allí. Lo que ignoraban era que su ubicación estaba en Moscú.

—Y esto no es todo —anuncio Manuel sacando los billetes de su bolsillo.

—¿Quién te lo ha dado? —inquirió Felisa.

—Es un regalo de don Justo. Además, me ha dicho que me pase por su casa para ofrecerme un trabajo.

Indalecio, abrió el baúl que estaba junto a la pared, frente a la chimenea, y del interior extrajo unos cuantos billetes que le entregó a su nuera.

—Tomad. Esto es de parte de Anastasio y mía. Aquí también está el dinero que te mandó tu hermana. Con esto, con lo que os han dado los invitados, y con lo del amo tenéis para empezar.

Manuel y Felisa cogieron el dinero y lo contaron.

—¡Dos mil pesetas! —exclamó Manuel.

—Muchas gracias a todos —agradeció Felisa emocionada.

Ninguno de los dos había tenido tanto dinero en la mano. En ese momento decidieron hacer un viaje a Valencia para que Felisa viera el mar. Manuel ya lo había visto durante el Servicio Militar. Se había remojado en las aguas del Mar Menor y desde el avión, pudo contemplar una vista majestuosa, que muy pocos habían tenido el privilegio de disfrutar.

Capítulo 26

Dos días después de la boda y de acondicionar el dormitorio de Indalecio para ocuparlo ellos mientras estuvieran en la aldea, emprendieron viaje hacia Valencia. Con gran pena, Felisa dejó al chache Agustín. Era la primera vez que se separaban, pero Indalecio la tranquilizó.

—Cuando te quieras dar cuenta, ya estarás otra vez aquí. Anastasio y yo nos ocuparemos de él.

Gregoria y Mariano los acompañaron a la estación de la Roda y desde el andén los despidieron.

Con los pasajeros acomodados en los vagones, el Jefe de estación levantó el banderín y la locomotora comenzó a arrastrar el convoy. Ni por asomo imaginaba Felisa el torrente de emociones que le proporcionaría ese viaje.

Tras varias paradas el tren se detuvo en la estación de Albacete y un vocerío les llegó desde el exterior.

—«Navajas de Albacete. Compren la auténtica albaceteña. La de cinco muelles...»

Felisa y Manuel se asomaron y contemplaron a varios hombres que deambulaban de un lado a otro ofreciendo la mercancía por la que era famosa Albacete. Alguno de los vendedores llevaban las navajas entre otros productos en un carrito de madera. Pero la mayoría las transportaban en su propio cuerpo, en el fajín de navajero; una gruesa faja con muchos compartimentos.

Felisa había oído hablar de tan singulares personajes a los que se conocía como “Navajeros o Mochileros”, sin embargo, nunca había tenido el placer de verlos en plena faena.

—Mira aquél —le indicó Manuel.

Ella dirigió la mirada hacia el lugar señalado y contempló a un hombre espigado, con un sombrero cordobés, que pese a que iba ataviado de navajero, no se acercaba al tren. Estaba sentado en un banco de madera y cantando.

—¿Por qué no vende? —inquirió Felisa.

—A lo mejor no le gusta trabajar.

De nuevo el tren prosiguió la marcha y a Felisa parecía maravillarle todo cuanto contemplaba. Un poco más tarde se aproximaron a Chinchilla de Montearagón. Desde la ventana avistaron la fortaleza que se erigía en la parte más alta de la población.

—¿Eso es un castillo?

—Es el Penal de Chinchilla —aclaró Manuel—. Un lugar siniestro donde trataban a los presidiarios de forma inhumana. Cuentan, que hace siete u ocho años, se escaparon tres presos y que la Guardia Civil no dio con ellos, aunque se aseguró que arrestaron a dos y que mataron al tercero. Lo cierto es que después de esa fuga, cerraron el Penal.

—¿Cómo sabes eso? —se extrañó Felisa.

—Se lo oí a un jornalero.

Unos cuantos kilómetros más y poco antes de llegar a Almansa, divisaron la Sierra del Mugrón. No es que su cota más alta fuera nada destacable, pero a Felisa, acostumbrada a la llanura manchega, le impresionó ver esas montañas. Luego, vinieron un sinfín de paradas en estaciones y apeaderos; Almansa, La Encina, Játiva... y su destino, la Terminal de Valencia.

—Hemos *llegao* —anunció Manuel.

Sin demora, agarraron la maleta y salieron al andén. Allí observaron el incesante trasiego de viajeros, visitantes, y trenes que llegaban o iniciaban trayecto. Antes de abandonar la estación, dedicaron unos minutos a admirar el lugar donde se encontraban; la majestuosa estructura

metálica, la ornamentación, las cerámicas vidriadas, los carteles en los zócalos de las puertas... Al atravesar el vestíbulo, entre tantos desconocidos, Felisa fue consciente de que había otro mundo muy diferente al que hasta ese momento había vivido.

—¿Qué te parece? —le preguntó Manuel.

—No tengo palabras.

Al salir de la estación buscaron alojamiento. No les fue difícil, ya que en los edificios cercanos, había un buen número de Pensiones. Eligieron una al azar y reclamaron una habitación provocando las suspicacias del encargado.

— ¿Así que quieren una habitación? ¿Estáis casados? No se lo tomen a mal, pero esta es una casa decente y no quiero malos entendidos

Manuel presentó sus documentaciones y el Libro de Familia.

—Está todo correcto, ¿cuántas noches vais a estar?

—Tres —aclaró Manuel.

El encargado les acercó un libro de hojas amarillentas y les rogó que plasmaran sus firmas. Luego les entregó una llave.

—Es la tercera puerta a la derecha del segundo piso —les indicó.

Después del obligado registro y siguiendo las indicaciones, subieron por una angosta escalera y empezaron a arrepentirse de haber elegido esa Pensión. La habitación era pequeña. Una cama de hierro forjado, un pequeño armario y una mesita de noche, conformaban el mobiliario. Colgando de la cabecera había una perilla para encender la solitaria bombilla y encima, un cuadro de la Virgen de los Desamparados con un marco dorado.

—Si no te gusta, podemos buscar otro sitio —murmuró Manuel.

—No, para que queremos más.

Después de dejar la maleta, descubrieron el cuarto de baño en el pasillo y abandonaron el edificio. Como era hora de comer buscaron un lugar cercano. Para Felisa estar lejos de los campos manchegos era toda una novedad. Tras comer un modesto menú se sumergieron en la gran ciudad. Caminando se encontraron con el Parque Botánico y dedicaron unos minutos para verlo. Ninguno de ellos había imaginado que existiera tanta variedad de plantas y flores. Al salir, continuaron el paseo hasta la orilla del Turia. Allí se sentaron en un banco y disfrutaron de la vista. Manuel aprovechó el descanso para liarse un cigarro y al observar en los ojos de Felisa la fascinación, le preguntó:

—¿Te gusta la ciudad?

—Me encanta. No me la imaginaba tan grande y con tanta gente. ¿Es así Albacete?

—No. Albacete es mucho más pequeña, pero te gustará.

Al acabar de fumar el cigarrillo, Manuel la agarró de la mano y tiró de ella.

—Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué? —inquirió ella.

Fueron hasta una parada de autobús y subieron al primero que se detuvo. Durante horas estuvieron pasando de un autobús a otro, recorriendo la ciudad y recreando su vista. Al atardecer llegaron al punto de partida.

—Ahora sí que has visto la ciudad —señaló Manuel.

En una tasca cercana a la pensión tomaron un bocadillo y luego se retiraron. Era demasiado pronto, pero ellos no estaban acostumbrados a los horarios de la ciudad. Ya metidos en la cama, Felisa pulsó varias veces la perilla de encendido. Incluso eso era nuevo para ella.

Aprovechando la luz eléctrica conversaron de sus familias, de cómo lo que parecía un sueño

se había hecho realidad. Por enésima vez recordaron como se conocieron y como su amor fue creciendo con el paso de los años. Fue inevitable que mencionaran los malos momentos. Pero eso ya formaba parte del pasado. Ahora tenían toda la vida por delante para compartir sus anhelos.

Felisa aprovechó la ocasión para preguntarle algo que le intrigaba desde hacía tiempo y, que hasta ese momento no se había atrevido.

—Cuando estaba en Torreperda escuché a mi padre y a mis hermanos que Indalecio ayudaba a los maquis, ¿es cierto?

Manuel la miró de soslayo.

—Es cierto —repuso tajante—. Todos lo sabíamos. Anastasio, Gregoria.... Yo en persona pude verlos en más de una ocasión

—¿Y no te dio miedo?

—No. ¿Por qué? Ellos eran personas como nosotros, que no pudieron retomar su vida después de la guerra. Fueron perseguidos y cazados como animales. La Guardia Civil se ensañó con ellos, con sus familias y con los que les daban cobijo. Es posible que aún quede alguno.

—Pero según dicen... robaban y mataban.

—Puede que algunos, pero la mayoría eran personas tan honradas como el que más.

—Y los que viste, ¿cómo eran?

—Al primero que vi fue mucho antes de que tú llegaras a Las Bichas. La Parda me tenía *preocupao*. Casi no pegué ojo aquella noche. A medianoche fui a la cuadra para ver cómo estaba, pero antes de entrar me percaté de que por las grietas de la puerta del almacén salía algo de luz. Me acerqué con sigilo y vi a mi padre conversando con unos desconocidos. No pude distinguir de qué hablaban. Espere a que salieran escondido detrás de uno de los portones. Desde allí los observé recorrer a oscuras el patio, cargados con unas gallinas y unos cantaros. Pero no me escondí lo suficiente, ya que uno me descubrió y se acercó a mí. Llevaba puesta una boina, el fusil colgado a su espalda y una canana que rodeaba su cuerpo. Tenía una tupida barba negra y me preguntó con su vozarrón: « ¿Tú eres el Manuel? ». Casi me cago de miedo. «*Soy el Chato. En el frente estuve con tu hermano*», me dijo y me tendió la mano.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Se la estreché. Antes de alejarse me dijo: «*Tu padre es un buen hombre*». Luego se perdió en la oscuridad. Escuché el ruido de un vehículo como se alejaba. Y esa fue la primera vez que los vi. Por la mañana mi padre nos dijo que se habían muerto varias gallinas. Yo nunca le comenté lo que había visto aquella noche.

—Tenía razón ese hombre, Indalecio es muy bueno y muy valeroso. De lo contrario no se habría arriesgado a caer preso por ayudar a los maquis. ¿Aún los sigue ayudando?

—Hace tiempo que ninguno se deja ver por Las Bichas. Por lo que sé, la partida a la que ayudaba mi padre cayó en una emboscada. Muchos murieron y los que pudieron escapar se fueron a otras provincias.

Ante la insistencia de Felisa, Manuel le contó más anécdotas de los maquis.

—Son historias bonitas que podremos contar a nuestros hijos —dijo ella cuando hubo terminado.

Apagaron la luz y sus voces se convirtieron en susurros. Luego sus cuerpos hablaron.

Apenas había salido el sol cuando dejaron la habitación. Tenían poco tiempo y querían disfrutarlo al máximo. Desayunaron en compañía de una cuadrilla de albañiles, que no dejaba de mirar a Felisa. Más tarde vieron nacer la ciudad. Poco a poco el silencio dio paso al bullicio e iniciaron su paseo.

—¿No nos perderemos? —se preocupó Felisa tras recorrer varias calles.

—Me he *fijao* por donde hemos *pasao*. Además, si nos perdemos, preguntaremos por la estación del tren y ya está.

Caminaron sin rumbo fijo, pasaron por debajo de las torres de Quart y llegaron hasta la plaza de la Virgen. Como si fueran niños provocaron el vuelo de las palomas. Recorrieron el entorno con la mirada y divisaron el Miguelete, la enorme Catedral, la fuente... Todo era fascinante.

Como no podía ser de otro modo, a petición de Felisa, entraron en la Catedral. Recorrieron todas las capillas y frente al Altar Mayor, se arrodillaron y ella rezó unas oraciones. Al salir recorrieron un entresijo de calles y detuvieron el recorrido en una taberna, donde por recomendación del camarero, degustaron una sepia a la plancha, unas clochinas al vapor y un trozo de anguila al “all i pebre”, acompañado de un vino de la tierra. Nada comparable al que elaboraba Indalecio.

Con el estómago lleno continuaron su itinerario hacia ninguna parte.

—¿Cuándo veremos el mar? —preguntó Felisa.

—Mañana —respondió Manuel—. Antes quiero que veas todo y luego lo compares con esa inmensidad.

Recorriendo la ciudad surgió otra de las sorpresas que Manuel le tenía reservada. A pocos metros de ellos había un cartel de grandes proporciones que anunciaba la película; La Túnica Sagrada. En él se apreciaban tres rostros —dos hombres y una mujer—. Bajo ellos una leyenda, «Primera Producción en CINEMASCOPE», y los nombres de los actores principales —Richard Burton-Jean Simons-Víctor Mature-Michael Rennie.

—¿Qué te parece? ¿Entramos?

Felisa asintió.

Manuel compró dos entradas y cuando el acomodador los condujo a sus butacas, el NO-DO estaba acabando. Para ella esa era una experiencia nueva, y los primeros minutos se sintió algo incomoda. La sala en penumbra, todas aquellas butacas, el sonido... pero al cabo de un rato su mente se trasladó a la Roma de Tiberio, viajó junto al Tribuno Marcelo a Palestina, sufrió con la esclava Diana y le enterneció ver como crucificaban a Jesucristo. Al acabar la película, unas lágrimas recorrían sus mejillas.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Manuel.

Felisa soltó un bufido.

Después del entretenido paseo regresaron a la pensión para pasar la noche y descansar del ajetreado día.

Esa noche a Felisa le costó conciliar el sueño. En su cabeza revivía cada segundo de las más de dos horas de proyección y la historia que la había impactado. Pero aún le quedaba lo mejor. Cuando en las otras habitaciones empezó el movimiento, se despertaron y tuvieron que esperar para entrar en el cuarto de baño. Al punto se dirigieron al encargado para pedirle información.

—¡Buenos días! —lo saludó Manuel—. Queríamos saber por dónde tenemos que ir para ver el mar.

El encargado los miró algo perplejo.

—¿Aún no lo habéis visto?

—No... bueno yo sí, pero mi esposa nunca lo ha visto.

—Pues le va encantar. Si me permiten, les puedo aconsejar la playa de la Malvarrosa, y no dejen de visitar el Puerto.

A los dos les pareció bien la sugerencia.

—¿Y cómo podemos llegar? —insistió Manuel.

—Ahí fuera, enfrente a la estación, hay una parada de taxis. También pueden coger el urbano.

A Manuel le pareció mejor opción y más barata la del autobús. Agradecieron la información y salieron a desayunar. Esa mañana tomaron chocolate con churros; un desayuno al que no estaban acostumbrados.

—¿Estás preparada?

—Me muero de ganas.

Tras preguntar a unos transeúntes tomaron el autobús que les condujo a la Malvarrosa. Compraron los billetes y se acomodaron al lado de una ventanilla. Antes de llegar a su destino, un hombre ataviado con una chaqueta llena de botones dorados y una gorra de plato les pidió el billete y lo taladró con un artilugio. El mismo hombre les indicó donde debían apearse.

Felisa no pudo controlarse cuando contempló la majestuosidad del mar Mediterráneo. Ni por asomo se lo imaginaba tan grande ni que no se viera la otra orilla.

—¡Esto es inmenso!

Corrió por la playa, agarró arena y la arrojó al cielo, se descalzó y chapoteó en el agua salada. Manuel la estuvo observando hasta que ella regresó a su lado. Se sentaron en una barbacoa y permanecieron largo rato con la mirada en algún lugar del horizonte.

—¿Eres feliz? —le preguntó Manuel.

Ella se acurrucó contra él.

—Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Y no porque he visto el mar, es porque tú estás a mi lado.

Pero no sería sólo el mar lo que le impactaría ese día. Más tarde se trasladaron al Puerto y pasearon por uno de los muelles. Contemplaron los barcos mercantes y se sintieron insignificantes al lado de aquellas moles. Se detuvieron para observar a los estibadores, como transportaban las pesadas cargas. Los escucharon hablar en idiomas diferentes al suyo y descubrieron entre esos hombres a uno de tez negra, como los que Indalecio había conocido en África.

Se fijaron que cerca de uno de los barcos se hallaba un hombre con una colorida chaqueta, un puntiagudo mostacho y un sombrero Canotier, que tenía montado un tenderete donde hacía fotos de recuerdo.

—Caballero. ¿Una fotografía con la señorita? —se dirigió a ellos.

—¿Por qué no? —dijo Manuel.

Siguiendo sus indicaciones, se colocaron ante el barco. El atípico fotógrafo gritó:

—¡Quietos! —y los inmortalizó.

Manuel pagó el retrato y le dio la dirección para que la enviara.

El día fue de lo más ajetreado. Al final de la tarde los dos tenían los pies doloridos de tanta caminata. Antes de regresar a la pensión, se acercaron a la estación para informarse de los horarios del tren. Luego tomaron una cena ligera y se retiraron a descansar. En la minúscula habitación hicieron un repaso de su breve Luna de Miel.

—Jamás olvidaré el mar —murmuró Felisa.

—A mí nunca se me olvidaran estos días tan maravillosos —añadió Manuel.

Ambos eran conscientes de que sería muy difícil que se repitieran tantas experiencias.

Capítulo 27

Muy temprano abandonaron la habitación. Pagaron la cuenta al encargado y en unos pocos pasos llegaron a la estación. El viaje de vuelta fue diferente. Atrás dejaban casi el paraíso para reencontrarse con la realidad. Felisa quería retener en su mente todo lo que había experimentado; había viajado en tren, había visto una película, el mar... pero nada de eso habría merecido la pena sin Manuel.

El tren traqueteante recorrió el camino a la inversa. Cuando atravesó la arcada del Puente de Madera (lugar elegido por muchos desgraciados para quitarse la vida) y la locomotora emitió una serie de silbidos les anunció que se aproximaban a la estación de Albacete. Su viaje acababa allí. Antes de regresar a Las Bichas tenían que hablar con don Justo de su futuro en la capital.

Para Felisa esa sería la primera vez que estaría en la ciudad donde, si no fallaban los planes, se trasladarían después de la vendimia. Al apearse contemplaron una vez más a los navajeros y su trasiego por conseguir ventas. Ella comprobó, que esa estación no tenía nada que ver con la de Valencia. El edificio de ladrillo, el porche del andén, el vestíbulo...todo era inmensamente más pequeño.

Al salir al exterior recorrieron un cortó paseo flanqueado por árboles, setos y unos cuantos bancos de piedra, y un poco más allá, unos cuantos coches de color negro, con un letrero blanco esperaban a los viajeros. No les hizo falta tomar un Taxi, ya que don Justo vivía en la Calle Salamanca; a unos pocos pasos de la Estación.

Llegaron en unos minutos y llamaron a la puerta. Una mujer rechoncha de unos cincuenta años, vestida de negro y con un delantal de color gris, la abrió y los miró con recelo.

—¡Buenos días! ¿Qué desean?

—¡Buenos días! Veníamos a ver a don Justo —indicó Manuel.

—¿Les está esperando? Porque ahora está muy ocupado.

—En realidad no nos espera, pero yo trabajo para don Justo. Soy de la aldea Las Bichas.

—¡Haber empezado por ahí! Pasen y esperen, que voy a avisarle.

Manuel y Felisa accedieron al interior, siguieron a la mujer por un largo pasillo y esperaron en una salita. A los pocos minutos apareció don Justo.

—¡Manuel! ¡Qué alegría! —lo saludó ofreciendo su mano

Manuel la estrechó y luego don Justo saludó a Felisa.

—¿Cómo está la recién casada?

—Muy bien, gracias.

—Bien, bien. Acompañadme a mi despacho.

Ambos coincidirían más tarde en que la casa del amo era algo tenebrosa. En las paredes se exhibían viejos oleos con motivos marinos y unos cuantos retratos. Encima de un vetusto taquillón no quedaba espacio porque estaba repleto de figuritas de santos y vírgenes. Una larga alfombra cubría el suelo del pasillo y unas pocas bombillas proporcionaban una iluminación tenue. El despacho era una prolongación de lo que habían visto; una mesa llena de portafolios y libros de cuentas, unos sillones acolchados de color pálido, y unos anaqueles que albergaban varios centenares de libros de tapas duras en negro y rojo.

—¿Qué tal os ha ido el viaje a Valencia? —se interesó indicándoles con un ademán que tomaran asiento.

—Muy bien don Justo. Hemos visto el mar, el puerto,... En fin, no queremos entretenerle.

Hemos venido por lo del trabajo.

Felisa observaba, pero no tomaba parte.

—Veo que tenéis firme la decisión de vivir aquí.

—Lo estamos deseando.

—En ese caso...

Don Justo rebuscó entre sus papeles.

—Aquí está.

Le entregó una nota a Manuel.

—Cuando acabe la vendimia os acompañaré a esta dirección. Es una buena familia y ya les he hablado de vosotros. Son los Carrión. Trabajareis para ellos.

—¿Yo también? —exclamo Felisa.

—Si... bueno yo pensaba... —titubeó don Justo—. Aquí la vida no es como en el campo. Se necesita dinero para la renta de la casa, la comida y otros gastos, pero si no quieres...

—¡Claro que quiero! —repuso.

—Entonces, no se hable más.

—Y los trabajos... —se interesó Manuel.

—Los Carrión son propietarios de una fábrica de lejía. Allí trabajarás tú —indicó don Justo— y Felisa se encargará de las faenas del hogar. Don Gustavo y su esposa son mayores y necesitan a alguien de confianza. Tienen dos hijos. La menor está casada y reside fuera de Albacete. Con ellos vive el mayor. Se llama Gustavo, como su padre. Es un poco calavera, pero un buen hombre. ¿Qué os parece?

Manuel y Felisa se miraron esperando la contestación del otro. Sin hablar supieron que estaban de acuerdo.

—Nos parece bien —resolvió Manuel.

—De acuerdo.

El asunto del trabajo quedó zanjado, pero faltaba lo de la vivienda.

—Necesitamos también encontrar una casa que no sea muy cara —expuso Manuel

—También había pensado en ello —los sorprendió don Justo—. En la calle Tejares, muy cerca de aquí, hay una de mi propiedad que se ha quedado libre hace poco. Si os gusta, será vuestro hogar.

En ese momento Felisa y Manuel empezaron a creerse que eran marido y mujer y se preguntaron a qué venía tanta amabilidad por parte del amo. No se les pasó por la cabeza que don Justo estaba de por vida agradecido a Indalecio; a él le debía todo. Él convirtió el peor día de su existencia en el mejor, cuando lo rescató de aquel oscuro y pestilente pozo en el que cayó cuando era un mozalbete.

Pero aún les dio más pruebas de ese agradecimiento. En su coche los trasladó a lo que sería su morada. En unos pocos minutos llegaron a la calle Tejares y les mostró la vivienda. Era una casa de dos plantas, a la que se accedía por un estrecho patio.

—La vuestra será la planta superior —señaló don Justo.

Felisa y Manuel la observaron maravillados. Disponía de tres habitaciones, una amplia cocina con despensa y un cuarto de baño con su inodoro, su lavabo y un pequeño plato de ducha.

—No es como la casona de Las Bichas, pero para vosotros, y lo que venga, os puede valer —indicó.

Ellos estaban entusiasmados. Ya se la imaginaban con muebles y habitándola.

—¿Y el precio? Ya sabe usted que nosotros no disponemos de mucho dinero —expuso

Manuel.

—Por ahora no os preocupéis. Cuando cobréis el primer mes ya hablaremos. Si os gusta podréis ocuparla cuando a vosotros os parezca.

—Nos la quedamos —dijo Felisa.

—Pues no se hable más.

Después de salir y cerrar la puerta, don Justo les entregó las llaves.

—¿Cuándo salís para la Aldea? —les preguntó.

—Mañana —se apresuró Manuel en responder—. Quiero que Felisa vea la ciudad.

—Me parece estupendo.

Don Justo los trasladó a la Posada, les aconsejó un lugar de su confianza para comer... —Decid que vais de mi parte y os trataran bien—, y con un apretón de manos se despidió.

El posadero los saludó, los felicitó por su matrimonio, y preguntó por Indalecio. Tras una breve charla dejaron la maleta en la habitación y fueron dando un paseo hasta el lugar que les había aconsejado don Justo. Este se encontraba en una esquina de la céntrica Plaza del Altozano, rebautizada como “Plaza del Caudillo” —aunque los lugareños seguían llamándola por su nombre original—, al lado del cine Capitol y frente al Gran Hotel, un sitio fuera de sus posibilidades. Tal y como les anunció don Justo, los trataron con cortesía y pese a la insistencia de Manuel, no les cobraron la comida.

—Aquí seremos felices. Lo presiento —murmuró Felisa cogiéndose del brazo de su marido.

Conforme recorrían la ciudad comprobaron que la Plaza del Caudillo no era la única muestra de las consignas franquistas; Banderas Nacionales y Escudos se exhibían en edificios, los nombres de calles o plazas se habían reemplazado por otros afines al régimen. Sin embargo, eso carecía de importancia para ellos.

Tras una larga caminata llegaron al Parque de la Fiesta del Árbol, donde Manuel quería mostrarle a su esposa el Deposito del Agua. La mole de cemento en forma de faro, que tras el fracaso que supusieron las pruebas de carga y la rotura de tuberías, se había convertido en algo inservible, pero en un icono para la ciudad.

Sentados en un banco admiraron tan majestuosa obra. Ambos coincidieron en que posiblemente lo que tenían ante ellos, era la construcción más alta de la ciudad y que ni en Valencia habían visto un edificio que superase esa altura.

De regreso a la Posada, pasaron cerca del recinto ferial, donde cada septiembre se celebraba la feria de la capital. Todo estaba preparado para la inauguración. Observaron como unos cuantos hombres, ataviados con monos de trabajo, ultimaban los detalles.

—Cuando vivamos aquí vendremos a la Feria —murmuró Manuel.

A Felisa le impresionó ver el recinto conocido popularmente por los Redondeles y su curiosa estructura redonda, que junto al Paseo, adquiría forma de sartén.

—Estos son los “Ejidos” —le explicaba Manuel señalando los alrededores a los Redondeles—. Desde hace muchos años aquí se trata con animales. Mi padre compró aquí la Parda...

Mientras él le explicaba los detalles siguieron caminando hacia la Posada. Recorrieron el largo Paseo y se detuvieron un instante para admirar la Plaza de Toros, donde habían toreado grandes maestros. Cuando llegaron a la Posada estaban exhaustos. El posadero les preparó unos pájaros fritos y un plato de moje, que ellos dieron buena cuenta. Luego se retiraron a descansar; por la mañana tenían que tomar el tren hacia la Roda.

Antes de dormir conversaron sobre su futuro.

—¿Te ha *gustao* la ciudad? —le preguntó Manuel.

—Es muy bonita y no es tan pequeña. Aquí nacerán nuestros hijos y presiento que seremos felices.

Pero para que se cumplieran sus sueños eran conscientes de que tenían que empezar de cero, trabajar duro, alejarse del lugar donde habían nacido, y enfrentarse a una vida nueva. Sin embargo, no temían a esa espinosa andadura.

Temprano, dejaron la Posada y se encaminaron a la Estación. Al pasar por el Paseo de José Antonio, Manuel le mostró las huellas de los disparos que había de la valla de la Diputación, una pequeña muestra de los combates acaecidos en la ciudad durante la Guerra Civil.

—Cuanto sufrimiento en vano. Ojalá no haya más guerras —deseó Felisa.

Con algo de retraso salió el tren con dirección a Madrid. Mientras esperaban observaron a los navajeros e incluso uno de ellos se les acercó para mostrar su mercancía. Pero Manuel no necesitaba ninguna navaja. En su bolsillo guardaba la mejor. De nuevo vieron al hombre espigado, recostado en un banco y con un libro en las manos.

Esa parte del trayecto fue corta. En la Roda se apearon y allí, Gregoria y Mariano los estaban esperando. Se saludaron efusivamente y luego se trasladaron al domicilio. Felisa y Manuel admiraron la fachada de piedra de la casa. Esta se encontraba en el casco urbano y era una de las más grandes. Los anfitriones los condujeron al interior, a un salón donde estaba dispuesta la mesa para cuatro comensales. La decoración no era suntuosa y los muebles de robusta madera. Después de acomodarse apareció una mujer y les sirvió la pitanza.

Gregoria no cesó de hacer preguntas durante la comida. Preguntas que Manuel y Felisa respondieron entre bocado y bocado.

—¿Ya os ha dicho don Justo lo del trabajo? —se interesó Mariano.

—Eso lo reservábamos para el final —repuso Manuel—. Nos ha conseguido un buen trabajo.

—Pues eso se merece una celebración —aseveró Mariano.

Gregoria cogió del brazo a su cuñada.

—Dejémoslos solos, que me tienes que contar muchas cosas.

Las dos mujeres se retiraron a la cocina y ellos permanecieron en el salón, en un pequeño reservado al lado de la ventana.

—Antes de que me cuentes lo del trabajo, ya sabes que puedo encontrarte algo en la cantera —le ofreció Mariano a la vez que servía un par de copas de anís.

—Te lo agradezco, pero Felisa y yo queremos vivir en la capital.

—¡Ah ya sé! Quieres ser rico. Bueno, si para conseguirlo puedo ayudarte, cuenta con ello. En fin, ¿qué hay de ese trabajo?

Manuel saboreó el anís, se lio un cigarro y procedió.

—Los dos vamos a trabajar para la misma familia. Son los Carrión...

—¿Gustavo Carrión?

—Sí, ¿los conoces?

—¡Y quién no! Esa familia está muy bien relacionada, tiene muchas propiedades y muchos duros.

—Yo trabajaré en una fábrica de lejía y Felisa en la casa de los señores.

Mariano se quedó pensativo.

—¿Pasa algo? —inquirió Manuel.

—No tiene importancia, pero Gustavo, el hijo mayor es falangista, ¿lo sabías?

Manuel meditó un instante. En realidad no sabía muy bien que era un falangista. Había oído

que durante la guerra combatieron al lado de los sublevados, que alguno de ellos se enroló en la División Azul, que controlaban los medios de comunicación, que formaban parte del Gobierno, y que no tenían buena fama.

—¿Eso debe preocuparme?

—Ni mucho menos —respondió Mariano—, pero será mejor que no se lo cuentes a tu padre.

Mientras ellos conversaban las mujeres se ponían al día. Felisa no podía ocultar su entusiasmo.

—Han sido unos días inolvidables. Aún no he asimilado tantas emociones. Tu hermano me ha llevado al cine...

—¿Y dónde vais a vivir?

—El amo se ha *encargao*. Es una casa pequeña, pero suficiente para nosotros y lo que venga.

Gregoria compartía su felicidad, aunque había algo que la perturbaba y quiso confiárselo a su cuñada.

—Aún no me he quedado encinta.

—No te preocupes, ya llegará.

—Es que ya llevamos casados casi dos años. A esta marcha, nos adelantáis vosotros.

Pero no era sólo Gregoria la que ansiaba ese momento. Toda la familia esperaba al primer retoño.

Después de las correspondientes confidencias, se reunieron en el salón con los hombres y luego, los cuatro sin parar de hablar emprendieron el viaje a Las Bichas.

A Felisa y Manuel les lleno de orgullo ver el cambio de Gregoria y las atenciones que Mariano le profesaba. Se amaban, tenían una bonita casa, sirvientes y un próspero negocio que les aportaba sustanciosas ganancias. Sin embargo, les faltaba culminar esa felicidad con el hijo que aún no había llegado.

Capítulo 28

Los ladridos de los perros y el ruido del motor advirtieron a Indalecio que alguien se acercaba. Dejó lo que estaba haciendo cuando vio al vehículo atravesar la arcada de la entrada y detenerse en el patio. Sin embargo, Agustín se le anticipó. Al ver a su hermana, corrió hacia ella y se aferró a su cintura emitiendo sus peculiares «vayayas» en tono de reproche.

—Ya estoy aquí chache —lo tranquilizó Felisa.

Indalecio y Anastasio se acercaron a dar la bienvenida a los recién casados y la compañía. Se repartieron besos y abrazos, esquivando a Agustín, que no soltaba a su hermana.

—¿Cómo ha ido eso? —les preguntó Indalecio.

—Muy bien padre —respondió Manuel.

Entre preguntas y respuestas entraron en la casa. De nuevo la familia estaba reunida. A Manuel y Felisa los sometieron a un largo interrogatorio. Un sin fin de preguntas se amontonaron.

Algo más tarde, mientras Gregoria y Felisa se retiraron a la cocina, Anastasio aprovechó la ausencia para susurrar a su hermano:

—¿Cómo son las valencianas? ¿Tienen tanto pecho como dicen?

Pregunta que puso nervioso a Manuel.

—¡Odo Anastasio! ¿Cómo van a ser? Como las de Albacete.

—Es que una vez en el Alto de la Villa estuve con una valenciana...

Manuel le cortó temeroso de que se le fuera la lengua y mencionara la ocasión que lo acompañó al barrio y retozó con una prostituta.

—¿Qué murmuráis? —se interesó Felisa, que entraba en ese momento.

—Nada, nada. Cosas nuestras —esquivó Manuel.

—No te contaran nada —intervino Gregoria—. Los conozco bien.

Felisa no le dio importancia. Además, no le importaba que los hermanos tuvieran secretos.

Después de narrar con pelos y señales su corto viaje de novios, Manuel contó a su padre y a su hermano, la visita a don Justo y que él les había proporcionado trabajo y vivienda —omitiendo premeditadamente que uno de los hijos de sus futuros patrones era falangista—, y que al finalizar la vendimia emprenderían una nueva vida. Indalecio los felicitó a regañadientes. En su fuero interno nunca dejó de creer que ellos al final desistirían de esa idea.

Agustín, aferrado a su hermana, los interrumpía a cada instante. Indalecio les contó que el chache había añorado a su hermana.

—...me agarraba de la mano y me arrastraba al dormitorio señalando la cama vacía.

El pobre en su corto entendimiento, por mucho que Indalecio y Anastasio le dijeron que Felisa volvería en un par de días, no lo comprendió. Incluso se levantó de la cama un par de veces cada noche para comprobar si su hermana había regresado.

En todos surgió una duda. ¿Qué pasaría con él ahora que Felisa y Manuel se habían casado? Pero ese interrogante lo resolvió Manuel. Él nunca pensó que el chache Agustín podría estar en otro lado que no fuera al lado de su hermana. Por eso, en sus planes estaba que él viviera con ellos en la capital.

El día fue de lo más ajetreado y cuando Gregoria y Mariano se marcharon, el resto se retiró a descansar. Esa noche Felisa permaneció al lado de su hermano hasta que se quedó dormido agarrado de su mano.

—Si supieras lo feliz que soy —le dijo ella aun sin saber si la comprendía.

Al alba, Indalecio se puso manos a la obra para preparar unas sillas y algún mueble de los que no utilizaban, para el nuevo hogar de su hijo y su nuera. Cuando aparecieron los recién casados, tenían el desayuno preparado. Anastasio se había encargado.

—Ahora que padre y yo vamos a estar solos, tenemos que encargarnos también de la cocina —les dijo Anastasio.

—Pero no mientras esté yo aquí —replicó Felisa.

A Manuel no le dio importancia al comentario. De sobra sabía que su padre y su hermano era muy capaces de realizar cualquier guiso y lo que se propusieran.

Como si tal cosa Manuel retomó sus faenas. Ayudó a su padre y a su hermano a preparar todo lo necesario para la vendimia. Como siempre lo habían hecho, los tres pasearon por las viñas revisando las cepas y los frutos que anunciaban la inminente recogida y la posterior partida de Felisa, Manuel y Agustín.

Como cada año, Indalecio organizó las partidas de jornaleros y luego dejó a sus hijos al mando. Anastasio y Manuel deambulaban de un lado a otro cortando racimos, cargando en sus espaldas los cestos y descargándolos en los carros. En los descansos el tema más hablado era un caso escabroso que había sobrecogido al país. Margot, una funcionaria del Instituto Nacional de Previsión e hija de la marquesa de Villasante, según decían, un año antes enfermó y dejó Albacete para que su madre la cuidara en Madrid. Pero su enfermedad se agravó y murió. Al parecer entre la familia había discrepancias, y antes y después del entierro hubo enfrentamientos. La madre prohibió a sus tres hijos varones y al novio de su hija ver el cuerpo y no permitió que nadie, excepto ella y su marido, velasen el cadáver. Esto desembocó en una denuncia en el Juzgado de Guardia por parte del hermano mayor de la difunta. Según él, el cuerpo de su hermana había sido profanado. Para llegar a la verdad, un magistrado ordenó el registro del domicilio. La sorpresa fue mayúscula cuando la policía encontró en un armario dos cabezas de perro disecadas y tarros que contenían vísceras de animales. Sin embargo, eso no fue nada comparado con lo que descubrieron después. En una lechera de plástico, flotando en alcohol hallaron una mano humana; la mano de Margot. También se realizaron registros en la casa de la marquesa en Albacete. Muchos curiosos observaron los registros en el patio y en el sótano, y como la policía sacaba paquetes que nadie sabía que contenían. A partir de ahí todo eran especulaciones. Unos apuntaban que la marquesa era una bruja, otros que el hermano mayor de Margot era de una secta. También había quien lanzaba la hipótesis que esas salvajadas eran sacrificios al Diablo.

A Anastasio y Manuel les pareció una historia de fantasmas de las que contaban los viejos para asustar a los niños, pero ellos no opinaron.

Los pocos que habían tenido la oportunidad de asistir a la Feria de la capital, hacían referencia a las faenas de Antonio Ordóñez, Chicuelo II o Pedrés. Lamentaban que el mejor cazador de Tarazona, no pudo alzarse con el premio en el Tiro de Pichón. Como novedad ese año, se había celebrado una carrera de motos y en la Caseta de los Jardinillos había habido actuaciones musicales. Pero las motos las habían visto de lejos y la música la habían escuchado desde fuera del recinto.

Cuando acababan los descansos, se remojaban el gznate con el vino de la bota o la paloma de los botijos y de nuevo se metían de lleno en el trabajo.

El segundo día Anastasio se estaba secando el sudor cuando vio algo que captó su atención.

—¡Manuel! —reclamó a su hermano.

—¿Qué pasa?

Anastasio, con un movimiento de cabeza, señaló al camino. Manuel desvió la mirada y contempló a la señorita Amelia montada en su caballo. Estaba acariciando al equino sin dejar de mirarlo. En principio Manuel no le prestó atención y continuó con su trabajo. Pero cada vez que levantaba la mirada, allí estaba ella y eso le irritaba. Cansado de la situación, tiró la navaja y fue hacia el camino.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó con voz firme.

Ella, sin dejar de mirarlo, se tomó unos segundos.

—Que yo sepa no hay nada que me impida estar donde me plazca —dijo al fin.

Manuel giró la cabeza y observó como los jornaleros les estaban mirando.

—No debería estar aquí. Los hombres se ponen nerviosos.

—¿Y tú?

—A mí me molesta —repuso.

—Sé que no sientes lo que dices.

Manuel no se contuvo.

—¿Pero qué quiere de mí? ¿Por qué no me deja en paz?

—Tú tienes la culpa —dijo ella subiendo el tono de su voz—. No quieres que seamos amigos.

—¿Cuándo va a entender que eso no puede ser?

—Nunca.

—Entre nosotros no ha habido nada y si usted cree otra cosa, delo por *terminao*.

—Entonces, ¿por qué llevas colgada en tu cuello la cruz que te regalé?

Manuel se echó mano, pero algo le impidió arrancarse la cruz.

—¡Adiós señorita! —dijo a la vez que golpeaba el anca del animal.

El caballo arrancó precipitadamente y Amelia tuvo problemas en controlarlo. Cuando se hizo con él, galopó y al pasar al lado de Manuel, le golpeó en el rostro con la fusta. Luego continuó hacia Casa Aguilar.

—¡Sera hija de puta! —masculló Anastasio cuando vio la herida en la mejilla de su hermano.

—Ni se te ocurra mentárselo a Felisa —advirtió Manuel.

Anastasio asintió y, aunque no lo dijo, se preguntó por qué su hermano no se había desprendido de la cruz. Manuel, como si nada hubiera ocurrido, se limpió la sangre con un pañuelo y continuó con el trabajo.

No era amigo de la mentira, pero ese día no le quedó más remedio que mentir a Felisa cuando se preocupó por la herida.

—Me he *dao* un rasguño con un sarmiento —argumentó.

Afortunadamente el resto de la vendimia se desarrolló sin incidentes. Aunque había temores de que los de Torreperda la liarán, eso no ocurrió.

Poco después de la vendimia, estaba todo dispuesto para el traslado de Manuel y Felisa a la capital. Mariano les proporcionó un camión para llevar los enseres y el mismo los llevó a Albacete. Cuando llegó la familia al completo, no les costó demasiado montar dos camas, batir los colchones de lana, colocar en la cocina las cuatro sillas y la mesa, y sacar el ajuar de un par de baúles para que se airease. Manuel colocó en la pared de la cocina el diploma enmarcado de Caballero Paracaidista. Encima de un viejo aparador que ya se encontraba en la casa, situaron la radio que les había regalado don Justo. La enchufaron a la red eléctrica y Manuel accionó el interruptor de encendido. Lo primero que escucharon fue el sonido molesto de un desagradable siseo, pero un segundo más tarde pudieron escuchar una sintonía. El más sorprendido fue Agustín,

que acercó una silla, se sentó y acercó su cabeza al aparato.

Después de colocar sus escasos bienes, todos juntos, fueron a una taberna cercana a comer. Allí abundaron los consejos y los pesares que les producía dividirse de nuevo. Albacete y Las Bichas no estaban lejos, pero tenían la sensación que les iban a separar miles de kilómetros. Y tras la comida, llegó la despedida. Gregoria, Anastasio, Indalecio y Mariano, dejaron un gran vacío.

Como no tenían nada que hacer hasta el día siguiente, Felisa y Manuel decidieron dar un paseo y conocer el barrio, ver dónde se encontraban las tiendas... Recorrieron unas cuantas calles y observaron los establecimientos, unas cuantas tabernas al principio de la calle, la parroquia de la Purísima, La plaza de las Carretas, el Mercado de Abastos... Agustín observaba todo y en más de una ocasión tuvieron que tirar de él. Luego regresaron a su nuevo hogar.

Al entrar al patio, una mujer gruesa con el pelo cano, de edad indefinida y con aspecto de bonachona, les salió al paso.

—¡Buenas tardes! Sois los nuevos vecinos, ¿verdad?

La saludaron y Felisa tomó la iniciativa.

—Acabamos de llegar y vamos a vivir en la planta de arriba.

—¡Qué bien! Hace unos días os vi con don Justo y le dije a mi marido que tendríamos a unos jóvenes por vecinos.

—Yo soy Manuel, mi esposa se llama Felisa y éste es mi cuñado Agustín.

La mujer le estrechó tímidamente la mano, a Felisa le dio dos besos y vaciló ante Agustín, que no dejaba de mirarla frotándose las manos. Al final, percatándose de su deficiencia, le alborotó el pelo en gesto cariñoso.

—Que alegría tener unos vecinos tan jóvenes. Yo me llamo Piedad y si necesitáis algo, sólo tenéis que tocar en mi puerta.

—Muchas gracias —correspondió Felisa.

—Mañana os traeré la capilla de la Milagrosa para que os proteja.

Felisa y Manuel se miraron, pero no pusieron objeción a la propuesta de su vecina. No estaban acostumbrados a las costumbres de la capital y tenían que dejarse llevar.

Piedad, que no dejaba de hablar, los puso al corriente donde se encontraba todo y les aconsejó que lugares eran los mejores para comprar y si se daba el caso para que les fiasen. También les sugirió que se proveyeran de velas y una caja de mistos, ya que los apagones en esa parte de la ciudad eran frecuentes. Durante unos minutos conversaron y a la postre, se despidieron y subieron a su casa.

—¡Que mujer! Cuanto habla —murmuró Manuel.

—Tiene pinta de ser buena persona —matizó Felisa.

Agustín fue directo a la radio, la conectó, acercó una silla y se sentó.

—¿Qué haremos con él mañana? —inquirió Felisa, ya que por la mañana, tal y como habían quedado con don Justo, tenían que presentarse ante sus nuevos jefes.

—No creo que a la vecina le importe echarle un ojo —sugirió Manuel.

Felisa lo meditó un instante, pero no había otra opción. No podían llevárselo con ellos y tampoco dejarlo solo, allí en una casa desconocida y sin nadie que lo cuidase.

—Se lo preguntaremos.

Antes de retirarse a su dormitorio, les costó un rato convencerlo de que se metiera en la cama. Como en otras ocasiones, Felisa permaneció a su lado hasta que se quedó dormido.

Capítulo 29

Los temores sobre qué hacer con Agustín, se disiparon cuando Felisa le pidió a la señora Piedad qué si podía vigilarlo.

—¡Como no hija mía! Así nos acompañaremos los dos. Mi marido va con una cuadrilla de albañiles y está toda la semana fuera. No os preocupéis por él.

. —No sé cómo agradecerérselo.

—¡Anda, anda! Los buenos cristianos tenemos que ayudarnos unos a otros.

Dicho esto, la vecina agarró la capilla que tenía encima de una mesa y se la entregó.

—Yo me encargo de la Virgen y te añadiré a la lista.

Felisa asintió.

Cuando bajó Manuel, reiteró el agradecimiento.

Con una mezcla de nerviosismo y entusiasmo, se dirigieron a casa de don Justo.

—¿Cómo serán nuestros amos? —inquirió Felisa.

—Jefes. Aquí no se les dice amos —rectificó Manuel.

—Es que es todo tan extraño.

—No te inquietes. Pronto los conoceremos.

Como habían acordado acudieron a la cita. Don Justo les estaba esperando; Indalecio, a la vez que le informó de cómo había ido la vendimia, le comunicó la fecha que se presentarían su hijo y su nuera. Después de un intercambio de saludos, sin perder tiempo, se subieron en el automóvil y fueron hasta una casa que se encontraba frente al Parque de los Mártires — anteriormente llamado Parque de Canalejas—. Era un pequeño palacete, como otros que abundaban en el antiguo Paseo de Carruajes. Una mujer sexagenaria, ataviada con uniforme de sirvienta blanco y negro, les abrió la puerta y les hizo entrar.

—Juana, informa al señor Gustavo de que estoy aquí —rogó don Justo.

Mientras esperaban Felisa y Manuel observaron la casa. Los muebles de madera noble, las lámparas de araña, los viejos cuadros colgados en las paredes, las alfombras y los adornos, indicaban que los propietarios disponían de una vida acomodada. Pero en realidad las apariencias engañaban. La fortuna de los Carrión, acumulada durante generaciones, había mermado en los últimos tiempos. La familia vivía de las rentas que le producían unos inmuebles y de los beneficios que les daba la fábrica de lejía. El hijo mayor de los Carrión tenía mucho que ver en ese deterioro.

El señor Gustavo acudió y se procedió a las presentaciones. Era un hombre amable. Tenía ya más de setenta años bien llevados. Su ralo pelo cano echado a un lado y sus gafas de pasta redondas, le conferían cierto aspecto de intelectual. La buena impresión fue mutua. Tras una breve introducción de lo que serían sus correspondientes trabajos, subieron a la primera planta, donde se hallaba doña Dorita. La mujer se encontraba postrada en su dormitorio. Su delicado estado le impedía salir de esa habitación. Don Felipe, el médico de la familia, la visitaba cada dos o tres días. Por eso, y por qué Juana era mayor, necesitaban a una chica joven, para que le hiciera compañía y a la vez se encargase de las tareas domésticas.

—¿Sabes cocinar y coser? —le preguntó a Felisa.

—Aunque vea que soy joven, llevo años cocinando y remendando.

—Cocina como los Ángeles y dele cualquier trapo que le hará un vestido —añadió Manuel.

Felisa se ruborizó.

Doña Dorita la agarró de la mano y le dijo:

—Presiento que vamos a ser buenas amigas.

Poco después, don Justo, el señor Gustavo y Manuel, la dejaron para que fuese adaptando a su nuevo trabajo. Juana fue la encargada de ponerla al corriente de todo y regalarle unos cuantos consejos.

—El uniforme tiene que estar impoluto, el señorito don Gustavo es muy exigente. Con doña Dorita, si eres amable, ganarás su corazón, y el señor, no te molestará. Siempre está metido en el despacho, revisando papeles, leyendo o simplemente pasando el rato.

Juana le fue mostrando las habitaciones y donde se encontraba cada una de las cosas que necesitaría para realizar su trabajo. Al llegar al despacho, hicieron un alto.

—Aquí está tu futuro —le dijo.

—No te entiendo.

Juana salió al pasillo y miró a ambos lados.

—Mira —le indicó señalando la caja fuerte que se encontraba detrás de la mesa.

Felisa, algo perpleja, observó como Juana sacó de una cigarrera una llave y abrió la caja. En su interior había algunos documentos, un par de fajos de dinero y una pistola.

—De aquí va a salir tu jornal.

—Ciérrala por favor —le rogó Felisa.

Entre tanto Manuel y don Justo, tras despedirse y abandonar la casa, fueron a un lugar distinguido de la calle Ancha.

—Como imagino que necesitareis muebles y enseres, aquí os dejo una lista de establecimientos que os fiaran. Sólo tenéis que decir que vais de mi parte —le ofreció don Justo.

Manuel cogió la nota y se la guardó.

—Y otra cosa —añadió—. El lunes cuando te presentes en la fábrica, obedece todo lo que te manden. Esto es diferente al campo y a los encargados no les gustan las iniciativas propias.

Pero que todo era diferente, Manuel ya lo había percibido; las gentes, las calles, los olores...

Cuando se despidió del amo, visitó un par de tiendas de las que le había aconsejado, y dejó a deber unas cuantas cosas. Así, su nueva vida empezó en números rojos. Al punto, regresó a su casa para hacerse cargo de Agustín y esperar a Felisa.

Mientras Juana asesoraba a Felisa, al mediodía, apareció el señorito Gustavo. No había que pensar mucho para adivinar que se llamaba igual que su padre por una de esas tradiciones que se arrastran durante generaciones. Juana se encargó de las presentaciones.

Felisa hizo un respetuoso amago y tendió la mano. El señorito se la tomó con delicadeza y acarició su torso con el dedo pulgar.

—Es de agradecer que seas tan guapa. Ya era hora de que cambiara la monotonía de la casa —dijo a la vez que dedicaba una desdeñosa mirada a Juana.

A ella no le gustó el comentario.

Felisa observó con disimulo al señorito. Era un hombre atractivo de unos cuarenta años, elegante, que dejó al descubierto su pelo engominado al despojarse del sombrero. En una de las solapas de su chaqueta lucía una insignia; el yugo y las flechas.

—Cuando te dirijas a mí lo harás como don Gustavo. No me gusta lo de señorito. Y a mi padre, señor Gustavo.

Felisa asintió.

—Y desde mañana, quiero verte con uniforme.

Dicho esto se retiró a sus dependencias; un dormitorio amplio con sabor a viejo. Cama de matrimonio con dosel, armario empotrado de cuatro puertas, dos mesitas de noche, una mesa, dos sillones de oreja, y el suelo enmoquetado.

Juana hizo un guiño en cuanto se dio la vuelta.

—Parece mentira que sea hijo del señor Gustavo y de doña Dorita —murmuró Juana—. Es una mala persona. Si haces algo que no sea de su agrado, te humillará. Y tarde o temprano te equivocarás.

Esas palabras inquietaron a Felisa.

Juana se explayó contándole que el señorito se pasaba casi todo el día durmiendo y que al atardecer dejaba el domicilio y no regresaba hasta el día siguiente. Según ella, esa ausencia era de agradecer, porque cuando pululaba por la casa, no paraba de incordiar y de quejarse.

A media tarde, antes de que apareciera de nuevo don Gustavo, Felisa, con un uniforme de Juana bajo el brazo, dejó la casa de los Carrión y se encaminó a la suya. Estaba preocupada por el chache Agustín y deseando ver a Manuel para contarle todo.

Al entrar en el patio, antes de llegar a las escaleras, la vecina la abordó.

—¿Qué tal el trabajo? Tu marido me lo ha contado.

Felisa la saludó algo confuso. Pero unos segundos más tarde, cuando aceptó la invitación de Piedad para cenar con ella, se aclaró todo.

Su marido y su hermano, habían compartido unas horas con ella. La mujer los había invitado a comer y conversó largamente con Manuel.

—Ya tendréis tiempo de hablar más tarde —apostilló la vecina.

Felisa tuvo que esperar para estar a solas con Manuel.

La dicharachera Piedad la tranquilizó respecto a su hermano. Agustín estuvo casi todo el tiempo pegado a la radio. Luego, se sentó en una silla y estuvo allí hasta que llegó Manuel. Para ellos fue un alivio que el chache congeniara con la vecina y que se sintiera a gusto en la capital. En unos días, cuando Manuel acudiera a la fábrica de lejía, tendría que pasar mucho tiempo solo.

Mientras cenaban, Piedad les contó su vida. Así supieron que ella y Miguel, su marido, tenían tres hijos que ya estaban casados y que vivían fuera de Albacete.

—Nos visitan cuando pueden —dijo con cierta amargura.

Para corresponderla, ellos le relataron de una manera superficial su historia.

Cuando por fin pudieron subir a su casa, Felisa se encontró con un montón de cosas nuevas, la despensa llena y paquete en la mesa de la cocina.

—Es para ti —le indicó Manuel.

—Pero, ¿de dónde ha salido todo esto?

—Ahora no te preocupes y abre el regalo.

Sin salir de su asombro, Felisa retiró el envoltorio y descubrió una caja de costura en la que no faltaba de nada; bobinas de hilo de varios colores, dedales, agujas, alfileres, tijeras, metro...

—¿Te gusta?

No era lo que ella esperaba, pero se lo agradeció con un beso.

—Aún nos tienen que traer unos muebles que he *encargao* —añadió Manuel.

—¡Estás loco! ¿Cómo lo vamos a pagar?

—Lo haremos poco a poco. Aquí se hace así. Te mereces lo mejor y sé que algún día viviremos en una casa como la de los Carrión.

Ella le había oído eso mismo en infinidad de ocasiones y en parte compartía sus mismos sueños. No obstante, sabía que era difícil de conseguir. Aunque ambos conocían casos como el de

los Indianos, una familia de Tarazona que emigró a Cuba y al cabo de los años regresó con mucho dinero o el de los Sotillos, que dejaron el pueblo y después de trabajar para otros, ahora eran propietarios de una ferretería en Guadalajara.

—Ahora cuéntamelo todo —le pidió Manuel.

Felisa manifestó su entusiasmo relatándole como había pasado el día. Le detalló hasta el más mínimo detalle cómo era la casa, incluso que había visto una pistola en la caja fuerte, y cuáles serían sus obligaciones. Que los señores eran muy amables y que había conocido al hijo mayor. Evitó contarle las explicaciones que de él le había hecho Juana.

—¿Para que querrán una pistola? —pensó Manuel en voz alta.

Interrogante que Felisa no supo responder.

Después de poner al corriente a su marido, antes de meterse en la cama, estrenó la caja de costura. Con unas cuantas puntadas y unos retoques, arregló el uniforme que le había suministrado Juana y cuando por fin acabó, Manuel ya estaba sumido en un profundo sueño.

Con los primeros rayos del sol que empezaban a iluminar la ciudad, dejó la cama, se aseó y preparó el desayuno y la comida para Manuel y su hermano. Aunque él la reprendió, ella argumentó que eso eran cosas de mujeres.

Tras el desayuno, Manuel y Agustín la acompañaron hasta la puerta de la casa de los Carrión. La vieron entrar con su uniforme y cuando se cerraron las puertas, cruzaron al otro lado de la calle y se introdujeron en el Parque de los Mártires. Los árboles, en su mayoría pinos, flanqueaban dos paseos principales y un número indeterminado de otros menores. Agustín disfrutó observando lo que albergaba el parque; las fuentes, el Templete de la Música, el Chalé Buenos Aires, las esculturas, incluso el Monumento a los Caídos, pero lo que más le gustó fue el Estanque de los Cisnes. Desde la pasarela de madera, se frotaba las manos y señalaba a los animales. A Manuel le costó despegarlo de allí.

Como él no tenía nada que hacer hasta dentro de unos días, se dedicó a recorrer la ciudad en compañía de su cuñado. Fueron a hacerle una visita a Amancio, el antiguo compañero de armas de Indalecio, pasearon por el Mercado Central, “La Plaza”, como coloquialmente le llamaban, tomaron un “Agua de Cebada”, que les sirvió un hombre que tiraba de un carrito de helados, se tomaron un descanso en un banco del Paseo de José Antonio, y luego regresaron a casa.

Para Felisa el día fue muy diferente. Al llegar a la casa de los Carrión se metió de lleno en el trabajo. No hizo falta que Juana le dijera lo que tenía que hacer. Como si llevase allí toda la vida, limpió el polvo, barrió, fregó de rodillas el suelo, acompañó un rato a doña Dorita y luego se metió en la cocina entre peroles y cazuelas. Cerca del mediodía, se encontraba sentada pelando patatas y cuando levantó la cabeza, divisó a don Gustavo en la puerta, con la mirada clavada en ella. Nerviosa dio un respingo.

—Buenos... días —lo saludó balbuceando.

—Perdona si te he asustado. Continúa con lo que estabas haciendo —le dijo él.

Felisa siguió con las patatas y él mirándola. En ese momento, Juana entró en la cocina y Gustavo, sin decir nada, desapareció.

—¿Qué mosca le ha picado a éste? —murmuró la mujer.

Felisa se encogió de hombros y Juana apostilló:

—Hace años que no lo ha entrado aquí.

Era evidente que don Gustavo no tenía simpatía por Juana y manifestó una prueba más, cuando al despertarse esa misma tarde —más temprano que de costumbre—, a Felisa se le cayó un jarrón del pasillo y se rompió en mil pedazos.

—¡Juana! —gritó enfurecido.

La mujer vaciló.

—He sido yo —aclaró Felisa.

No tuvo que dar más explicaciones. En el rostro de don Gustavo apareció una sonrisa.

—No importa. Ya estaba cansado de ese jarrón.

Los siguientes días transcurrieron entre un cúmulo de labores para Felisa. Por si fuera poco su trabajo en casa de los Carrión, cuando llegaba a la suya se sumaba el de atender a su marido y su hermano, coser cortinas, lavar, barrer... Por la noche caía rendida en la cama. Manuel, mientras esperaba al lunes, se limitaba a cuidar de su cuñado a montar los muebles que les habían traído, a conversar con la vecina, a pasear por el mercado y poco más. En esa época, no estaba bien visto que el hombre hiciera las tareas del hogar y las mujeres asumían esas obligaciones.

Un día, Felisa mientras quitaba el polvo de los cuadros del pasillo, escuchó voces y risas que procedían del despacho. Una era la de don Gustavo y la otra le pareció reconocerla. La duda se resolvió cuando se abrieron las puertas. Su jefe acompañó a la puerta a Edelmiro Aguilar, que cuando pasó ante ella, se detuvo un instante susurró algo al oído de don Gustavo y entre risas continuaron hacia la salida.

Aunque se preguntó qué hacía el señor Aguilar en esa casa, no se lo comentó a Manuel para no revivir el fantasma de la señorita Amelia.

El domingo fueron a misa y al salir de la Iglesia, por fin conocieron a Miguel, el marido de Piedad. Un hombre de altura considerable, barrigón y que siempre llevaba un puro en la comisura de los labios. Su tono de hablar era chulesco y gustaba demasiado el vino. Ese mismo día lo comprobó Manuel cuando dejaron a sus esposas y a Agustín en casa y ellos se fueron a una de las tabernas del final de la calle. Esa noche se escucharon gritos que provenían de casa de Piedad y Miguel.

Capítulo 30

Por fin era lunes. Felisa salió temprano y le deseó suerte a su marido. Miguel no se sabía muy bien en qué lugar de España tenía el trabajo esa semana y Piedad, se quedó a cargo de Agustín. Aunque esto no era preciso. El chache no se movía del lado de la radio o de la puerta de la calle. Exceptuando a algunos mozalbetes que se burlaban y le llamaban “Vayaya”, la mayoría de vecinos se compadecían de él y no le molestaban.

La felicidad que embargaba a Manuel se transformó en decepción cuando al llegar a la fábrica de lejía le dijo el encargado:

—Lo siento, no tenemos nada para ti.

Manuel insistió argumentando que don Justo y don Gustavo eran amigos, que su esposa trabajaba en la casa de los Carrión y que él venía recomendado. De nada sirvieron esos argumentos, el encargado se mantuvo firme.

Desilusionado se dirigió a la taberna de Amancio. El tabernero detectó en su rostro que algo no iba bien.

—¿Pasa algo Manuel? —se interesó.

—Que ya no tengo trabajo. Ahora, ¿cómo se lo voy a decir a Felisa?

—¡Que pijo! Algo saldrá.

—No sé si hice bien en dejar la aldea —empezaba a arrepentirse.

Amancio intentó mitigar su desconsuelo.

—En esta ciudad siempre hay trabajo. Además lo de la lejía no es un regalo. Yo conocía a uno que trabajaba allí y tuvo que dejarlo porque le picaban los ojos.

Pero Manuel estaba de suerte. Un cliente se acercó a ellos.

—Perdonad, pero no he podido evitar oídos y creo que sé de un trabajo.

Manuel cambió su gesto y Amancio llenó el vaso del cliente.

—Cuenta buen hombre —le instó.

El cliente bebió un trago y procedió.

—Se trata de un taller cuchillero. El propietario es vecino mío y curiosamente, ayer le escuche decir que andaba buscando a alguien para no sé qué.

A Manuel se le abrió un atisbo de esperanza.

—¿Y dónde puedo encontrar a su vecino? —preguntó.

El cliente le indicó cómo llegar al taller y Manuel salió presto del local. Recorrió el trecho que le separaba de la Plaza de las Carretas y se introdujo en una calle estrecha. Siguiendo las indicaciones llegó a una casa con unas puertas metálicas y allí había dos hombres conversando.

—¡Buenos días! Perdonen, estoy buscando un taller de cuchillería, ¿es aquí?

—Por este barrio hay unos cuantos, ¿cuál buscas? —repuso uno de los hombres.

—No lo sé muy bien. Es uno que necesita alguien para trabajar.

—Pues lo has encontrado —dijo uno a la vez que el otro abrió la puerta y gritaba:

—Moreno, te buscan.

Al cabo de unos segundos, apareció un hombre barrigudo, con unos tirantes que sujetaban unos pantalones marrones bastante desgastados.

—Este joven busca trabajo —le indicaron y él escrutó a Manuel.

—Acompáñame —le dijo.

Manuel fue en pos de él y al franquear la entrada contempló una estancia de unos veinte metros

de largo y siete u ocho de ancho, con unos cuantos tornos, muelas, mesas de trabajo, un par de fraguas, maquinaria, herramientas... y cinco hombres ataviados con mandiles trasteando de aquí para allá. Entraron en un pequeño habitáculo con una mesa repleta de carpetas y papeles, un par de sillas y unos cuantos estantes llenos de género.

—¿Así que buscas trabajo? —le preguntó el tal Moreno después de tomar asiento.

—Un vecino suyo me ha dicho que necesitan gente y yo quiero trabajar.

Moreno lo miró unos segundos.

—¿Eres de aquí?

—No. Soy de una aldea cerca de Tarazona.

—¿No estarás fichado?

—No, no —se apresuró a responder Manuel.

—Está bien. Necesito a una persona, pero no sé si es un trabajo adecuado para ti.

—Puedo hacer lo que sea. Póngame a prueba y se lo demostraré.

—Me gusta ese ímpetu, pero por ahora no necesito a nadie en el taller, lo que necesito es un vendedor y tu eres demasiado joven para ese trabajo.

Manuel recordó a los vendedores que vio en la estación del tren y en efecto, la mayoría pasaban los cuarenta.

—No me importa cuál sea el trabajo. La verdad es que me habían *prometio* un puesto en una fábrica de lejía y no sé por qué no me lo han *dao*. Así que necesito el trabajo.

—Chaval, eres sincero y eso me gusta, ¿cómo te llamas?

—Manuel Romano Cortés, *pa' servirle*.

—Yo soy Moreno, es como todos me llaman. Si quieres el trabajo es tuyo —le dijo ofreciéndole la mano.

Manuel la estrechó.

—No se arrepentirá.

—No corras tanto, aún no sabes qué tienes que hacer.

—Me hago una idea, ¿cuándo puedo empezar?

—Ven mañana a las ocho y te daré los detalles.

—De verdad, muchas gracias.

Manuel se dirigió a la puerta y antes de salir escuchó a Moreno.

—¡Oye! No te he dicho lo que te voy a pagar.

—Seguro que será justo —dijo Manuel al atravesar el umbral.

Al llegar Felisa a casa se quedó estupefacta cuando Manuel le contó que no le habían dado el puesto en la fábrica de lejía. Por un segundo se le pasó por la cabeza, que quizá ese rechazo tenía algo que ver con la reunión de don Gustavo con Edelmiro Aguilar. Sin embargo, no lo mencionó.

—¿Y ahora?

Manuel la rodeó con sus brazos.

—Tengo otro trabajo.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En un taller de cuchillería. Bueno de vendedor de navajas.

—¿Cómo los de la estación?

—Sí Ya sé que no parece gran cosa, pero de momento lo he *acceptao*.

Felisa reflexionó un instante. Los planes se habían trastocado y ese trabajo, a primera vista, no parecía que diera mucho dinero.

—¿Cuánto te van a pagar?

—No tengo ni idea. No he *empezao* con buen pie, pero las cosas cambiarán.

Felisa no quiso contradecirle. Estaba tan entusiasmado que parecía que le hubiera tocado la lotería. Aunque no era un buen principio para alcanzar esa fortuna que vaticinaba, ella lo seguiría al fin del mundo.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido? —se interesó él.

—Bien —obtuvo por respuesta.

Para no preocuparlo, ella le ocultó que mientras trabajaba se encontraba con don Gustavo en cualquier parte de la casa y que la trataba con extremada delicadeza. Todo lo contrario que hacía con Juana, que la reprendía por cualquier motivo. Por lo demás todo transcurría como esperaba. Doña Dorita era un encanto de mujer y su marido no se metía en nada.

Por la mañana repitieron el ritual. Felisa acudió a su trabajo, Agustín permaneció junto a la radio y Manuel se dirigió al taller. Cuando llegó, Moreno lo recibió y le dijo:

—Pensaba que te arrepentirías.

—Pues se ha *equivocao*.

—Ya no quedan artesanos como estos —le dijo Moreno señalando a sus trabajadores.

En el cuarto que hacía las veces de despacho y almacén, Moreno le proporcionó información del taller y algunos detalles de su trabajo. Los cuchillos, tijeras y los accesorios de cocina, no eran de producción propia. Se limitaban a su montaje con las piezas suministradas por cuchilleros de más prestigio. Sin embargo, todos y cada uno de los componentes de la navaja (la hoja, las cachas, la virola, la palanquilla, los remaches...), de cualquier tipo y utilidad, se elaboraban en el taller y el acabado era artesanal. Una vez concluido el laborioso trabajo, el género se sacaba a la venta por distintos cauces. Se suministraba a establecimientos, se vendía *in situ*, o se ofrecía de manera ambulante. De esto último se encargaban “los navajeros o mochileros” por una módica comisión. Manuel sería uno de ellos.

Después de las explicaciones, aún quedaba una duda.

—¿Y adónde me dirijo? —inquirió Manuel.

Moreno, antes de responder, miró su reloj a la vez que se escuchaba el sonido de las puertas.

—Puntual como siempre —murmuró.

Al punto abrió la puerta del despacho y requirió a alguien.

—Antoñito, ven un momento.

Cuando entró el tal Antoñito, Manuel lo reconoció. Se trataba del hombre con sombrero cordobés que había visto en la estación del tren. Moreno procedió a las presentaciones y se dieron un apretón de manos.

—Antoñito, este joven va a trabajar con nosotros —le indicó Moreno—. Que te acompañe a la estación, le vas enseñando el tajo y todo lo demás.

Antoñito escrutó a Manuel.

—¿Así que eres el nuevo navajero?

Manuel asintió y observó a su compañero.

Antoñito portaba su fajín de navajero repleto de material. Era algo más alto que él, de rostro enjuto y nariz aguileña. Calculó que tenía treinta y seis o treinta y siete años y su primera impresión no fue muy buena. Recordaba haberlo visto holgazaneando y cantando mientras los otros navajeros se esmeraban en vender la mercancía.

—Ya te había visto antes —le dijo Manuel.

Antoñito escarbó en su memoria.

—No me acuerdo...

—No me extraña, te vi desde el tren.

—Bueno Manuel te dejo en buenas manos —intervino Moreno—, y Antoñito, enséñale todo lo que hay que saber.

Cuando se quedaron solos Antoñito cogió de una estantería un fajín y se lo colocó a Manuel. Luego eligió unas navajas de las estanterías y conforme las introducía en los departamentos le iba dando detalles.

—Está es la cinco muelles, está la capaora, la de bandolero, el estilete, la auténtica albaceteña, la pastora, la podadora, la de injerto, la cazadora...

Manuel nunca hubiese imaginado que existiera tanta variedad. Aunque ninguna de ellas se podía comparar a la que llevaba en su bolsillo.

Cuando Antoñito hubo acabado de llenarle el fajín dejaron el taller y se dirigieron a la estación. Mientras caminaban fueron conversando y conociéndose.

—Yo soy de Alicante, pero por circunstancias de la vida he venido a parar aquí.

—Yo soy de una aldea que se llama Las Bichas. Hace unos días que me he *trasladao* a vivir aquí con mi esposa.

—¿Con tu esposa? ¿Ya estás casado?

—Sí, hace unos meses.

Antoñito lo miró extrañado, se detuvo y de un bolsillo de su pantalón sacó una moneda de cincuenta céntimos.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

Manuel, algo perplejo, le respondió:

—Dos reales, ¿por qué?

—Esto es lo que se saca de media por cada navaja, ¿sabes las que tienes que vender para alimentar a una familia?

—Muchas, pero no tengo hijos. Además, mi mujer también trabaja.

—¿De marmota?

A Manuel no le gustó que empleara ese adjetivo. Siempre que lo había oído, era para referirse a las criadas en tono despectivo. Antoñito detectó su desagrado.

—¡Me cague en dena! No te lo tomes a mal, pero esto no es un buen trabajo para alguien tan joven y con esposa.

—¿Y qué me dices de ti?

—Lo mío es diferente. Quizá te lo cuente algún día.

Se dieron una tregua y continuaron caminando. Manuel lo acribilló a preguntas y Antoñito las respondió.

—¿Es fatigoso? ¿Cuánto ganas? ¿Hasta qué hora estás? ¿Qué tal es el jefe?...

—El trabajo no es agotador, pero tiene sus trucos. Aunque ya comprobarás que hay otros lugares, es en la estación donde se realizan la mayoría de ventas. No obstante, te advierto que hay mucha competencia. Tienes que gritar más que los otros y correr hacia las ventanillas de los vagones para anticiparte a los otros navajeros. Si aguantas, con el tiempo conocerás los horarios de los trenes, cual para más tiempo para recorrer por dentro unos cuantos vagones, que tren lleva más pasajeros. Pese a que somos varios, tenemos nuestras reglas.

Entre preguntas y respuestas llegaron a la estación. Allí comprobó Manuel que su compañero conocía a todo el mundo. Accedieron al andén sin abonar el billete y Antoñito dio unas palmadas.

—¡Eh compañeros! —reclamó la atención de los otros navajeros — Os presento a Manuel.

Desde hoy competirá con nosotros.

Unos se acercaron y le estrecharon la mano y otros se limitaron a saludarle desde lejos. Un tren llegaba a la estación y no querían perder el tiempo.

—Empieza la fiesta —murmuró Antoñito.

El tren se detuvo y empezó el trasiego de los navajeros.

—Navajas de Albacete...

—¿No vamos a vender? —inquirió Manuel a ver que Antoñito no se canteaba.

—Primero observa —repuso con parsimonia—. Ese de allí es Pablo, se ocupa de los vagones centrales. Ese otro es Ángel, va a por los primeros. Aquel es Claudio...

Antoñito fue informando quién era quién y sus tácticas. Luego se retiró, se acomodó en uno de los bancos y leyó un rato de un libro que llevaba bajo el fajín. Al cabo, arrancó con un fandango y de pronto, como si fuera activado por un resorte, se puso en pie, pidió a Manuel que lo siguiera y se dirigieron a la cola del tren que acababa de detenerse.

—¡Ahora es nuestro turno! —exclamó.

Manuel siguió sus indicaciones, gritó con algo de vergüenza «Navajas de Albacete», se acercó a las ventanillas, paseó por el interior de los vagones y vendió sus primeras navajas. Así con varios trenes. Esa jornada fue fructífera, ya que Antoñito le cedió sus ventas.

—Por hoy tenemos bastante —le dijo Antoñito al caer la tarde.

Cuando abandonaron la estación compartieron trayecto. Casualmente eran vecinos. Manuel vivía en la calle Tejares y Antoñito en la cercana calle de la Parra. Antes de separarse hasta el día siguiente, se metieron en una antigua bodega transformada en taberna del principio de la calle Tejares y allí, Antoñito presentó a Manuel a un par de amigos. Casimiro, un limpiabotas de la Plaza Mayor y a Pelayo, el Sereno de la zona. Los dos habían pasado el medio siglo. El primero era un hombre rechoncho y amable. El Sereno era un tipo larguirucho con gafas de culo de vaso, que apenas se entendía lo que hablaba. Manuel los acompañó un rato y después de beber un chato y despedirse de ellos, se dirigió a su casa. Estaba deseando contarle a Felisa su primer día de trabajo.

Capítulo 31

Cuando Manuel llegó a su casa, Felisa aún no había regresado. Tras la bienvenida del chache Agustín y los informes de Piedad, esperó en el patio. Al cabo de unos minutos ella apareció y apenas saludó, procedió de manera atropellada a contarle todo.

—Mira mi atuendo [...] Era aquel que vimos en la estación [...] Yo gritaba [...] He vendido más de veinte navajas [...]

Ese día, hasta que se retiraron y conciliaron el sueño, no cesaron de hablar. Después de la decepción que supuso que no le dieran a Manuel el puesto en la fábrica de lejía, las cosas empezaban a ir por el buen camino. Felisa agradeció a Dios en sus rezos la dicha que la embargaba.

En los días posteriores repitieron el mismo ritual. Felisa se levantaba temprano, cosía, dejaba comida preparada, limpiaba, revisaba que el chache se vistiera correctamente, le conectaba la radio... y su marido salía algo más tarde. Acudía al taller, informaba a Moreno de las ventas, recibía su tanto por ciento, reponía la mercancía, se trasladaba a la estación e intentaba realizar el mayor número posible de ventas. Agustín esperaba junto a la radio a que Piedad subiera para llevárselo de compras a la Plaza y luego le echaba un ojo mientras permanecía sentado en la puerta.

Aunque Felisa era la que más carga soportaba, era la que mejor lo llevaba. Lo que para las mujeres de otra condición sería una condena, para ella era una bendición. Desde que recordaba había realizado ese mismo trabajo, sin percibir salario por ello. De todos modos, salvo unas pocas excepciones, a la mujer de la época se la educaba para servir y complacer. Primero los padres ejercían la patria potestad hasta los veinticinco años y no podían abandonar el hogar sin el permiso paterno, de no ser para contraer matrimonio. Luego esa obediencia se debía al marido. A la mujer se la recluía en el ámbito doméstico y no se le permitía independencia económica para no romper el sometimiento masculino. Hombres y mujeres, sin pretenderlo entraban en esa dinámica.

A Felisa no le costó demasiado habituarse a sus muchas obligaciones. A los pocos días tenía todo controlado, incluso con la cocina. Acertaba en el punto de los guisos y los señores de la casa agradecieron su buen hacer. Don Gustavo fue más lejos. Saboreaba cada cucharada y no escatimaba adulaciones hacia ella.

—Ándate con ojo, que éste algo quiere de ti —le advertía Juana.

Por deseo de don Gustavo, ella se encargaba de recibir a las visitas. Por allí pasaba la flor y nata de la ciudad. Como requería el caso, a todos los trataba con corrección y eso que alguno no era de su agrado. El Comisario Jefe de la Policía Armada —un hombre fornido con la cara picada por la viruela—, era el que peor le caía. No le gustaba como la miraba ni sus comentarios groseros. Juana compartía con ella esa animadversión hacia el Comisario y le hizo algunas confidencias.

—Un día escuché al Comisario contarle a don Gustavo lo que le hicieron a un ladronzuelo durante un interrogatorio... otra vez unos policías sometieron a una prostituta del Alto la Villa...

—No quiero escuchar más —la interrumpió Felisa—. No deberías husmear detrás de las puertas.

—No seas inocente. Llevo cuarenta años en esta casa y a veces creo que soy invisible. Así que no tengo que esconderme para enterarme de cosas.

A Felisa no le gustaba ese comadreo y no dio pie a que Juana siguiera contándole chismes.

Con tal de que a ella la trataran con respeto, no le importaba lo que hicieran don Gustavo y sus amigos.

Sin embargo, le intimidaba la presencia de don Gustavo. Sobre todo los sábados, que era cuando recibía su paga. Él la requería en el despacho y, a puerta cerrada, sacaba el dinero de la caja fuerte, sin mostrar donde ocultaba la llave. Aunque eso no era un secreto para ella. Luego en silencio, recorría su cuerpo con la mirada y eso la sacaba de quicio. Y casi siempre le hacía las mismas preguntas.

—¿Estás a gusto aquí? ¿Qué tal con mis padres?

Y el mismo ofrecimiento.

—Si necesitas algo, no dudes y pedírmelo.

Por supuesto, no se le pasaba por la cabeza pedirle nada.

Su marido vivía el día a día de diferente manera. Acudía al taller y después de reponer la mercancía, en compañía de Antoñito, se dirigía a la estación. Los primeros días, mientras caminaban, continuó la instrucción. Con su peculiar estilo, Antoñito le indicaba en que lugares se podían conseguir ventas y de paso añadía alguna que otra explicación que no venía al caso.

—Éste es el Pasaje de Lodares —le dijo al pasar por una calle cubierta que cruzaba desde la calle el Tinte a la calle Mayor—. No te dejes engañar esto se hizo para ricos. Aquí no venderás ni una navaja.

—Este es el edificio Legorguro y eso de ahí es Fontecha y Cano —le dijo un poco más adelante.

—Esta fachada es una obra de arte. Es una mezcla de estilos gótico y barroco.

A Manuel poco le importaba el estilo arquitectónico del Gran Hotel, pero le sorprendía los conocimientos de su compañero.

—¿Cómo sabes todo eso si eres de Alicante? —le preguntó.

—Llevo aquí doce años y en ese tiempo he aprendido mucho.

A Manuel no le convenció esa respuesta, pero no quiso insistir.

Antoñito era un cúmulo de sorpresas. Estaba claro que era un erudito, no solo en el conocimiento de la ciudad, también en otros asuntos. Estaba al día de lo que ocurría en España y no porque un par de veces a la semana pasaba por el Bar Aviión, donde le guardaban los números atrasados del diario Pueblo y que engullía hasta la última línea. De algún modo, se enteraba de acontecimientos que no estaban escritos. Siempre llevaba bajo su fajín un libro para leer en los ratos que no había clientela, era un lince con las cuentas y en alguna ocasión, se juntaba con don Teodoro, un profesor retirado de las Escuelas Pías, cuando eran la Academia Sadel, y conversaban a la vez que discutían, de reyes Visigodos, guerras púnicas, de reconquistas, de los Austria o los Borbones. Temas y personajes de los que Manuel no había oído nunca. Pero había algo que tenía claro; que odiaba a los uniformes. Cuando se cruzaba con la Policía Armada o veía bajar de un vagón a la pareja de la Guardia Civil, escupía con desprecio.

Ya en la estación, Manuel lo observaba y aprendía de él y de los otros vendedores. Según Antoñito los mejores días eran los sábados y los domingos, pero estos últimos, Manuel los reservaba para estar con su familia, ir a misa, confraternizar con los vecinos, pasear por el Parque de los Mártires con Felisa y llevar a Agustín al Estanque de los Cisnes.

Poco a poco la vergüenza empezó a desaparecer y lanzaba gritos para atraer a los pasajeros, que contemplaban curiosos a tan peculiares personajes. Dadas las circunstancias la venta era rápida, aunque algunos después de mirar el género no realizaba ninguna compra. Sin embargo, otros querían llevarse un recuerdo y que mejor que una navaja, el producto más reconocido de

Albacete.

Antoñito compartía los tiempos que no paraban trenes con Manuel y aprovechaba esos descansos para darle algunos consejos.

—Nunca muestres la navaja más cara ni la más barata. Deja que elijan ellos. No abordes a los que bajan a tierra sin maleta, porque seguro que van a mear. Llama la atención de los que están en la ventanilla y cerca de su cartera. Si un hombre va acompañado de una mujer, enséñale las navajas a ella. Si tienes que elegir entre uno que lleva sombrero y otro que lleva gorra, ve a por el primero...

Consejos de los que tomaba buena nota.

Durante esos descansos, cuando cesaban los consejos, se liaban unos cigarros y conversaban amigablemente de cualquier tema. Aunque intentaba evitarlo, Antoñito siempre acababa quejándose, a veces con vehemencia, de la hegemonía impuesta tras la Guerra civil. Eran pocos los temas de los que no supiera algo. A Manuel le maravillaba tanto saber. Sin embargo, había una parcela de la que Antoñito no hablaba; su vida privada. Cuando le preguntaba por su familia, amigos o su pasado, él siempre cambiaba de tema.

Luego, de regreso a casa, Antoñito continuaba indicando los lugares que era mejor mantenerse lejos.

—Aquí en el Casino Primitivo, ni se te ocurra intentar entrar.

Manuel miró por los ventanales y observó a la selecta clientela.

—No lo haré.

Cuando se aproximaron la Casa de la Marquesa, Manuel se cruzó al otro lado de la calle. Después del caso de la mano cortada, la casa había adquirido un halo de misterio. Algunos aseguraban haber visto sombras en el jardín o sombras en las ventanas. Otros contaban que se escuchaban lamentos. No era el sólo el que la evitaba por la noche.

—¿No me digas que te acojona esta casa? —le preguntó Antoñito.

—He oído muchas cosas y por si acaso, prefiero ir por aquí.

Antoñito soltó una carcajada y se encaramó en la valla.

—¡Eh fantasmas! Salid y saludad a mi amigo —gritó.

Un par de transeúntes que se acercaban, al verlo retrocedieron sobre sus pasos.

—¡Me cage en dena! Son supersticiones Manuel. Ahí dentro no hay nada.

A partir de ese día Manuel no cruzó al otro lado.

Cada noche, antes de ir cada uno a su casa, hacían una obligada visita a la taberna donde les esperaban Pelayo y Casimiro para compartir unos chatos. Allí fue dónde Antoñito le hizo la primera confidencia. Tras contarle que Casimiro en otro tiempo había gozado de fortuna, familia y amigos, y que al perderlo todo había acabado de limpiabotas, soltó:

—¡Maldita Guerra! De no haber sido por ella, yo ahora sería maestro.

Como era de esperar, Manuel quiso saber esa historia, pero Antoñito se marchó desconsolado. Fue unos días más tarde cuando se sinceró con él.

—Entonces, ¿te gusta el trabajo?

—Le voy cogiendo el tino —respondió Manuel—. Espero sacar el dinero suficiente para poder vivir y no regresar al campo. Allí la vida no es muy buena.

—Y tu esposa, ¿también piensa como tú? Me refiero a que si le gusta vivir aquí.

—¡Hombre claro! —replicó—. Ella también se ha *criao* en una aldea.

—Ya ves Manuel como está de mal repartido el dinero. Unos trabajamos para que otros se enriquezcan a nuestra costa. En las aldeas, en las ciudades, en todos sitios es igual. El dinero hace

el poder. ¿Por qué piensas que hubo una guerra? Mira como estamos. ¿Cuántas vidas han cambiado para mejor? Sólo las de los mandamases y nada más.

Manuel miró a su alrededor con cierto temor a que alguien les escuchara su conversación y se acordó de uno de los consejos que le dio su padre antes de dejar Las Bichas; «Nunca hables de política, porque no sabes quién te puede escuchar».

—No temas. Aquí en esta tasca los clientes son de confianza —lo tranquilizó Antoñito.

—Mi hermano mayor estuvo en la guerra en el bando republicano —susurró Manuel.

—Yo fui reclutado unos meses antes de que acabara, pero nunca entre en combate.

—¿En que bando? —le preguntó Manuel aún a sabiendas de la respuesta.

—Los colores de mi bandera son rojo, amarillo y morado, pero cuéntame, ¿qué fue de tu hermano?

—Yo no lo recuerdo apenas. Se llamaba Lucas y cuando tenga un hijo le pienso poner su nombre. Murió peleando en no sé dónde y nunca entregaron su cadáver. Mi madre no lo asumió y se volvió loca. Poco después de la guerra murió. Los Romano jamás lo olvidaremos.

—¡Eso! No hay que olvidar a los que dieron su vida por la Republica. Porque estos fascistas han hecho otra España. La sangre de los vencidos todavía empapa campos y calles.

Las palabras de Antoñito y lo que quería decir con ellas, trasladaron a Manuel muchos años atrás, cuando don Antonio, el maestro, contaba a sus alumnos algo parecido.

—¿Y qué hay de ti?

Antoñito bebió un chato de trago y le contó su trágica historia.

Pertenecía a una familia con un largo linaje militar. Su padre era capitán y su hermano sargento del Ejército Republicano. Al primero lo fusilaron por aparecer en una lista de masones y al segundo, lo condenaron a trabajos forzados, y murió y fue enterrado en el aún no terminado Valle de los Caídos. Antoñito no eligió la vida militar y cuando empezó la contienda era estudiante de Magisterio. Estudios que tuvo que interrumpir. En enero de 1939 fue reclutado y cuando anunciaron el fin de la Guerra, por temor a la represión, huyó del cuartel, se vistió de paisano y junto a su madre permaneció escondido, hasta que se desplazaron al Puerto de Alicante con la esperanza de poder subir a un barco y abandonar España. Pero allí se congregaron miles de personas que pretendían conseguir el exilio. Sólo unos pocos lo consiguieron. Al resto, ente los que se encontraban Antoñito y su madre, fueron apresados y repartidos en centros de detención y campos de concentración. Ellos fueron trasladados al de Albaterra y allí, Antoñito viviría los peores momentos de su vida.

Para las más de veinte mil personas que permanecieron hacinadas en el campo de concentración, las condiciones de vida fueron durísimas. Como alimento recibían chuscos de pan y sardinas, escaseaba el agua y el calor era insoportable. Los cautivos fueron sometidos a todo tipo de humillaciones, vejaciones y torturas. Sin juicio previo se fusilaba. Todos tenían un número y si alguno se fugaba, se fusilaba al anterior y posterior. Aparte estaba “La saca de presos”, en las que grupos falangistas llegados de cualquier punto de España, elegían a sus víctimas, los sacaban del campo y los fusilaban en los alrededores.

La madre de Antoñito no resistió.

—...allí no se nos consideraba seres humanos. Cuando se abrían las puertas y entraban los falangistas para seleccionar a los que iban a ser ejecutados, nos lo hacíamos encima. Luego escuchábamos el sonido de los disparos y dábamos gracias por no haber sido los elegidos. Normalmente los falangistas, cada vez eran distintos. Pero dos de ellos repitieron varias veces. Esos cabrones disfrutaban de veras. Nunca olvidare sus caras. Si pudiera los mataría con mis

propias manos.

Antoñito, bastante afectado por recordar esos aciagos momentos, se detuvo un instante.

—Y luego, ¿qué pasó? —le instó Manuel.

—Después me trasladaron al Reformatorio de Adultos de Alicante. Allí estuve hasta mil novecientos cuarenta y dos. Me despojaron de todos los bienes familiares y me desterraron, ¿comprendes ahora por qué no puedo ser otra cosa más que navajero?

Manuel le hubiera hecho mil preguntas, pero su amigo estaba bastante afectado y optó por dejarlo para otro momento. Tampoco le dijo que su esposa trabajaba para un falangista, ni que su cuñado Emeterio desertó del bando republicano y se pasó al Nacional o que el hermano de un buen amigo suyo se había enrolado en la División Azul. Confidencias que si se daba el caso le haría más tarde.

Capítulo 32

Cuando Felisa escuchó la trágica historia del nuevo amigo de su esposo, se conmovió e inquietó a partes iguales. No corrían buenos tiempos como para tener un amigo con semejante pasado. Aun así, no objetó nada. Sin embargo, aunque Antoñito no había revelado todos sus secretos, fue cuestión de tiempo que le confesara a Manuel que era militante del P.C.E. y que de cuando en cuando, viajaba de forma clandestina a Francia para reunirse con sus camaradas. Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri “la Pasionaria”, eran sus referentes. Personajes demonizados por el franquismo y de los que Manuel y Felisa, apenas habían oído hablar.

Conforme pasaba el tiempo la amistad de Manuel y Antoñito iba creciendo y cada día les sorprendía algo nuevo.

—Manuel si quieres hoy echamos un rato menos y te enseño algo —le propuso un día.

Manuel aceptó la propuesta.

Acordaron dejar de trabajar a media tarde y al llegar la hora, cruzaron las vías y caminaron por un andurrial. Diez o doce minutos más tarde se detuvieron.

—¿Qué te parece? —lanzó Antoñito.

Manuel no vio nada extraordinario. Ante él había un maltrecho huerto.

—De aquí saco un poco de todo —le aclaró Antoñito.

—¿Es tuyo el huerto? —se extrañó Manuel.

—Más o menos. En realidad no sé quién es el dueño, pero yo lo trabajo. Lo encontré un día durante un paseo y como observé que nadie lo cuidaba, planto, riego y recojo lo que da la tierra, que debería ser de quien la trabaja —enfaticó la última parte.

Manuel no comprendía adónde quería llegar.

—Si me ayudas, entre los dos sacaremos provecho. Mira si hay aquí tierra baldía...

—Pero esto será de alguien.

—No tiene dueño —repuso Antoñito—. Llevo dos años trabajando este trozo de tierra y nunca nadie la ha reclamado. Además por aquí no vienen ni las ratas. Jamás se han llevado ni una patata.

—¿Y no temes que te pille la Guardia Civil?

—Porque iba a tener miedo. Yo no hago nada malo. No robo a nadie. Planto y recojo en un trozo de tierra que está abandonado. Mira a tu alrededor. ¿Por qué iba a venir alguien aquí? Yo mismo encontré el lugar por casualidad.

—No sé si debo... —vaciló Manuel.

—Aunque ahora lo veas así, dentro de poco habrá unas berzas, acelgas y espinacas.

A Manuel no le atraía mucho la idea de colaborar en algo que consideraba ilegal. Además una de las razones por las que abandonó la aldea fue para evitar ser un campesino. Sin embargo, sucumbió ante la insistencia de su amigo.

—Tu mujer agradecerá que os ahorréis unas perras.

El tiempo pasaba y Felisa y Manuel asumían su nueva vida. No estaban juntos todo el tiempo que hubieran deseado, pero el poco que les quedaba lo disfrutaban al máximo. Agustín también se adaptaba. Recorría las calles cercanas, paseaba por el Mercado y puntualmente acudía a la hora de la comida o antes de que llegasen Manuel y su hermana. Pero antes de que confiaran en él les dio un buen susto. Un día Piedad fue a la estación para comunicarle a Manuel que Agustín se había largado y que no había vuelto. Manuel dejó el trabajo y con inquietud fue en busca de su cuñado.

—¿Qué dirá de mí tu esposa? —se lamentaba Piedad.

—No te preocupes, lo encontraremos y no le diremos nada.

—No sé si tendrá algo que ver —añadió la vecina—, pero también ha desaparecido la bolsa de pan.

—¿Así que el pan? —pensó Manuel en voz alta — Puedes volver a casa, ya sé dónde está.

Piedad insistió, pero Manuel la tranquilizó y le rogó que regresara a casa.

Cuando la convenció se dirigió al Parque y tal y como sospechaba, encontró al chache en el Estanque de los Cisnes. Estaba sentado en el puente arrojando trozos diminutos de pan al agua. Muchos visitantes estaban a su lado observando el espectáculo que era ver a los cisnes y patos del estanque pendientes de él y como un par de gorriones comían de sus manos. Manuel se emocionó y no pudo ocultarle ese momento a Felisa.

—Ha sido algo indescriptible. Parecía como si los cisnes, los patos y pájaros conociesen al chache.

—Él siempre ha querido a los animales, y ellos a él —dijo Felisa acariciando la cara de su hermano.

Agustín era inocente y tierno. Nunca se enfadaba y pese a su deficiencia mental, comprendía lo que estaba bien y mal. Felisa que era quien mejor le entendía, le pidió que si quería ir al Parque, avisara a Piedad. Y a partir de ese día así lo hizo. Cuando se cansaba de ver transeúntes, entraba en casa de la vecina y a su modo pedía permiso.

Con esa tranquilidad, Felisa y Manuel acudían sus correspondientes trabajos sin preocuparse por él. Sus horarios y salarios eran diferentes. Felisa se presentaba en casa de los Carrión antes del desayuno y la abandonaba después de hacer la cena. Así de lunes a sábado. El horario de Manuel era impreciso. Si empleaba más tiempo, más posibilidades tenía de aumentar sus ganancias. Con lo que sacaban pagaban la renta a don Justo, aminoraban las deudas de los muebles y los enseres que había comprado Manuel, compraban los alimentos... y si a final de mes les quedaba algo, lo metían en un bote y lo guardaban en la despensa.

Manuel se carteaba con sus amigos de mili. En esas cartas les contaba como le iba en su nueva vida y ellos le correspondían. Matías le comunicó que seguía trabajando en la mina. Un trabajo peligroso, pero le reportaba el suficiente dinero para afrontar su vida. Julián también le escribió y le contó que por fin había entrado una mujer en su corazón con la que tenía planes de boda, y Lorenzo que había ingresado en la Compañía Telefónica. Manuel se alegró por los logros de sus tres amigos, con los que había compartido tan buenos momentos.

Antoñito, que ya formaba parte de su reducido círculo de amigos, continuó haciéndole confidencias. Pero a Manuel siempre le daba la impresión que dejaba algo en el tintero. En una de esas confidencias le desveló que recogía de la basura de las fábricas de navajas, las piezas sobrantes o que estaban en mal estado. Luego en su casa, con ese material, montaba las navajas que vendía y de las que no tenía que rendir cuentas a nadie. Esa propuesta le agradó a Manuel y se asoció con él.

Mientras los nuevos socios hacían planes, Felisa trabajaba sin descanso. Desde que ella empezó a trabajar en la casa, don Gustavo se dejaba ver más a menudo. Cuando ella se encontraba en la cocina preparando la comida, entraba con la excusa de probar el guiso y siempre alababa las comidas.

—Esto hoy está exquisito —decía después de meter la cuchara en el puchero.

Felisa, pese a las insinuaciones de Juana, quería convencerse de que ella no le atraía. Pero era evidente todo lo contrario. Casi no hablaba con él y se sentía incomoda en el momento que se lo

encontraba en cualquier lugar de la casa. Al fregar de rodillas el suelo, él permanecía sigiloso tras ella observando sus pantorrillas o el contoneo de su trasero. Siempre tenía alguna excusa para estar presente cuando arreglaba su dormitorio. Le motivaba desconfianza que cuando estaban a solas, se le acercaba, la rozaba o le tocaba el hombro. Más de una vez estuvo tentada a decirle que para hablar no era necesario tocar, pero se contuvo al estar segura de que si daba un paso más le pararía los pies, aunque perdiera el trabajo. No le eran desconocidas las historias de señoritos y sirvientas. Y en la mayoría de ellas, las sirvientas acababan con una tripa y en la calle. Pero lo peor era cuando don Gustavo le lanzaba uno de sus dardos envenenados.

—Si yo hubiera encontrado una mujer como tú, estaría casado y la trataría como una reina. ¿Te trata bien tu marido?

—Mi Manuel es un buen hombre. No hay otro como él.

—Siento que no hubiera un puesto para él en mi fábrica. Pero me han dicho que es navajero. Con ese trabajo debe ganar cuatro perras.

—Entre los dos sacamos lo suficiente para vivir. Además ese trabajo es provisional. Ya le saldrá otra cosa.

—Yo tengo buenos amigos. Podría buscarle algo si...

Felisa agradeció que no acabara la frase.

A Margarita, la otra hija del señor Gustavo y doña Dorita, la conoció a las pocas semanas. Estaba felizmente casada con un exmilitar que ocupaba un alto cargo y residían en Madrid. Ella también dio el visto bueno a la nueva empleada y se sumó a las advertencias de Juana.

—Eres muy bonita y mi hermano es un lobo hambriento.

Felisa comprendió el mensaje.

El contacto con Las Bichas era escaso. Se limitaba a unas cuantas cartas. En ellas contaban como les iba por la capital, exagerando un poco para no intranquilizarlos. Entre Manuel y Felisa las redactaban y describían sus trabajos, a sus jefes, sus nuevas amistades... en alguna añadieron que el chache Agustín se había amoldado a la capital. Luego esperaban pacientemente la respuesta de Indalecio, que hacía una crónica de como era la vida en la aldea sin ellos y sus quehaceres cotidianos.

Con el invierno llegó una buena noticia. Felisa tuvo un desvanecimiento mientras trabajaba. De pronto empezó a encontrarse mal y tuvo ganas de vomitar. El señor Gustavo se llevó un buen susto al ver su rostro pálido y requirió a don Felipe, el médico familiar. Éste la auscultó y la citó en su consulta para una revisión más exhaustiva. Ni que decir tiene que todos los gastos corrían a cargo del señor Gustavo. Esa tarde salió antes de la hora para asistir a la consulta y recibir el diagnóstico que ya sabía de antemano. Estaba embarazada.

Ella se encontraba en casa cuando regresó Manuel.

—¿Cómo tan pronto? —se extrañó.

Felisa esbozó una pícara sonrisa pero no pudo contener su alegría.

—¡Estoy embarazada! —gritó.

Por unos segundos Manuel no reaccionó. Pero después se abrazó a ella y acarició su barriga.

—Voy a ser padre —dijo con lágrimas surcando su rostro.

—Lo supe en el momento en que lo concebimos, pero no quise decírtelo hasta que me lo confirmaran.

—¿Cómo podías saberlo?

—No sé cómo, pero lo sabía.

Esa noche se les hicieron las tantas especulando si sería niño o niña y escribiendo unas cartas

para dar la buena noticia.

—Si es niño se llamará Lucas —sugirió él.

—Y si es niña, Abelarda.

En eso estaban de acuerdo.

Por la mañana, mientras estaban desayunando, les sorprendió que llamaran a la puerta. Manuel fue a abrir y se encontró a un desconocido con abrigo y sombrero.

—Tú debes ser Manuel —le dijo a modo de saludo y se presentó—. Soy don Gustavo y vengo a ver qué tal se encuentra Felisa.

—Mucho gusto.

Manuel estrechó su mano y lo invitó a entrar.

Felisa dio un respingo cuando vio a su jefe y Agustín, como si lo temiera, se colocó tras ella.

—Veo que todo ha sido un susto —dijo él desde la puerta—. De todos modos hoy tómate el día libre.

Ella estaba desconcertada y Manuel agradeció ese gesto de cortesía.

—¿Qué te dijo el médico? —le preguntó.

Felisa agarró la mano de Manuel lo miró como pidiendo autorización.

—Estamos esperando un niño —desveló tras asentir su marido.

En el rostro de don Gustavo apareció una mueca, pero al segundo siguiente lanzó una fingida sonrisa.

—Os doy la enhorabuena y no os molesto más.

—Muchas gracias por la visita —agradeció Manuel mientras lo acompañaba a la puerta.

Cuando don Gustavo se hubo marchado, regresó al interior.

—¿No decías que no madrugaba?

—Ese todavía no se ha acostado y no sé a qué ha venido esta visita —replicó ella con desdén.

—Ha sido un detalle —murmuró Manuel.

Sin embargo, para Felisa no fue grato ver a don Gustavo en su casa.

Aunque no era domingo Manuel decidió tomarse un día de descanso y disfrutarlo con ella.

Al acceder al patio Piedad les salió al paso y Felisa no pudo contener su emoción al comunicarle la buena nueva. La vecina los felicitó efusivamente y tuvieron que interrumpirla mientras contaba sus partos, lo que pesaron sus hijos al nacer, que el mayor chupó de la teta hasta los cuatro años...

Cuando por fin salieron a la calle, caminaron sin rumbo. Agustín, detectando que algo nuevo pasaba, no soltaba la mano de su hermana y de cuando en cuando la acariciaba.

—¿Crees que lo entiende? —inquirió Manuel.

—Quién sabe —repuso Felisa.

Para variar, comieron fuera de casa, pasearon por lugares que no conocían y disfrutaron hasta que el frío les obligó a volver. Al día siguiente todo volvió a la rutina.

Antoñito, Pelayo y Casimiro se sumaron a las felicitaciones y esa noche, para celebrarlo, bebieron más de la cuenta.

Pero la buena noticia se enturbió unos días más tarde, cuando Mariano apareció muy temprano por su casa, para comunicarles que Gregoria había enfermado y que la habían intervenido quirúrgicamente. Un millón de preguntas surgieron.

—¿Qué le pasa? ¿No será nada malo? ¿Por qué no nos has avisado antes?

Mariano, bastante afectado, les dijo sin muchas explicaciones, que Gregoria hacía tiempo que tenía problemas y que habían tenido que vaciarla. Felisa y Manuel sabían lo que significaba eso.

—Con las ganas que tenía ella de ser madre —murmuró Felisa.

La intervención propició que toda la familia se juntara de nuevo.

—Es una pena que no puedan tener hijos —se lamentaba Indalecio—. Un matrimonio sin hijos es una cosa muy triste.

—Parece mentira. Gregoria nunca ha *estao* mala —se asombraba Anastasio.

Para todos fue un trago amargo.

Durante los días que estuvo ingresada no le faltaron visitas. Durante la estancia a Indalecio y Anastasio, Felisa les preparó una cama y no se quejaron de dormir juntos. Agustín agradeció verlos de nuevo. Con su peculiar modo de hacer las cosas, juntó dos sillas y sacó de no sé donde unas cuerdas y se las entregó a Indalecio. Luego se sentó, se frotó las manos y esperó a que Indalecio le hiciera cualquier cosa.

Anastasio, aunque ganas no le faltaban, pasó de visitar el Alto la Villa. Pero si acompañó a su hermano a la taberna que era asiduo y conoció a Antoñito, Casimiro y Pelayo. Mariano no se despegó del lado de su esposa hasta que le dieron el alta.

Antes de la despedida, Mariano los invitó a comer y Manuel y Felisa sintieron nostalgia de la aldea. Para ella era peor. Desde que llegó a Albacete no sabía nada de su familia. Nadie de Torreperda contactó con ella, y eso que les escribió varias cartas. Cartas que jamás fueron respondidas. Indalecio les contó que Genaro el cartero, las había entregado y que Nemesio las rompió sin leerlas y que le sugirió de malos modos, que no apareciera más por la aldea si la carta venía de la capital. Al escuchar esas palabras ella rompió a llorar.

—Me alegro de tu embarazo —le dijo Gregoria—. Yo no podré tener hijos, pero si sobrinos, y espero que me quieran.

—Como no te van a querer —replicó Felisa.

Capítulo 33

Una vez más Felisa, Manuel y Agustín se quedaron solos. Aunque les dolía la ausencia de la familia, eran conscientes de que su vida estaba allí. Habían emprendido un camino sin retorno, o eso al menos creían. Los sueños de prosperidad aún estaban muy lejos de cumplirse, pero estaban dispuestos a alcanzarlos y no darse por vencidos.

Pese a que los Romano habían tenido una de cal y otra de arena, retornaron a la rutina. Gregoria y Mariano a la Roda, Indalecio y Anastasio a Las Bichas, y Felisa y Manuel a sus correspondientes trabajos.

En la casa de los Carrión acogieron bien la noticia del embarazo y eximieron a Felisa de las tareas más pesadas. El trato hacia ella por parte del señor Gustavo y de doña Dorita no había variado. Sin embargo, si cambió en su hijo mayor. Durante un par de meses no le vio el pelo; situación que ella agradeció.

Un domingo, Antoñito aceptó por fin la invitación de su amigo y al mediodía, acudió a su casa para probar el gazpacho manchego y el vino elaborado en Las Bichas de los que tanto le había hablado Manuel. Ese día conoció a Felisa y le pareció una mujer increíble. Más tarde felicitó a Manuel por compartir su vida con una persona tan buena. Durante la comida bromeó con Agustín, soltó sus críticas a Franco, a la dictadura, y una vez más los deslumbró con sus conocimientos. El gazpacho estaba sabroso y repitió, igual que con el vino, y lamentó que en las tascas y tabernas que frecuentaban no sirvieran algo parecido.

Después los dejó boquiabiertos cuando ayudó a quitar la mesa y se prestó a fregar los platos.

—Déjalo Antoñito, esto es cosa de mujeres —le dijo Felisa y él replicó:

—¡Me cague en dena! ¿Quién lo dice?

—No sé... —titubeó ella—. Siempre ha sido así.

Antoñito aprovechó la situación para soltarles una de sus epístolas.

—Querrás decir durante la Monarquía y ahora, porque durante la Republica se reivindicaron vuestros derechos y hubo grandes avances. La dictadura os ha convertido en prisioneras, os ha relegado a la cocina y a proporcionar placer al varón. Para ellos sois inferiores, pero no es cierto. Ignoran que todos somos hijos de una mujer y que vosotras nos lleváis durante nueve meses en vuestro vientre, nos parís, nos amantáis y os desveláis. La historia de la humanidad está plagada de mujeres que hicieron algo mejor que los hombres.

Felisa y Manuel no supieron que decir.

—Vosotras sois las que más sufrís la represión —añadió—. Ni os imagináis cuantas mujeres han sido ejecutadas por defender lo mismo que los varones. Y otras como “la Pasionaria”, han tenido que huir y exiliarse fuera de España para evitar ser masacradas.

Aún continuó un rato más con su cantinela, hasta que le preguntó a Felisa si le gustaba servir a unos burgueses.

—Preferiría tener dinero y no tener que hacerlo, pero los Carrión me tratan bien.

—¡Un momento! ¿Trabajas para Gustavo Carrión?

—Sí, ¿lo conoces?

Antoñito frunció el ceño y miró a Manuel.

—No tengo nada que ver con él.

Manuel y Felisa imaginaron que sabía que era falangista y cambiaron de tema. A partir de ese instante Antoñito se mostró intranquilo. Poco tiempo después, agradeció la invitación y antes de

abandonar la casa le pidió a Manuel que le acompañase a la taberna. No pretendía otra cosa que hablar con él sin que ella estuviera presente.

—¿Tu sabes quién es Gustavo Carrión? —le espetó.

—Si te refieres a que es falangista, lo sé.

—No es sólo eso. Es una persona sin escrúpulos. Un mujeriego que no respeta nada. Cualquiera día, un padre o un marido humillado le dará su merecido.

—Pero, ¿lo conoces?

—Preferiría no haber conocido a ese miserable.

Manuel detectó la inquina en esas palabras

—¿Por qué lo odias tanto?

Antoñito le clavó la mirada.

—¿Recuerdas cuando te conté que estuve en el Campo de concentración de Albaterra?

Manuel asintió.

—Te dije que jamás olvidaría la cara de dos asesinos. Uno era Gustavo Carrión y el otro, el Comisario Julio Argudo.

Manuel recordó que le habló de dos falangistas que repitieron en “la saca de presos”, para más tarde ejecutarlos y le vino a la cabeza que su esposa le había revelado que don Gustavo guardaba una pistola en la caja fuerte. Por un instante temió por ella.

—¿Vas a permitir que tu esposa trabaje para ese gusano?

—Hablaré con ella —se comprometió Manuel.

Y así lo hizo unos minutos más tarde. Aunque el único contacto con don Gustavo había sido en la visita que les hizo y le pareció una persona amable, a tenor de lo dicho por Antoñito, no le quedó más remedio que interrogarla.

—¿Ha *intentao* sobrepasarse en algún momento? ¿Te observa? ¿Te habla? ¿Te ha *contao* alguna vez lo que hizo al acabar la guerra?

—No y no —respondió sin saber por qué.

—Quiero que dejes esa casa. Yo me encargaré de traer dinero.

—No puedo dejar el trabajo. Debemos mucho y tu no sacas lo suficiente —replicó ella.

—Entonces hablaré con don Justo para que te busque otra cosa.

—¿Qué es lo que temes?

—Nada, pero no quiero que sirvas a un asesino.

Antes de que ella dijera nada, le contó lo que le había revelado Antoñito.

—No creo que sea un asesino. Tal vez Antoñito lo confunda con otro. Además, casi nunca está en casa y a sus padres les he cogido cariño.

Dejaron la discusión en punto muerto cuando Agustín conectó la radio.

Cuando ella, al día siguiente acudió a casa de los Carrión, habló con doña Dorita y le dijo que quería dejar el trabajo. A la mujer le sorprendió sobremanera.

—¿No estás bien con nosotros?

—¡Claro que sí! Aprecio mucho a los señores.

—Entonces, ¿por qué quieres dejarnos?

Felisa miró a los ojos de doña Dorita. La mujer se encontraba postrada y su tediosa monotonía sólo era alterada cuando ella la acompañaba. Era verdad que la apreciaba. Al menos una hora al día estaban a solas. Felisa cosiendo y doña Dorita repitiéndole lo dura que había sido su vida. Hacía más de sesenta años que empezó a trabajar en esa misma casa al servicio de los padres de su marido. Era casi una niña. Después de un largo y secreto romance, y pese a la oposición de la

familia se casó con el señor Gustavo. Con el tiempo, a sus padres no les quedó más remedio que admitir que entre ellos había amor verdadero y la muestra era que llevaban más de medio siglo juntos. Como en todos los matrimonios hubo altos y bajos; alguna querida y su temprana enfermedad. Por eso rogaba a Dios que muriera ella primero y que él estuviera a su lado. Felisa en cierto modo la compadecía.

—¿Es por dinero? —insistió doña Dorita — porque puedo hablar con mi hijo.

—Lo siento me he precipitado.

—Entonces, ¿te quedas?

Felisa asintió y Manuel tuvo que aceptar la decisión de su esposa.

Algo más tarde sus formas aumentaron evidenciando su embarazo. Juana la mimaba como si fuera hija suya y hacía algunos acertijos sobre el sexo del niño.

—Si tienes los pezones oscuros será niño y, si tienes la tripa erguida será niña.

Felisa no hacía caso a esos cuentos de viejas. En realidad a Manuel y a ella les daba igual que fuese niño a niña.

Como era de esperar, la ausencia de don Gustavo no fue eterna. Un día, mientras ella se encontraba en la cocina preparando la comida, escuchó unos pasos indicando que alguien se aproximaba.

—Acércame la sal —pidió pensando que se trataba de Juana a la vez que removía el guiso con un cucharón.

Pero en vez de recibir el salero, un brazo recorrió su cuerpo y una mano acarició su barriga.

—Juana —dijo en tono condescendiente.

Pero al girarse dio un respingo al ver el rostro de don Gustavo a unos centímetros del suyo. Se le cayó el cucharón y se retiró unos pasos.

—No debería hacer eso —le reprochó.

—No era mi intención molestarte —repuso don Gustavo—. Dicen que acariciar la barriga de una embarazada trae suerte y no he podido resistirme.

Felisa no tenía palabras para recriminar semejante descaro.

—Le ruego que no lo vuelva a hacer —dijo con vehemencia.

Gustavo se mantuvo unos instantes reflexivo sin dejar de mirarla

—¿Sabes que las embarazadas tenéis un encanto especial? Sin embargo, es curioso, hay maridos que rechazan a sus mujeres cuando están encinta.

Felisa no le siguió el juego y se mantuvo en silencio.

—¿Cómo se llamará el bebé?

—Aún no lo hemos decidido —mintió.

—Dentro de poco con otra boca más necesitareis más dinero. Si tienes alguna necesidad, no dudes en pedírmelo.

—Se lo agradezco —intento ser amable.

En ese instante entró Juana y él sin dedicarle una mirada, abandonó la cocina.

—¿Ha pasado algo? —se interesó.

—Nada.

Aunque don Gustavo volvía a la carga en cuanto tenía ocasión, nunca se sobrepasó. Se limitaba a intentar conversar con ella y poco más. Eso tranquilizaba a Felisa y de rebote a su esposo.

Conforme pasaba el tiempo, Felisa y Manuel intimaban más con sus vecinos. Asistían juntos a misa, compartían mesa los domingos y cada uno por su parte, también confidencias. Aparte de su

marido, la persona que estaba más pendiente de Felisa era Piedad. No había día que no se interesara en saber cómo se encontraba, le hacía la compra e incluso la ayudaba a limpiar la casa. En cierto modo ambas buscaban el cariño del que carecían. Felisa el de una madre que demostrara un poco de amor hacia ella y Piedad, el de unos hijos y unos nietos que apenas veía.

Sus vástagos residían fuera de Albacete, y a no ser por algo importante, no aparecían por allí. Aunque Piedad contaba de vez en cuando que la habían visitado, la verdad era que Felisa y Manuel, no habían coincidido con ellos y sospechaban que esas visitas no se produjeron.

Miguel era un hombre muy curtido. Pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en otras provincias y cuando regresaba los fines de semana, en su casa todo eran gritos y malas maneras. Era aficionado al vino y en más de una ocasión, Manuel lo encontró ebrio y discutiendo en la taberna cercana a sus domicilios y tuvo que cargar con él hasta su casa. Esas situaciones avergonzaban a Piedad, sin embargo, nunca las mencionaba.

Una ocasión, con unas cuantas copas de más, buscó consuelo en Manuel.

—Amigo, te deseo que tengas muchos hijos, pero que ninguno te salga como los míos. Se avergüenzan de su padre —le dijo tambaleante.

—Hombre Miguel, no creo que se avergüencen de vosotros.

—Piedad no quiere reconocerlo. Ella os mentirá diciendo que la han ido a ver. Pero la verdad es que hace más de un año que no veo a mis hijos ni a mis nietos. He puesto muchos ladrillos para sacarlos adelante y así me lo pagan.

—No sé qué decirte Miguel. Pero si es así habrá un motivo.

Miguel alzó el vaso.

—Esto tiene la culpa de todo. Dicen que soy un borracho y que les pegaba —balbuceó—. Y todo por darles un par de pescozones para que vayan por el buen camino, ¿a que a ti también te ha castigado tu padre?

—Sólo una vez.

—Pues escucha lo que te digo: más vale una hostia a tiempo que lamentarlo luego.

—No opino igual Miguel.

—¡Pues allá tú!

Por enésima vez tuvo que llevarlo a casa.

Más tarde, cuando Manuel le contó a Felisa las elucubraciones de Miguel, sintieron pena por sus vecinos. Sobre todo por Piedad. Una mujer que demostraba tener muy buen corazón. Siempre estaba pendiente de lo que pudieran necesitar ellos y Agustín. Y cada fin de semana, tenía que aguantar las borracheras y los malos modos de su esposo.

Pero Miguel y Piedad no eran los únicos que estaban en sus pensamientos. Antoñito también motivaba sus preocupaciones. Él intentaba aparentar ser una persona feliz, sin embargo, Manuel sabía que detrás de esa fachada de hombre duro, había un ser sensible y que todo le afectaba más de que lo que demostraba. Excepto la vez que se sinceró con él, nunca más volvió a hablar de su pasado con tanto énfasis. Se limitaba a hablar de política, a quejarse de casi todo y a preservar su intimidad. A veces desaparecía unos días y a su regreso nunca mencionaba dónde había estado. Manuel sospechaba que esos viajes eran para asistir a reuniones secretas con sus camaradas.

—¿Cómo es que no está casado ni tiene novia? Porque no está tan mal —se preguntaba Felisa.

—Quizá también se lo hayan prohibido —opinó Manuel.

Sin embargo, la curiosidad femenina lo puso en un aprieto otro domingo que le invitaron a comer.

—¿Cómo es que todavía no te has casado? —le soltó Felisa.

Antoñito vaciló un instante.

—Soy difícil de aguantar y aún no he encontrado a la persona que me quiera como soy — arguyó y sonó a excusa.

—Pues las mujeres de Albacete son tontas si dejan escapar un hombre como tú —halagó Manuel—. Trabajador, culto, buena persona,...

—Se nota que eres mi amigo y me aprecias, pero... —dejó sin terminar la frase.

Felisa cambió de tema.

—Te agradezco que compartas con Manuel el huerto.

—No hay que agradecer nada. Él también se lo trabaja, pero aún queda para recoger el fruto.

—De todos modos te lo agradecemos — aseveró Felisa

—Ahora necesitamos más vitaminas —dijo Manuel acariciando la barriga de su esposa, intentando ser gracioso.

Antoñito los miró con el rostro contraído.

—Espero que vuestro hijo pueda ver una España diferente a esta que nos toca vivir a nosotros.

Capítulo 34

Antoñito no comprendía como Felisa seguía trabajando para don Gustavo. Manuel, en parte, lo responsabilizaba a él por meterle en la cabeza esas historias sobre la libertad de la mujer.

—La guerra acabó hace tiempo y hay que cerrar esas heridas —le decía Manuel un día en la estación.

Pero para Antoñito era difícil olvidar que toda su familia había muerto por esa condenada guerra, y luego estaba el terror cervical que sintió día tras día en aquel Campo de Concentración. Gustavo Carrión y el Comisario Argudo tuvieron mucho que ver con ese miedo. Muchas noches se había despertado sudoroso, después de que su cabeza reviviera en sueños aquel tormento.

—¿Sabes Manuel? Cuando veo un yugo y unas flechas me estremezco y se me revuelven las tripas. Todos estos falangistas tenían que correr la misma suerte que quien inventó ese grupo de asesinos.

—No sé a quién te refieres.

—A ese que ahora le dedican calles y avenidas. A José Antonio Primo de Rivera.

En Manuel había un vago recuerdo de la persona que mencionaba su amigo.

—¿Pero a ese hombre no lo fusilaron al poco de empezar la guerra?

—En el mismo patio que yo pisé durante más de mil días.

—No lo comprendo. Él era...

Antoñito procedió a aclarar el desconcierto de su amigo.

—Sí, él era del otro bando. Los mismos ideales que defendía, lo llevaron a la muerte. Franco no meneó ni el meñique para librarlo, porque él tenía un plan para la reconciliación y acabar con la guerra.

—Sigo sin entenderlo. José Antonio es un símbolo.

—Pero era político y Franco militar. España era un botín que no admitía reparto. Cuando lo fusilaron dejó de ser un estorbo. Más vale reverenciar a un muerto que temer a un vivo. Que paradoja, el Reformatorio de Adultos de Alicante, retuvo entre sus muros a unos y a otros.

—Yo estuve una vez en el calabozo de Tarazona y varias veces en el la mili, pero no me imagino como puede sentirse un hombre tanto tiempo entre rejas.

—Espero que nunca puedas tener esa experiencia, sobre todo si no has hecho nada. Aunque como has podido comprobar, yo estoy aquí para contarlo. No como esos, entre los que me incluyo, que se nos tachaba de delincuentes peligrosos e individuos irrecuperables para la sociedad. Allí conocí a intelectuales y poetas, que algún día esta España tendrá que pedir perdón por asesinarlos vilmente. ¿Te gustan los poemas Manuel?

—No lo sé.

—Escucha: «*Si me muero, que me muera con la cabeza muy alta. Muerto y veinte veces muerto, la boca contra la grama, tendré apretados los dientes y decidida la barba. Cuando espero a la muerte, que hay ruiseñores que cantan encima de los fusiles y en medio de las batallas*». Esto me lo recitó un compañero del Reformatorio poco antes de su muerte. Se llamaba Miguel Hernández.

—¿Quién era?

—Un poeta que mataron poco a poco —dijo con los ojos vidriosos.

—¿Y cuál fue su delito?

Antoñito metió su mano por la chaqueta y sacó un libro.

—Este fue su delito.

—¿Escribir está prohibido? —se extrañó Manuel.

—No prohíben leer o escribir, pero según lo que leas o escribas puedes ir a la cárcel. Tener ideales contrarios y exponerlos, sin duda te conduce al paredón.

Aún tuvo que pasar algún tiempo para que Manuel comprendiera esas palabras.

Mientras esperaban el deseado alumbramiento, en Las Bichas estaba todo dispuesto para otra vendimia y la ciudad se engalanaba para la inauguración de la Feria; una de las más antiguas de España que se venía celebrando desde que en el año 1710, en plena Guerra de Sucesión, el Borbón Felipe V que pugnaba contra el Habsburgo Carlos III, concedió el privilegio a la ciudad de celebrar durante cuatro días una feria franca.

En los días anteriores a la Feria, la casa de los Carrión se abarrotó de familiares y amigos “Grandes de España”. Margarita, la hija menor y su marido recién ascendido y pendiente de ocupar un puesto Diplomático en Méjico, aprovecharon la estancia como despedida.

Juana y Felisa no daban abasto. Todos los invitados las mandaban hacer algo. Mercedes, una aristócrata que según Juana pretendía a don Gustavo, requirió a Felisa para que la ayudara a vestirse. Cuando hubo terminado, se reunió con Gustavo en el salón que estaba reservado para reuniones importantes. Pese a que estaba un poco rellenita, llevaba un vestido impresionante. Algo ceñido para el gusto de Felisa. Pero si quería impresionar a su anfitrión, no lo consiguió, porque al acercarse a él con la mano extendida, su falda se enganchó en un saliente de la mesa y saltó una costura.

—¡Que contrariedad! —exclamó.

—No ha sido nada —intentó quitarle importancia Don Gustavo—. Felisa puede arreglarlo.

Cuando ella acudió al salón con aguja e hilo, la aristócrata se percató de que a él se le encendió la mirada.

—Sería mejor que se lo quitara —le sugirió Felisa.

—Yo no recibo ordenes de una marmota —replicó Mercedes.

—Felisa no es una marmota —la defendió Gustavo.

Mercedes la rodeó en unos pasos.

—Pues veo a una chica que lleva uniforme de criada, tiene manos de criada y porte de criada.

—Si llevara tu vestido, cambiarías de opinión —le lanzó Gustavo.

—¿Piensas que le quedaría mejor que a mí?

Gustavo se mantuvo en silencio y eso la encolerizó. Sin encomendarse a nadie, se despojó del vestido y se quedó en combinación.

—Que se lo ponga.

Felisa no daba crédito a lo que estaba viendo. Esa mujer actuaba sin recato.

—Póntelo —sentenció don Gustavo.

—Yo no... —balbuceó Felisa.

—Prometo no mirar —dijo dándole la espalda.

Felisa iba a negarse, pero la insidiosa sonrisa de Mercedes le hizo cambiar de parecer. Se quitó el uniforme y se encajó el vestido. Cuando don Gustavo se giró, no le sorprendió lo más mínimo lo que contempló. La abultada barriga no le restaba un ápice de elegancia. Unos pausados aplausos hicieron el resto.

—Quédatelo. Te lo regalo —escupió Mercedes con desdén antes de abandonar el salón.

—Puedes ir a cambiarte —dijo don Gustavo entre risas.

Cuando esa noche Felisa regresó a su casa, la invadía el remordimiento. No tenía intención de contarle a su marido ese incidente y creía que obraba mal. Por supuesto, no aceptó el vestido y se lo devolvió a su dueña. La aristócrata lo rompió en mil pedazos mientras despotricaba.

Faltaba un día para la inauguración de la Feria y Antoñito y Manuel alargaban su jornada. En la casa del primero componían navajas con las piezas desechadas por talleres y fábricas. Manuel ya había estado allí en otras ocasiones y le había impactado la infinidad de libros que se amontonaban por doquier. La casa era un lugar lóbrego, con la mayor parte de las habitaciones ocupadas sólo por montones de libros y periódicos. En una de ellas había algo parecido a un taller, con su torno, mesa de trabajo y un buen surtido de herramientas.

Mientras se afanaban en montar el mayor número posible de navajas, Antoñito le informaba que durante la Feria las ventas se multiplicaban y le indicaba los lugares estratégicos.

—Yo me ocuparé de los Redondeles y tú de la Chata.

Manuel sabía que los Redondeles era como se llamaba al Recinto Ferial, pero ignoraba que era la Chata y se lo preguntó.

—¡Me cague en dena Manuel! Es el lugar donde el arte de Cúchares ha tenido su mayor esplendor con faenas del Choni, Rodolfo Gaona, Pedrés, Chicuelo II, Joselito o el maestro Manolete entre otros.

Manuel comprendió después de ese derroche taurino que se refería a la Plaza de Toros. Acordaron los turnos y las posiciones y se despidieron hasta la mañana siguiente.

Al salir a la calle se palpaba el ambiente festivo. Los navajeros acudieron a la estación para abordar a la multitud de visitantes que en esas fechas llegaban a la ciudad. Luego se desplazaron al Paseo de la Feria y lo recorrieron arriba y abajo luciendo su mercancía. El gentío se agolpaba a un lado y a otro del paseo, esperando el paso de la cabalgata y la posterior apertura del Recinto Ferial. Los forasteros reclamaban a los navajeros para comprar el recuerdo más simbólico de la ciudad o simplemente para preguntar el precio y admirar el gran surtido de navajas que en esos días se exhibía. Durante esos festejos la competencia aumentaba. A los habituales navajeros, había que sumar otros llegados de diferentes puntos de la provincia e incluso de otras, que aprovechaban esa aglomeración de gente para vender género de dudosa procedencia. También había que competir con las firmas cuchilleras que tenían en el interior del Recinto puestos fijos de venta.

Ese día quedaría grabado en la memoria de Manuel. Deambulando de un lado a otro fue espectador de la cabalgata, de sus carrozas, los caballos, el desfile de autoridades, la banda de música y del traslado de la Virgen de los Llanos a la capilla interior. Disfrutó como un niño viendo las atracciones y la riada de personas que al acabar la cabalgata iniciaron el peregrinaje festivo. Por la noche, los fuegos artificiales y mientras tanto sus navajas fueron menguando.

Cuando llegó a casa, Felisa y Agustín ya estaban durmiendo. Aun así no reprimió el impulso de despertar a su esposa y contarle todo lo que había visto y el dinero que había ganado.

—Algún día nosotros estaremos entre toda esa gente, sin preocuparnos de que a la mañana siguiente nos espera otra jornada de trabajo —profetizó Manuel.

Sólo pasaron unos días para que parte de ese sueño se cumpliera. La última tarde de Feria a Felisa le dieron permiso y Manuel se olvidó de su fájín de navajero. Piedad propició que disfrutaran solos esas horas. No pudieron convencerla de que no se quedase al cuidado del cache Agustín.

—Disfrutad ahora que sois jóvenes. Ya tendréis tiempo de privaciones —les dijo.

Salieron dispuestos a disfrutar de su día de asueto. En los anteriores, para ambos habían sido agotadores. Felisa cocinó cada día para veinte comensales. Recompuso ropa, sabanas, cortinas y las lavó y refrotó. Hizo camas, limpió habitaciones... y cada noche caía rendida en la cama. Por otro lado, su marido madrugó y traspasó más de lo acostumbrado. Temprano llegaba a la estación y permanecía allí toda la mañana, luego él y Antoñito mal comían y se trasladaban a la Feria. Recorrían el Paseo, permanecían cada uno en su puesto y al día siguiente se turnaban. A medianoche se introducían en los Redondeles y paseaban por los diferentes anillos o en el exterior por los ejidos, donde había algunas casetas y abordaban a los más traspasadores. Y todo ese esfuerzo tenía una recompensa; el bote donde guardaban el dinero Felisa y Manuel, rebotaba monedas.

Cogidos del brazo y luciendo sus mejores galas dirigieron sus pasos a la Feria. Manuel, con su traje de los domingos, su camisa blanca almidonada, una corbata, un sombrero que le había regalado Felisa y unos zapatos relucientes. Ella con un vestido blanco con lunares negros, que había cosido con unos retales y a ratos. Mientras caminaban, Manuel fue relatándole a Felisa lo que se había perdido y lo que se iba a encontrar.

—Ha habido fuegos artificiales, verbenas y pasacalles [...] En la Caseta de los Jardinillos se ha celebrado una Fiesta de gala patrocinada por la Cruz Roja [...] La compañía de Teatro “Lope de Vega” ha interpretado una obra de Carmelitas, monjas o algo así. Antoñito dice que los actores son buenos pero que la obra es una mierda [...] Han *toreao* los maestros...

Todo lo que se habían perdido carecía de valor ahora que estaban juntos. Ese día disfrutaron como adolescentes; montaron en el Tiovivo, comieron churros, Manuel disparó en una caseta de tiro, cuyo premio era una fotografía que consiguió al segundo disparo, recorrieron varias veces el Paseo y no dejaron de ver ni un rincón de los Redondeles. Luego se sentaron en un banco de los Jardinillos para descansar.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —le preguntó Manuel.

—¿Cómo iba a olvidarlo!

En un momento repasaron toda su trayectoria. Los momentos buenos y malos que les había tocado vivir, sus sueños y adónde querían llegar.

—Sé que todos pensáis que estoy loco porque digo que algún día cambiara nuestra suerte —le dijo Manuel agarrándola de la mano—. Pero estoy convencido de que será así.

—Yo no pienso que estés loco y sé que conseguirás lo que te propongas.

Y en realidad lo creía. Si Felisa miraba hacia atrás, hasta la fecha su marido había cumplido sus promesas y aunque la mejoría de su situación era complicada, ¿por qué no lo iba a conseguir?

Soñando con ese prometedor futuro regresaron a casa. Al día siguiente les esperaba otra dura jornada de trabajo.

Su primer hijo estaba a punto de llegar, pero eso no les libraba de sus obligaciones. Y no sólo ellos esperaban ese momento. Muchos estaban pendientes del alumbramiento. En Las Bichas, Gregoria y Mariano, don Justo, Antoñito, Piedad, Juana, e incluso los Carrión. Pero el más impaciente era Manuel. Todas las mañanas le preguntaba a Felisa

—¿Será hoy?

Y ella le respondía en tono condescendiente:

—No seas impaciente. Cuando tenga que ser, será.

Manuel intentaba pasar el mayor tiempo posible con ella. La acompañaba y mostraba sus respetos al señor Gustavo y a la señora Dorita —su hijo nunca estaba en casa—. En esas visitas Felisa le mostró la casa; los salones, los dormitorios, el despacho... e incluso la caja fuerte y

donde guardaban la llave.

Luego él se desplazaba al taller, reponía el material y se dirigía a la estación donde se reunía con Antoñito y los otros navajeros. En esos días el trajín era agotador. Antoñito y él acortaban la jornada para recoger algo del huerto, regar a cubos con agua de un juncal y al regreso Manuel se pasaba por casa de Modesto, el tendero del barrio para recoger lo que Felisa había encargado por la mañana. El tendero se lo tenía preparado en el mostrador de madera, al lado de la balanza de pesas, que algún vecino se atrevía a decir que estaba trucada, y todo envuelto en papel con las cuentas escritas a lapicero. Manuel cargaba con los paquetes y Modesto se lo apuntaba en la cuenta.

Al regresar una noche se encontró en el patio con una cuna de madera desmontada apoyada en la pared. La miró con curiosidad, cargó con ella y subió a su casa. Felisa ya había llegado y la encontró en la cocina curioseando la ropa de bebé que llenaba la mesa.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó desconcertado.

Felisa estaba que no cabía en ella.

—Mira Manuel para nuestro hijo —dijo enseñándole una pequeña prenda.

—Pero... ¿Quién lo ha traído? ¿Y esta cuna?

—Nos lo ha traído Andrés que tenía que venir a la capital —explicó Felisa—. La ropa del bebé nos la ha regalado tu hermana y la cuna es la que hizo tu padre para el hijo de Gregoria.

A Manuel le costó reaccionar. Ellos habían comprado unas cuantas prendas, pero nada comparable a lo que estaba contemplando. La tragedia de Gregoria —que nunca sería madre—, les había facilitado toda esa ropa.

Con ayuda del chache Agustín y la expectante mirada de Felisa, montó la cuna. Luego se abrazaron y estuvieron contemplándola unos minutos. El chache acarició la barriga de su hermana y señaló la cuna vacía.

—Es para tu sobrino —le dijo Manuel.

Por si había alguna duda de que si lo comprendía, Agustín meció la cuna e hizo un ademán con sus brazos de acunar a un niño.

—Vamos a ser una gran familia —murmuró Felisa.

Capítulo 35

El ansiado momento llegó en tiempo y lugar inoportuno. Felisa entró al dormitorio del matrimonio Carrión cargada con una bandeja con comida.

—¿Cómo se encuentra hoy señora Dorita? —le dijo en tono cariñoso.

—Hija, más vieja que ayer y más achacosa.

—¿Cómo que más vieja? Si tiene el semblante de una jovencita.

—¡Hay! siempre tan animosa. Y tú, ¿cómo te encuentras?

Antes de que respondiera, sintió que por sus piernas corría algo caliente y húmedo.

—¡Ay señora Dorita! Que creo que he roto aguas.

El nerviosismo se apoderó de ellas.

—Gustavo, Gustavo —reclamó a voces doña Dorita.

Su marido acudió al escuchar el griterío temiendo que le pasará algo a su esposa.

—¿Qué sucede? —inquirió al entrar.

—Que Felisa se pone de parto.

—¿Y qué hacemos? —vaciló.

—Despierta a Gustavo y que la lleve al hospital —le ordenó con voz autoritaria.

El señor se apresuró a despertar a su hijo y pedirle que trasladara a Felisa al hospital.

En unos minutos don Gustavo la llevaba en la parte trasera de su automóvil y cada vez que ella se quejaba de una contracción, dudaba entre acelerar o frenar. El trayecto hasta el Hospital de San Julián se les hizo interminable. Pero al llegar, sin perder tiempo, metieron a Felisa en la sala de partos.

El casual designio propició que fuera don Gustavo la primera persona, después de la madre, que viera a la recién nacida. Una monja se acercó a él con el bebé en brazos.

—¡Enhorabuena! Tiene usted una hija preciosa y su esposa se encuentra perfectamente.

—No... Yo no... —titubeó—. No soy el padre.

Pero antes de que la desconcertada monja desapareciera con la niña, la miró de soslayo. Era un bebé precioso. Al cabo de un rato una enfermera se dirigió a él.

—La señora Felisa le ruega que traiga a su marido —le dijo en tono seco.

Aún sin apetecerle don Gustavo fue a avisar a Manuel. No fue muy difícil dar con él. Lo encontró en el andén de la estación, sentado en un banco junto a Antoñito compartiendo unos bocadillos. Don Gustavo se acercó a ellos y a Antoñito se le atragantó el bocado. No podía creerse que tenía ante él a una de las personas que más odiaba. Sus miradas se cruzaron unas décimas de segundo, igual que en el Campo de Concentración, pero para don Gustavo él era un navajero más. No era lo mismo para Antoñito. Por un instante volvieron a su cabeza esos angustiosos momentos en los que ese hombre y su amigo el Comisario Argudo, se paseaban con insolencia entre los presos y elegían al azar a las personas que unos pocos minutos más tarde eran ejecutadas. Sin dedicarle un saludo, se retiró.

—¿Le ha *pasao* algo a Felisa? —preguntó Manuel.

—Ya eres padre —se limitó a decir don Gustavo.

—Pero ¿cómo está? ¿Ha sido niño o niña?

—Ven conmigo y lo comprobarás tu mismo —repuso don Gustavo dirigiéndose a la salida.

—Compañeros, soy padre —gritó Manuel.

Los navajeros se acercaron a él y lo felicitaron. Antoñito lo abrazó.

—Me alegro amigo, pero no sé cómo Felisa trabaja para ese verdugo.

Manuel lo comprendió, sin embargo, no había tiempo para explicaciones. Abandonó la estación y subió al coche. Durante el trayecto no cruzaron palabra alguna y cuando llegaron, tras aparearse Manuel, don Gustavo se largó.

A Manuel le sorprendió esa reacción, pero lo justificó pensando que quizá le avergonzara que le vieran con él. Siguiendo las indicaciones de una enfermera, recorrió un largo pasillo acristalado, enladrillado con baldosas negras y blancas y al llegar a la habitación, le salió al paso la misma monja que poco tiempo antes había confundido a don Gustavo con el padre de la niña.

—¿Es usted el marido? —inquirió sorprendida al verlo ataviado de navajero.

Manuel asintió y ella le franqueó el paso. Con los ojos vidriosos contempló a Felisa con el bebé en sus brazos.

—Mira a tu hija Manuel —le dijo ella.

Él la besó y con sumo cuidado retiró la mantita que cubría a la niña.

—Es preciosa —dijo a duras penas.

—Tómala.

Cuando la tuvo entre sus brazos no pudo contener las lágrimas.

—Se parece a ti —dijo con un nudo en la garganta.

—Pues mira —le indicó Felisa mostrándole las nalgas del bebé.

Sorprendentemente, la pequeña tenía en su nalga izquierda el mismo lunar que su madre.

—Se llamará Abelarda, como mi hermana.

Eso era algo en lo que ambos estaban de acuerdo.

Los dos se encontraban como en una nube. Eran padres y felices.

Ese mismo día Manuel envió tres telegramas. El primero a Las Bichas, el segundo para su hermana Gregoria y su cuñado Mariano, y el último a Torreperda. Veinticuatro horas más tarde toda la familia estaba congregada en el hospital. Como se temían ninguno de los Molina apareció por allí.

La llegada de un nuevo romano al mundo congratuló a todos. Por fin Indalecio era abuelo. Anastasio, Gregoria y Mariano, tíos. Gregoria tenía los sentimientos enfrentados. Se alegraba y entristecía a partes iguales, ya que ella nunca sentiría que es tener un niño en sus entrañas, nunca pariría, ni le daría pecho a su hijo. Pero le consolaba tener una sobrina, «su princesa», como empezó a llamarla.

Por el hospital también pasaron Juana, don Justo y su esposa, Antoñito, Piedad, Casimiro y Pelayo. Todos coincidieron en que esa niña rolliza de pelo anillado era la más bonita que habían visto y eso llenaba de gozo a los padres.

Dos días después del parto y que don Justo hiciera una donación a la institución, a Felisa le regaló una estampa de San Ramón Nonato y junto a su esposo y su hija, regresaron a casa. Agustín les estaba esperando en el patio. Por un momento dudaron cuál sería su reacción. Pero cuando Felisa se la mostró, el chache se frotó las manos, dio unos pasos por el patio, la miró de nuevo y con delicadeza le acarició la cara. La pequeña Abelarda le regaló su primera sonrisa.

—Ésta dentro de poco me querrá como si fuese su abuela —murmuró Piedad, sabiendo que no ha mucho se ocuparía de ella.

Una semana más tarde, con un espléndido día la bautizaron en la parroquia de San José. Anastasio y Gregoria fueron los padrinos y tras la ceremonia religiosa, Mariano se ocupó de los gastos del ágape, al que fueron invitados unos pocos amigos.

Al día siguiente todo volvió a la normalidad; Manuel a vender navajas y Felisa a casa de los Carrión. Con ella llevaba a la niña en el mismo capazo de esparto, con el que a Manuel transportaba su madre y depositaba en una sombra para trabajar en el campo. Nadie en la casa puso objeción para que la niña acompañase a su madre. Mientras Felisa realizaba sus tareas — sólo interrumpidas para darle pecho—, la pequeña dormía plácidamente en la cocina. Pero como quiera que fuese, don Gustavo siempre estaba presente en esos momentos tan íntimos y su lasciva mirada la molestaba hasta tal punto, que tomó la determinación de hacerlo en el cuarto de baño.

Doña Dorita estaba emocionada con la niña. Ella que debido al empeoramiento progresivo de su enfermedad ya no salía de su dormitorio, disfrutaba de pocos ratos buenos y tener un bebé en la casa era como si entrara aire fresco. Las escasas veces que dejaba la cama, se limitaban a que Felisa la sentara en una silla frente a la ventana, donde pasaba horas mirando hacia el parque.

Al señor Gustavo también le agradaba la presencia de la pequeña. En cuanto la oía llorar, dejaba cuanto estuviera haciendo y acudía a la cocina para hacerle alguna carantoña. Y a Juana había que pararla. Cuando cogía a Abelarda en brazos, no se cansaba de mecerla y susurrarle cuentos.

—Juana, que todavía no entiende —le decía Felisa.

—¡Cómo que no! Yo he oído que a los niños hay que hablarles, así salen más *espabilaos* — argumentaba.

A Felisa le llenaba de gozo el cariño que le profesaban a ella y a su hija todos los de la casa. El señor Gustavo tuvo un detalle y le subió la paga. Aun así el dinero que recibía no era mucho. Para aumentar los ingresos, Manuel aceptó una propuesta que le hizo un familiar de uno de los navajeros, y cuando acababa su jornada en la estación se dedicaba a ir casa por casa a cobrar recibos del Ocaso. Felisa también hizo un esfuerzo. Con lo que había en el bote de los ahorros, compraron una máquina de coser y por las noches cosía, cambiaba botones, zurcía y cogía puntos de media.

Estaban dispuestos a conseguir la meta que se habían propuesto, pero sin darse cuenta el tiempo pasaba y casi no se veían. Manuel tuvo que dejar de cobrar recibos porque tras unos meses de fatigoso trabajo, lo venció el agotamiento. Una noche cuando regresaba a su casa, refugiándose de una lluvia torrencial, se desvaneció en plena calle. Afortunadamente su amigo Pelayo, el Sereno, se lo encontró y pidió ayuda. Entre varias personas lo metieron en la taberna y en unos minutos se recuperó. Felisa se llevó un buen susto cuando Casimiro y Pelayo lo acompañaron a casa. Al día siguiente, Manuel acudió a don Felipe, el médico de los Carrión, y éste le aconsejó que dejara lo de los recibos.

—Pero es que nos hace falta el dinero —argumentó Manuel.

—Si sigues por ese camino, enfermaras gravemente y entonces, ¿qué será de tu mujer y tu hija?

—Está bien, lo dejaré —admitió.

—Manuel dirás que me meto donde no me llaman, pero creo que deberías buscar un trabajo donde tengas el seguro médico. Ahora tienes una hija y lo vas a necesitar muchas veces —le sugirió el médico.

El caso era que Manuel no quería abandonar su trabajo de navajero. Algo en su interior le decía que desde allí le llegaría el éxito. Ahora estaba en el último escalón, pero con el tiempo su situación y la de su familia mejoraría y se sentirían orgullosos de él. Las navajas de Albacete le atraían como atrajeron a Federico García Lorca cuando escribió su *Reyerta del Romancero gitano*, como seducían a los viajeros que pasaban por la ciudad o como atrapaban a los visitantes de la Feria en septiembre. Todos ellos buscaban una navaja para emplearla como instrumento

doméstico, como arma de defensa o simplemente para admirarla. Él desde los catorce años siempre llevaba una encima. Y no una navaja cualquiera. Era la misma a la que su padre le había colocado las cachas, la misma que empuñaba su hermano Juan en su duelo con Desiderio, y la misma que le entregó Indalecio tras el trágico desenlace. De todas las piezas artesanas a las que se les podría dar una utilidad similar — cuchillos, puñales, espadas, dagas, hachas, verdugillos o bayonetas — era la navaja su preferida.

Había perdido un día de trabajo y a Moreno, su jefe, no le parecía bien que sus vendedores perdiesen algún día aunque ellos alegasen enfermedad.

—No se apure. Antes del domingo recuperaré las ventas —se comprometió Manuel.

—Veremos si no cambio la opinión que tengo de ti —lo retó Moreno.

—No le tenías que haber dicho eso al jefe —le dijo Antoñito cuando salieron a la calle—. Le has puesto los dientes largos. Cuanto más vendas, más gana él.

—Me parece justo recuperar el tiempo perdido —arguyó Manuel.

Antoñito le pasó el brazo por el hombro.

—No me has entendido ¡Me cage en dena! Lo que quiero decir, es que le podías haber sacado un tanto por ciento más alto. Moreno te aprecia, pero como todos los jefes, si les regalas el dinero, mejor para ellos.

—No lo había *pensao*.

—Manuel tendrías que buscar un empleo en el que te paguen en estos trances —le sugirió Antoñito—. Yo al fin y al cabo estoy solo, pero tú tienes una familia y no corren buenos tiempos para lo nuestro.

Antoñito era la segunda persona que le aconsejaba cambiar de trabajo. Y no era para menos. El sueldo medio de un trabajador — con puntos, pluses por hijos y antigüedad rondaba las ochocientas pesetas—. Felisa ganaba cien pesetas a la semana y la mayor parte era para el arriendo, y Manuel, no disponía de sueldo fijo. Y es que el sector cuchillero tenía sus altos y bajos. Había temporadas que las navajas se vendían solas y en otras, costaba Dios y ayuda colocar una. Esos bajones los atemperaban con la descarga de camiones. Los dos amigos acudían a la Plaza a las cinco de la mañana y echaban unas cuantas horas a cambio de unas monedas. Sin embargo, Manuel confiaba en que era cuestión de tiempo que la navaja se convirtiera en algo internacional. En sus momentos de soledad elucubraba con camiones abarrotados de navajas, cuchillos, tijeras... repartiendo la mercancía por toda la geografía española e incluso en el extranjero.

De todos modos, Manuel agradeció a su amigo el consejo y rechazó el ofrecimiento que le hizo de prestarle dinero. Antoñito le había demostrado en innumerables ocasiones que era diferente. Aunque tenía secretos que nunca desvelaba, lo apreciaba y confiaba plenamente en él. Esos sentimientos eran mutuos. Desde que Manuel le habló del tío de su padre, el bandolero, de las historias que había escuchado de los maquis y las que él mismo había vivido, a Antoñito no le quedaban dudas; era uno de los suyos.

—Los maquis siempre han existido —le explicó un día—. Cuando este país que llamamos España estaba subyugado por el Imperio Romano, cuando los musulmanes eran los amos o cuando las tropas de Napoleón nos invadieron, hubo guerrilleros del Pueblo que dieron su vida por la libertad. Algún día recobramos esa libertad que ahora nos han arrebatado.

A Manuel le inquietaba escuchar sus apologías. No era el primero al que apresaban por decir cosas parecidas. Y es que Antoñito era una caja de sorpresas. Una tarde estaba cantando una de sus coplas cuando un tren que procedía de Madrid hizo su parada. Del último vagón bajó un

hombre rubio, cargado con una maleta de tela, con un cochambroso maletín de madera, un trípode y unos rollos de tela. Todas las miradas de los navajeros se concentraron en él. Y no porque quisieran abordarlo y venderle una navaja, sino porque tenía ademanes afeminados. Alguno se atrevió a hacer muecas a su espalda y otros lo esquivaron como si tuviera una enfermedad contagiosa. Manuel se limitó a observarlo.

Cuál fue su sorpresa al ver que el viajero rubio, dejaba sus bártulos en el suelo, abrazaba a Antoñito y los dos cruzaron unas palabras en un idioma desconocido. Luego, su amigo alzó la mano en gesto de despedida y salió de la estación ayudando a transportar la carga del recién llegado.

La duda quedó resuelta al día siguiente. Ese hombre se llamaba Geer Koch, era un pintor holandés que Antoñito había conocido en París y estaba en Albacete para pintar unos paisajes. Manuel sospechó que era uno de sus camaradas con los que se reunía en esos viajes de los que nunca hablaba. Al parecer, el pintor pensaba pasar una larga temporada en la ciudad. Se alojaba en casa de Antoñito y no era extraño verlo con el trípode, lienzos y pinceles, en el Alto de la Villa, en la Plaza del Caudillo o en el Parque de los Mártires, inmortalizando lo que le inspiraba. Pero España no estaba aún preparada para esa clase de ciudadanos y aunque su trabajo motivaba curiosidad a los habitantes y no provocaba altercados, en más de una ocasión sus lienzos fueron destrozados por la policía y fue echado a empellones.

—En este país sólo se reconoce el arte de los soplagaitas —se quejaba Antoñito.

Razón no le faltaba. Todo intelectual, artista o literato que no fuera afín al régimen, se había largado de España, o estaba preso o muerto. Él había conocido unos cuantos casos en el Reformatorio de Adultos de Alicante, como el de Miguel Hernández, con el que coincidió unos pocos meses hasta que la desidia lo mató, y que dejó en él una huella imborrable.

Capítulo 36

La primavera llegó dejando atrás el invierno más gélido de que se recordaba. Durante el mes de febrero, el país fue azotado por una ola de frío siberiano que hizo que los termómetros descendieran en algunos lugares a menos treinta y dos grados. Afortunadamente los primeros calores primaverales obligaron a apagar braseros y estufas, y a dejar el abrigo en el armario. La florida estación vino acompañada de otra sorpresa; el segundo embarazo de Felisa que como en la vez anterior, supo en que instante fue concebida.

—¿Cómo es posible que estés tan segura sin que te vea un médico? —se extrañó Manuel.

—Porque lo sé —le respondió ella segura de sí misma.

Como no podía ser de otro modo el anuncio de la llegada de un nuevo miembro a la familia fue motivo de congratulación para todos.

También en esa época llegaron los constantes apagones que dejaban la ciudad en tinieblas. Como ya les advirtiera Piedad, siempre tenían a mano un par de velas y una caja de mistos para alumbrarse cuando saltaban los plomos. Manuel se había convertido en todo un experto en reponer el delgado filamento de cobre. A Felisa le atemorizaba la oscuridad y cuando había apagón y él se encontraba ausente, bajaba a casa de Piedad con Agustín y la niña para no estar solos a oscuras. A Manuel le hacía gracia ese miedo a la oscuridad.

—¿Es que piensas que va a venir alguien cuando se va la luz? —le decía cuando ella se acurrucaba contra él.

En realidad todos sus miedos desaparecían cuando él estaba a su lado.

Ya llevaban más de un año en la ciudad y su situación económica no había mejorado. Eran uno más y otro que estaba al venir. A la pequeña Abelarda le habían salido dos dientes y por las noches dormía de un tirón. Empezaba a ingerir sus primeras papillas y cada sonrisa era motivo de felicidad. Felisa se resistía a dejarla con la vecina y eso que le permitían salir de la casa para darle pecho. Pero ella prefería que estuviera a su lado. Manuel continuaba con su trabajo, con el huerto, acompañando a Antoñito a recoger los periódicos atrasados, a tomar un par de chatos con Pelayo y Casimiro y el poco tiempo que le quedaba a disfrutar de su familia.

El mayor cambio se había producido en Agustín. En parte la responsable era Piedad. Ella le había enseñado el barrio, el Mercado... y en alguna ocasión lo mandaba a la tienda de Modesto con una nota para que el tendero le preparase el encargo. Al acabar, retornaba a la casa y la vecina le regalaba cuatro carantoñas. A Felisa, las salidas de su hermano la intranquilizaban por si alguien pudiera mofarse de su retraso o aprovecharse de su bondad. Pero Agustín ya era un personaje conocido. Casi a diario visitaba el Estanque de los Cisnes y muchos lo buscaban para ver como los pájaros comían de sus manos o estaban posados en su cabeza y en sus hombros. Igual ocurría con los cisnes y patos, que en cuanto él llegaba nadaban a su lado. Incluso se rumoreaba que un prestigioso fotógrafo americano, atraído por el espectáculo, disparó varias instantáneas con su cámara y según decían en su país le habían dado un premio por la fotografía “El hombre de los pájaros”. Pero no fue el único que lo inmortalizó. Geer, el holandés, tampoco pudo resistirse a plasmarlo en uno de sus óleos. Cuadro que más tarde Antoñito regalaría a Felisa y Manuel y que luciría en el pasillo de su casa.

Para celebrar la futura paternidad Felisa y Manuel se permitieron ir un domingo al cine. Con bastante pesadumbre dejaron a la niña al cuidado de Piedad y se dirigieron al Teatro Circo; una sala del siglo XIX que como su nombre indica anteriormente fue utilizada para otros espectáculos.

Sin importarles el título compararon entradas en la taquilla que había en plena calle. Luego cruzaron una de las puertas de madera por las que se accedía a un gran sala llena de carteles anunciadores de otras películas. Manuel señaló a Felisa algunas que había visto durante el servicio militar. Al final de la estancia se hallaban las puertas por las que entraban los espectadores que habían comprado las entradas de Butaca. Pero ellos se dirigieron a la que había en el rincón izquierdo y por la que se accedía a general, las localidades más baratas. El portero las perforó con un artilugio y ascendieron de planta por unas escaleras hasta llegar a un túnel algo tétrico con un pequeño mostrador al fondo. Al entrar a la sala contemplaron una suerte de escaleras de madera para ser ocuparlas por el público, y a ambos lados, unos pequeños palcos, donde algunos novios escondían sus besos. Se acomodaron en uno de los palcos. Cuando apagaron las luces y empezó el NO-DO, Felisa empezó a preocuparse por su hija.

—¿Estará bien la niña?

—Y si le da fiebre.

—[...]

Antes de que acabara la sesión tuvieron que marcharse y regresar a casa. El único recuerdo que les quedó de esa película, era que estaba protagonizada por un actor llamado: Jhon Wayne.

Cuando al día siguiente Manuel le contó a Antoñito su intento fallido de ver la película, éste hizo alarde de sus conocimientos cinematográficos.

—¿Sabes Manuel? Hay una actriz española que se llama Sara Montiel que se ha ido a Hollywood a rodar películas.

—¿A Holli qué? —exclamó.

—A Hollywood. Una ciudad americana dónde se ruedan la mayoría de las películas. Pero no todas se pueden ver en España.

—¿Por qué?

—Por la censura.

Aunque Manuel no se lo preguntó, Antoñito procedió a explicarle que era un censor.

—Los censores visionan las películas y luego deciden sí se pueden ver o que escenas se cortan.

—Algo he oído, pero no sé por qué.

—Pues está claro. ¿A que nunca has visto una película española que el protagonista sea un Rojo? o ¿una de Vaqueros en la que los indios sean los buenos? Porque no lo permiten. En otros países es diferente.

—No me había *dao* cuenta.

Antoñito le dio unas palmaditas en la espalda.

—Amigo mío eres demasiado bueno para los tiempos que corren. A ti te gustan esas películas, porque entre otras cosas, de momento no veras otras para comparar. Hay miles de historias de gentes que han sido torturadas o asesinadas en las cunetas, que les han arrebatado sus bienes o que han tenido que echarse al monte. Eso nunca sale en el NO-DO ni en ninguna película.

Para Manuel las teorías de su amigo no eran muy diferentes a las que había escuchado mil veces en boca de su padre, cuando le contaba que las cárceles estaban llenas de gente que pensaba diferente a la doctrina del régimen. En cierto modo Indalecio y él eran muy parecidos. Manuel ya estaba acostumbrado a sus discursos políticos, a su desprecio a la hegemonía establecida y a la esperanza de que esa España algún día pudiera cambiar.

Unos días más tarde, Antoñito no acudió al taller a reponer la mercancía. Moreno despotricó y Manuel pensó que se había ausentado para asistir a una de las reuniones con sus camaradas. Pero

a media mañana, apareció por la estación. Iba desprovisto de su fajín y los ojos enrojecidos.

—Han arrestado a don Teodoro y a siete personas más —le comunicó a Manuel.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ha sido el hijo de puta del Comisario Argudo. Los acusan de ser masones, ¿sabes lo que eso significa?

Manuel no comprendía a qué se refería. Había escuchado la palabra «masón» en dos ocasiones. La primera cuando Antoñito le contó que a su padre lo habían fusilado por aparecer su nombre en una lista de masones y ahora la escuchaba otra vez, pero seguía sin saber su significado.

—¿Qué es un masón? —inquirió.

Antoñito que había tomado asiento en un banco, alzó la mirada e intentó explicárselo de modo que lo entendiera.

—La masonería es una sociedad filantrópica, no religiosa, que existe desde la Edad Media. Sus miembros buscan la verdad a través de la razón, el intelecto y la moral. Creen en el Gran Arquitecto del Universo y su símbolo es la escuadra y el compás.

Manuel reflexionó unos segundos.

—Sin son tal y como dices, ¿qué mal hacen?

—Ninguno. Pero Franco los considera junto a los judíos el origen de todos los males —se detuvo, miró a ambos lados del andén y susurró—. Se dice que el dictador quiso ingresar en la masonería y no lo aceptaron y que por eso los odia tanto.

—Y ahora, ¿qué va a pasar con don Teodoro y los otros?

—El Comisario los interrogará, y sus esbirros les golpearán hasta que admitan que pertenecen a la masonería y confiesen algún delito.

—Pero don Teodoro es una persona mayor y una buena persona —se quejó Manuel.

—Eso no importa. Fue profesor durante la República y además, uno de sus antiguos alumnos, otro falangista, lo ha denunciado. Cuando acaben con él vendrán a por mí y a por Geer.

—¿El pintor y tú sois masones?

—¡Que importa eso! No quieren a nadie que no comulgue con su ideología.

Por ese día se acabaron las ventas. Manuel no se separó de su amigo hasta la noche.

En los días posteriores, el temor al arresto fue compartido por Manuel y Felisa, que estaba al tanto de todo. Ella sufrió la espera junto a su marido. Afortunadamente a la semana de su detención, don Teodoro fue puesto en libertad y no hubo más arrestos. Con el rostro magullado y algunos moretones por su cuerpo, les explicó su tortura a Antoñito y Manuel.

—Me metieron en una habitación y me golpearon hasta que perdí el sentido. El Comisario quería que reconociera algo que yo no había hecho y que delatara a mis cómplices. Así durante cuatro días. Pero he resistido ¡Que se jodan!

—Muy bien amigo. Que sepan esos cabrones que aún hay gente con redaños —masculló Antoñito.

La monotonía se alteró con la llegada de la niña. A los pocos meses de su nacimiento el señor Gustavo y doña Dorita, después de dejar preparada la comida, permitían a Felisa que se ausentara al mediodía un par de horas. Juana se ocupaba de todo en su ausencia. Manuel también acortaba su jornada en esas horas y así disfrutaban algo más de la vida familiar. Fue en uno de esos descansos cuando Felisa vio por casualidad a su padre y a su hermano Emeterio parados en la calle hablando con otra persona. Casi se le sale el corazón del pecho. Por un momento estuvo tentada a salir

corriendo para que no la vieran. Sin embargo, esperó a que se despidieran del desconocido y se acercó a ellos sosteniendo a la niña con un brazo y con una bolsa en la otra. Su padre no advirtió su presencia hasta que estuvo a su lado. En el rostro de su hermano apareció una leve sonrisa.

—Hola padre —saludó con voz temblorosa.

Nemesio la miró un segundo y desvió la mirada.

—Mire padre. Esta es su nieta. Se llama Abelarda.

Pero Nemesio no estaba dispuesto a mirar a la niña. Agarró del brazo a su hijo y le instó a continuar su camino.

—Vámonos — dijo ignorando a su hija.

—Un momento padre —rogó Emeterio.

Pero Nemesio no estaba por la labor.

—He dicho que nos vayamos —replicó con voz autoritaria tirando del brazo de su hijo.

—Padre, aunque no quiera saber de mí, mírela al menos. Lleva su misma sangre.

Su intento no dio resultado y eso le destrozó el corazón. Allí, quieta, observó como se alejaron y se perdieron de su vista al girar en una esquina. Reprimiendo las lágrimas siguió su camino. Un trecho más adelante percibió que alguien le agarraba la bolsa y le decía:

—¿Puedo ayudarte?

Antes de mirarle a la cara, supo que era su hermano.

—¿Y padre?

—Se ha *quedao* con unos asuntos. ¿Puedo acompañarte?

Felisa asintió y él cargó con la bolsa.

—Es muy bonita y se parece a ti cuando eras pequeña —murmuró.

—¿Quieres tenerla entre tus brazos?

Emeterio se detuvo, dejó la bolsa en el suelo y tomó a la niña. Durante unos minutos permanecieron quietos; él haciendo muecas y ella llorando.

—¿Por qué padre se comporta así conmigo? ¿Qué mal os he hecho? —lanzó Felisa.

—Ya sabes cómo es. Nunca te perdonara que estés casada con un Romano.

—Pero si no intentó ni impedirlo.

—Aunque no lo reconozca te quiere, pero su odio hacia los Romano es más fuerte.

—Pues estoy esperando otro hijo.

Emeterio no dijo nada y continuaron caminando.

—¿Y el chache? ¿Cómo está? —preguntó Emeterio al entrar a la calle Tejares.

—Compruébalo tú mismo. Aunque no creo que te reconozca —repuso Felisa señalando a Agustín que se encontraba sentado en la puerta de casa.

Ella se equivocó. En cuanto Agustín los vio, corrió hacia ellos y se aferró a la cintura de su hermano. Emeterio vaciló, pero al final lo abrazó.

—Vayaya... —repitió el chache excitado.

—Quédate un rato —le sugirió Felisa a su hermano—. Manuel no tardará en llegar y le alegrara verte.

—Lo siento, pero tengo que irme. Padre se preguntara dónde me he metido.

—Otra vez será —repuso Felisa con algo de tristeza.

Emeterio se despidió de ellos y Felisa tuvo que contener al chache para que no fuera tras él.

El que Emeterio hubiera dado ese paso era algo que alegró a Felisa y a Manuel. Los dos albergaron esperanzas de que de una vez se terminaran esas rencillas familiares que hacían tanto daño. Ellos estaban dispuestos a dejar las puertas abiertas, a olvidar y a empezar de nuevo.

Capítulo 37

El tiempo parecía imparable. Llegó la Feria y otra vendimia. De nuevo se llenó de invitados la casa de los Carrión. Este año, Mercedes la aristócrata que pretendía a don Gustavo, se excusó y no apareció. Otros sin embargo, acudieron a la cita anual. Políticos, empresarios... y terratenientes. Entre ellos, Edelmiro Aguilar y su esposa. Felisa temió que la señorita Amelia, apareciera en cualquier momento. Pero pasó la Feria y sus temores no se confirmaron. No la temía por lo que pudo haber entre ella y su marido, sino por su actitud prepotente y dañina. Por eso agradeció no verla por allí.

Esa Feria para Manuel fue más productiva que la anterior. Había adquirido experiencia y nadie tenía que decirle dónde y cómo vender. Al acabar las celebraciones, Moreno, el jefe del taller, lo reclamó en el reservado que hacía las veces de despacho y almacén.

—Manuel, llevas más de un año conmigo y he comprobado que pones todo tu empeño en el trabajo. Nunca te quejas, llueva o haga frío. Te has ausentado en contadas ocasiones y siempre con un motivo justificado. Por eso quiero proponerte algo...

Manuel esperó la propuesta unos segundos.

—Bernardo se va a retirar dentro de unos meses y va a quedar un puesto vacante —desveló al fin Moreno—. He pensado que te puede interesar un horario y un salario fijo, ¿qué me dices?

Manuel meditó unos segundos.

—Te lo agradezco, pero prefiero seguir con lo que estoy haciendo.

A Moreno le sorprendió el rechazo e insistió.

—Piénsalo bien. Vas a tener otro hijo y con lo que te propongo, tendrás la seguridad de que cada semana caiga un sobre. Podemos hablar de eso si quieres.

—Estaría *encerrao* entre cuatro paredes y no sé si lo soportaría. Me gusta la calle y la gente.

—Como quieras, pero si cambias de opinión me lo dices.

Antoñito le reprendió cuando se enteró de lo de la propuesta. Manuel intentó convencerle de que él se encerraría cuando no recibiera órdenes. Su amigo no supo si eso era un pensamiento anarquista o su obsesivo afán de llegar a lo más alto sin deber nada a nadie.

—En la calle están las oportunidades —arguyó Manuel.

En cualquier caso Antoñito no le contradujo y se abstuvo de aconsejarle. También se comprometió a no mencionarlo delante de Felisa, para evitar una regañina.

En España el trabajo escaseaba y aunque aún quedaban unos pocos años para que se firmara el acuerdo Hispano-Francés de emigración, algunos se aventuraban a atravesar la frontera de modo casi clandestino, para conseguir francos en el país vecino acudiendo a la temporada de la vendimia. En esa época el aumento de viajeros se notaba en la estación. Los navajeros evitaban a los que habían llegado a su destino y se empleaban a fondo con los que iban de paso. Con dinero fresco en el bolsillo, algunos hacían un alto en el camino, compraban un recuerdo, visitaban el Alto de la Villa y luego proseguían el viaje.

De uno de los vagones del tren con destino Valencia, se aparearon dos hombres que requirieron a Manuel.

—¡Eh navajero! Enséñanos tu mercancía —dijo uno de ellos mientras echaba un trago de una bota.

Manuel acudió presto y mostró su arsenal.

—¿Qué desean los caballeros? La típica albaceteña, la de muelles, el estilete...

—Queremos un par de navajas grandes, pero buenas —dijo el otro agarrando la bota.

—Todo el material que vendo es de calidad excelente.

Manuel se esmeró y les colocó dos navajas artesanas con las cachas de madera reluciente. Antoñito los vio salir de la estación jugando con las navajas.

—Esos no llegaran muy lejos —murmuró y no sabía hasta que punto tenía razón.

Al acabar la jornada, él y Manuel contaban las ganancias.

—Hoy ha sido un buen día —constató Antoñito.

—Así deberían de ser todos —aseveró Manuel.

Exhaustos dejaron la estación y se encaminaron al bar el Avión para que Antoñito recogiera los diarios atrasados y luego, como hacían a diario, acababan en la taberna de la calle Tejares, tomando unos chatos y conversando con Pelayo y Casimiro. Pero al llegar a la Plaza del Caudillo, unos cuantos hombres que formaban un pequeño círculo en la puerta del Gran Hotel, captaron su atención.

—¿Qué sucede ahí? —se preguntó Manuel.

Para saciar su curiosidad se desviaron de su camino y se acercaron al grupo de hombres. Cuando esquivaron a los curiosos, contemplaron con asombro a un hombre retorciéndose en el suelo entre un charco de sangre. Llevaba un profundo corte en la barriga y a su lado había una navaja abierta. Manuel reconoció la navaja y al hombre. Era uno de los vendimiadores que unas horas antes le habían comprado un par de navajas. Ante la pasividad de los espectadores, él y Antoñito se apresuraron a ayudar al herido. Manuel se despojó de su gorra y con ella intentó contener la hemorragia.

—Este hombre se está muriendo. Pidan ayuda —solicitó con vehemencia.

Por fin un coche se detuvo y pudieron introducir al herido. Cuando el vehículo partió, llegaron dos policías municipales.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió uno de ellos.

Antoñito se retiró lanzando un escupitajo y uno de los testigos que había presenciado el incidente procedió a dar los detalles.

—Yo me encontraba aquí enfrente, cuando vi al hombre que se han *llevao* discutir con otro. Se apreciaba que los dos iban *roscaos*. El caso es que se han *zarandeaos* y la han emprendido a golpes, han *sacao* las navajas y a ese le ha *tocao* la peor parte. El que le ha *dao* el navajazo ha salido corriendo *pa'allá* —aclaró señalando hacia el Paseo de José Antonio.

—¿Alguien los conocía? —preguntó el policía.

El «No» fue rotundo.

Antoñito y Manuel dejaron el lugar. Allí ya no había nada que hacer. A Manuel le invadió un sentimiento de culpabilidad por haber sido él quien les vendió las navajas. Recordó las palabras de su padre cuando le entregó la que llevaba en su bolsillo; «*La navaja es un utensilio más, pero según quien la empuñé, se puede convertir en un arma peligrosa*». Esa misma noche, Felisa intentó hacerle ver que él no había sido el culpable de nada. Sin embargo, ese incidente, Manuel lo recordaría siempre. Días más tarde, él y Antoñito se enteraron de que el vendimiador murió en el hospital y que la policía arrestó a su agresor.

Eso no influyó para que continuara con su trabajo y a la mañana siguiente besó a su esposa y a su hija, dio una palmadita al chache y se dispuso a enfrentarse a una nueva jornada.

Por aquel tiempo fue la primera vez que acudió a casa de los Carrión para adecentar unos árboles que había en el jardín. Su esposa fue la responsable. Ella cansada de escuchar a doña

Dorita —cuando se asomaba a la ventana — que los árboles estaban descuidados, le sugirió que su marido podría encargarse de ellos. La mujer aceptó el ofrecimiento y Manuel, como buen entendido, en un par de ratos los apañó. Pero a su hijo le molestaba esa presencia. Prohibió al marido de Felisa que deambulara por la casa y exigió que su estancia se limitara a la cocina o al jardín. A Manuel le dio igual, pero Felisa se lo tomó como un desprecio.

Ella intentaba evitar a don Gustavo. Sin embargo, cuando aparecía, tenía que soportar sus patéticas adulaciones, sus frases con doble sentido y sus penetrantes miradas. Cuando él estaba ausente o durmiendo en su dormitorio, ella se quitaba un peso de encima.

Hacía poco tiempo que dejaba a la pequeña al cuidado de Piedad. La niña empezaba a dar sus primeros pasos y lamentaba perderse esos momentos. En alguna ocasión se había planteado dejar el trabajo, pero el dinero les venía muy bien. Poco imaginaba entonces lo que se avecinaba.

Como cada día se encontraba atendiendo las faenas de la casa, cuando al pasar por la puerta del despacho escuchó que en el interior se estaba entablado una discusión.

—Mientras yo viva conservaremos la fábrica —sentenciaba el señor Gustavo.

Su hijo abandonó el despacho dando un fuerte portazo. Recorrió el pasillo mascullando algo y ni siquiera miró a Felisa cuando se cruzó con ella. El señor Gustavo abrió la puerta con el semblante lívido.

—Felisa por favor, tráeme un vaso de agua — le pidió algo sofocado.

—¿Está bien? —se interesó ella.

El señor Gustavo volvió al interior sin responder y ella fue hasta la cocina donde llenó una jarra de agua y la colocó en una bandeja junto a un vaso. Al entrar al despacho, contempló al señor recostado en su sillón, con su mano izquierda agarrándose la chaqueta y con la mirada perdida.

—¡Señor Gustavo! ¿Se encuentra bien? —le preguntó un poco asustada.

Él no respondió y a ella se la cayó la bandeja de las manos provocando un fuerte estrépito. Juana acudió de inmediato y se encontró con la trágica escena; el señor Gustavo yacía muerto.

Tras unos momentos de confusión Juana acompañó a Felisa a la cocina y fue a buscar a don Gustavo. Él, después de comprobar que su padre había fallecido, se encargó de todo, excepto de comunicarle a su madre la mala noticia. Felisa fue quien se lo dijo. Doña Dorita lloró desconsolada entre un mar de lamentaciones.

—Señor, ¿por qué no me ido yo antes? Pobre de Gustavo. ¿Qué voy a hacer sin él?

Felisa intentó sin éxito aportar consuelo a su congoja.

Esa noche, después de mandar recado a Manuel, hubo que quedarse para atender a las muchas personas que velaron el cadáver o que desfilaron por allí a mostrar sus condolencias. La generalidad manifestaba tristeza por la pérdida, sin embargo, a don Gustavo parecía no afectarle. Él y el Comisario Argudo, pasaron la velada bebiendo e incluso se les escuchó unas risas. Personajes insignes de toda la geografía española hicieron acto de presencia; el alcalde, el gobernador, el obispo, dirigentes de la Falange, empresarios, comerciantes... La mayoría desconocidos para Felisa. Ella era la encargada de recibirlos y conducirlos a la sala habilitada para el velatorio. Luego se dirigían a otra dependencia donde se encontraba la familia y amigos íntimos y Juana les servía una copa para los varones y una mistela con unas pastas para las damas.

Al anochecer Felisa se estremeció cuando al abrir la puerta se encontró con el matrimonio Aguilar y la señorita Amelia. Siguiendo el ritual, los saludó y los condujo al interior. Pero la señorita Amelia se quedó rezagada. La insolente mirada a su prominente barriga le hizo sentirse incomoda. En el tiempo que la familia Aguilar permaneció en la casa, no se dirigieron la palabra y

cuando los estaba despidiendo, Amelia se dirigió a ella.

—Eres una mujer afortunada. Te envidio —y sin dar opción a replica se largó.

Para Felisa no era un secreto que la señorita Amelia había estado enamorada de Manuel y con esas palabras manifestaba que aún quedaba algo en su interior. Entonces agradeció que hubieran dejado el campo. Aunque confiaba plenamente en su marido pensó; «cuanto más lejos estén el uno del otro, mejor». Por supuesto no le contaría a Manuel que la había visto.

Al día siguiente el señor Gustavo Carrión fue enterrado en el panteón familiar. Doña Dorita no pudo asistir al entierro de su marido. Permaneció todo el tiempo acompañada de Felisa, lamentando su desdicha.

Dos días después del óbito, don Gustavo la requirió en el despacho y habló con ella.

—Mira Felisa, ahora yo soy el que toma las decisiones. El viejo ya no me podrá decir jamás lo que debo o no debo hacer. Así que voy a prescindir de Juana. Ahora habrá menos trabajo y te puedes encargar tu sola.

—Pero Juana lleva muchos años en esta casa...

—Por eso le ha llegado el momento de retirarse. Es una vieja metomentodo que a no ser por mi padre haría tiempo que no estaría aquí.

—¿Y qué va ser de ella?

Don Gustavo se acercó a Felisa, le tomó la mano y le dijo:

—Eso no debe importarte. Sé que esa vieja te ha malmetido de mí. Pero ahora comprobarás que no soy como dice esa arpía. Mis intenciones son honestas.

Felisa no sabía a qué intenciones se refería ni quería averiguarlo. Retiró su mano y dejó el despacho. Ya no albergaba dudas de que era el momento de abandonar esa casa para siempre y así se lo hizo saber a doña Dorita, omitiendo que el responsable era su hijo. Pero la dueña de la casa intentó convencerla de que se quedase. Le ofreció más dinero, más tiempo libre y a Felisa le enternecieron sus suplicas y aceptó quedarse una temporada. También, a pesar de don Gustavo, consiguió que Juana se ocupara de doña Dorita cuando ella se ausentase.

La despedida de Juana le produjo una inmensa tristeza. Después de toda una vida al servicio de los Carrión, la mujer tuvo que recoger sus bártulos y marcharse.

—No nos veremos todos los días, pero si de cuando en cuando —intentó consolarla Felisa.

—Procura mantenerte alejada de don Gustavo. Te desea y si no lo consigue por las buenas, lo hará de otro modo —le dijo Juana en la despedida.

Felisa se sumió en un mar de dudas. Pero había dado la palabra a doña Dorita de permanecer allí algo más de tiempo y mientras no surgiera algo nuevo, la cumpliría.

Don Gustavo tampoco quería perderla y el siguiente paso fue regularizar su situación laboral. Eso al menos fue un motivo de alegría para ella y Manuel.

A Felisa le quedaba poco para tener a su segundo hijo y en todo ese tiempo, apenas coincidió con don Gustavo. Su trabajo cambió ostensiblemente. Se limitaba a cuidar y acompañar a doña Dorita. Debido a su estado, en los últimos meses, rechazó los encargos de costura y compartió más tiempo con su esposo, su hija y su hermano.

Manuel seguía vendiendo navajas, descargando camiones y echando unas horas el pequeño huerto junto a su amigo Antoñito. Desde que se trasladaron a Albacete, no había visitado a su familia ni una sola vez. Ellos al contrario si lo habían hecho. Gregoria, debido a sus constantes revisiones médicas, era la que más aparecía por su casa. Indalecio y Anastasio, se trasladaban a la ciudad cada cuatro o cinco meses. Pasaban unas horas con Felisa y Manuel y disfrutaban de la pequeña Abelarda.

Manuel continuaba carteándose con sus compañeros de mili; aunque las cartas cada vez tardaban más en llegar. Lorenzo, le escribió contándole que estaba por tierras vacas con la Telefónica. Julián le envió una invitación de boda y él se alegró por sus amigos. Pero un día recogió una carta del buzón en cuyo remite rezaba el nombre de una mujer. Se trataba de la madre de Matías. La mujer en unas líneas le comunicaba la imprevista muerte de su hijo en un accidente en la mina. Esa noticia le entristeció sobremanera.

—¡Qué injusta es la vida! Un hombre tan joven... —se lamentó.

En esos momentos de abatimiento se apoyó en Felisa.

—Así es la vida Manuel. Aquí estamos hasta que Dios quiera.

—Pero es que era tan joven y tenía tantos sueños...

—Esta noche rezaré por él y porque nos espere muchos años.

Manuel se abrazó a su esposa.

—Yo no podría aguantar ni un día sin ti.

Agustín detectando la tristeza, se abrazó a ellos.

—Al menos la muerte de Matías, la ha lamentado su familia. No como a mi pobre hermana — pensó en voz alta Felisa.

—Yo lo lamenté —repuso Manuel.

Y es que las inquietudes de Felisa siempre estaban en un segundo plano. Ella se preocupaba por cualquier cosa por insignificante que fuera. Pero era fuerte y aunque le faltaban otros, tenía a las personas que quería; su marido, su hija, su hermano.

Más de una noche se había despertado emocionada de tener en su casa a sus padres. Llena de gozo, veía a Indalecio y Nemesio jugando una partida de cartas, a Manuel, Anastasio y sus hermanos, entreteniéndolo a Abelarda. Pero al abrir los ojos se enfrentaba a la terrible realidad; su familia la despreciaba.

Capítulo 38

El año estaba llegando a su fin. Atrás quedaban las revueltas de universitarios — en protesta contra el entramado franquista — que serían el pistoletazo de salida para otras muchas que se sucederían durante la dictadura. Los estudiantes y los falangistas tuvieron encarnizados enfrentamientos. La tensión llegó a su cota más alta, cuando un falangista fue herido por un arma de fuego, sin aclararse de dónde procedía el disparo. El ejército se preparó para tomar Madrid si persistían los disturbios. Afortunadamente, eso no ocurrió.

—Manuel el Estado se empeña que todos seamos marionetas para manipularnos a su antojo — explicaba Antoñito a tenor de lo que ocurría—. España se está quedando aislada del resto del mundo. En todas las provincias se están formando grupos de resistencia activa, en las universidades, en el campo, en las ciudades... Tenemos que estar preparados para lo que se avecina.

En octubre de ese año, unos cuantos privilegiados pudieron ver la primera emisión de Televisión Española, en un aparato que más tarde revolucionaría los hogares españoles. Y en noviembre, fallecía en el exilio, el odiado y reverenciado Juan Negrín, el último Presidente del gobierno de la República. Precisamente este suceso, hizo pensar a Manuel que era el motivo de la última ausencia de su amigo.

Desde que llegara Geer, el pintor, Antoñito se mostraba más reservado. Por las noches acudía antes a casa y ya no utilizaba el taller casero. Eso era un inconveniente para Manuel, ya que con el nacimiento de su segundo hijo necesitaría más dinero.

Aún con algunas carencias su casa empezaba a ser un verdadero hogar. Agustín de aquí para allá, la pequeña recorriéndolo todo, la vecina echándoles una mano, y Felisa y Manuel disponiendo lo necesario para la llegada del nuevo habitante. Adquirieron más mobiliario y más deudas, porque en breve necesitarían la cuna para el bebé y una camita que colocaron en otro dormitorio para Abelarda.

Todos estaban pendientes de Felisa, que seguía trabajando como si tal cosa. Como en los últimos días de su anterior embarazo, aflojó la marcha. La mayor parte del tiempo lo pasaba junto a doña Dorita; conversando, leyéndole novelas de Corín Tellado o sosteniéndola para que observara a través de la ventana.

Antes de que llegara el bebé, a Manuel le inquietó la desaparición de Antoñito. Temía que se hubiera metido en líos. Hacía diez días que faltaba y nunca se había ausentado tanto tiempo. La verdad era que nunca avisaba. Desaparecía sin más y cuando regresaba no contaba nada. Manuel imaginó que habría asistido a una de esas reuniones secretas donde se juntaba con gente contraria al régimen, para discutir como se hacía en los salones de los grandes cafés, pero al otro lado de la frontera. Ponderó la posibilidad que la muerte de Negrín fuera el motivo.

Como quiera que fuese, su ausencia molestó a Moreno. Incluso amenazó con no proporcionarle más mercancía si no se presentaba en breve.

—¿No sabes nada aún de tu amigo? —le preguntó por enésima vez.

—Quizá tenga algún familiar enfermo y por eso tarda más que de costumbre —intentó convencerle Manuel.

—Sé que obras de buena fe y que intentas cubrirle. Pero Antoñito no tiene familia. Así que si no aparece mañana, que se olvide de vender navajas para mí —sentenció Moreno.

Pese a la insistencia de Manuel y a su infinidad de argumentos, Moreno se mantuvo firme en su

decisión.

Cuando Manuel repuso el material vendido el día anterior, abandonó el taller entre un mar de preocupaciones. No quería perder a su compañero, así que antes de ir a la Estación, se desvió de su camino y se dirigió a la calle de la Parra.

La casa de su amigo estaba cerrada a cal y canto. Golpeó varias veces en la puerta sin que nadie atendiera a sus golpes, intentó ver algo a través de las persianas y golpeó de nuevo. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó una voz femenina.

—¿Buscas a Antoñito?

Manuel se giró y contempló a una mujer de baja estatura, con un bata de guatiné, unas zapatillas a cuadros y el pelo excesivamente cardado. Ya la había visto en otras ocasiones. Se trataba de la vecina de la casa de enfrente.

—He *llamao* varias veces y parece que no está en su casa. La verdad que me tiene algo *preocupao*.

La mujer cruzó al otro lado.

—Pues no insistas. A él y al extranjero, hace unos días que se los llevaron unos hombres en un coche.

—¿Unos hombres? ¿Los conocía usted?

Ella se acercó y le susurró:

—Eran policías. Iban mejor vestidos que los que lo visitan alguna vez, seguro que eran de la policía. No es que yo sea una fisgona, pero desde mi casa se ve todo.

El temor se apoderó de Manuel. La idea de que la policía hubiese detenido a su amigo le inquietaba sobremanera. En más de una ocasión había escuchado a su padre contar como trataban en las comisarías y cuartelillos a los que arrestaban por ser contrarios al régimen franquista.

—¿Y sabe adónde lo han *llevao*?

—No, pero me da mala espina. Ayer vinieron de nuevo. Esta vez acompañados de otros dos y vaciaron la casa. Se llevaron un montón de libros y cuadros. En uno había pintado un hombre desnudo.

Manuel no quiso escuchar nada más. Le agradeció la información y se alejó de allí. Su cabeza iba a mil por hora. No sabía qué hacer. Al cabo de un rato decidió ir a la Comisaría y preguntar por él.

Mientras caminaba hacia allí, se detuvo, retrocedió, volvió a encaminarse, y al fin se armó de valor y se plantó en la puerta de la Comisaría.

Dos policías ataviados con sendos uniformes grises, con botones dorados, los típicos correaes y gorra de plato, le impidieron el paso.

—¿Se puede saber dónde va tan decidido? —le preguntó uno observando con curiosidad el fajín repleto de navajas.

—Vengo a preguntar por un amigo.

Los dos policías se miraron.

—¿Y quién es tu amigo? ¿Trabaja aquí?

—No. Es un navajero. Se llama Antoñito.

—Dejadme que me encargue yo —dijo una voz a su espalda.

Los policías se cuadraron y al desviar Manuel la mirada, contempló a un hombre corpulento con la cara picada por la viruela. Sabía que era el Comisario Argudo. Había oído hablar mucho de él y nada bueno.

—Deja eso aquí y sígueme.

Manuel se despojó del fajín y fue en pos de él hasta que entraron en una pequeña habitación desprovista de muebles. Una mesa, una lámpara portátil, unos cuantos artilugios y un par de sillas era cuanto había. En las paredes y en el suelo se apreciaban unas manchas que quiso convencerse de que no eran lo que parecían.

—Siéntate —le pidió el Comisario a la vez que él tomaba asiento a horcajadas, dejando al descubierto la pistola que llevaba en la cintura y se encendía un cigarrillo.

—¿Cómo te llamas muchacho?

—Manuel Romano Cortés, *pa' servirle*.

—¿No serás tú el marido de la sirvienta de mi amigo Gustavo?

Manuel empezó a arrepentirse de haber ido a la comisaría.

—Sí —respondió deseando que eso le beneficiara.

El Comisario dio una calada y soltó una bocanada de humo.

—¿Así que quieres saber del navajero? ¿De qué lo conoces?

—Somos compañeros. Vendemos navajas en la estación... —repuso intentando parecer tranquilo.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Hace casi dos años.

—¿Estabas al tanto de sus andadas?

El miedo empezó a apoderarse de él. Temió que le pudieran implicar en las tramas políticas de su amigo.

—No sé a qué se refiere. Antoñito es una persona normal. No se mete con nadie y hace bien su trabajo.

En ese momento entró un policía uniformado y susurró algo al oído del Comisario. Luego permaneció inmóvil como una estatua sin dejar de mirar a Manuel.

—Tu amigo hace días que estuvo aquí —continuó el Comisario—. Se llevó unas cuantas hostias y me dieron ganas de meterle la porra por el culo. Esa clase de individuos me dan asco.

Manuel se estremeció.

—¿Sabes por qué lo hemos metido en la cárcel?

Manuel se encogió de hombros. Sabía que cualquier excusa habría servido para meterlo entre rejas; masón, comunista, revolucionario, instigador... Pero se equivocaba.

—Tu amigo es “violeta”

—¿Violeta? —repuso confuso Manuel.

El Comisario y el policía se miraron y soltaron una carcajada.

—¿No sabes que aparte de comunista es violeta, lila, bujarrón?

Manuel negó con la cabeza, no dando crédito a las insinuaciones del Comisario.

—A ese invertido le gustan más las chuchas que los chotos, ¿lo comprendes?

—Eso no puede ser cierto. Yo lo conozco... —intentó defenderlo.

—Cuando lo arrestamos, estaba en la cama con su amante. Ese pintor marica.

En esos momentos, Manuel se sintió avergonzado, humillado, decepcionado, traicionado y asqueado.

—Se lo juro Comisario, yo no lo sabía —intentó salvar el pellejo temiendo que lo involucraran.

—Escúchame con atención —le advirtió el Comisario—. Sé que estás casado y que tienes una hija. Así que si no quieres tener problemas, aléjate de esos desviados.

Manuel se quedó sin palabras.

El Comisario dio por terminado el interrogatorio y el policía lo escoltó a la salida. Cabizbajo, recogió sus bártulos y se encaminó a su casa. Después de lo ocurrido no le quedaban ganas de ver a nadie.

La vecina se sorprendió de verlo antes de lo acostumbrado.

—¿Cómo tan pronto por casa Manuel? ¿No sucederá nada?

—Tranquila Piedad. Hoy no me encuentro con ganas de ir a trabajar.

La mujer le palpó la frente.

—No tienes fiebre, pero si te duele algo, te puedo dar un optalidón.

—Muchas gracias Piedad. No hace falta.

Cogió en brazos a su hija y subió a su casa seguido de Agustín. El chache detectó que algo no iba bien. Al llegar a la cocina se sentó al lado de su cuñado y le acarició la cara gesticulando.

—A veces quisiera ser como tú y no entender nada —le dijo Manuel.

Los tres permanecieron allí hasta que llegó Felisa. Él se abrazó a ella y con la voz rota le contó lo que había descubierto.

—Cada vez que pienso en él revolcándose con el holandés se me revuelven las tripas.

Felisa tardó en asimilar lo que su marido le acababa de contar.

—¿Estás seguro de que es... bueno eso?

—Aunque me cueste creerlo, es verdad y ahora va a pagar por ello.

—Manuel, es tu amigo.

—No. Una persona así no puede ser mi amigo.

Ambos sabían que ser homosexual era un delito. Los homosexuales eran tratados peor que delincuentes y eran duramente represaliados. Los ciudadanos tampoco se quedaban atrás al juzgarlos. Los ridiculizaban atribuyéndoles rasgos imaginarios — que tenían estrechas las espaldas o que no sabían silbar—. Y ellos ocultaban su condición, para no pagar el injusto precio de la mofa, el escarnio y en el peor de los casos, la cárcel. Algunos, incluso lo encubrían con un matrimonio. Manuel siguiendo esa tónica despreció a su amigo.

—No quiero saber nunca más de ese maricón.

—Manuel no te reconozco —se sorprendió Felisa—. Eres injusto. Reconozco que yo también me he sorprendido, pero Antoñito siempre se ha portado bien contigo, con nosotros...

—¡Por Dios Felisa! Le gustan los hombres —replicó acalorado.

—¿Y qué? Es como tú o como yo. ¿Acaso tiene pezuñas y rabo?

—Pero es que cuando vamos caminando a la estación alguna vez me ha *echao* el brazo por el hombro. Y en el huerto hasta hemos *meao* juntos.

—Pero es tu amigo y está sufriendo las consecuencias de los que piensan como estás pensando tú ahora. ¿Quién te enseñó a trabajar? ¿Quién te ofreció su huerto para ahorrarnos unas pesetas?

Para él eso no era excusa. A su cabeza le vino una vez que hablaron del amor. Manuel le contó lo mucho que amaba a su esposa y que no podría vivir sin ella. Extrañado por su soltería, le preguntó por qué no tenía novia y si nunca había pensado en casarse y tener hijos. Antoñito lo resumió asegurando que estaba enamorado de un imposible. Ahora lo veía claro.

Por mucho que insistió Felisa en que todas las personas no eran iguales y que valorase los actos, él no quiso comprenderlo.

La noticia del encarcelamiento de Antoñito y el motivo, no tardó en hacerse pública. Manuel pensó que la policía se había encargado de propagarla para aumentar más si cabe el vejatorio correctivo. Los navajeros, los clientes de las tabernas... todos le preguntaban a él y alguno se

atrevió a bromear sobre si su amistad no era algo más. Manuel se sentía humillado. Buscó consuelo en Casimiro y Pelayo.

—¿No os parece asqueroso lo de Antoñito?

El limpiabotas lo miró en silencio y cayó. El Sereno si le respondió. Alzó la copa y se la bebió de un trago.

—Yo lo único que pido al coñac, es que sea bueno y que luego no me duela la cabeza.

Aunque Manuel no lo entendió muy bien, esas fueron las palabras más claras que le había oído decir.

Moreno, a tenor de las circunstancias, requirió a otro navajero. Él era muy crítico con el que fue su mejor vendedor.

—¡Qué engañados nos tuvo Manuel! —despotricaba — Pensar que bajo este mismo techo y en mi despacho he tenido a un maricón, me pone de mala hostia.

—Era un buen trabajador —justificó Manuel.

—En eso tienes razón. Pero esas personas a la larga sólo traen problemas. ¿Tú no le notabas nada?

Manuel negó con la cabeza. Recogió el material y abandonó el taller. A partir de ese momento, se limitó a vender navajas y descargar camiones. Dejó de cuidar el huerto y esquivaba a quien mencionase a Antoñito. Deseaba borrar que algún día lo había conocido. Pero eso era difícil. Siempre había alguien que se lo recordaba. Incluso su nuevo compañero, que se presentó como Expósito y que Manuel no supo ni le interesó saber, si era su nombre o su apellido. Desde el primer día evidenció que aquel hombre no era de fiar y que nunca se llevarían bien. La primera vez que salieron juntos del taller con dirección a la estación lo comprobó.

—He oído que tu anterior compañero era un mariquita —dijo en tono despectivo.

—Se llamaba Antoñito y era un navajero como tú y yo —repuso Manuel.

—Bueno como yo no. A mí me gustan las mujeres de tetas gordas y buen culo.

Manuel no le siguió la corriente.

Con el tiempo se dio cuenta de lo diferente que era su nuevo compañero a Antoñito. Expósito era un bebedor empedernido, pendenciero y putero. La mayoría de los días acababa borracho y peleándose con alguien. La daba igual enfrentarse a los otros navajeros, a los clientes de las tabernas o a algún transeúnte. Era soez con las mujeres, malhablado y el dinero que sacaba se lo gastaba en vino o en el Alto de la Villa. Cuando Manuel le reprendía, siempre empleaba el mismo argumento; contaba que su madre le abandonó en el torno de la Inclusa y que era así por haberse criado sin padres con las monjas.

Manuel lo aborrecía, pero no le quedaba más remedio que reunirse con él en el taller y aguantar sus bravuconadas mientras hacían el recorrido juntos. Aunque ganas no le faltaban, en más de una ocasión se contuvo de darle un puñetazo. La verdad era que echaba en falta a Antoñito.

Capítulo 39

El año llegó a su fin con un nuevo Romano. El 31 de diciembre, Felisa parió a un niño rollizo de pelo pelirrojo. Como fue varón decidieron llamarle Lucas, en memoria del hermano de Manuel muerto en la guerra. En esta ocasión Manuel estuvo con su esposa cuando rompió aguas, cuando un taxi los llevó a la Residencia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y sólo se separó de ella cuando la trasladaron al paritorio.

—¿Tiene la peca en el culo? —fue lo primero que preguntó al ver a su hijo.

—Es un niño —arguyó Felisa como si lo de la peca fuera un distintivo de las mujeres de la familia.

Nuevamente por la Residencia y por la casa de la calle Tejares pasaron familiares y amigos para dar la enhorabuena a los padres y la bienvenida a Lucas. Pero faltaba Antoñito y esa ausencia se hizo notar.

—¿Y Antoñito? ¿Qué tal anda? —preguntó Indalecio.

A Manuel no le quedó más remedio que contárselo a su padre y a su hermano, y prefirió no decir nada a Gregoria y Mariano.

—¡Joder! Pues no lo parecía —exclamó Indalecio.

—¿Y qué hay del otro? Ese pintor holandés que mencionabas en una carta —se interesó Anastasio.

—No lo sé con certeza, pero alguien me ha dicho que lo han *expulsao* del país —intentó aclarar Manuel.

—Mala cosa —gruñó Indalecio—. Una vez me contaron que a esos *desviaos* los someten a un duro tratamiento para regenerarlos. No te preocupes por él. Dentro de un tiempo estará *curao*.

Manuel dudaba que su amigo fuera un enfermo, pero no contradijo a su padre.

—Es igual. A ese no le vemos más el pelo —añadió Anastasio y Manuel deseó que no se equivocara.

Cuando estuvieron solos los dos hermanos, Anastasio le hizo una confidencia. Primero se aseguró de que nadie los oyera y casi susurró.

—Padre me ha advertido de que no diga nada, pero yo tengo que contártelo.

—¿De qué se trata? —instó Manuel.

—Es sobre la señorita Amelia —dejó caer Anastasio.

—¿Qué le pasa ahora?

—Que tiene novio y se va a casar en primavera.

Manuel tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Y se puede saber quién es el *afortunao*?

—Es un franchute que tiene mucho dinero. Por lo visto tiene negocios por medio mundo y se ha asociado con gente de Chinchilla para fabricar material de construcción; ladrillos, tejas y todo eso.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que van a vivir aquí, en Albacete.

—No me importa.

Anastasio no insistió.

Con Lucas se repitió el mismo ritual que con su hermana. Fue bautizado en la misma Iglesia,

celebraron el bautizo en el mismo sitio y con los mismos invitados, excepto con la ausencia de Antoñito. El pequeño dormía en la misma cuna y su madre lo trasladaba a casa de los Carrión en el mismo cesto. Incluso los dos hermanos chupaban del mismo pecho. Aunque Abelarda ya comía, cuando su madre le daba teta al pequeño, ella no desperdiciaba la ocasión. La niña tuvo que abandonar la cuna y trasladarse a una camita en otra habitación. Alguna vez se quedaba con Agustín y cuando se dormía, Manuel cargaba con ella a su dormitorio. El chache era otro niño dentro de un cuerpo de hombre. Les hacía carantoñas y les arrancaba unas carcajadas. Pero no sólo con sus sobrinos. No era extraño verle jugar con otros niños del barrio. Alguno cansado de su repetitivo «Vayaya», le preguntaba por qué no hablaba. Pero en general se lo pasaban bien con él.

Con la llegada de Lucas la situación económica empeoró. Las deudas crecieron. Con lo que ganaba Felisa iban tirando. Manuel, aunque se planteó cambiar de trabajo, continuó de navajero. Lo poco que conseguía iba directamente al bote metálico, donde se suponía que ahorrarían lo suficiente para cambiar de vida. Pero eso nunca llegaba. Siempre surgía algo para sacar las monedas. Incluso una vez que los navajeros hicieron una colecta para recuperar el cadáver del hijo de uno de ellos que había muerto en Francia, Felisa y Manuel aportaron todo el contenido. Afortunadamente, si alguna vez no llegaban, don Justo no ponía reparos para que le pagasen el alquiler más tarde.

Gregoria y Mariano eran los que más los visitaban y siempre traían algún regalo para sus sobrinos. Muchas veces Gregoria se ofreció a prestarles dinero, pero Manuel se negó rotundamente argumentando la cantinela de siempre; que algún día sería rico. Pero el tiempo pasaba y la vida cada día se ponía más difícil.

Un par de meses después de que naciera Lucas, Emeterio abordó a su hermana cuando se dirigía a su casa.

—¿Que susto me has dado! —exclamó Felisa al comprobar que quién la había cogido del brazo era su hermano — ¿Qué haces en Albacete?

—No traigo buenas noticias. Ayer enterramos a nuestra madre —le dijo con voz queda.

Al oír esas palabras Felisa no pudo sentirse peor.

—¿Ha muerto mi madre y no me habéis avisado? —le reprochó.

—Intenté convencer al padre, pero me lo prohibió —se excusó Emeterio.

Felisa no expulsó ni una lágrima. Quería a su madre y no pasaba ni un día en que se acordara de ella y la tuviera presente en sus oraciones. Pero en su fuero interno la detestaba por haber sido sumisa y no plantarle cara al tirano de su padre.

—¿Cómo murió?

—Para tu tranquilidad te diré que no sufrió. Se puso mala por la mañana. Se echó en la cama y no despertó.

Al menos eso la tranquilizó.

—¿Hasta cuándo Emeterio? ¿Cuánto más tengo que aguantar?

—No lo sé. Yo estoy hasta las narices y he *pensao* en abandonar la aldea. Pero ahora tengo que irme. Me esperan.

Felisa asintió y le mostró a su sobrino.

—Se llama Lucas.

Emeterio carraspeó, acarició al pequeño y se fue haciendo verdaderos esfuerzos para que su hermana no lo viera llorar.

Al llegar a casa, cuando le contó a Manuel que su madre había muerto y que la habían

enterrado sin avisarla, él maldijo a Nemesio. Ambos acordaron que había llegado el momento de visitar Las Bichas y el cementerio. Pero aún tendrían que esperar un tiempo.

El constante vacío de familia que la perseguiría toda la vida, se acrecentó después de la pérdida de su madre. Por primera vez se despertó en ella el odio hacia su padre y se convenció de que ya era demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido. Sólo se alejaba de ella ese sentimiento cuando estaba trabajando.

En la casa de los Carrión también hubo novedades. Desde que muriera el señor Gustavo, su hijo campaba a sus anchas. La fábrica de lejía fue vendida y en la caja fuerte el dinero iba y venía. Sin nadie que le parase los pies, don Gustavo organizaba todo a su antojo. En la pared el despacho colgó dos grandes fotografías; una del Caudillo y la otra de Primo de Rivera. En el salón se reunía con sus amigotes hasta altas horas de la noche y recibía a mujeres en su dormitorio. Cuando Felisa pasaba por la puerta de su habitación, escuchaba sus voces y sus gemidos, y en una ocasión, se encontró en el pasillo con una en medias y combinación, que se ocultó en el cuarto de baño. Felisa sospechó que se trataba de una mujer casada. Pero a ella poco le importaba con tal de que don Gustavo la dejase en paz. Pero un día estalló.

Se encontraba en el despacho quitando el polvo de los libros de las estanterías, cuando entró don Gustavo con otro hombre.

—Felisa tengo que hacer un negocio con este caballero. Si eres tan amable de dejarnos solos —le rogó con excesiva amabilidad.

Recogió los trapos y se dispuso a salir, pero al pasar al lado de don Gustavo, éste le dio un palmetazo en el trasero.

—¿Has visto qué hembras tenemos en Albacete? —le dijo al otro hombre en tono bravucón.

Felisa creyó morir en ese instante. Estuvo en un trís de girarse y asestarle un bofetón. Pero esperó a que el otro hombre saliera del despacho para entrar a hablar con él. Sin llamar a la puerta entró y lo sorprendió metiendo dinero en la caja fuerte.

—He hecho un buen negocio. He vendido unas tierras al murciano que acaba de salir —murmuró cerrando la caja, aguantando la llave en la mano para que ella no descubriera dónde la guardaba.

Sin embargo, a ella no le importaban sus negocios. Estaba decidida a aclarar unas cuantas cosas y asumir las consecuencias.

—Quiero hablar con usted.

—¿De qué? —replicó él observando su rostro contrariado.

Felisa respiró y escupió lo que tenía que decir.

—Trabajo aquí desde hace varios años. Su madre es un encanto y si no fuera por ella, hace mucho tiempo que me hubiera marchado. Me molesta su descaró, su insolencia y su falta de respeto hacia mí. Y porque usted me pague no le da derecho a tocarme.

Felisa se quitó un peso de encima.

—¡Si señor! Eso es sinceridad. Me gusta —dijo él como si tal cosa.

—Creo que no me ha entendido —replicó Felisa — ¡Estoy harta de usted!

—Pues tendrías que estar orgullosa de trabajar en esta casa. ¿Quién te crees que eres? Te lo aclararé por si no te has enterado: Eres una sirvienta que está casada con un hombre que no tiene donde caerse muerto.

—Yo soy muy feliz con mi marido y con lo poco que tenemos. Y usted sólo se siente bien, humillando y robando a esa pobre mujer que está postrada en su lecho.

Don Gustavo enfureció.

—Yo no cojo nada que no sea mío.

—¿Sabe su hermana que malgasta el dinero de la familia?

—Eso a ti no te importa.

—¡Claro que no! Porque me voy.

Don Gustavo se plantó ante ella cortándole el paso.

—Si dejas esta casa, me encargaré de que ni a ti ni a tu marido os den trabajo en Albacete. Sé que Manuel no se comportó honestamente con la hija de un amigo mío y que se junta con comunistas y degenerados. Así que podéis hacer las maletas y regresar a vuestra aldea.

Felisa tuvo que reconocer que le había ganado la partida. Sabía que don Gustavo tenía amigos importantes y que no amenazaba en vano. Muy a su pesar cedió, para no ser ella el motivo de que Manuel regresara a Las Bichas con el rabo entre las piernas. Abandonó el despacho en silencio y fue a acompañar a doña Dorita.

Manuel ignoraba lo que tenía que aguantar su esposa. Ella le ocultaba esos trances para no empeorar las cosas, porque temía que si él se enteraba, pudiera actuar de forma violenta. Lo que complicaría su situación.

El continuaba con su precariedad. Muchos le habían aconsejado que intentase encontrar algo mejor. Incluso le habían ofrecido un trabajo de jardinero, que por supuesto rechazó. Manuel seguía convencido que su oportunidad le estaba esperando.

Desde que apresaron a Antoñito se comportaba como un autómata. Vendía en la estación, luego sin saber por qué recogía los ejemplares del diario Pueblo y después de echarles un vistazo, los guardaba debajo de la escalera. Pasaba mucho rato solo en la taberna de Amancio, y no para escuchar sus historias. Era uno de los pocos lugares donde nadie le recordaba a Antoñito.

Un día estaba conversando con Amancio, cuando alguien desde el otro lado de la barra le llamó.

—¡Eh Manuel! ¿Eres tú?

Al desviar la mirada, observó a un hombre que le resultaba conocido.

—¡Hay que joderse! Manuel Romano Cortés. Que pequeño es el mundo.

Entonces lo reconoció. Era Moratalla. El reo que tuvo que custodiar cuando hizo el servicio militar.

Moratalla se acercó a él y le ofreció la mano.

—No te imaginas las veces que he pensado en ti —añadió.

Manuel se temió que estuviera resentido por lo que ocurrió cuando intentó escaparse del calabozo.

—¿Qué tal estás?

—No ando mal del todo. Por fin acabó todo. Amigo tuviste un par de cojones al apuntarme con aquel fusil. Siempre me he preguntado si habrías sido capaz de disparar.

—No lo sé.

Moratalla le pasó el brazo por el hombro.

—Yo creo que sí. Lo vi en tus ojos, pero no te guardo rencor ¡Que coño! Hiciste lo que tenías que hacer.

La media hora siguiente estuvieron conversando como si fueran amigos. Moratalla le contó su periplo desde la última vez que se vieron; su condena en un Penal militar, su puesta en libertad, su regreso a Albacete y que trabajaba de carnicero en un puesto de la Plaza. Manuel le correspondió contándole que se había casado, que tenía dos hijos y que había dejado la aldea y que trabajaba de navajero. Después de beberse dos chatos se despidieron.

El ver a Moratalla rompió su monotonía y le hizo reflexionar; como un hombre así —al que estuvo a punto de disparar — le había perdonado y él no era capaz de perdonar a Antoñito. Incluso don Teodoro intentó convencerle de que la homosexualidad no tendría por qué ser un delito. Lo argumentó explicándole que en la historia había habido muchos personajes, entre ellos; reyes, notables, guerreros y que en algunas culturas como la antigua Grecia era algo normal. Pero a Manuel le asqueaba pensar en dos hombres practicando sexo y en su cabeza no cabía como podían sentir amor.

Pese a todo echaba de menos a Antoñito. Cuando estaba en la estación, se lo imaginaba cantando una copla o abordando a los viajeros con su desparpajo. Cuando pasaba por la Casa de la Marquesa —que con el paso de los años había crecido el halo de misterio que la rodeaba alimentado por los cuentos de unos y otros—, se lo imaginaba colgado de la verja, gritándole a los fantasmas. Cuando regresaba a casa o cuando se juntaba con Pelayo y Casimiro. Incluso más de una vez se había desviado de su camino y se había detenido en el Puente de Madera, desde donde se divisaba la vieja cárcel. Mientras se fumaba un cigarro, observaba las cruces talladas en las barandillas de piedra que aparecían siempre que alguien se suicidaba y los muros tras los que estaba su amigo.

Sólo Felisa percibía el vacío y la confusión que sentía su marido. Muchas noches, antes de dormir, Antoñito estaba presente en sus conversaciones. Sin embargo, sospechaban que nunca más volverían a verlo.

Capítulo 40

Doña Dorita tuvo que ser ingresada de urgencia por una grave crisis en su ya larga enfermedad. Los médicos informaron que saldría adelante, pero tenía que permanecer unos días en observación. Ese tiempo lo aprovecharon Felisa y Manuel para cambiar de aires y visitar Las Bichas. Era la primera vez que lo hacían todos juntos. La familia tomó un tren hasta La Roda. Allí pasaron unas horas agradables en compañía de Gregoria y Mariano y luego continuaron en taxi hacia la aldea.

Indalecio y Anastasio se entusiasmaron al tener en la casona a cinco habitantes más. Cuando supieron que iban a ir, se esmeraron en tener todo arreglado; una cama aquí, otra allá y unas cuantas discusiones entre padre e hijo para disponer lo necesario.

—Ya pensaba que nunca volvería a ver a un niño correteando por aquí —dijo Indalecio lleno de gozo.

Manuel y Felisa se reencontraron con su pasado. Un millón de recuerdos volvieron a ellos; el primer beso, la Fiesta de la Vendimia, la maceta en el alfeizar, su primer revolcón en el establo... y otros menos agradables que prefirieron evitar. Como en otro tiempo montaron en la mula parda y cabalgaron hasta la Fuente del Parador. Allí fue donde se comprometieron y donde planearon su futuro. Pasearon entre las cepas y los trigales y disfrutaron de algo que echaban en falta en la capital; ver salir el sol por Fuenteparda y esconderse por Casa Aguilar.

Como en los viejos tiempos, todos congregados alrededor de la mesa, compartieron comida, historias y recordaron a los que ya no estaban. Gregoria les regaló uno de sus guisos y Felisa tomó nota de la receta. Mariano, Anastasio y Agustín, peleaban por tener a los niños en brazos. Indalecio les hizo unos juguetes y, Manuel y Felisa no recordaban un momento así.

Manuel se interesó por la salud de su padre. Anastasio le había informado que empezaba a tener achaques y que se negaba a que le viera un médico. Y es que el patriarca de los Romano ya no era el de antaño. Pasaba de los sesenta y seguía en la brecha. Casi todos sus contemporáneos llevaban años retirados. Sin embargo a él la idea de dejar de trabajar no le atraía en absoluto. Toda su vida había vivido en Las Bichas. Allí nacieron sus hijos. Cada rincón, cada cepa y cada terrón de tierra, rezumaban recuerdos.

—Padre, habrá que pensar en el retiro —le sugirió Manuel.

Indalecio miró a su alrededor y respondió:

—¿Y dónde voy a estar mejor que aquí?

Al menos Anastasio lo tranquilizó al decirle que era él el que se encargaba de los trabajos pesados.

Llegó el momento de visitar la tumba de la madre de Felisa. Manuel y ella se desplazaron hasta el cementerio de Quintanar con un ramo de flores que les había preparado Indalecio. No les fue muy difícil encontrarla. Una vieja foto incrustada en medio de una endeble cruz de hierro forjado, clavada en un montón de tierra les indicó el lugar. Felisa depositó el ramo y abrazada por su esposo le dedicó unas oraciones. Pero ni en ese lugar de reposo infinito y silencio pudieron estar en paz. La casualidad quiso que Nemesio y su hijo Emeterio llegaran un rato más tarde. El padre de Felisa montó en cólera al ver a Manuel al lado de la tumba de su esposa.

—¡Me cago en el Copón! ¿Qué hace él aquí? —increpó a su hija.

—Es mi esposo y tiene todo el derecho de acompañarme —replicó Felisa.

Manuel miró a Emeterio esperando que interviniera, pero se mantuvo en silencio.

—Lárgate o si no... —amenazó Nemesio alzando el garrote.

—Yo no me muevo de aquí hasta que no se vaya mi esposa —repuso Manuel.

Pero Nemesio no atendió a razones y sacó su navaja. Manuel reaccionó metiendo la mano en el bolsillo. Afortunadamente, Emeterio contuvo a su padre y Felisa agarró del brazo a su marido.

—No Manuel, ese no es el camino —le rogó.

Nemesio no pudo hacer nada más que despotricar.

—Os maldigo y a toda vuestra ralea.

Para no empeorar las cosas, Manuel y Felisa optaron por marcharse. Conforme se alejaban se iban perdiendo las palabras que escuchaba Nemesio.

Ese encuentro no fue muy agradable para nadie y era la mejor prueba de que las disputas entre Romanos y Molinas no tenían fin.

Felisa y Manuel olvidaron el incidente en cuanto llegaron a Las Bichas. El ambiente familiar que allí abundaba era el antídoto que necesitaban.

Antes de la partida tuvieron ocasión de ir todos juntos a la iglesia en Tarazona y saludar a unos cuantos amigos. Luego Mariano trasladó a la aldea a su esposa, Felisa, Agustín y los niños, y más tarde se reunió en la taberna con Manuel y los otros. Mientras bebían y hablaban de sus cosas, unos cuantos parroquianos que estaban detrás de ellos, conversaban en voz alta sobre Amelia Aguilar y un tal Arnau Gignac, del que tenían problemas para pronunciar su nombre y lo habían bautizado como “el Jiñao”. Comentaban la suerte que había tenido la señorita al casarse con un hombre de bien y no con el destripa terrones del que siempre había estado enamorada. Manuel se dio por aludido cuando las miradas de los clientes se dirigieron a él.

—No hagas caso. Son hombres de Aguilar y están borrachos —susurró Anastasio a su hermano.

Indalecio lamentó que Manuel hubiera escuchado esos comentarios y agradeció que ignorase otros que no pretendían otra cosa que desprestigiarlo. Pero por más que quisiera evitarlo, la antigua historia de Manuel y Amelia seguía dando que hablar en la Comarca. Todos agradecieron que Felisa no estuviera presente.

La estancia en Las Bichas llegó a su fin. A Manuel y Felisa les esperaba la capital. Indalecio y Anastasio no pudieron ocultar la tristeza que les producía la despedida. Nuevamente se quedaban solos en la aldea, ya demasiado vacía y demasiado grande para ellos.

Con nostalgia hicieron el viaje de regreso y retomaron su rutina. Manuel persiguiendo un sueño imposible y Felisa dándole todo al llevar dos casas, criar a los niños y por si fuera poco, de nuevo aceptó encargos de costura.

Las hojas del calendario pasaban a una velocidad increíble, igual que los acontecimientos. Pasó otra Feria, otra vendimia, un par de tardes de cine, le llegó el retiro a Miguel el marido de Piedad, murió Amancio el tabernero, Felisa se las ingeniaba para evitar el acoso de don Gustavo, y mientras los niños iban creciendo, se aproximaba un nuevo año.

A Manuel le faltaba algo. Ni los otros navajeros ni el suplente de Antoñito eran de gran ayuda. Para mitigar esos momentos de soledad en la estación, leía los ejemplares pasados del periódico. Por ellos se enteró del fatal accidente de un autobús al precipitarse al río Júcar, de la gran riada de Valencia o que los rusos habían enviado a un perro al espacio.

Desde que Miguel se había jubilado pasaba más tiempo con él. A Miguel que era una persona activa, se le apoderó el síndrome del mueble inservible. No tenía más afición que visitar las

tabernas y acabar borracho. Pero su pensión no le daba para mucho. Un día con unos cuantos vinos de más, sacó el tema de Antoñito.

—Es asqueroso lo de ese amigo tuyo. Yo no dejaría que un tipejo así se me acercase.

Luego profirió toda clase de ofensas a los homosexuales y Manuel se sintió despreciable por pensar como él.

Cada vez que Miguel se emborrachaba soltaba una de sus repetitivas cantinelas. Pero un día cambió. Empezó a reconocer que algo había hecho mal y que por eso había perdido a sus hijos.

—¿Por qué no vais tú y Piedad y les hacéis una visita? —le sugirió Manuel.

—¡Na! Lo mío ya no tiene remedio.

—Hazlo al menos por Piedad —insistió Manuel.

Pero eso no fue una buena idea, al menos para Miguel. Hicieron el viaje y sus hijos no permitieron que pisara sus casas. Piedad pasó unos días con sus hijos y sus nietos y él se conformó con pernoctar en una pensión y ver a sus nietos unos pocos minutos.

A su regreso, cuando Piedad le contó a Felisa lo ocurrido, Manuel y ella se preguntaron que tan grave era lo que había hecho Miguel para que sus hijos actuaran de tal forma. No obstante no lo preguntaron.

En una temporada Miguel no salió a la calle. Se limitaba a beber hasta que daba con sus huesos en el camastro. Una profunda depresión se había apoderado de él. Para ayudarlo, a Manuel se le ocurrió una idea. Le propuso recoger las sobras de los talleres y fabricas cuchilleras —como hiciera con Antoñito—, para recomponer algunas navajas, que Manuel vendería y le daría el cincuenta por ciento de lo que sacara. A Miguel le pareció bien y se pusieron manos a la obra.

—Manuel te agradezco que le dieras esos consejos a mi marido. Ya me tenía preocupada. Todo el día sin salir de casa y desmotivado. Pero mírale ahora está feliz y todo gracias a ti —le agradeció Piedad al ver el cambio que había manifestado su marido.

—No me des las gracias. Yo sólo le di el empujón que le faltaba —se quitó merito Manuel.

Él era único para aconsejar a los demás. Sin embargo, no siempre seguía los consejos de los que más le querían. Su padre, sus hermanos, su esposa, sus amigos e incluso Moreno, le instaban a que buscase otro trabajo. Pero Manuel los desoía a todos. Era feliz en la estación, en las tabernas, en las tardes de Feria en las que se plantaba en la puerta de los redondeles o en las de la Plaza de Toros. Nadie le comprendía, en realidad nunca lo habían hecho, pero estaba convencido de que ese era el buen camino y que algún día lo demostraría.

Pero mientras llegaba ese momento, el tiempo pasaba. El pequeño Lucas había cumplido un año y Felisa anunció que la familia aumentaría de nuevo. A Manuel no le sorprendió el anuncio; ella nunca se equivocaba.

Una vez más vinieron los quebraderos de cabeza. Manuel iba perdido en esos pensamientos, cuando al cruzar la calle Ancha no se percató de que un vehículo se le echaba encima. El conductor frenó justo para apenas rozarle, pero Manuel dio con sus posaderas en el suelo y algunas navajas se desperdigaron por doquier.

—¿Se ha hecho usted algo? —le preguntó el conductor con un acento extraño.

—No ha sido na. Muchas gracias —repuso Manuel mientras recogía las navajas y se quitaba el polvo de los pantalones.

—¿Así que es a esto a lo que te dedicas? ¿A mendigar? —escuchó una voz femenina.

Antes de girarse, sabía a quién pertenecía esa voz.

—Soy navajero —le dijo lleno de orgullo a la señorita Amalia.

—¿Conoces al mochilero? —le preguntó el conductor.

—Hace tiempo trabajaba para mi padre —aclaró ella.

—¡Ohlala! ¿Entonces eres Manuel? He oído hablar mucho de ti —observó el francés arrastrando las erres.

Manuel adivinó que se trataba de “el franchute” o “el Jiñao” con el que se había casado ella. No quiso dar pie a una conversación. Se sentía como una atracción de feria. Ese hombre elegante, la señorita Amelia y los transeúntes pendientes de él.

—Lo siento, tengo que irme —zanjó sin mirarles a la cara.

No había andado ni un paso, cuando Amelia estiró el brazo y agarró una navaja.

—Págasela —le dijo a su marido.

El francés sacó su cartera.

—¿Cuánto cuesta? —inquirió.

—Nada. Es un regalo. Ahora estamos en paz — y continuó su camino.

—¿Qué ha querido decir? —le preguntó el francés a su esposa.

—¿Quién sabe?

Pero ella sabía muy bien a que se refería y la desquició el desconocer si aún conservaba la cruz de plata que le regaló.

Cuando Manuel llegó a su casa, le contó el incidente a Felisa y a ella le extrañó. Nunca hablaba de la señorita Amelia y se preguntaba por qué.

—¿Sigue tan guapa? —le preguntó.

—No me he *fijao*. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque sé que aún sigue enamorada de ti.

—¡Tonterías! Está casada con un hombre apuesto y con dinero.

—Eso no tiene nada que ver. Los señoritos se casan por interés y luego hacen lo que quieren.

Ella esperaba algo así. Gregoria ya le había advertido de que ese encuentro podía producirse. Durante su estancia en Las Bichas, le había hablado de la boda con el francés y que vivía en Albacete, en el Pasaje de Lodaes, un lugar vetado a los de su clase.

A Manuel le gustó ese ataque de celos. La apretó contra él y le susurró al oído.

—Te quiero más que a mi vida y nada ni nadie hará que eso cambie.

Ni la señorita Amelia ni su marido, volvieron a ocupar ni un segundo en sus conversaciones posteriores a ese día. Con la espera de su nuevo hijo y sus problemas económicos ya tenían bastante.

Capítulo 41

Poco antes de que el tercer vástago de Felisa y Manuel viniera al mundo, ocurrió algo sorprendente. Una noche Emeterio llamó a su puerta. A Manuel le sorprendió verlo allí en su casa. Era la primera vez que estaban solos frente a frente. Cuando lo invitó a entrar, el chache Agustín se abrazó a él y Felisa se inquietó. Pero esos temores se disiparon cuando su hermano les informó de que había abandonado Torreparda. Ya no aguantaba más el férreo control de su padre. En los últimos meses no hacían más que discutir, así que agarró una maleta y se dirigió a Albacete.

—Quiero pedir os perdón por todo lo pasado —les rogó.

Manuel y Felisa no le reprocharon nada.

—Lo *pasao, pasao* está —le dijo Manuel ofreciéndole su mano.

Su cuñado le dio un fuerte apretón y sus ojos se nublaron.

Ese día fue un reempezar para los tres. Emeterio se alojaba provisionalmente en una posada, aunque todos los domingos estaba invitado a la mesa de su hermana y su cuñado. Manuel le consiguió un trabajo de jardinero, en el que diariamente se ocupaba de los jardines y flores de unas cuantas familias adineradas, excepto de los árboles de casa de los Carrión que se encargaba él para estar junto a su mujer.

Para variar, uno de Torreparda acompañó a Manuel, fumó compulsivamente, y recorrió incontables veces el pasillo de la Residencia, hasta que se oyó el llanto del recién nacido. Emeterio y Manuel celebraron el nacimiento del niño, que según habían previsto se llamaría Álvaro.

En el bautizo Emeterio comprobó cómo eran de verdad los Romano. Nadie lo rechazó. Indalecio y él conversaron como si tal cosa. En el ágape era uno más de la familia y esa noche visitó el Alto de la Villa con Anastasio. Comprobó que todo lo que su padre la había inculcado de esa familia era mentira y en ese momento supo que jamás le perdonaría ese engaño.

Pero eso no evitaba el dolor que le producía a él y a su hermana la espina que tenían clavada en el corazón. Eran conscientes que nunca podrían celebrar nada las dos familias y que el odio que Nemesio albergaba, no cesaría hasta que estuviera bajo tierra. Habían perdido tanto; Abelarda, Desiderio, Zenón... el ser felices.

Desde que apareció Emeterio, se mitigó la falta de Antoñito. Con el tiempo llegaron a ser compañeros. Moreno le ofreció a Manuel otro puesto en el taller y él, prefirió que lo ocupase su cuñado.

—Manuel eres una buena persona, pero estás desaprovechando el tiempo —le dijo Moreno.

—No lo creo —repuso Manuel—. Yo soy de la calle y en la calle encontraré mi destino.

—Manuel, eres un soñador.

Para él no eran sueños. Estaba convencido de que llegaría a ser una persona importante. Pero la cruel realidad era que ese empecinamiento perjudicaba a su familia; ya numerosa. Acudía diariamente a la estación y luego recorría las calles de la ciudad intentando vender alguna navaja. En más de una ocasión coincidió con el franchute, el marido de Amelia. Y en todas, Arnaud Gignac iba acompañado de una mujer joven y atractiva. Imaginó que era su querida, ya que en ese tiempo estaba bien visto entre la clase alta. Incluso algunas mujeres, que supuestamente deberían de estar molestas, presumían que la querida de su esposo era más bella que la de sus amigas. «Cosas de burgueses», como habría dicho Antoñito.

Con la llegada del nuevo retoño la casa se sometió una vez más a modificaciones. La pequeña salita se transformó en un dormitorio, que por supuesto ocupó Agustín, para estar cerca del aparato de radio. Aunque muchas noches, Abelarda y Lucas acababan en la cama de su tío. Los niños le tenían un gran aprecio y él no se cansaba nunca de jugar con ellos.

Felisa, igual que hizo con los anteriores, llevó al pequeño Álvaro a casa de los Carrión. Mientras ella realizaba su trabajo, el niño dormitaba en el dormitorio de doña Dorita. La mujer renovaba sus fuerzas cuando los retoños de Felisa correteaban por su dormitorio.

El que llevara allí a los niños era algo inalterable. Ni el mismo don Gustavo se opuso a los deseos de su madre. Sin embargo, no le hacía ninguna gracia que los hijos de Manuel deambulasen por su casa. Le molestaba que Felisa tuviera a alguno en brazos los sábados cuando le entregaba la paga. Pero ni eso evitaba que la pusiera a prueba, una y otra vez.

—Sé que ahora necesitarás más dinero y que el vago de tu marido no lo consigue. Si fueras amable conmigo, yo encontraría algo para él.

—Ya soy amable con usted.

—No me refiero a esa clase de amabilidad.

—Sé a lo que se refiere, pero no insista por favor.

Por más que don Gustavo insistiera, Felisa le paraba los pies. Pero él no se daba por vencido y no dejaba de intentar tener algo con ella. Eso lo confirmó cuando un día estaba fregando el pasillo y sin proponérselo le escuchó hablar con el Comisario Argudo en el saloncito.

—...cuando se me acerca tengo que controlarme para no abalanzarme sobre ella. Te lo juro Julio, ninguna mujer me ha provocado esos instintos.

—Parece mentira Gustavo, a las de su clase basta con un billete para meterlas en la cama.

—Se nota que no la conoces. Felisa no es de esas.

Ella no quiso escuchar nada más y se retiró. Le sobraban los motivos para largarse, pero el aprecio que le tenía a doña Dorita y su precaria situación económica, le impedían dar ese paso. A no ser porque debían a don Justo un par de mensualidades, a Piedad, al tendero, un anticipo a Moreno, y a unos cuantos más, se habría marchado con viento fresco. Pero aún confiaba en su marido. Aunque él aportaba poco. La industria cuchillera no estaba en su mejor momento. Estas circunstancias la afectaban notablemente, porque el tiempo se escapaba y las predicciones de Manuel no se cumplían.

—Parece que esperes un milagro —le decía a su marido.

—No es un milagro. Es un presentimiento. No hay un lugar en el mundo donde se fabriquen mejores navajas que las de Albacete. Aquí se construirán fábricas, y de ellas saldrá el material para Francia, Alemania y otros países. Los puestos de trabajo se multiplicaran por cien y, yo estaré en lo más alto.

Razón no le faltaba. Pero aún tenían que pasar unos años para que el sector cuchillero diera ese salto. Al menos a Felisa le quedaba el consuelo de que Manuel había definido su destino. Sólo quedaba esperar.

Indalecio, en una de sus visitas, al ver que su hijo no progresaba, le sugirió que regresara a la aldea.

—Dentro de poco no seré de mucha ayuda a tu hermano y en Las Bichas hace falta unos brazos fuertes. Tus hijos pueden ir al colegio en...

Manuel no le dejó terminar.

—¡Nunca! —repuso indignado — Yo no volveré a la aldea como un *fracasao*. Mis hijos crecerán en la capital, irán a los mejores colegios aunque tenga sacar el dinero de debajo de las

piedras y... aquí será donde me enterrarán.

Su padre no le contradijo. Admiraba su ímpetu, aunque pensaba que sembraba en terreno baldío.

Pero todo no era malo. Ese mismo año la Feria les dio un respiro. Día tras día, Manuel vació el fajín e incluso cogió algún encargo para el día siguiente. Utilizó todas las artimañas aprendidas para atraer a los clientes.

—«Compren la auténtica albaceteña, la de teja. Miren que producto tengo. Hechas a mano...» —gritaba bajo las arcadas de la entrada de los Redondeles.

Cuando flojeaba la clientela, recorría el recinto ferial, el mango de la sartén, los ejidos y la cuerda, y en cada lugar, conseguía vender más que la competencia. La Plaza de Toros se la reservaba para la hora previa al comienzo de las corridas y la salida. Su experiencia le indicaba que para cada persona había una clase de navaja diferente. Observaba al posible comprador; si llevaba gorra o sombrero, el tipo de ropa que vestía, si iba acompañado de una mujer... y le ofrecía la que le correspondía. A los gruesos aconsejaba la de muelles, a los delgados el estilete, a los elegantes la de cachas de asta, a las mujeres las de punta chata... las de mango de hueso, las de pata o cuerno. Todas eran merecedoras de un dueño y casi siempre acertaba.

Una tarde, en uno de sus breves descansos que aprovechaba para merendar junto a la puerta de la Plaza de Toros, estaba cortando con su navaja un trozo de chorizo de la última matanza, cuando se le acercó un hombre bien vestido, con sombrero y un buen puro.

—¡Eh, navajero! —reclamó su atención—. Véndeme esa navaja.

—Ésta no está en venta. Pero si quiere le puedo ofrecer otra mejor.

—Me ha gustado la que utilizas —insistió el desconocido—. Dime cuánto quieres y te la compro.

—Lo siento. Como le he dicho no está en venta. Esta navaja no tiene precio.

—Todo tiene precio. Te doy quinientas pesetas por ella.

Varias personas se acercaron al escuchar al escuchar la oferta.

—No —insistió Manuel.

—Subo a mil.

Los pasmados espectadores empezaron a murmurar. Para ellos era increíble que Manuel no aceptase mil pesetas por una simple navaja. Pero los recuerdos no tienen precio.

El hombre dispuesto a salirse con la suya, sacó una abultada cartera y extrajo unos billetes.

—No insista —se escuchó una voz de mujer—. Es terco como una mula y no se la vendería ni por un millón de pesetas.

Manuel observó de soslayo a Amelia agarrada del brazo de su marido, con una amplia sonrisa en su rostro. Optó por largarse de allí y no convertirse en un espectáculo.

Esa noche, cuando le contó a su esposa lo ocurrido —omitiendo la aparición de Amelia—, ella aún a sabiendas de lo que esa navaja significaba para él, se lo reprochó.

—Con la falta que nos hace el dinero, habrías hecho bien en aceptar las mil pesetas.

—Sería de lo último que me desprendería. Esta navaja estará siempre conmigo.

Felisa lo entendía. Pese a la adversidad que estaban viviendo y que para otros sería motivo de disputa, a ellos les unía. El amor que se profesaban no había tenido una grieta desde el lejano día, que Manuel siendo un niño anunció que ella sería su esposa.

Esa Feria, después de repartir a Miguel la parte que le correspondía de las navajas que habían hecho juntos, el bote estaba a rebosar y fue motivo de celebración.

También fue motivo de gozo para Emeterio, ya que en los días previos a la Feria, él y los otros

empleados del taller trabajaron a marchas forzadas y se ganaron un dinero extra. Ni en sus mejores sueños había pensado que le sucedería algo así. Tenía un trabajo, había recuperado el cariño de sus hermanos, su cuñado lo apreciaba y no estaba subyugado por su padre.

En poco tiempo aprendió las técnicas de fabricación de las navajas. Moreno era todo un maestro y Manuel le aportó algunos matices, y estuvo con él cuando hizo su primera navaja. Siguiendo las indicaciones de Moreno calentó el acero en la fragua y le dio forma a la hoja. Luego la pasó por la amoladora y la pulió hasta que quedó como un espejo. Con un asta de toro moldeó el cabo, hizo el rebajo e incrustó la virola que había tomado forma a golpes de martillo. Lo demás fue más fácil. Hizo el pasador, el muelle de teja y para acabar la palanquilla de cierre. Con unos cuantos retoques quedó lista.

—¿Qué os parece? —preguntó a Moreno y a su cuñado.

Moreno la agarró, la abrió y examinó el resultado. Cogió la escofina y la pasó por el rebajo.

—Ahora está perfecta —concluyó.

Manuel le dio unos golpecitos.

—¿Y quién decía que ya no quedaban artesanos?

Capítulo 42

Pasó el otoño, un nuevo año y el frío invierno regaló días grises y helados. Una noche que caía un intenso aguacero, Manuel regresaba apesadumbrado. Había tenido un enfrentamiento con Expósito en el que casi llegan a las manos. Los otros navajeros se mantuvieron al margen y tuvo que intervenir la pareja de la Guardia Civil, que al ver como se zarandeaban, se apearon del vagón y les amenazaron con llevárselos detenidos. Afortunadamente eso no ocurrió.

Unos ligeros copos de nieve se confundían con la lluvia y esa parte de la ciudad había sufrido uno de los repetitivos apagones. Manuel sorteaba los charcos y cada poco se resguardaba bajo los balcones o los zaguanes. En una de esas paradas, escuchó un débil gemido y vislumbró un pequeño bulto junto a sus pies. Se acuclilló y comprobó que era un cachorrito de perro. El pobre animal estaba aterido de frío.

—¿Te has *perdido* o te han *abandonao*? —le habló buscando a la madre por las cercanías.

Pegó un par de silbidos y nada. Así que agarró al cachorro, lo protegió con su tabardo y continuó hacia su casa. Al entrar en la calle Tejares evitó las tabernas. Esa noche no tenía ganas de conversación.

Al aproximarse a su domicilio apreció una silueta que se guarecía de la lluvia bajo uno de los balcones. Pensó que se trataba de alguien que iba de paso, pero cuando estaba a unos pocos metros, reconoció una voz que hacía más de dos años que no escuchaba.

—Hola Manuel.

Manuel tardó en reaccionar.

—Hola Antoñito... ¿Qué tal va? —titubeó.

—Estoy libre, así que bien.

—¿Cuándo te han *soltao*?

—Hace unos días. ¿No sé si he hecho bien en venir? —repuso con voz temblorosa.

No hubo ni abrazos ni apretón de mano, tan sólo un tenso silencio.

—Estas *chopao*. Pasemos dentro. Felisa se alegrara de verte —dijo al fin Manuel.

Antoñito fue en pos de él hasta que llegaron a la casa.

—¿Felisa? —reclamó Manuel.

Al segundo ella apareció con una vela.

—Mira quién está aquí —le indicó su marido.

A la mortecina luz de la vela, Felisa contempló a Antoñito y le costó reconocerlo. Estaba delgado, llevaba el pelo cortado al cero, el rostro demacrado y vestía una raída chaqueta y una bufanda que le conferían un aspecto de mendigo. Sin pensárselo lo abrazó.

—Me hace feliz saber que estás de nuevo con nosotros —le dijo de corazón.

—Gracias —repuso con una voz entrecortada

Se introdujeron en la cocina donde Agustín estaba pendiente del cimbrear de la llama de la vela y Manuel intrigó a su cuñado. Agarró al cachorro y lo ocultó entre sus manos.

—¿A que no sabes lo que tengo aquí?

Agustín separó sus manos y se quedó parado. Al instante siguiente cogió al perrito y no dejó de acariciarlo. Antoñito y Felisa se dedicaron una sonrisa. Al punto se acomodaron alrededor de la mesa y Manuel sacó unos vasos que llenó con vino de Las Bichas. Los pequeños estaban durmiendo y no les molestaban y Agustín, seguía acariciando a lo que resultó ser una perrita.

—Quería hablar con vosotros —rompió Antoñito el agobiante silencio.

Felisa y Manuel se agarraron de la mano.

—Adelante —le instó ella.

Antoñito bebió un trago y se tomó unos segundos.

—Ya sabéis lo que soy y por lo que he estado preso más de dos años —procedió.

—No tienes que justificar nada ante nosotros —le interrumpió Felisa.

—Necesito hacerlo. Quiero que me comprendáis. Por eso os ruego que me escuchéis.

Después de un corto silencio continuó.

—No soy un perverso ni un vicioso. Sólo he estado con un hombre en mi vida y lo he amado como vosotros os amáis. Se que es difícil de comprender, pero es así. Ahora ya sabéis la verdad y si os he decepcionado y no queréis volver a verme, lo comprenderé.

Antoñito se puso en pie dispuesto a abandonar la casa y Felisa miró a su marido esperando su reacción. Manuel vaciló. Llevaba más de dos años deseando que ese momento no llegaría, pero ahora Antoñito estaba allí. Felisa le dio un codazo y él se levantó de la silla y no dejó marchar a su amigo. Lo abrazó y le dijo:

—Quédate. Me alegro de que estés aquí. Tenemos tantas cosas que contarte.

Felisa no esperaba menos de él.

—Desde que... bueno en tu ausencia, la familia ha *aumentao* —le anunció Manuel desplazándose hasta donde estaban los niños dormidos.

—Éste es Álvaro —le señaló Felisa susurrando para no despertarlos—, ese Lucas y a ella ya la conoces, es Abelarda.

—Veo que conserváis el cuadro que pintó Geer —observó Antoñito de regreso a la cocina con cierta nostalgia.

—¡Claro! —se anticipó Felisa.

Manuel se limitó a asentir. Por nada del mundo quería que supiera las veces que había intentado tirar ese cuadro a la basura; las mismas que Felisa se lo había impedido.

—Bueno la cena está lista, así que a la mesa —cambió de rumbo Felisa.

—No sé si debo...

—¡Cómo que no! Pues no faltaría más. Aún tenemos que hablar de muchas cosas —sentenció Manuel.

Antoñito no pudo negarse.

En un momento la cena estuvo en la mesa. Felisa colocó otro cubierto y llenó los platos con la sopa de ajo y un huevo revuelto.

—Hoy apetecen —murmuró Manuel.

Para acompañarlas, sacaron de la orza unos trozos de lomo y todo remojado con vino.

—¿Qué sabes de Geer? —se atrevió a preguntar Felisa y Manuel se sintió incómodo.

—Sé que lo expulsaron de España, nada más.

Felisa se compadeció de él e intentó descubrir a la luz de las velas lo que la cara de su marido manifestaba. Pero en su rostro no apareció ninguna mueca de desagrado.

—Bueno... cuéntanos, ¿dónde vives? —intervino Manuel.

—Tengo una habitación en la calle de los Baños. No es gran cosa, pero dadas las circunstancias, es lo mejor que he podido encontrar.

—Si necesitas dinero... —empezaba a decir Manuel, pero Felisa se anticipó.

Agarró el bote donde guardaban las ganancias de la pasada Feria y se lo entregó.

—No puedo aceptarlo. Vosotros lo necesitáis más que yo.

—Cógelo —dijo Manuel con vehemencia—. Ya nos lo devolverás cuando sea.

—Os lo agradezco, pero nadie me dará trabajo y si no encuentro algo pronto, el Comisario Argudo me meterá otra vez en la cárcel.

—De eso me ocupo yo. Mañana hablaré con Moreno y recobrarás tu trabajo.

Antoñito confiaba en su amigo, pero no se hacía ilusiones; nadie quería emplear a un expresidiario y homosexual.

Como era de esperar, aunque intentaron eludir el tema, el tiempo que estuvo recluido salió a relucir. Felisa y Manuel se estremecieron de oír lo que había pasado su amigo. Durante casi la totalidad de la condena le suministraban la mitad del rancho, estaba aislado de los otros reclusos y no le permitían dormir más de tres horas seguidas. Durante ese tiempo, lo sometieron a todo tipo de vejaciones y torturas, con el único fin de hacerle un hombre y que admitiera que le gustaban las mujeres. El Comisario Argudo, al que odiaba con todo su ser, participó activamente en lo que ellos llamaban reeducación. Los últimos meses, cuando estaba al límite de su aguante, le permitieron convivir con otros presos y afortunadamente, cesaron las torturas.

—Algún día habrá justicia y el Comisario pagará —sentenció—. Pero dejemos de hablar de mí. Y a vosotros, ¿qué tal os va?

—Pues seguimos luchando —se tomó la palabra Manuel—. Desde que te fuiste... Bueno desde que te encerraron, la venta de navajas ha *bajao* mucho. Aunque creo que esto pronto cambiará. Moreno metió a un tal Expósito en tu puesto; un mal bicho. Tú eres mejor que él mil veces ¡Que digo! No hay otro que entienda la venta como tú.

Esas palabras arrancaron una sonrisa a Antoñito.

—¿Y tú? ¿Sigues trabajando para los Carrión? —se dirigió a Felisa.

—Allí estoy. No nos va como esperábamos, pero, ¿qué le vamos a hacer?

Antoñito se mantuvo unos instantes reflexivo y se guardó para él lo que pensaba sobre que ella trabajase para el infame de don Gustavo.

—Sois afortunados —dijo al fin—. En la cárcel he conocido a personas que desollarían a su madre por ser como vosotros. Algunos fueron encarcelados sin cometer ningún delito y cuando salgan, como yo estarán marcados. Seremos presos el resto de nuestra vida.

Antoñito se vino abajo. Metió la cabeza entre sus brazos sobre la mesa y reventó a llorar. Manuel le pasó el brazo por el hombro.

—Venga Antoñito, ya pasó todo —intentó consolar lo inconsolable.

Él y su esposa sabían que quien había estado en la cárcel estaba marcado de por vida. Todos los que estaban fichados estaban dispuestos para la Justicia, de día o de noche. Si ocurría algún delito y no se detenía al malhechor, eran requeridos en el cuartelillo o en la comisaría y sometidos a duros interrogatorios.

En ese momento la bombilla parpadeó y se hizo la luz. Apagaron las velas y desde la ventana vieron que las calles volvían a estar iluminadas y que había cesado la lluvia.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció Manuel—. Ven conmigo.

Él y Antoñito salieron fuera y descendieron por las escaleras. Al llegar abajo, Manuel abrió la portezuela de un pequeño chabisque que había en el hueco de la escalera. Con la luz ya restablecida, Antoñito contempló atónito una pila de periódicos y unos cuantos libros.

—En tu ausencia me he *encargao* de recoger los periódicos y los libros los encontré en la Estación. Son tuyos.

—Pero ¡Me cague en dena! ¿Cómo voy a llevar todo esto?

—No te preocupes. Le pediré *prestao* a Modesto el triciclo y lo llevaré a tu casa.

Antoñito se quedó sin palabras.

—No sé cómo agradeceréte.

—Bueno esto es por lo del huerto. Cuando te apresaron, deje de cuidarlo e imagino que no habrá apaño.

Pero Antoñito observaba los periódicos y los libros fascinado.

—No sabes lo que he echado de menos la lectura en la cárcel.

Felisa los miraba desde la ventana de la cocina. Se alegraba por Antoñito y por su marido que pese a todo, había dado un paso enorme para recuperar su amistad.

Aunque era tarde, decidieron salir a tomar unos vinos y recordar tiempos pasados. Antoñito se despidió de Felisa y antes de que se marcharan, ella le dio otra muestra de confianza.

—Dentro de siete meses aumentará la familia. Así que vete preparando y mete a tu amigo en cintura. A ver si a ti te hace más caso que a mí y se busca otro trabajo.

Antoñito los miró detenidamente.

—Me alegro, de verdad. Aunque, ¿cuándo vais a parar?

—Anda, iros —los instó Felisa.

Antoñito estaba rebosante de felicidad. No esperaba esa acogida. Pero era consciente de que todo el mundo no actuaría del mismo modo. Al llegar a la taberna del final de la calle, se encontraron con los parroquianos que apuraban el último vaso —Pelayo y Casimiro ya se habían marchado—. Manuel dio unos golpes en la barra y reclamó la atención del camarero.

—¡Tabernero! Sírvenos a mi amigo y a mí un par de chatos.

Antoñito agradeció el pasar desapercibido para los pocos clientes que estaban a lo suyo. Él y Manuel conversaron unos minutos y luego se retiraron. Tras despedirse en la puerta, tomaron direcciones diferentes.

Cuando Manuel llegó a casa, Agustín aún seguía con la perrita.

—Menudo regalo le has hecho —murmuró Felisa.

Manuel acarició al cachorro y vio en los ojos de su esposa esa mirada que tanto le gustaba. Fue inevitable que esa noche, en la cama, hablaran de Antoñito. Manuel fue el primero que se sorprendió del cambio tan radical que él mismo había experimentado. No mucho tiempo atrás, habría rechazado hablar con su amigo y por nada del mundo le habría dado un abrazo. A Felisa le gustó ese cambio.

—Estoy orgullosa de ti. Creo que nunca tendrás mejor amigo que Antoñito.

Capítulo 43

Tal y como se comprometió la noche anterior, Manuel, habló con Moreno.

—Antoñito ha salido de la cárcel y está sin trabajo —le espetó en el despacho.

Moreno le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Y...?

—Pues que es el mejor vendedor de Albacete y nos podría echar una mano —le sugirió.

—No quiero problemas —murmuró Moreno mientras apilaba unas cajas.

—No le parece injusto. Ha cumplido condena sin cometer ningún delito... y si no encuentra trabajo le aplicaran la ley de Vagos y Maleantes y lo meterán en la cárcel.

Razón no le faltaba a Manuel. Ambos sabían que a cualquier elemento considerado antisocial que no tuviera oficio conocido, le podían aplicar la ley y mandarlos a prisión.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada.

Manuel se mantuvo unos instantes reflexionando y volvió a la carga.

—¿Cuánto gana con Expósito? Ese hombre si es conflictivo. Trabaja cuando le viene en gana y discute con todo el mundo. Dele una oportunidad a Antoñito, no se arrepentirá.

Moreno colocó la última caja y se sentó detrás de la mesa.

—Mira Manuel, no es por mí. De sobra conozco la valía de Antoñito, pero esto es un negocio que atiende a clientes y tenemos un prestigio. Cualquier cosa fuera de lo normal, tanto los clientes como la competencia, lo pueden emplear en nuestra contra. Además tendría que confirmar ante las autoridades que Antoñito trabaja para esta casa.

—Pues entonces tendrá que buscar a otro navajero, porque yo me voy —replicó Manuel.

Eso cogió por sorpresa a Moreno.

—No puedes abandonar. Tengo planes para ti.

—Es mi última palabra. Antoñito y yo o ninguno.

Moreno meditó un instante.

—Está bien, pero con una condición.

Manuel demudó el gesto.

—¿Cuál?

—Si desaparece más de dos días o tiene problemas con la justicia, ya me entiendes, ¿no?

Ante la perplejidad de Moreno, Manuel le dio un fuerte abrazo.

—Muchas gracias. No se arrepentirá.

Sin perder tiempo Manuel salió del taller dejando a Moreno pensativo. La verdad era que no había mucho que pensar; entre Antoñito y Expósito, ganaba el primero. Expósito era un personaje díscolo y fabulador, y en cuestión de ventas era bastante malo. Aunque Moreno no lo había dicho, llevaba ya tiempo planteándose prescindir de él y Manuel le había servido en bandeja de plata la mejor opción.

Manuel no pudo aguantar y antes de ir a la estación, dirigió sus pasos a la calle de los Baños, donde residía Antoñito. Siguiendo las indicaciones que su amigo le había dado, atravesó un portón y accedió a un patio en el que había una mujer tendiendo unas sábanas, otras dos comadreando desde sus ventanas, un par de niños abrigados hasta las orejas jugando en el barro y un par de galgos atados en un rincón. Preguntó a la que estaba tendiendo y le indicó donde encontrar a Antoñito.

Subió unas escaleras sorteando enseres viejos y toda clase de utensilios y anduvo por un

maltrecho corredor que daba al patio por un lado y que albergaba un buen número de puertas en el otro. Se detuvo ante una y golpeó con los nudillos. No tardó mucho y Antoñito la abrió.

—Manuel, ¿qué haces aquí? —se extrañó.

—Tengo buenas noticias. Moreno te admite —le soltó.

—¿No jodas? ¿Así sin poner pegas?

—Bueno ha puesto un par de condiciones.

—Ya me imaginaba, pero pasa —invitó.

Manuel entró a un habitáculo en el que había un camastro, una mesa con un libro abierto, un par de sillas, y lo que parecía un armario sin puertas con unas pocas baldas que aguantaban unos cuantos libros y periódicos, y unas pocas perchas con ropa. No había cuarto de baño ni cocina. Más tarde le aclaró Antoñito que estaban en el corredor y que eran comunitarios.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Antoñito al observar su cara—, pero no necesito más. La gente que vive aquí es campechana y sana. No les importa quién soy ni de dónde vengo. Aunque se pasan el día cotilleando de los que viven fuera. Es como una aldea dentro de la capital.

Por lo poco que había visto, a Manuel ese lugar le parecía una isla en medio del mar, en la que un hombre con los conocimientos de Antoñito no encajaba. Conversaron unos pocos minutos. Manuel le desveló las condiciones que había impuesto Moreno y que como era de suponer, Antoñito aceptó. Así que sin más trabas, empezaría al día siguiente. Luego quedaron en verse esa noche en la taberna de la calle Tejares y se despidieron.

Entusiasmado, Manuel se encaminó a la estación. Ese día Expósito no apareció ni le echó nadie en falta.

Hasta que se hizo la hora de acudir a la taberna, Antoñito estuvo dándole vueltas a lo de su trabajo. Él había perdido toda esperanza de que Moreno lo readmitiera y no sabía cómo lo había conseguido Manuel. Dejó su habitación, se asomó por la barradilla y miró en todas las direcciones.

—¡Buenos días Antoñito! —lo saludó una mujer de edad indefinida, vestida de negro y con pañuelo cubriendo su escasa melena blanca.

Él correspondió el saludo.

—Si vas a salir, tendrás que abrigarte —le dijo otra que cargaba con un caldero.

Antoñito observó a otro de sus vecinos, que reparaba una escoba, y pensó que no podía estar en mejor lugar.

Ya de noche se dirigió a la taberna. Allí le esperaban Manuel, Casimiro y Pelayo, que tras los saludos, se comportaron con él como si lo hubiesen visto el día anterior. Antoñito agradeció ese recibimiento. Pero allí mismo había otra gente que no pensaba igual que sus amigos. Algún parroquiano lo señalaba con el dedo y susurraba por lo bajo. Unos le dedicaban un gesto adusto y otros retiraban su mirada. Pero a Antoñito no le afectaba que unos extraños lo juzgasen o tuvieran una opinión sobre él, fuese cual fuese. Sus amigos estaban con él y eso le bastaba.

Cuando Antoñito mencionó donde vivía, para Pelayo fue motivo de satisfacción. Curiosamente, no hacía mucho que lo habían trasladado para que custodiase la calle de la Feria y aledaños, y se daba el caso que la calle de los Baños estaba en su zona.

—Pues luego haremos el camino juntos —farfulló.

Sin darse cuenta empezaron a hablar de sus correspondientes barrios; que si uno era mejor que otro... Casimiro todos los días se desplazaba desde el Cerrico la Horca —un barrio humilde habitado mayormente por gitanos—, hasta la Plaza Mayor, donde colocaba su tenderete y dejaba relucientes los zapatos y botas de quién requería sus servicios.

—¿A que no sabéis por qué lo llaman el Cerrico la Horca? —los puso a prueba.

Manuel encogió los hombros, Pelayo lanzó un gruñido y Antoñito dejó que Casimiro lo explicase.

—Pues resulta que hace muchos años, un matrimonio que tenía un hijo, amparó a un huérfano en su casa. Conforme fue creciendo el chaval, el hijo, su hermanastro, le cogió celos y un día que sus padres estaban segando, se escurrió hasta la casa y degolló al chaval. Pero la cosa le salió mal, porque no lo mató y su hermanastro lo delató. La gente del barrio, en un arrebato, lo arrastró hasta el cerro y lo colgaron. Por eso le llaman el Cerrico la Horca.

—Casimiro eso es una leyenda —corrigió Antoñito—. Si le preguntas a don Teodoro, te contestará que en ese lugar muchos siglos atrás había una picota, que era una columna de piedra donde se exhibía a los malhechores que iban a ser ajusticiados o los miembros mutilados de los que habían pasado por el trance. Las picotas se ubicaban en las afueras de las urbes y con el tiempo se sustituyeron por la horcas. De ahí proviene el nombre.

—Pues eso no es lo que se dice por aquí —replicó Casimiro.

Antoñito creyó oportuno no añadir nada más, porque a la gente poco instruida, le gustaba más creer en las leyendas populares que en los hechos históricos.

Una vez más, Manuel pensó que era injusto que un hombre como Antoñito no hubiera llegado más lejos. En ocasiones le recordaba a don Antonio, su maestro, y no por la coincidencia en el nombre. Ambos coincidían en los mismos ideales y en los anhelos de ver otra España.

Antes de retirarse, en la puerta de la taberna, Manuel quiso sincerarse con su amigo.

—Cuando acudas mañana a la estación, sabes que algunos no te dirigirán la palabra.

—Me hago cargo, pero no me importa. Quién me acepte como soy tendrá mi amistad y quién no lo haga, allá él.

—Tengo que confesarte algo —añadió Manuel—. Al principio yo actué igual que esos que ahora murmuran. Pero con el tiempo y gracias a Felisa cambié.

—No te preocupes. Lo comprendo. Aún tendrá que pasar mucho tiempo para que acepten a personas como yo. Lo que importa es que ni tú ni Felisa no me habéis dado la espalda. No tengo palabras para expresarle mi agradecimiento a tu esposa. Manuel eres un hombre afortunado. Tienes una mujer maravillosa. Por mucho que busques no encontrarás otra mejor.

—Lo sé. La quiero más que a mi vida y no sabría vivir sin ella. Pero creo que se merece algo mejor.

—No digas tonterías ¡Me cage en dena! Sois tal para cual.

Pelayo metió prisa a Antoñito y se despidieron hasta la mañana.

Cuando Manuel entró en su casa, Felisa estaba dando teta al pequeño, Abelarda y Lucas a su lado y el chache Agustín, con la perrita entre los brazos.

—Hay carta de tu padre y de tu amigo Lorenzo —le dijo ella tras recibir un beso en la mejilla.

Manuel abrió primero la de Lorenzo. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él. En unas pocas líneas, el de Rompealbaldas, le contaba que se había casado, que tenía una hija, que lo habían trasladado a Valencia y que con un poco de suerte le darían plaza en su tierra. Manuel se alegró por su amigo. Un aldeano como él, sin estudios, y que había conseguido colocarse en la Compañía Telefónica; todo un logro para los de su clase.

Luego leyó la de su padre. Como siempre Indalecio le contaba cosas del campo, de los vecinos, del pueblo... pero en esta ocasión añadió algo nuevo.

—Mí padre piensa retirarse —dijo en voz alta.

—¿Cómo es eso? ¿No estará malo? —se interesó Felisa.

—No. Mi padre es duro como el pedernal, pero le pesan los años.

—¿Y cuándo será ese retiro?

—No lo dice. Yo pienso que nunca se retirará y nos lo comenta para que no nos preocupemos.

—¡Ya me parecía a mí!

Por la mañana, Antoñito apareció por el taller con un sombrero cordobés; su seña de identidad como para Manuel era su gorra y su bigote. Ese día también se ausentó Expósito. Manuel esperó en la puerta del despacho a que cambiasen impresiones Moreno y Antoñito. Al cabo de unos minutos, su amigo salió con el fajín repleto de navajas.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó.

—Moreno es buena persona —se limitó a responder.

Ambos sabían que la oportunidad que le daba Moreno era única. No era común que alguien diera la cara por quien acababa de salir de la cárcel. Si las autoridades lo requerían, Moreno tendría que reconocer que Antoñito trabajaba para él. Y el Comisario Argudo era de los que no dejaban nada sin escudriñar. Lo había demostrado en infinidad de ocasiones. No le temblaba la mano cuando interrogaba a un fichado.

Antes de dirigirse a la Estación, Manuel le presentó a su cuñado y mientras caminaban le fue poniendo al corriente del resto de novedades.

Para Antoñito no fue fácil su regreso. Su homosexualidad no comprendida, era un estigma que le acompañaría el resto de su vida. Los navajeros le observaban como si se tratara de un ser extraño. Unos cuantos le dieron una tímida bienvenida y el resto lo ningunearon. Eran pocos los que se atrevían a hablar con él u ofrecerle un cigarro. Pero a él parecía no afectarle. Esas heridas habían cicatrizado en la cárcel.

No obstante, todo se olvidaba cuando paraba algún tren. Para los viajeros todos los navajeros eran iguales, desconocían sus antecedentes, y en el escaso tiempo de la parada, sólo importaba la destreza de cada uno de ellos, y Antoñito demostró que era insuperable. Él entendía a la gente. Con sólo una mirada sabía a quién dirigirse y qué venderle; porque casi nunca fallaba.

Manuel agradeció que en la estación volviera a verse la imagen de ese navajero escuálido con su sombrero cordobés, que se ganaba a los compradores con su envidiado estilo, que sin esperarlo arrancaba con un fandango o que compartía su saber con cualquiera.

Como era de esperar, Expósito no apareció, ni al día siguiente, ni al otro. Luego supieron que se había largado con la mercancía y con los beneficios de las ventas de varios días. Moreno no lo denunció y se alegró de su desaparición.

Como si el tiempo se hubiera detenido tres años atrás, Manuel y Antoñito repetían la misma rutina, excepto al acabar la jornada, que Antoñito como pago del préstamo que le hizo su amigo, le daba la mitad de sus ganancias. Luego caminaban hasta el bar Avión para recoger el releído periódico y más tarde acudían a la taberna de la calle Tejares donde puntuales como un reloj, les esperaban Pelayo y Casimiro y algunas veces se les unía Emeterio. Y fue allí donde el Comisario Argudo les hizo pasar un mal rato.

Una noche llegó con otro hombre y al parecer iban algo achispados. A Antoñito se le agrió el rostro en cuanto se cruzaron sus miradas y divisó el yugo y las flechas en la solapa del acompañante del Comisario.

—¡Pero mira quien tenemos aquí! El comunista maricón —dijo el Comisario en voz en grito.

El sonoro murmullo de la concurrencia dio paso a un escalofriante silencio.

—¿Qué les pongo? —intervino el tabernero.

—Dos sol y sombra —respondió Argudo sin dejar de mirar a Antoñito.

La tensión se palpaba en el ambiente.

—¡Eh maricón! ¿Eres patriota? —escupió el Comisario.

—Lo soy —respondió Antoñito.

—Que lo demuestre —farfulló el acompañante.

El Comisario dio un par de pasos y se plantó ante Antoñito.

—Ya has oído a mi amigo.

Manuel y los otros estuvieron a punto de intervenir, pero desistieron; no podían hacer otra cosa. Se temieron lo peor cuando el Comisario pidió a Antoñito que cantase el Cara al Sol.

—No sé la letra.

—Que cantes ¡Coño! —exigió a la vez que le daba un guantazo.

Antoñito se mordió el labio y recorrió con la mirada el rostro de sus amigos y de los clientes. No vio ni una sonrisa. Como si levantase una tonelada alzó su brazo derecho y comenzó a cantar.

—Cara al Sol con la camisa nueva, que tú bordaste rojo ayer...

—Ves cómo te la sabías —le interrumpió a media canción, dándole dos palmadas en el cuello —. Anda tómate algo.

—Se lo agradezco, pero hoy ya he bebido bastante —repuso Antoñito con calma.

El Comisario le sostuvo la mirada unos segundos y lanzando un despectivo « ¡Bah!», se concentró en su copa y en su acompañante.

Un minuto más tarde, Manuel y Antoñito abandonaron la taberna. Luego les siguieron Pelayo y Casimiro. Antoñito les rogó que no dijeran nada del incidente y así lo hicieron.

Sin embargo, Manuel lo comentó con Felisa y ella se sobrecogió.

—Nadie merece ser humillado de ese modo.

—No entiendo como un hombre tan despreciable puede ser amigo de tu jefe —murmuró Manuel refiriéndose al Comisario.

Felisa optó por no decir nada.

Capítulo 44

Con la vuelta de Antoñito las ventas empezaron a aumentar. No lo suficiente para pagar las deudas que tenían pendientes, pero sí para que Felisa continuara confiando de nuevo en las predicciones de su marido.

Desde que Manuel le contó la humillación a la que el Comisario Argudo había sometido a Antoñito, se planteó por enésima vez dejar la casa de los Carrión. Le asqueaba cada vez que le abría la puerta o lo veía en el saloncito alardear junto a su amigote y él detectó el desprecio en su mirada y el desdén cuando lo atendía.

—¿Qué le pasa a esta conmigo? —le preguntó a Gustavo.

—Es evidente que no le caes bien.

—Pues no lo entiendo. Lo que necesita es tener a un auténtico hombre entre sus piernas.

Felisa que lo escuchaba todo desde el pasillo, le faltó poco para entrar y decirle unas cuantas cosas, pero esperó a la reacción de don Gustavo.

—Felisa ya tiene a alguien para esos menesteres. Parece que no pasa hambre, porque siempre está preñada.

—¿No me digas que ya no te interesa? —replicó el Comisario.

—Tuvo su ocasión y la perdió —arguyó Gustavo con cierta sorna.

—¿No será que la marmota te ha parado los pies? Amigo te estás haciendo viejo. Antes no se te resistía ninguna; criada o señora.

Pero la verdad era otra y a Gustavo le costaba reconocerlo ante su amigo. En cuanto se le presentaba la ocasión, la abordaba y sus insinuaciones eran constantes, lo que para ella era ya una pesadilla. En el interior de Felisa se disputaba una batalla. Ganas no le faltaban de contárselo a su marido, pero temía su reacción y las consecuencias que les acarrearía si hubiera un enfrentamiento entre él y don Gustavo. Pero llevaba años ocultándolo y pensaba que ya era demasiado tarde.

Don Gustavo la desconcertaba. Unas veces la trataba con excesiva amabilidad y otras con una tiranía extrema. Unos días saboreaba sus guisos y rebañaba el plato y otros no los probaba. Cuando acababa de limpiar el despacho, había veces que parecía invisible y en otras le exigía que volviera a hacerlo. Se quejaba constantemente de que Juana se ocupara de su madre los domingos, de su olor corporal o de su moño. Sin embargo, aunque lo deseaba no podía prescindir de ella. Su madre era inamovible en ese sentido. Cuando los niños correteaban por la casa, la abandonaba refunfuñando y procuraba no estar presente cuando Manuel arreglaba los árboles.

Felisa aguantaba los comentarios fuera de tono y las bravuconadas de su jefe cuando le visitaban sus amigotes. También soportaba sus extravagancias cuando se llevaba a mujerzuelas y las paseaba —a veces ligeras de ropa — por la casa. Pero si con eso pretendía ponerla celosa, se equivocaba de cabo a rabo. Ella amaba a Manuel con todo su ser y no lo cambiaría por nada del mundo. Aunque en cierto modo temía a don Gustavo. Era evidente que estaba obsesionado con ella y eso le daba miedo.

Doña Dorita, bastante envejecida y deteriorada, era ajena a los delirios de su hijo. La pobre mujer sólo disfrutaba con las visitas de los niños. En ese tiempo, las amistades que había adquirido con su matrimonio, dejaron de preocuparse por ella y sus pocas conversaciones eran con Felisa, con Juana los domingos, y don Felipe, el médico de la familia, que seguía atendiéndola. Su hijo raras veces subía a la planta superior y cuando lo hacía, era para pedir a su madre que firmara algún documento. Doña Dorita se quejaba de lo sola que se encontraba desde

que había muerto su marido y le contaba a Felisa que sus hijos estaban deseando que muriera para repartirse el botín como buitres. En eso no se equivocaba. Desconocía los despilfarros de su hijo Gustavo y a su otra hija, que apenas visitaba España, parecía no importarle. En realidad nadie excepto Felisa sabía cómo estaba la economía familiar. Cuando limpiaba el estudio, sin que nadie se percatara, cogía la llave y abría la caja fuerte. Los fajos de billetes, aparecían y desaparecían como por arte de magia. Manuel reprendía a su esposa cuando ella se lo contaba.

La única que sabía lo que ocurría en Casa de los Carrión, era Piedad. A falta de una madre, una hermana o una amiga fiel, Felisa encontró en ella a su confidente. Le confesó lo que sucedía en su trabajo; los acosos, las insinuaciones, los comentarios obscenos... Aunque la vecina se compadeció, sus consejos fueron que callase y que no le contara nada a su marido.

—Los hombres no nos entienden, ni nuestros sentimientos ni nuestras angustias.

Miguel, su marido, pese a que era un buen hombre era un poco celoso, y cuando eran más jóvenes le había dado muestras de ello. A sabiendas de que Piedad siempre había sido una mujer fiel no podía mirar a otro hombre sin despertar los celos en su marido. Por sus propias vivencias le aconsejaba el silencio. Nunca se sabía la reacción de un hombre celoso.

—Pero si yo no he hecho nada para que Manuel pueda sentir celos —aludió Felisa.

—Hija hazme caso. Los hombres no deben saber ciertas cosas. Mira mi Miguel, en uno de sus arrebatos estuvo a punto de pegarme en público.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste? —inquirió Felisa.

—Nada. Un día salíamos del teatro y se me cayó la rebeca al suelo. Un hombre amable la recogió y me la puso en los hombros. Sólo eso sin más. Miguel enfureció, increpó al desconocido y cuando lo quise apaciguar, me levantó la mano.

Felisa reflexionó unos instantes.

Quizá la buena de Piedad tenía razón. Así que convino con ella misma no decir nada y mantener ese sufrimiento en secreto.

Entre preocupaciones y obligaciones pasaban los días, las semanas y los meses. Los niños iban creciendo. Abelarda era una niña espabilada y hablaba con un desparpajo que daba la sensación de que tuviera más de tres años. Quizá por eso era el ojito derecho de Manuel. Lucas era tímido y el pequeño Álvaro, con mamar y dormir tenía bastante. Al chache Agustín ya era habitual verlo con la perrita sin nombre pegada a sus pies. Incluso cuando estaba en el Estanque de los Cisnes, la perrita permanecía quieta hasta que Agustín le silbaba.

Antoñito, después del incidente con el Comisario se planteó ser más prudente y no darle motivos para que lo mandara a la cárcel. Dejó de acudir a las reuniones secretas con sus camaradas del P.C.E. fuera de España. Aunque si lo hacía de manera clandestina en Albacete. Manuel lo veía con gente extraña, pero nunca preguntaba. En cuestión de amor, también se replanteó su situación. Su relación con Geer era imposible y así se lo hizo ver en una carta. Podría haber cruzado la frontera como hizo tantas veces, reunirse con él en París y no volver a España, pero su lucha estaba allí, así que pagó tan alto precio. Cuando Manuel se lo comentó a Felisa, ésta murmuró:

—Si dos caminos tienen que cruzarse, por muchas vueltas que den, al final acaban cruzándose.

Ella y Manuel dieron otra muestra de aprecio a Antoñito. Después de hablarlo, y pese a que era poco religioso, decidieron que si aceptaba, él sería el padrino del hijo que estaba a punto de nacer.

—Yo no soy hombre de misas, pero si vosotros queréis, por mí no hay problema. Aunque ya sabéis que no me gustan los curas.

—¿Por qué? —le interrogó Manuel.

—Ya lo dijo Kart Marx: «La inquietud religiosa es al mismo tiempo la expresión del sufrimiento real y una protesta contra el sufrimiento real. La religión es la queja de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón y el espíritu de un estado de cosas desalmado. Es el opio del pueblo».

Como en otras veces a Manuel le costó comprender esas palabras.

—¿Pero tú crees en Dios?

Antoñito lo miró a los ojos y señaló con sus manos.

—Al parecer todo esto lo ha creado Dios. Nosotros estamos hechos a su imagen y semejanza, sin embargo somos diferentes. Tu cuñado por ejemplo, ¿por qué lo ha creado así? ¡Me caga en dena Manuel! Todo eso del Cielo y el Infierno es tan superstición como el temor que causa la Casa de la Marquesa.

—Pero en algo hay que creer...

—Tienes razón. En la igualdad de los seres humanos y no en el desprecio, en la justicia y no en la opresión, en la libertad y no en sometimiento.

Como era de esperar, Antoñito le regaló otro de sus mítines a los que ya le tenía acostumbrado. Y es que la reciente inauguración de Valle de los Caídos le había hecho revivir los peores momentos de su vida; la pérdida de su madre en el campo de concentración, el fusilamiento de su padre, su encarcelamiento, la muerte de su hermano precisamente trabajando en esa obra faraónica, y el odio enfermizo que albergaba hacía los responsables.

Poco antes de que Felisa pariera su cuarto hijo, en Albacete se vivió algo parecido a “La noche de los cuchillos largos”. El motivo fue el ataque de tres desconocidos al Comisario Argudo. Como otras noches, regresaba a su casa y al entrar en el portal, maldijo al comprobar que el interruptor de la luz no funcionaba. Entonces, tres hombres enmascarados salieron de la oscuridad y se le echaron encima. Uno de ellos portaba un martillo y lo utilizó. Lo alzó y lanzó un golpe que el Comisario contuvo con su brazo. Se escuchó el sonido de un hueso roto y un quejido. La intención de los agresores era derribarlo y golpearle hasta morir. Pero la corpulencia del Comisario se lo impidió. Los cuatro, enzarzados, fueron dando tumbos hasta que salieron a la calle como un ovillo y a la luz de una farola, pudieron inmovilizarle. Argudo intentaba liberarse pero sus agresores lo retenían con fuerza. En sus ojos vio la inquina y pensó que había llegado su final, pero estaba dispuesto a vender caro su pellejo. Dos de ellos le agarraron por los brazos y el del martillo, se puso frente a él dispuesto a utilizarlo.

—Mírame, porque va a ser lo último que veas —le dijo despojándose del pañuelo que le ocultaba el rostro.

—¿Qué haces? —le reprocho uno de sus compinches.

—Quiero que me vea ¡Cojones!

—Eso no es lo que habíamos acordado.

Ese pequeño momento de desconcierto lo aprovechó Argudo. A la vez que el del martillo lo alzaba para asestar el golpe final, con su mano sana sacó de su cintura la pistola y disparó. Todo fue muy rápido. El agresor cayó sobre él con un agujero en el pecho y los otros huyeron. Cuando pudo desprenderse del que tenía encima, se irguió y vació el cargador disparando hacía donde los había visto correr.

En un momento todo se precipitó. Varios vecinos acudieron en su auxilio y se encontraron con el macabro espectáculo; el Comisario con un brazo colgando, la pistola en su otra mano, y a su

lado un cadáver. En pocos minutos llegaron dos coches patrulla y lo trasladaron a la Casa de Socorro. Durante el desplazamiento fue escupiéndole las órdenes.

—Quiero que pongáis esta ciudad patas arriba —vociferó—. Sacad de sus escondites a ladrones, gitanos, borrachos y a todo el que esté fichado. Quiero en la Comisaría a Serenos y a toda persona que esté aún despierta. Alguien ha tenido que ver algo. ¡Quiero a esos cabrones ya!

En otra parte de la ciudad, Antoñito corría entre las sombras. Al llegar al patio de su casa, una silueta surgió de la oscuridad. Apreció uno con gorro de plato y en una de sus manos algo que parecía una porra. Por un momento pensó que lo habían descubierto. Pero cuando la silueta se acercó, comprobó que se trataba de su amigo Pelayo y que en su mano no llevaba otra cosa que el bastón y las llaves.

—¡Me cage en dena Pelayo! Que susto me has dado.

—Y tú, ¿qué haces fuera de casa a estas horas? —inquirió el Sereno.

—No podía dormir y he salido a dar un paseo.

Tras un prolongado silencio, Antoñito se dirigió a su casa y Pelayo permaneció inmóvil sin dejar de mirarlo.

Como se esperaba la noche fue larga. Durante horas la Policía Armada sacó de sus domicilios a todo el que había tenido algo con la justicia, a amigos y familiares. Se requirió a los Serenos, a los dueños de las tabernas que a la hora del ataque aún permanecían abiertas, a los últimos parroquianos... y a todo el que le vino en gana al Comisario. Antoñito entre ellos.

Se daba el caso que el atacante muerto, había cumplido una condena por hurto en la cárcel de Albacete y hacía unos meses que estaba en libertad. El Comisario, tras ser atendido y escayolado, no se quiso perder los interrogatorios. Con el brazo en cabestrillo escrutaba uno a uno y a todos les hacía la misma pregunta.

—¿Qué sabes del atentado de esta noche?

Y recibía la misma respuesta.

—Nada, señor Comisario.

A más de uno le apretaron las clavijas sin sacarle nada.

El Comisario se fijaba en sus ojos, ya que era lo único que a sus atacantes dejaban al descubierto las gorras y los pañuelos. Se reservó para el final a los que podrían tener algo contra él y que por estatura y corpulencia se asemejaban a los que habían intentado asesinarle.

Cuando el sol despuntaba los primeros rayos le tocó el turno a Antoñito. No era la primera vez que estaba en esa sala y la experiencia de la vez anterior no fue muy buena. Se sentó en una solitaria silla ante la atenta mirada del Comisario y tres policías de uniforme.

—No sé por qué me da que tenemos a uno de ellos —empezó diciendo el Comisario.

Pero no por qué sospechara de él. A los que había reservado para el final les repetía lo mismo.

—¿Dónde has estado entre las doce y la una de la madrugada? —empezó el interrogatorio.

—En mi casa.

Dicho esto, recibió un golpe.

—En mi casa, señor Comisario —corrigió Argudo.

El interrogatorio se prolongó media hora, hasta que el Comisario susurró algo a un policía y este abandonó la sala. Al momento entró acompañado por Pelayo.

—Ahora veremos si dices la verdad.

Argudo se dirigió a Pelayo.

—Me han dicho que por las noches duermes la mona en la calle de los Baños, donde reside

este... zángano, ¿es cierto?

—Si señor —respondió con serenidad. A esas horas ya se la había pasado la borrachera.

—Entonces, ¿has visto a este individuo regresar a su casa más tarde de la doce?

A Antoñito se le aceleró el corazón cuando Pelayo lo miró a los ojos como implorando perdón.

—Por la tarde estuve con él, y a eso de las diez entró en su casa. Luego no volvió a salir.

—Puede que no lo vieras o saliera por otro lado —insistió Argudo.

—No puede ser. Solo hay una entrada y salida, y yo me refugio allí todas las noches.

El Comisario frunció el ceño.

—Que se larguen y traed al siguiente —masculló.

Cuando salieron de la sala de interrogatorios, Antoñito sólo tuvo tiempo para decir un susurro.

—Gracias.

Pelayo se llevó la mano al gorro en actitud marcial y asintió. Él no podía abandonar aún la Comisaría por si lo requerían para interrogarle.

Capítulo 45

Esa mañana acudió al taller sin haber descansado ni un segundo. Manuel se interesó por la herida que llevaba en el labio, y no le quedó más remedio que contarle que había pasado la noche en la Comisaría y por qué.

—¿Tú no tendrás nada que ver en el ataque al Comisario?

A la pregunta de su amigo respondió con un prolongado y revelador silencio.

—¡Me cago en el Copón Antoñito! —exclamó Manuel — ¿Qué pretendes? Si descubren que estás *implicao*, te condenaran a muerte.

—Lo siento. Las cosas salieron mal...

—Y podrían haber ido peor. ¿Cómo has *podio* hacer algo así? Sé que guardas mucho sufrimiento, pero eso no te da derecho a comportarte como lo que aborreces ¡Por Dios has *intentao* matar a un hombre!

—El Comisario Argudo no merece vivir.

—Pero eso no te corresponde decidirlo a ti.

De camino a la Estación, Manuel no cesó hasta que consiguió que Antoñito le diera su palabra de no volver a atentar contra el Comisario.

—Te lo prometo. No volverá a ocurrir.

—Me alegro, porque de lo contrario tendríamos que dejar de ser amigos. No le contaré nada a Felisa; ella no es tan benevolente.

No obstante, el silencio de su marido no impidió que ella se enterase por boca del Comisario en una visita a casa de los Carrión. A través de la puerta del despacho lo escuchó maldecir y asegurar que no cesaría hasta dar con los que habían urdido el plan para asesinarlo. Sin embargo, pese a que interrogó a decenas de personas no consiguió averiguar nada, pero esa aureola de maldad que le envolvía aumentó cuando para saciar su sed de venganza metió a unos cuantos entre rejas.

Fue inevitable que Felisa sospechara de Antoñito, pero Manuel le juro y perjuro que su amigo no tenía nada que ver.

Unos días más tarde, para Felisa y Manuel el tema estaba olvidado, pero no para Antoñito. Lamentaba haber fallado y haber dado su palabra de no volver a intentarlo. Pero la amistad estaba por encima de todo, aunque tenía que bregar constantemente contra el desprecio de otras personas.

Miguel, el vecino, era una de esas personas. Era un hombre de su tiempo y como tal le repugnaban los homosexuales. Un domingo que Felisa cocinó unos sabrosos gazpachos, él y Piedad estaban invitados a su mesa. Pero en cuanto Miguel vio a Antoñito, no permitió comer a su lado y se largó. La pobre Piedad se quedó avergonzada y no escatimó argumentos para excusar a su marido. En el fondo Antoñito, Felisa y Manuel, comprendían a Miguel y ese desprecio no se lo tuvieron en cuenta. Él era como la mayoría de sus coetáneos; hombre y mujer, y lo demás era o enfermedad o depravación.

Afortunadamente ese incidente no influyó en las buenas relaciones de Felisa y Piedad, pero si alejó a Miguel de Manuel, que volvió a las andadas; borracheras, gritos y riñas.

A esas alturas para Manuel no era extraño coincidir con Amelia Aguilar en cualquier parte de la ciudad. La veía paseando con otras mujeres o conduciendo su flamante automóvil. No obstante, no se dirigían la palabra y cada vez que ocurría, él se ponía nervioso y se abrochaba el último

botón de la camisa para que ella no viera que aún pendía de su cuello la cruz de plata. Mil veces había intentado arrancársela y otras tantas había encontrado un motivo para no hacerlo.

A Antoñito le hacía gracia el tema. Él y Manuel habían hablado muchas veces de esa esperpéntica relación y no llegaba a entenderla. Para él era obvio que amaba a Felisa y no dejaba de desconcertarle el comportamiento de su amigo. Un millón de veces se había preguntado, si no la quería un poco. Y un día se sumó un capítulo más a esa cuestión.

El francés fue a la Estación a despedir a dos hombres y allí se encontraron. Manuel intentó esquivarlo, pero en cuanto el tren inició la marcha, Arnaud lo vio escabullirse.

—¡Eh Manuel! *Mon amie* —reclamó su atención.

Manuel se detuvo y lo saludó tímidamente con intención de quitárselo de encima. Pero Arnaud fue insistente.

—Me alegro de verte, ¿cómo va todo? —le dijo con su peculiar manera de hablar.

—Muy bien Gracias. Por hoy ya he tenido bastante y me voy a mi casa.

—Estupendo. Así podré invitarte a un trago.

Antoñito se unió a ellos en ese momento.

—Lo siento, pero voy con él —se excusó Manuel.

—No importa. Tu amigo está también invitado.

Manuel miró a Antoñito suplicando que le echara un capote, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Nos vendrá bien un trago a los tres. Vamos a mi automóvil y por favor tuteadme —sugirió Arnaud ya que nadie decía nada.

Tras unos tensos minutos el coche se detuvo en la calle del Tinte y se apearon. Entraron en un Bodegón al que Antoñito y Manuel no frecuentaban y se acomodaron alrededor de una mesa. El camarero saludó al francés y al rato llevó una jarra de vino y tres vasos. Arnaud procedió a servir y saboreó su trago.

—Buen vino, pero nada comparable al de Borgoña.

—Se nota que no has catado el que hace el padre de Manuel —replicó Antoñito.

—Me encantaría, pero ya sé de las delicias de los vinos de la Comarca.

Manuel se mantenía en silencio tratando de adivinar qué quería el francés de él. Arnaud entabló una pequeña conversación con Antoñito. Ambos conocían París y eso rompió el hielo. Pero después del tercer vaso al francés se le soltó la lengua.

—Es curioso este país. Media España habla de la otra media. He oído mucho hablar de ti —se dirigió a Manuel.

—Y no muy bien, creo —aseveró Manuel.

—No, no. Me han contado historias de peleas, del ejército y de tu amada Felisa.

Antoñito y Manuel se miraron extrañados.

—Pero también he oído de ti y mi esposa. Por eso me sorprendió que fuera virgen.

A Manuel no le sentó bien el comentario y se puso en pie.

—Tenemos que marcharnos.

—Un momento. Perdona si te he ofendido.

—No me gusta que hablen así de ninguna mujer. La señorita Amelia es su esposa.

Arnaud apuró su vaso y lo llenó de nuevo.

—Amélie es una mujer formidable, impulsiva y tenaz. Cualquier hombre sería feliz si llegase a su corazón. Pero eso *mes amis* es imposible.

El francés volvió a vaciar el vaso.

—Pero ella es tu esposa —matizó Antoñito.

—Así es, pero nuestro matrimonio es una farsa. Nunca ha negado que ama a Manuel — prosiguió como si hablase a la nada—. Está convencida de que algún día estarán juntos y ¡*Mon Dieu!* No hay nada que se proponga y no lo consiga.

—Entonces, ¿por qué te casaste con ella? —intervino Manuel.

—No es difícil de adivinar. En este país nadie en su sano juicio se casaría con una mujer que ama a otro hombre. Ella necesitaba un marido y yo los contactos de su padre. En cierto modo somos socios.

Manuel le impidió que llenara de nuevo el vaso.

—Déjalo. Ya has bebido bastante.

El francés lo miró y le preguntó:

—¿Ahora qué vas a hacer?

Manuel no respondió y el francés fue cerrando los ojos y adoptando una posición grotesca. Lo dejaron durmiendo la mona y abandonaron el Bodegón.

—No quiero que digas nada —se adelantó Manuel.

Antoñito respetó a su amigo y no hizo ningún comentario. Sin embargo, un temor empezó a surgir dentro de él. No dudaba de que quería con toda su alma a Felisa, pero no era nadie y esa ambición que le atormentaba, nunca la conseguiría al lado de ella. Y por el contrario Amelia le podía abrir las puertas del Cielo.

En los días posteriores lo notó distante. Habría dado todas las ganancias de un año por adivinar que bullía dentro de su amigo.

El nacimiento de Lucía fue providencial. La pequeña vino al mundo en un caluroso día del mes de Agosto. Siguiendo esa curiosa tradición genética, presentaba el mismo lunar que su madre y su hermana. El parto fue el peor de todos. La niña se resistía a nacer y tuvieron que emplear forces para sacarla del vientre de su madre. Hija y madre tuvieron que permanecer durante varios días en la Residencia del Perpetuo Socorro. Hasta que los médicos les dieron el alta, no cesaron las visitas. Gregoria permaneció todo ese tiempo al lado de su cuñada y su sobrina. Manuel, con la inestimable ayuda de Piedad, se ocupó de sus otros tres hijos y de su cuñado Agustín. Emeterio y Antoñito también colaboraron. Durante esos días don Gustavo tuvo que aguantar a Juana, y Manuel, sólo obtuvo ganancias de la parte del préstamo que Antoñito le daba a diario.

Con la llegada de la pequeña, en la casa de la calle Tejares, era imposible que albergará a más personas. En el pequeño dormitorio de matrimonio, el espacio era ocupado casi íntegramente por la cama y la cuna, que desde que nació Abelarda, no había dejado de estar ocupada. En el dormitorio de Agustín, había tres camastros hacinados, donde pernoctaban el chache, Lucas y la perrita sin nombre. Y en cuarto de estar convertido en dormitorio, Abelarda y el nuevo huésped; su hermano Álvaro.

El chache Agustín fue de más ayuda de lo que esperaban. Siempre estaba pendiente de sus sobrinos; en el patio, en la casa o en la puerta de la calle. A los más mayores; Abelarda y Lucas, los sacaba a pasear cogidos de sus manos y en un par de ocasiones, se llevó una reprimenda por llevarlos al Estanque de los Cisnes. Pero aunque los que no lo conocían podían dudar de su capacidad de cuidar a alguien, lo cierto era que el chache, pese a su deficiencia, tenía algo especial con los niños y los animales. Era incapaz de hacer mal a nadie y nunca permitiría que les sucediera nada a sus sobrinos, y eso lo sabían Felisa y Manuel. Por las noches, como si fuera otro crío, escuchaba sin pestañear a su cuñado cuando contaba un cuento a los pequeños. ¡Eso sí! Era

el único que se quejaba cuando Manuel decía: «Colorín colorado...».

Debido a la llegada de Lucía, a Manuel se le despertaron de pronto las ganas de cambiar de trabajo. Lo comunicó a su familia durante el bautizo y la mayoría aplaudió ese cambio. Pero encontrar un trabajo era más difícil de lo que había pensado. Sobre todo, porque no quería un trabajo cualquiera. Deseaba emplearse en alguna de las fábricas o talleres de cuchillería y aprovechar su experiencia.

—Pásate la semana que viene a ver si tenemos algo —recibía por respuesta.

En un par de fábricas, que iban a ampliar el negocio, le ofrecieron un puesto aparentemente bueno; sueldo fijo, vacaciones y algún extra. Pero cuando se presentó, como le ocurriera hace años en la fábrica de lejía, ya no le necesitaban. Era como si una mano negra le coartara todas las oportunidades.

Aunque nunca tuvo la certeza, Felisa sospechó que don Gustavo era esa mano negra, ya que en todo momento supo qué y dónde buscaba Manuel.

Así que sin otra opción, le propuso a Moreno aceptar un puesto en el taller y abandonar la calle. Pero el último, lo había rechazado y lo había ocupado su cuñado Emeterio. Aun así, Moreno le ofreció un porcentaje más alto.

—Eres el navajero más obstinado que ha pisado las calles de Albacete, y casi el mejor. Te mereces algo más. No desespere que tendrás tu recompensa.

Para Moreno no era ningún secreto que Manuel dominaba a la perfección la fabricación de navajas. No era ajeno a que llevaba tiempo recogiendo piezas de la basura y en alguna ocasión le había dejado adrede algunas en buen estado. Eso era una muestra del aprecio que le tenía.

Al menos le reconfortó disfrutar de su padre, que después del bautizo se quedó unos días. Él y Anastasio habían llenado un camión con artículos de artesanía que nunca habían vendido y llevaban años almacenados. Luego los repartieron por las tiendas de las calles de la Caba y de Albarderos para su venta. El que Indalecio se desprendiera de todo ese material, le hizo pensar a Manuel que el anunciado retiro de su padre estaba al caer. Su hermano Anastasio los dejó y regresó a la Aldea para ultimar los detalles de la vendimia.

Indalecio acompañó a su hijo una jornada entera de trabajo. Fue con él al taller, recorrió el mismo camino que Antoñito y Manuel, observó el trasiego de los navajeros... y al atardecer compartió una jarra de vino con Pelayo y Casimiro. Durante ese día comprobó cómo era la vida de su hijo en la ciudad y lo diferente que era de la faena del campo. No comprendía como Manuel había dejado Las Bichas, donde se podía ver el sol desde que salía hasta que se escondía, donde podía echar un trago de la bota en un ribazo, conversar con los vecinos, ver crecer la uva... y tantas cosas de las que se había privado para vivir en la capital. No desaprovechó la ocasión de recordárselo.

—Manuel hijo mío. Ya llevas varios años viviendo aquí y por lo que veo no es lo que esperabas. Si no hubieras *dejao* la aldea...

—Padre, sabe usted que yo siempre he *deseao* vivir aquí. Ahora tengo hijos y han *nacio* en la capital. Es verdad que no estamos pasando buenos momentos, pero esto pronto cambiará —se detuvo un instante y sacó su navaja—. Cuando me regaló esta navaja, supe que dejaría la aldea.

Indalecio no insistió. Conocía muy bien a su hijo y estaba seguro de que si se había propuesto sacar a su familia adelante, lo conseguiría vendiendo navajas o haciendo cualquier otra cosa. Días más tarde regresó a Las Bichas con la amarga sensación de que en algo había fallado con Manuel.

Capítulo 46

Don Gustavo y doña Dorita se alegraron cuando Felisa retomó su trabajo. Como ya hizo con sus otros hijos, llevó a Lucía en el mismo cesto de mimbre. A la señora de la casa le entusiasmó tener bajo su techo a otro niño. No escatimó carantoñas y piropos.

—No te lo tomes a mal Felisa, pero Lucía es la más guapa de todos.

Felisa la dejaba a su cuidado mientras realizaba las faenas de la casa y allí, en el dormitorio de doña Dorita, le daba el pecho lejos de las maliciosas miradas de don Gustavo.

A él no le hizo tanta gracia el acoger a otro vástago de Manuel. Se quejaba cuando lloraba u oía a su madre cantarle una nana. Aunque intentará ocultar sus celos, afloraban a la menor ocasión.

Un día, sin previo aviso, le pidió que se esmerara en la cena. Tenía invitados y deseaba quedar bien. A Felisa le cogió de improviso. Aun así, los comensales la felicitaron. Tras el exquisito ágape al que acudió lo más selecto de la sociedad albaceteña, sólo unos pocos permanecieron con don Gustavo. Por si fuera poco la cantidad de botellas de buen vino que consumieron durante la cena, los rezagados dieron buena cuenta de unas botellas de Champagne. Cuando dejaron la casa les acompañaba una buena cogorza.

Felisa esquivó a un tambaleante Gustavo y cuando dejó todo impoluto, cargó con su hija dispuesta a marcharse. Pero antes de llegar a la puerta, él se le abalanzó por detrás y la agarró de los pechos.

—Déjeme por favor se lo ruego —suplicó intentando liberarse.

Pero Gustavo estaba fuera de sí como un animal en celo.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti —farfulló apretándola contra él.

Lo tenía a centímetros de su cara, su aliento apestaba y aun así intentó tranquilizarse.

—Está borracho y no sabe lo que hace. Por favor no empeore más las cosas.

Pero él no quería ceder.

—Dame un beso... solo uno.

Como pudo se deshizo de él y sin otra escapatoria corrió hacia las escaleras.

—¡Huye! Corre al lado de ese perdedor y que tus hijos se mueran de asco —le escuchó farfullar.

Cuando llegó al dormitorio de doña Dorita reventó a llorar.

—Felisa, ¿qué te pasa? —se preocupó la mujer.

Estuvo a punto de contárselo todo, pero la pobre anciana se encontraba muy débil y una vez más decidió callar.

—Me he hecho daño mientras recogía —mintió.

—No será que mi hijo te ha reñido. Le he escuchado gritar.

—Tranquila, don Gustavo no me ha reprendido —reiteró la mentira.

Pero doña Dorita insistió.

—Si mi hijo se mete contigo, dímelo. Gustavo no es malo —lo justificó—, pero anda con malas compañías.

¡Qué equivocada estaba la pobre anciana! Gustavo delante de ella era un cordero, pero a su espalda se transformaba en lo que era de verdad; una persona malvada que creía poder doblegar a cualquiera.

Felisa meditó. Necesitaba de todo su valor para dejar la casa y no volver. Pero ahora eran

siete bocas las que tenía que alimentar y con lo que sacaba de los encargos de costura no era suficiente. Así, si su marido no encontraba algo, no podía prescindir del trabajo.

Permaneció al lado de doña Dorita hasta que escuchó la puerta del dormitorio de su hijo. Aun así cuando recorrió el pasillo le temblaban las piernas.

Cuando ella llegó a su casa, Manuel hacía mucho que la esperaba. Los niños ya habían cenado y dormían en el regazo de Agustín.

—¿Te pasa algo? Tienes los ojos rojos —se interesó Manuel.

—No es nada. Demasiado trabajo.

Esa noche Manuel impidió que ella se sentara frente a la máquina de coser y ella lo agradeció. En la cama se abrazó al cuerpo de su esposo y se sintió mal por ocultarle lo sucedido.

Al día siguiente, don Gustavo, ya sereno, se acercó a ella con un ramo de flores y se lo entregó.

—Lo siento. No sé qué me pasó —se excusó.

Felisa lo aceptó por quitárselo de encima y lo metió en un jarrón. Luego volvió a sus quehaceres y durante un tiempo no coincidió con él.

A Manuel empezó a agobiarle que el peso de la economía familiar recayera sobre su esposa. Para aumentar las ganancias aceptó de nuevo el puesto de cobrador de recibos a domicilio. Y de nuevo pasó más tiempo fuera de casa con frío, calor o lluvia. Como no podía ser de otra manera, su esposa se disgustó porque la otra vez que se encargó de los recibos enfermó.

—Manuel ahora tenemos cuatro hijos y yo te necesito más que nunca. Si enfermas otra vez perderás el trabajo y nunca se cumplirán nuestros sueños.

Esas palabras le hicieron reflexionar.

Antoñito, que conocía a la perfección el delicado estado económico de su amigo también se preocupó. Pero más le preocupaba que Felisa trabajase en casa de Gustavo Carrión.

—Amigo, ¿por qué no hacéis las maletas y volvéis a la aldea? La ciudad no es para vosotros. Hazme caso y saca a tu esposa de ese lugar o lo lamentarás.

—Ya estás con tus cosas. Felisa está bien. Don Gustavo no es como el Comisario Argudo. Aunque hace tiempo hiciera lo que hizo, ahora es diferente.

. —Quien tuvo, retuvo —replicó Antoñito—. No se pasa de asesino a hermanita de la caridad así como así.

—Bueno, tú no lo viste matar a nadie, ¿me equivoco?

—Pero si elegir a quien minutos más tarde era fusilado. Esa gente se cree que es la ley y que nadie puede negarse a sus deseos. Don Gustavo es un déspota. He oído por ahí que se acostaba con la mujer de un íntimo amigo suyo y que él mismo se lo confesó. Ese desdichado, en vez de matarlo se pegó un tiro.

—Quizá estaba *enamorado* de ella y no quiso engañar a su amigo.

—¡Me cague en dena! Despierta. Eso ocurrió hace años y desde entonces por su cama han pasado decenas de mujeres. Ese hombre no respeta a nada ni nadie.

Las palabras de Antoñito le hicieron escarbar en su memoria. A ella llegaron recuerdos de los amos de las aldeas. Algunos señoritos tenían mucho en común con la descripción que hacía Antoñito de don Gustavo. Desde niño había oído miles de historias similares.

—No tengo porque preocuparme. Si ese hombre hubiera *tratao* mal a Felisa, ella me lo hubiera dicho —zanjó Manuel.

Manuel estaba seguro de la fidelidad de su esposa y no tenía por qué preocuparse. Sin

embargo, por razones diferentes, ambos no eran sinceros. Él ocultaba detalles sobre Amelia Aguilar y ella de don Gustavo.

Manuel no le comentó nada a Felisa sobre los temores, para él infundados, de Antoñito. Lo más preocupante en ese momento eran las deudas, que conforme pasaba el tiempo en vez de aminorar, subían otro escalón. A Felisa le desesperaba el no tener a nadie de su familia a quien recurrir y le sugirió a su esposo aceptar el ofrecimiento de ayuda por parte de Gregoria, que afortunadamente gozaba de una holgada situación. Pero como ya esperaba, Manuel no lo permitió.

A ella empezaba a afectarle la precaria situación de su familia y por más que se esforzaba no encontraba solución. Para colmo, en la casa de los Carrión, veía el manejo de dinero de don Gustavo, que cuando hacía algún negocio, los billetes se amontonaban en la caja fuerte. «Estoy segura de que si cojo unos pocos, don Gustavo no lo notará», pensaba cuando sin que nadie la observara, curioseaba el interior de la caja fuerte. Pero su desesperación no había llegado a ese límite.

A eso le tenía que sumar los mensajes catastrofistas que les regalaba Antoñito.

—Vuestra hija ha nacido en el mismo año que se ha inaugurado esa vergonzosa obra del “Valle de sus Caídos”. Ese el legado de Franco. Si no cambia esto pronto, estamos tan condenados como esos desdichados que han dejado su vida en la guerra, en las cunetas, en las cárceles...

Una vez más Felisa y Manuel comprobaron que la cárcel no había hecho mella en los pensamientos revolucionarios y de libertad de Antoñito. El, que había sufrido en sus propias carnes la represión e injusticia del régimen franquista, no se podía callar y daba su opinión a la primera ocasión que se le presentaba. Lo hacía en la Estación, en las tabernas y en las calles. Estos pensamientos le condujeron a visitar muchas veces la Comisaría y ser interrogado.

Una de esas veces arrestaron también a Manuel. Felisa se llevó un buen susto cuando se hizo tarde y su marido no se presentaba. En su lugar, a altas horas, aparecieron dos agentes de uniforme de Policía Armada. Querían confirmar que Manuel Romano Cortés, era en efecto quien decía, que estaba casado y que tenía cuatro hijos. Con Antoñito lo tuvieron más difícil y después de abandonar la casa de la calle Tejares, se dirigieron a la casa de Moreno.

Felisa no se lo pensó dos veces, dejó a los niños con el chache Agustín y se dirigió todo lo rápida que pudo a la Comisaría. Mientras se aproximaba crecía el temor de que a su marido lo metieran en una sucia celda y no le dejaran salir en mucho tiempo. Al llegar preguntó por el Comisario Argudo y en unos minutos estuvo ante ella.

—Felisa, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó con extrañeza.

—Perdone que le moleste, pero han detenido a mi marido y quiero saber de él.

—¿A tu marido? ¿Por qué?

Ella soltó un suspiro y se encogió de hombros. El Comisario hizo un ademán y uno de los policías se le acercó. Felisa no escuchó lo que hablaban y estuvo a punto de que le traicionasen los nervios cuando el Comisario desapareció por unas escaleras. Al cabo de unos larguísimos minutos, apareció por el vano acompañado de su marido.

—Ya está todo bien. Puedes llevártelo. Que venga mañana a por el fajín.

Felisa se echó en los brazos de su marido.

—¿Que susto me has dado!

Después de que ella le diera las gracias al Comisario, abandonaron la Comisaría. Ya en la calle, Manuel le hizo un reproche.

—¿Por qué has acudido al Comisario? Yo no he hecho nada y me iban a soltar.

Felisa detuvo el paso y se encaró a él.

—Habría ido al mismo Infierno y habría recurrido al Diablo para sacarte de ahí.

Manuel rectificó su error.

—Lo sé. Perdóname.

—Da igual. No hay mal que por bien no valga —dijo ella agarrándose del brazo de su marido. Arrullados aminoraron el paso y regresaron a casa dando un paseo. Ya no recordaban cuando había sido la última vez que habían paseado los dos solos.

Con más tranquilidad, Felisa sometió a Manuel a otro interrogatorio.

—¿Por qué te han detenido? ¿Ha sido por Antoñito?

—No. No era por nada político —la tranquilizó—. Unos viajeros al bajar del tren empezaron a quejarse de lo mal que iba todo. Otros los increparon y se armó un buen alboroto de gritos y empujones. A Antoñito y a mí nos pilló en medio del *fregao*. La Policía Armada intervino a golpe de porra y el ambiente se caldeó. Al final, a unos cuantos nos metieron en unos coches y nos trasladaron a la Comisaría. Estaba a punto de aclararse todo cuando apareció el Comisario Argudo.

—¿Y Antoñito?

—Él como está *fichao*, lo acojonarán un poco y luego lo soltarán.

A Felisa le tranquilizó saber que su marido no se había metido en ningún lío y que su arresto se había debido a un error. Pero después de aquel día el temor a que pudieran volver a arrestarlo fue en aumento. Ella conocía más que nadie a su marido y sabía que si su amigo Antoñito estaba en apuros, él no dudaría en ayudarle. Así que un día les aconsejó que se reprimieran al hablar de política delante de extraños.

—No sabéis quién puede estar escuchando y no me gustaría que os denunciasen.

—Felisa tiene razón... —empezaba a decir Manuel.

—Pero ahora no podemos callarnos —replicó Antoñito—. Los universitarios se han lanzado a la calle. El movimiento obrero muestra su disconformidad con el régimen. Sé de buena tinta que en otras provincias se están organizando movimientos en contra del dictador. Hay muchos países que no ven con buen ojo el gobierno de Franco...

Felisa cortó el discurso.

—Mira Antoñito, no te enfades, pero Manuel tiene una familia. Si le meten en la cárcel, ¿qué será de nosotros? Tú mejor que nadie sabes que es eso. No quiero que os detengan a ninguno de los dos. Así que o me das tu palabra de no expresar tus ideas en los lugares donde no te conozcan o tendré que pedirle a Manuel que no te acompañe más a ninguna taberna o a lugares donde podáis meteros en líos.

Esas palabras hicieron reflexionar a Antoñito.

—Por nada del mundo querría perjudicaros a Manuel ni a ti. Sé que a veces no me controlo, pero os prometo que en lo sucesivo no volverá a ocurrir.

Capítulo 47

La esperada década de los sesenta no trajo todo lo que los charlatanes profetizaban. El mundo no se acabó, pero sí empezaba a cambiar. Aunque España llevaba la marcha más lenta que otros países también iba cambiando para bien o para mal. Mientras en otros países se conseguían mejoras laborales, aquí se ponía en marcha el Plan de Estabilización Económica; se suprimieron las horas extraordinarias, los pluses y las remuneraciones complementarias de los obreros. Así con esas perspectivas Manuel no conseguía cambiar de trabajo. Le plantearon emigrar a Francia o Alemania donde muchos españoles emprendieron esa aventura. Sin embargo, a él le aterrizzaba arrastrar a su familia fuera de nuestras fronteras.

Su hermano Anastasio comenzó la década con una gonorrea como recuerdo de una de sus muchas visitas al Alto de la Villa. Lo que le obligó a permanecer una temporada en la capital para tratarse la enfermedad. Mientras duró su tratamiento pasaba las noches en una habitación que amablemente le cedía la buena Piedad. En casa de su hermano ya era imposible albergar a más gente.

Gregoria y Mariano los visitaban regularmente y como siempre, llegaban cargados de regalos para los niños. Ellos al no poder tener hijos, entregaban todo su cariño a sus sobrinos. Para Gregoria era evidente la delicada situación económica por la que estaban pasando su hermano y su cuñada, que lejos de mejorar, se agravaba. Y como sabía que Felisa no aceptaría dinero a espaldas de su marido habló con él.

—Manuel, ¿por qué no quieres que te ayudemos? Padre está preocupado, Anastasio, Mariano y yo también. Así que no seas tonto y deja que te preste dinero. Cuando vayas mejor, ya me lo devolverás.

—Lo siento, pero no puedo aceptarlo. Cuando dejé la aldea me hice una promesa; luchar por los míos y sacarlos adelante sin ayuda de nadie. Y así será.

Gregoria, con dolor en su corazón no insistió. Abrazó a su hermano y le dijo:

—Todas las noches rezo porque lo consigas.

Piedad continuaba haciéndose cargo de los pequeños con la ayuda del chache Agustín. La pequeña Lucía empezaba a dar sus primeros pasos y era la que acumulaba más atenciones. Todos estaban pendientes de ella, incluso la perrita sin nombre se había convertido en su juguete preferido.

Antoñito empezó a desaparecer un par de días cada mes; siempre con permiso de Moreno. Hubo quien dijo que en esos días viajaba a Valencia, donde tenía un amante. Pero Manuel y Felisa, sabían que eso no era cierto. Antoñito, por muy difícil que fuera de comprender, amaba a Geer, aunque era consciente de que jamás volverían a estar juntos. La verdadera razón de esos viajes, era que se reunía con grupos disidentes al régimen para confabular. A esas reuniones asistían, homosexuales, intelectuales liberales, nostálgicos republicanos, militantes y simpatizantes clandestinos del PCE, sindicalistas, antiguos guerrilleros... que en su mayoría habían sufrido la injusta represión de la época que les había tocado vivir.

A su regreso a Albacete nunca comentaba nada para no implicar a su amigo, pero Manuel, a sabiendas de que un fallo lo podía llevar de nuevo a la cárcel, le aconsejaba precaución. Y Antoñito, en amistosa represalia, se la devolvía aconsejándole que no tuviera más hijos.

—Cuatro ya es un buen número. Tienes “familia numerosa”. Ahora podrás acogerte a alguna ventaja. Por ejemplo solicitar una vivienda en Las Casas Baratas.

—¿Tú te crees lo de las ayudas?

—Da gracias que para el Dictador la familia es un elemento básico y primordial —dijo con cierta sorna—. Para él y sus amigos de la Iglesia les vale eso de: «los que Dios quiera», ya que si no se incumplirían el sexto y el noveno mandamiento. Por eso, y porque en este país no existen medios para impedir los embarazos, reguló una serie de beneficios para las familias numerosas.

—No creo que a mí me den nada. Pero tienes razón mi situación no es como para traer más hijos al mundo —concedió Manuel.

—Pues ya sabes a emplear el método de la escupidera —sugirió Antoñito en tono burlón.

Un gesto de desconcierto apareció en el rostro de Manuel.

—¡Me cague en dena! Escupir... fuera. ¿Comprendes? —aclaró Antoñito con unos gestos más que reveladores.

Como quiera que fuese, Felisa y Manuel lo habían hablado y no deseaban más descendencia. Ya eran bastantes los equilibrios que hacían para no aumentar sus deudas e intentar quitarse algunas. Cosa difícil con cuatro hijos, más Agustín, más los gastos de la casa, los de los pequeños, y una larga lista.

Afortunadamente las personas a las que adeudaban dinero eran de confianza y conocedores de su situación. Por lo que no les importaba esperar. Sin embargo, quien peor lo llevaba era Felisa, que se sentía avergonzada cada vez que tenía que decir: «apúntamelo y ya te pagaré». Más de una vez, decaída, tuvo que esconder sus lágrimas en el cuarto de aseo. Ella permanecía fiel a su trabajo y sacaba tiempo para atender los escasos encargos de costura. En ese tiempo, doña Dorita ya era un cadáver viviente. Tenía el rostro cerúleo y su cuerpo inerte era un montón de pellejos. Felisa le dedicaba más tiempo a la anciana que a las labores de la casa. Don Gustavo seguía en su línea. Su personalidad cambiaba rápidamente. Podía ser el hombre más cariñoso y atento del mundo y al segundo siguiente el más cruel y desalmado. Le regalaba flores —que ella tiraba a la basura en el momento que salía de la casa—, se ofrecía a llevarla en su nuevo automóvil, y ella aunque lloviera a cántaros, rechazaba el ofrecimiento. No se fiaba de él como para estar a solas fuera de la casa.

Pero entre todo ese cúmulo de infortunios, surgió de quién menos lo esperaban, la oportunidad de que sus vidas dieran un giro importante.

Una tarde, Manuel y Antoñito acabaron antes de tiempo. El segundo había quedado con don Teodoro en la Higuera —una taberna frecuentada por aficionados al toreo—, para que le prestase unos libros. Cuando llegaron, el antiguo profesor les estaba esperando al final del local. Al cruzarlo, Antoñito y Manuel se despojaron de gorra y sombrero en gesto de cortesía hacia tres mujeres que, aunque no era habitual que estuvieran en un lugar como ese, se encontraban sentadas alrededor de una de las pequeñas mesas y, que eran el centro de las miradas de los parroquianos. No les habría extrañado tanto si se hubieran percatado de debajo de uno de esos pomposos sombreros estaba Amelia Aguilar.

Tras los saludos y la correspondiente petición de unos chatos, don Teodoro le entregó tres libros a Antoñito.

—Este es de Nietzsche, este de Rosa Chacel y este lo conoces, es la Regenta de Clarín, otra vez censurado.

Para Manuel, que no compartía con ellos el hábito de la lectura, esos libros eran unos de tantos. Sin embargo, a Antoñito se le dilataron las pupilas. Pérdida su biblioteca, no tenía posibilidad de encontrar ciertos libros y los que le dejaba don Teodoro parecían interesantes.

En un momento iniciaron una conversación sobre la novela La Regenta, sobre los matrimonios

de conveniencia, sobre el Clero, la hipocresía de la sociedad... a la que Manuel asistía como mero espectador y era ajeno a que a poca distancia hablaban de él.

—¿Habéis visto a esos navajeros? —decía una de las mujeres que acompañaban a Amelia — Que vidas más tristes tienen que ser la tuyas.

—Pues el más joven, con otro aliñe y sin esa gorra, podría parecer todo un caballero — añadió la otra.

—Se llama Manuel —espetó Amelia.

—¿Lo conoces? —preguntaron al unísono.

Sin responder, sacó del bolso una pequeña libreta y un lapicero. Escribió algo y reclamó al camarero.

—Por favor, se lo puede entregar a ese joven —le pidió ante el pasmo de sus acompañantes.

Cuando Manuel recibió la nota y el camarero le señaló de quién procedía, se giró sobre sus talones y al contemplarla, no supo cómo reaccionar. Después de ese instante, que no pasó desapercibido para Antoñito, leyó la nota e hizo un leve movimiento de asentimiento.

—¡Qué atrevimiento!

—¿Qué le has escrito?

Pero Amelia no satisfizo la curiosidad de sus amigas. Se puso en pie y sin dejar de mirarlo, les pidió que se marcharan. Cuando salieron provocaron de nuevo las miradas.

Después de la tertulia, los dos navajeros abandonaron la Higuierita y mientras caminaban hacia la taberna de la calle Tejares, Antoñito se interesó sobre lo que había ocurrido.

—¿Qué quería esa mujer?

—Dice que puede ayudarme y me ha *dao* su dirección.

—¿No especifica en qué quiere ayudarte?

—No dice nada más.

—¿Imagino que no irás?

—¡Claro que no!

En ese momento, quizá no mintió a su amigo, pero al cabo de unos días, a él mismo le pidió que le cubriera. Desoyó todos los consejos y sin su fajín se dirigió al Pasaje de Lodaes. En la dirección que rezaba en la nota giró la manivela que accionaba el timbre de la casa y al cabo de unos segundos, apareció ante él una chica de dieciséis o diecisiete años con un impoluto uniforme negro y cofia y delantal blanco.

—¡Buenas tardes! ¿Qué desea?

—Venía a ver a la señorita Amelia Aguilar —dijo como un pasmarote con la gorra entre sus manos.

—¿Será a la señora Gignac?

—Claro, es que... —titubeó.

—Un momento, por favor —dijo la chica y desapareció tras la puerta.

Mientras él esperaba en el rellano, ella recorrió el pasillo y entró en la salita donde Amelia estaba recostada en el triclinio, con su bata de tul que cubría su encorsetado cuerpo, leyendo una revista.

—Señora. Está aquí.

Amelia dejó la revista con nerviosismo y se puso en pie.

—Sabía que vendría —murmuró.

—No me había dicho que era tan guapo.

—Paquita, no seas entrometida. Hazle entrar.

—¿Lo va a recibir así?

—¡Por supuesto que no! Sírvale nuestro mejor vino mientras espera.

Cuando Amelia regresó a la salita estaba esplendida. Llevaba un moderno vestido de cuadros de colores verdes y blancos, algo escotado y que resaltaba su esbeltez.

—Hola Manuel.

Él se puso en pie.

—Hola señorita Amelia.

A ella le gustó que la tratara como si el tiempo no hubiera pasado.

—Me alegra verte sin ese cachivache lleno de navajas, pero siéntate.

Manuel tomó de nuevo asiento y ella a su lado.

—¿Te preguntarás para qué te he hecho venir?

Dejó la pregunta unos segundos en el aire y cuando él asintió prosiguió.

—Tengo algo que puede interesarte, pero eso lo dejo para más tarde. Antes de nada quería pedirte perdón. Sé que en el pasado no me porté bien contigo y me gustaría que fuéramos amigos.

Manuel no supo en ese momento si lo decía de corazón o era otra de sus estratagemas. Aun así aceptó sus disculpas.

—Por mí, está todo *olvidao*.

Amelia esbozó una sonrisa.

—Me quitas un peso de encima. ¿Qué tal están tu esposa y tus hijos? Creo que tienes tres...

—Cuatro —corrigió él—. Abelarda, Lucas, Álvaro y Lucía... y Felisa está bien. Muchas gracias por su interés.

Amelia lo notaba tenso.

—Hace mucho que nos conocemos, ya no trabajas para mi padre y sin embargo, todavía te diriges a mí de usted.

—Es la costumbre.

—Pues ya va siendo hora de que me tutees.

—Si no le importa, prefiero seguir tratándola de usted.

—Como quieras.

Amelia abrió una pitillera con cigarrillos emboquillados, se encendió uno y le ofreció. Manuel agarró uno y ella le acercó el encendedor. Exhaló la primera calada y disfrutó de ese tabaco tan diferente a los Ideales que el fumaba.

—¿Qué era lo que tenía que proponerme?

—Sé que hablaste con mi esposo —repuso ella sin contestarle—, y que hablasteis de mí.

—He coincidido con él varias veces, pero no recuerdo de lo que hablamos —intentó esquivar el tema.

—Compruebo que sigues tan hermético como siempre. Pero no importa. Él mismo me dijo de qué hablasteis y estoy al corriente de que sabes que tiene una querida.

Manuel empezaba a arrepentirse de estar allí. Apagó el cigarrillo y se pasó la gorra de una mano a otra, la volteó y vuelta a empezar sin saber qué hacer o qué decir.

—¿Y a usted no le importa lo de la querida?

—¿Por qué iba a importarme? Mientras está con esa zorrita a mí no me incordia. Y tú, ¿has estado con otra que no sea tu esposa?

La pregunta incomodó a Manuel. Pero respondió.

—Nunca.

Amelia no esperaba que le diera otra respuesta.

—¿Pero si has deseado a otras mujeres?

—No... bueno yo... —titubeó.

—No tienes por qué darle importancia. Eso es algo innato en vosotros —aseveró acercándose más a él—. Algunos se desfogan en el Alto de la Villa y otros como Arnaud, se echan una querida. En el carillón sonaron nueve campanadas.

—Se me hace tarde —dijo él mirando al reloj.

Amelia no quiso alargar más la intriga y le desveló el motivo por el cual él estaba allí.

—Seré breve. Mi marido va a abrir otra fábrica de ladrillos en Chinchilla y necesita un encargado. El puesto es tuyo si lo quieres.

Manuel se puso en pie.

—Muchas gracias por haber *pensao* en mí.

—¿Entonces lo aceptas?

—Lo pensaré.

Como no podía convencerlo ni retenerlo, Amelia hizo sonar una campanita y presto acudió la sirvienta.

—Paquita, acompaña al señor.

Manuel hizo un ademán de saludo y abandonó la casa.

—Dígame señora, ¿qué tal ha ido? —se interesó Paquita cuando regresó a su lado.

—Le he propuesto el trabajo, pero lo rechazará.

—No puede rechazarlo.

—Claro que sí. Manuel es orgulloso y cobarde. Nunca haría nada incorrecto. Su ética le impide mezclarse con nadie que no sea de su clase. Es ambicioso y desea cambiar de vida, pero asume ser un don nadie.

—Entonces, ¿por eso eligió a la otra?

—La verdad es que me ha sorprendido que viniera. ¿Por qué lo habrá hecho? —pensó en voz alta dejando la pregunta de Paquita sin respuesta.

—Si me permite la señora, mi hermana mayor dice que los hombres están ciegos hasta que se les quita la venda.

—Paquita, tu siempre con tus acertijos. No te entiendo.

—Después de todo lo que me ha contado, ha venido, ¿no? Pues digo yo que por algo será.

—Volverá —musitó Amelia.

Capítulo 48

Cuando Manuel se juntó con Antoñito, intentaba convencerse a sí mismo más que a su amigo, de que no sabía por qué había ido a casa de Amelia. Sacó la cruz de plata del bolsillo en el que la había ocultado y se la colgó de su cuello.

—Y el trabajo, ¿vas a aceptarlo? —se interesó Antoñito.

—No —fue rotundo.

—¡Me cague en dena Manuel! Esa mujer te ha brindado una ocasión de oro.

—Pero tendría que verla y eso no pude ser.

—Amigo no te comprendo.

Incluso para Manuel era difícil de entender. Siguiendo uno de los consejos de su padre, para evitar que su esposa sufriera, no le comentó nada y se concentró en su trabajo.

Ese año la Feria trajo una novedad; la inauguración del Estadio Deportivo diseñado por el Alcalde y arquitecto Carlos Belmonte. Antoñito, Manuel y otros navajeros, rondaron por los alrededores del Estadio y realizaron muchas ventas. Como era de esperar, Amelia y su esposo asistieron a la inauguración. Tan sólo se dedicaron un tímido saludo y unas esquivas miradas. Al acabar las celebraciones, los navajeros, retornaron a su circuito; los Redondeles, el Paseo, la Cuerda... Pero al finalizar la Feria y hacer balance, coincidieron en que las ganancias no habían sido como esperaban. Para Felisa fue duro comprobar que el bote del dinero no se llenaba y que las deudas tenían que esperar.

—No te preocupes mi amor. Esto cambiará —observó Manuel por enésima vez.

Pero Felisa empezaba a cansarse de tanto esperar y que se apoderase de ellos una tediosa rutina. Conforme pasaba el tiempo los «te quiero» fueron escaseando, ya no recordaban cuando fue la última vez que asistieron a una sesión de cine o tuvieron un momento para ellos solos. Lucía estaba a punto de cumplir los dos años, Abelarda y Lucas ya iban al colegio San Fernando. Agustín era el encargado de llevarlos y recogerlos. Por la proximidad a casa de los Carrión, Felisa aprovechaba sus salidas para realizar la compra de doña Dorita y contemplaba desde el otro lado del parque a sus dos hijos en el recreo.

El primer día de colegio de Abelarda, para Manuel empezaron a cumplirse sus sueños. Ese día, la pequeña no echó ni una lágrima y se sintió orgulloso. Todo lo contrario sucedió al año siguiente con Lucas. A Felisa le costó dejarlo entre un mar de lágrimas. Mientras, los más pequeños permanecían al cuidado de Piedad y Agustín.

Una mañana, mientras Agustín jugaba en el patio con sus sobrinos, Lucia se tambaleó y empezó a vomitar.

—Agustín, ya te he dicho mil veces que los zarandeas demasiado —le reprendió la vecina.

Pero cuando aupó a la pequeña, se percató de que estaba ardiendo y que tenía la mirada pérdida.

—Miguel, Miguel —reclamó a su marido sin obtener respuesta.

—Nunca está cuando lo necesito —masculló.

Alarmada por la fiebre, tomó la decisión de trasladarla a la Residencia del Perpetuo Socorro. Cargando con Lucía y llevando de la mano a Álvaro, se echó a la calle en busca de ayuda.

—Ve a avisar a tu hermana —le dijo a Agustín antes de alejarse.

Piedad se metió en la taberna más cercana y uno de los clientes se prestó a llevarla con su automóvil. El tabernero envió al aprendiz a que esperase a Felisa para ponerla al corriente. Entre

tanto, Agustín no paró de correr hasta que llegó a la casa de los Carrión. Llamó a la puerta en repetidas ocasiones hasta que le abrió su hermana. Felisa se asustó al verlo tan nervioso.

—¿Qué pasa Agustín?

Con su peculiar «Vayaya», tiro de ella para la calle.

El pánico se apoderó de Felisa. Estaba claro que algo no iba bien. Con su hermano colgado del brazo subió al dormitorio de doña Dorita y le comunicó que algo malo pasaba y que tenía que ausentarse.

—Ve hija a ver lo que pasa. Dile a Gustavo que te lleve en el coche.

Fue inútil negarse. Gustavo lo había oído todo y no puso objeción a trasladar a Felisa y a su hermano adónde fuera preciso.

Sin perder tiempo fueron hasta la calle Tejares y allí el aprendiz les informó de que Piedad y los niños estaban en la Residencia. Sin más explicaciones don Gustavo los trasladó al Perpetuo Socorro.

—No te preocupes, ya verás como no será nada —intentaba confortarla.

Pero un mal presagio se apoderó de Felisa. Durante el trayecto rogó a Dios para que sus hijos estuvieran bien. Al llegar a su destino, saltó del coche y se introdujo a toda velocidad. Una enfermera intentó tranquilizarla y le informó donde estaba Piedad y sus hijos. En un pasillo encontró a Piedad y a Álvaro llorando en su regazo. Cogió a su hijo e interrogó a su vecina con voz temblorosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le están haciendo a Lucia?

Piedad se le abrazó.

—No sé qué le pasa a la niña. De repente le ha subido fiebre y ha devuelto. Hace un rato que la han metido en ese cuarto, pero aquí nadie dice nada.

Felisa golpeó con los nudillos en la puerta y al cabo de unos segundos le atendió una enfermera.

—¿Es usted la madre?

—Sí. ¿Qué es lo que tiene?

—El doctor la está auscultando. Cuando termine la informará del diagnóstico.

—¿Pero no es nada grave?

—Yo no le puedo decir nada más — le indicó y cerró la puerta tras de sí.

Felisa pensó en Manuel y no le quedó otra opción que rogarle a don Gustavo que fuera a avisarle.

Aún no se sabía nada cuando don Gustavo regresó.

—A tu marido no le he encontrado, pero le he dejado el recado a otro navajero.

—Estará cobrando los recibos de «los muertos» —señaló Piedad.

Aunque no era el momento, don Gustavo no desaprovechó la ocasión para alardear. Abordó al primer médico que pasó por allí y le pidió que le condujera al despacho del Director.

—Quiero que no escatimen en medios... —se le escuchó mientras se alejaba.

La espera ya era mucha cuando el médico abrió la puerta de la habitación y requirió a los padres de la niña. Felisa dio un salto.

—Soy la madre. A mi marido le hemos dejado el recado para que acuda, ¿qué le sucede a la niña? —dijo precipitadamente.

Se retiraron unos pasos y el médico procedió a informarla.

—La niña tiene mucha fiebre, la nuca rígida, náuseas y le han salido unas manchas en la espalda. Son los síntomas de una meningitis severa.

—¿Y eso qué es? ¿Es grave?

—Sería mejor que su marido la acompañase en estos momentos.

—Por favor, dígame que no le va a pasar nada

—Lo siento. No la quiero engañar, el estado de su hija es crítico. Haremos lo que esté en nuestras manos, pero tenemos que observar a sus otros hijos para comprobar que ellos no están afectados.

Cuando ella señaló a Álvaro, sin perder tiempo lo trasladaron a otra sala para hacerle las correspondientes pruebas. Por petición de Felisa, Piedad se encargó de recoger a Abelarda y Lucas del colegio y llevarlos a la Residencia.

Habían pasado varias horas cuando Manuel y Antoñito fueron conducidos por una enfermera hasta donde se encontraba Felisa. Al ver la mirada de su esposa, Manuel descubrió que lo que fuera era preocupante.

—Es Lucía —le indicó ella abrazándose a él con lágrimas recorriendo sus mejillas—. El médico dice que tiene una meningitis mala.

—No te preocupes. Sea lo que sea la curarán —intentó consolar su congoja—. ¿Dónde está? ¿Puedo verla?

—Hay que esperar —sollozó—. También están mirando a los niños.

Manuel se dirigió a Antoñito.

—¿Qué es eso de la meningitis? Tú has leído mucho y tienes que saberlo.

—No lo sé con seguridad, pero es algo que afecta a las meninges; algo como una capa que protege el sistema nervioso.

—¿Y qué significa eso?

Un médico salió en ese momento y libró a Antoñito de las explicaciones.

—¿Cómo están mis hijos? —lo abordó Manuel.

—Abelarda, Lucas y Álvaro no están afectados, pero Lucía ha entrado en estado de coma. Lo siento.

—¿En coma? ¿Eso qué es? —inquirió Manuel y Felisa se derrumbó.

El médico empleó un léxico coloquial para que le comprendiera.

—Su hija ha contraído una meningitis bacteriana. Consecuentemente a su a su gravedad y al tratamiento que le están administrando, sus funciones cerebrales se han detenido. El equipo médico está haciendo lo que está en sus manos para evitar que empeore y pueda tener alguna lesión neurológica.

Manuel consciente de la gravedad de su hija hizo la pregunta que nunca hubiese querido hacer.

—¿Vivirá?

—Confíen en Dios —fue la respuesta.

Felisa tuvo un desvanecimiento y a no ser porque la contuvo Antoñito, habría dado con sus huesos en el suelo. *In Situ*, el médico la atendió y ordenó a la enfermera que le suministraran un sedante. Manuel estaba bastante afectado, pero intentaba no desfallecer.

—Quiero ver a mi pequeña —suplicó Felisa cuando se recuperó.

—Ahora la trasladarán a otra sala donde estará vigilada constantemente. La verán a través del cristal, pero no pueden estar con ella.

El médico hizo un ademán a la enfermera.

—Vengan conmigo —les instó.

Ver a Lucía en semejante trance era lo peor que les había pasado. Manuel al límite de su resistencia se abrazó a su amigo.

—¡Ay Antoñito que mi Lucía se muere!

—Tranquilo Manuel. Todo se arreglará.

—Si se muere, no sé cómo lo vamos a aguantar —sollozó Felisa.

El dicharachero Antoñito, en ese momento no tenía palabras que pudieran mitigar el dolor que embargaba a sus amigos.

Piedad, superando la conmoción, intentó sin éxito consolar a mi Felisa. Para evitar que los niños sufrieran, se los llevó casi a la fuerza. Agustín, con el rostro empapado, recorría con el dedo el cristal que le separaba de su sobrina, hacía aspavientos y miraba a su hermana y a su cuñado como pidiendo una explicación.

—Chache, Lucía está malita y tiene que estar ahí —intentaba hacerle comprender Manuel.

Pero para Agustín era difícil de entender lo que estaba sucediendo. No comprendía porque cuando agarraba el pomo de la puerta, su cuñado lo retiraba. Al final, Manuel pidió a Antoñito que lo acompañara a casa.

Luego, tras unos largos minutos de espera y de oír conversaciones ajenas, pudo contactar telefónicamente con su hermana. Cuando Gregoria tuvo conocimiento de lo que ocurría casi le da un pasmo. Era bien entrada la tarde, pero quedó con su hermano en avisar a su padre y hermano y que a primera hora de la mañana estarían todos allí.

Esa noche, sin duda, fue la más larga de sus vidas. Felisa y Manuel no abandonaron el pasillo, desde donde observaban a su hija en todo momento. Apenas descansaron en unos incómodos sillones, dieron unos pasos para que no se entumecieran sus piernas y no probaron bocado.

Por la mañana las noticias fueron alarmantes. Otro médico les informó de que el estado de Lucía había empeorado. Les previno para lo peor, argumentando con frialdad que si se recuperaba padecería alguna lesión cerebral; ceguera o sordera. Felisa y Manuel lloraron desconsoladamente. Cuando llegaron Gregoria, Mariano, Anastasio e Indalecio, estaban exhaustos. A todos les apenó la desgracia de la pequeña, pero confiaban que la resolución no fuera como anunciaban los médicos.

—Hijo, mientras hay vida hay esperanza —le dijo Indalecio a Manuel.

—Pero padre mírela. Es tan pequeña y tan frágil...

—Te equivocas hijo, es una Romano. Y nosotros somos fuertes. Tu hija está luchando contra la muerte y los Romano la hemos vencido muchas veces.

Ese día y los posteriores Manuel faltó al trabajo. Antoñito se encargó de poner en antecedentes a Moreno, y él en persona, se presentó en la Residencia para solidarizarse con su empleado y prestarse para lo que pudiera necesitar.

Pero la de Moreno no fue la única visita. Un buen número de navajeros prescindieron de parte de su tiempo para interesarse por la pequeña. Emeterio, bastante afectado, no se separó de su hermana y ambos se vieron arropados por los Romano. Los vecinos Miguel y Piedad, se turnaron para quedarse con Agustín y los niños. Antoñito se pasó al mediodía y al caer la tarde. Todos sin excepción, deseaban la mejoría que desgraciadamente no llegaba.

Gregoria y Mariano sustituyeron a los afligidos padres para que reposaran. Pero Felisa y Manuel apenas se separaron unos metros del pasillo. Fuera de la Residencia, compartiendo el dolor, estaban Indalecio, Anastasio y Emeterio.

Tras otra noche angustiosa, cuando los primeros rayos de sol iluminaban la ciudad, un sacerdote administró a la moribunda la extremaunción y en gracia de Dios murió la pequeña Lucía.

Pequeña, dulce y revoltosa, en esos momentos callada e inerte. Felisa y Manuel creyeron

morir con ella. Indalecio que había sobrevivido a su esposa y a dos hijos de sus hijos, conocía ese dolor tan intenso. Para Gregoria y Mariano era como si hubiesen perdido a un hijo suyo. Emeterio y Anastasio maldijeron la mala fortuna. Antoñito no pudo controlar su rabia y una profunda tristeza se apoderó de todos.

A la pequeña Lucía la trasladaron al domicilio familiar para velarla. El pequeño ataúd blanco custodiado por un gran crucifijo y un par de candelabros con sus cirios, lo colocaron encima de la cama de matrimonio. Enseguida corrió por el barrio la mala noticia y un trasiego de conocidos, vecinos y curiosos pasaron por allí para dar las condolencias a la afligida familia. Muchas lágrimas se derramaron ese interminable día. Piedad, Gregoria y algunas plañideras sentadas alrededor del ataúd, lloraron y rezaron rompiendo el silencio con un religioso murmullo. Felisa y Manuel, al límite de lo que podían aguantar, permanecieron al lado de su hija hasta que la trasladaron al Cementerio. Muchos los acompañaron en ese trance y todos perdieron algo cuando colocaron el último ladrillo en el nicho.

Capítulo 49

La muerte de Lucía hundió a Felisa y Manuel. Incluso para el chache Agustín fue insoportable la pérdida. Él con su inseparable perrita, entraba en el dormitorio y permanecía horas mirando la cuna vacía. En ella acumuló las muñecas de su sobrina y no permitía que nadie las tocara sin quejarse.

Felisa tuvo que quitarle a Piedad de la cabeza la culpabilidad que la pobre mujer se reprochaba.

—Tú no pudiste hacer nada...Dios así lo ha querido —le decía entre sollozos.

Muchas fueron las quejas y los lamentos. Pero al cabo de unos días, todos se enfrentaron a una vida sin Lucía. Indalecio y Anastasio, regresaron a Las Bichas. Gregoria y Mariano, a la Roda y Felisa y Manuel a sus quehaceres.

—Mira que cobrar recibos “de los muertos” y tienes que pagar un entierro —se quejaba Antoñito.

—Mi hermana y mi *cuñao* han *sufragao* los gastos, pero se lo pagaré —aclaró Manuel.

—Si puedo echar una mano, ya sabes.

—Era tan pequeña y ahora está allí tan sola.

—Ese es un trance por el que todos tenemos que pasar.

—Pues yo no quiero que mis restos reposen en un nicho.

Antoñito le dio unas palmaditas en la espalda.

—Aún queda mucho tiempo para que te llegue la hora. Y el sufrimiento se pasa con el tiempo.

Pero la verdad era que la pérdida de su hija había noqueado a Manuel y ese malestar influía en su trabajo. Aunque aparentaba lo contrario, no era tan fuerte como su esposa, que se vistió de luto riguroso y buscó consuelo en sus rezos. Manuel no quería perderse ni un minuto de sus hijos y cuando pensaba en ellos, dejaba lo que estuviera haciendo y corría a su lado.

La relación con su esposa se quedó en punto muerto. Felisa y él casi no hablaban y cuando lo hacían, Lucía ocupaba sus palabras. Dejó de ir a la taberna de la calle Tejares y casi siempre buscaba la soledad.

—El tiempo te enseña a vivir con el dolor de la ausencia, a reprimir las lágrimas y a sufrir para adentro. Sé lo que te digo —insistió Antoñito.

Pero para Manuel todo le era ajeno. No abrió la boca ni cuando Amelia fue a la Estación a darle sus condolencias.

—He venido cuando me he enterado. Lo lamento de verdad. Esa pobre niña.

Él se limitó a apretar los labios y a contener sus lágrimas.

Lo peor vino con el paso del tiempo. Las deudas crecieron y la situación era ya insostenible. A él no parecía afectarle, pero Felisa estaba desesperada. No atisbaba solución a la ruina en la que se habían sumido. Empezó a escasear hasta la comida y empezaron los reproches.

—En la aldea, al menos tendríamos para comer —decía ella.

—Nunca volveremos allí. Si es necesario buscaré en la basura o pediré limosna —replicaba él.

Y esas palabras no fueron en vano. Al mediodía o a la hora de cenar, apenas probaba bocado argumentando que no tenía hambre y su ración la repartía entre sus hijos. Como era de esperar, cayó enfermo y requirió tratamiento, lo que provocó nuevas deudas al no poder pagar al Practicante. Agustín no perdía detalle del ritual del Practicante. Apoyaba la cabeza en sus brazos

y contemplaba como sacaba el instrumental del maletín. Una cajita metálica que contenía una jeringuilla de cristal, las agujas y un pequeño hornillo al que dotaba de alcohol y prendía para hervir la jeringuilla y la aguja.

Todos los sueños de Felisa se derrumbaron. Incluso habló con Antoñito, para que él intentase convencer a su amigo de que así no podían aguantar y que el camino que les quedaba era regresar a Las Bichas. Pero Manuel no atendía a razones y no era consciente de que arrastraba a su familia a un abismo.

El año acabó con un cúmulo de adversidades, no sólo para Felisa y Manuel. Antoñito lamentaba que las pasadas revueltas estudiantiles y las huelgas de obreros en Guipúzcoa y Vizcaya, que habían desembocado en la declaración de estado de excepción, no hubiesen conducido a nada. También lamentaba que el atentado perpetrado contra Franco en Aiete, hubiese acabado una vez más en fiasco, y que Julián Grimau, un compañero del PCE, que fue jefe de la “Checa”^[7] durante la Guerra Civil, estaba entre rejas y tenía que enfrentarse a un Consejo de Guerra y posiblemente al paredón.

Todo eso no importaba a Felisa. Su desesperación era por la asfixia económica que estaba destrozando a su familia. Era la víspera del día de Reyes y no tenía ni un céntimo para comprar un regalo a sus hijos. Esa situación la abocó a hacer algo que acarrearía unas infaustas consecuencias.

Se hallaba limpiando el despacho y cuando retiró la cigarrera, la llave de la caja fuerte cayó al suelo. Miró en derredor y el silencio le indicó que nadie la observaba. Sin saber por qué abrió la caja y divisó en su interior varios fajos de billetes. «Posiblemente don Gustavo ha hecho uno de sus negocios», se dijo. Agarró un fajo y lo depositó en su lugar. Pero al segundo siguiente pensó: «¿Quién se va a enterar si cojo un poco?». La necesidad la tentó y ganó. Agarró unos billetes y nerviosa los ocultó en su escote. Pero no era consciente de que don Gustavo, desde el pasillo, la había visto.

—¿Qué estás haciendo? ¿Ahora me robas? —gritó dándole un susto de muerte.

—No... Yo no he hecho nada —balbució.

Él se acercó a ella.

—¿Desde cuándo me robas? —le preguntó observando la caja todavía abierta.

—Es la primera vez. Se lo juro.

Don Gustavo le metió la mano por debajo del uniforme y sacó los billetes.

—Tres mil pesetas. ¿Qué pensabas hacer con tanto dinero?

Felisa se mantuvo en silencio con la mirada en el suelo.

—Así que la dulce Felisa es una ladrona. Si me lo hubieras pedido, yo te lo habría dado, pero ahora qué crees qué debo hacer. Subir y decirle a mi madre que la mujer que la cuida le roba su dinero o mejor denunciarte a la policía.

Felisa se derrumbó y suplicó.

—Por favor no se lo cuente a su madre ni me denuncie. No lo volveré hacer. Dejaré la casa y no me vera más.

Don Gustavo meditó durante unos instantes y lanzó un órdago.

—Ya sé lo que haré. Ahora mismo voy a llamar al Comisario Argudo y él se encargara de que te metan entre rejas. Así que despídete de ver a tu marido y a tus hijos en una larga temporada —y se dirigió hacia la puerta.

Ella sabía que esas amenazas no eran en vano.

—Por favor no lo haga, se lo suplico —lo detuvo y se puso de rodillas.

Gustavo la miró con ojos de deseo. La agarró por la melena y la apretó contra su bragueta.

—Por favor, no.

Pero don Gustavo no iba a desaprovechar la ocasión que ella misma le había brindado. La tenía donde quería y volvió a amenazarla.

—No volverás a ver a tus hijos.

—No. Eso no. Haré lo que me pida —dijo entre lágrimas.

Don Gustavo, excitado la levantó y le retiró el delantal. Ella cerró los ojos y como una marioneta guiada por él no se resistió. La despojó del uniforme, de la combinación y le arrancó las bragas. Una húmeda lengua recorrió su cuello, sus pezones, a la vez que una mano acariciaba bruscamente su entre pierna. Escuchaba una respiración entrecortada y cuando la penetró creyó morir. Como un animal salvaje la poseyó y ella para contener su repugnancia trasladó sus pensamientos a su marido y sus hijos. Cuando don Gustavo hubo terminado, se subió los pantalones, la cubrió con el uniforme y le arrojó encima los billetes.

—Vístete —le dijo antes de abandonar el despacho.

En ese momento, Felisa no pudo sentirse más sucia e indecente. Había retozado con un hombre al que despreciaba y éste encima le había pagado. Se vistió y fue al cuarto de baño a vomitar. Pasaron muchos minutos hasta que salió y se dirigió al dormitorio de doña Dorita dispuesta a despedirse. Pero don Gustavo le salió al paso.

—Si piensas decirle algo a mi madre, le contaré al Comisario que nos has estado robando. Y mañana te quiero ver con otra cara —señaló acariciando su melena.

De camino a casa, Felisa no podía retirar de su pensamiento lo que había hecho. Es verdad que no había tenido otra opción. Por sus hijos y su marido habría hecho cualquier cosa, pero eso era indigno; ella no era como su hermana Abelarda. Sabía que tenía que ocultárselo a Manuel, porque no lo comprendería y le destrozaría la vida. Una terrible culpabilidad la invadió. «Si le hubiera contado lo que ocurría en casa de los Carrión, esto no habría pasado», se reprochaba, pero ya era demasiado tarde.

En cuanto entró en el patio, escondió el dinero en el chabisque de debajo de las escaleras. Ya pensaría más tarde que hacer con el dinero.

Cuando Manuel llegó, la encontró extraña y se preocupó.

—¿Qué te sucede? Tienes los ojos *hinchaos* de llorar.

—Es que me acuerdo de Lucía —le mintió.

—Yo también la echo de menos.

—Abrázame —le pidió Felisa.

Manuel la acogió entre sus brazos y al segundo se les unieron Agustín y los niños.

Esa noche Felisa no pudo conciliar el sueño. Se levantó varias veces, se encerró en el cuarto de baño, se asomó a la ventana... No quería que Manuel la viera en ese estado.

Durante dos días no vio a don Gustavo. Llevó con ella a su hijo pequeño, pensando que así frenaría un nuevo intento de su jefe. Pero el tercer día, el pequeño estaba con doña Dorita, cuando el dormitorio de don Gustavo se abrió y él le pidió que entrara. Ella permaneció cerca de la puerta e intentó no mirarle a la cara. Él cubierto con una bata se recostó en la cama.

—Desnúdate —le ordenó.

Ella alzó la mirada.

—No por favor. Ya he pagado lo que hice.

Don Gustavo se puso en pie de un salto.

—Ya te diré yo cuando es bastante. Ahora desnúdate.

Felisa obedeció y acabó en la cama con él entre sus piernas.

El temor a ser apresada y que la alejaran de su marido y sus hijos la anuló por completo. Era un títere que don Gustavo utilizó como el que utiliza a una ramera, ya que cuando colmaba sus deseos le daba unos billetes.

Había mentido a su esposo y le costaba mirarle a los ojos. Estaba desesperada y no podía continuar así por más tiempo. Necesitaba huir de don Gustavo, de la persona en la que se había convertido, de todo lo que la atormentaba. Así que se armó de valor y buscó apoyo en doña Dorita.

—Estoy agradecida por como me ha tratado a mí y a mis hijos durante este tiempo, pero tengo que dejar la casa.

—¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre. Juana podrá cuidarla hasta que encuentren a alguien.

—Hace días que estás muy desmejorada, ¿acaso estás enferma o embarazada?

—No es eso. Por favor no me lo ponga más difícil.

—Es por mi hijo. Lo sabía. Yo hablaré con él y...

—No se lo ruego. Él no tiene que saber nada.

—Pero si te vas...

—Dígale que estoy enferma.

—Esto es muy raro, pero no impediré que te vayas.

—Muchas gracias —agradeció besando las manos de la anciana.

Ese día abandonó la casa de los Carrión para no regresar más. Su intención era convencer a su marido, dejar la capital y empezar desde cero. Pero convencerlo no era cosa fácil. Él seguía empeñado en cumplir sus sueños. Sin embargo, volvió a mentirle. No le dijo que había dejado el trabajo, pero le dio un ultimátum.

—Desde que dejamos la aldea hemos ido de mal en peor. Aquí no tenemos futuro y tus sueños nunca se cumplirán. Estoy harta de esperar y ver como nuestras deudas crecen. Nunca te he pedido nada y si de verdad me quieres, regresemos a Las Bichas.

Manuel no esperaba algo así. Meditó y le pidió tiempo. Ella le concedió una semana.

Mientras se cumplía el plazo ella fue saldando las deudas. A cada uno le daba una explicación diferente; al tendero, a la vecina, al practicante...

Tres días más tarde de que mantuvieran la conversación, Manuel fue llamado al despacho de Moreno. El jefe lo recibió con una amplia sonrisa. Le invitó a tomar asiento y le dio un cigarrillo. Tanta atención le intrigó.

—¿Pasa algo Moreno? —inquirió Manuel.

—Quiero que escuches lo que tengo que decirte.

—Yo también quería hablar contigo.

—Luego —le interrumpió Moreno—. Llevo algún tiempo dándole vueltas a un asunto y creo que he encontrado la solución. Hace más de cuarenta años que ejerzo la profesión, veinte en este taller y ya me he ganado un descanso. Si, voy a jubilarme, pero antes quiero dejar las cosas bien atadas. Como sabes no tengo hijos y no quiero que esto caiga en las manos de mis sobrinos. Mi deseo es que lo lleve alguien que ame las navajas, que sea buena persona y que tenga ganas de trabajar. Bueno, pues después de meditarlo meticulosamente, he encontrado a esa persona, siempre que tú quieras hacerte cargo del negocio.

A Manuel le costó asimilar esas palabras.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no tengo dinero para...

—Manuel, no te pido dinero —le interrumpió otra vez—. Si aceptas, podrás llevar el negocio como quieras, y sé que lo harás bien. Tan sólo tendrás que darme un pequeño porcentaje, que más tarde negociaremos.

Manuel no sabía qué decir. Si aceptaba, otros trabajarían para él. Por fin veía cumplidos sus sueños. Pero le surgió una duda.

—¿Cómo se lo tomaran los otros?

—De eso ya me he encargado, ¿aceptas? —le dijo ofreciéndole su mano.

—Aceptó.

Nunca en toda su vida había dado un apretón de manos como ese.

Moreno abrió la puerta del despacho y le cedió el paso a Manuel. En el taller no se oían los ruidos de costumbre. Todos estaban pendientes de lo que sucedía en el interior. El jefe asintió con la cabeza y un sonoro aplauso rompió el silencio. Las dudas sobre como se lo tomarían sus compañeros se disiparon cuando, uno a uno se le fueron acercando para darle la enhorabuena.

—¿Cabrones? ¿Así que todos lo sabíais?

—Me alegro amigo —lo felicitó Antoñito con un fuerte abrazo.

—Mi hermana se sentirá orgullosa. No podía haber elegido un marido mejor —murmuró Emeterio.

Para celebrarlo, ese día cerró el taller y Moreno invitó a todos los empleados a unas botellas de vino y unos pájaros fritos en una taberna cercana. Al mediodía, Manuel, Antoñito y Emeterio, alargaron la celebración en las tascas de la calle Albarderos. En una de ellas se encontraron a don Justo, el casero. Manuel entusiasmado se acercó a él para darle las buenas noticias.

—Me alegro Manuel, ¿ya lo sabe tu padre?

—Todavía no. Estoy deseando contárselo a todos ¡Ah! Ahora voy a ganar en serio, así que pronto le pagaré los dos meses que le adeudamos.

Don Justo arqueó las cejas.

—No me debes nada. Hace unos días que esa deuda la saldo Gustavo Carrión.

Manuel desconocía ese dato y se sorprendió. Con esa intriga se despidió de don Justo y se unió a los otros.

—Voy a casa. Tengo que hablar con Felisa —les dijo.

—Corre. Ya nos contarás que cara pone —le instó su cuñado.

Casi sin despedirse salió de la tasca. Mientras caminaba en su cabeza rondaba lo que le había desvelado don Justo. Iba tan ensimismado que no se percató de que un automóvil se detuvo a su lado.

—¡Navajero!

La voz de don Gustavo le retornó a la realidad.

—Buenas —lo saludó quitándose la gorra.

—¿Se encuentra mejor Felisa? —le preguntó.

—¿Mi esposa? Que yo sepa, no le ocurre nada. Está en su casa.

Don Gustavo comprendió entonces el engaño. Con el gesto contrariado miró a los ojos de Manuel.

—Navajero, ¿te gustan los lunares? Porque a mí sí.

Manuel no comprendió en ese momento a que se refería y tampoco hubo tiempo para explicaciones. Entre carcajadas, don Gustavo aceleró y el automóvil se alejó.

Su cabeza empezó a hervir como una locomotora. No podía referirse al lunar que Felisa tenía en el trasero, porque si no... Aligeró el paso y antes de llegar a su casa, le salió al paso Modesto, el tendero.

—¡Muchacho! ¿Así que os volvéis a la aldea?

—No... bueno... —balbució.

—¡Me cago en lo que está escrito! Ya he metido la pata. Tu esposa me lo contó cuando vino a pagarme, pero pensaba que no era un secreto.

Dejó al tendero con la palabra en la boca y como un volcán en erupción entró en el patio. Subió las escaleras de dos en dos y se encontró a Felisa sentada frente a la máquina de coser. Ella sintió miedo al ver los ojos de su marido inyectados de sangre.

—¿De dónde ha salido el dinero?

Felisa escondió el rostro entre sus manos.

—¿Cómo sabe don Gustavo lo de tu lunar? —le preguntó zarandeándola — Dímelo.

—No es lo que piensas —intentó defenderse ella.

—Así que ha sido él quién te ha *dao* el dinero, ¿qué le has *dao* tú a cambio?

—Yo no... déjame que te lo explique —sollozó.

Manuel estaba fuera de sí.

—¿Cómo has podido caer tan bajo? Eres una mala pécora —masculló a la vez que le propinaba un bofetón.

Ella se acuclilló y él descargó su rabia golpeando la pared con los nudillos. Lanzó un grito desgarrador y corrió hacia la puerta.

—Manuel, no te vayas —musitó Felisa.

Capítulo 50

Al llegar la noche, Felisa consiguió meter en la cama a Lucas y Álvaro, pero Abelarda no quería irse a dormir hasta que no volviera su padre. Afortunadamente, los niños y Agustín no habían contemplado la escena por encontrarse en el Estanque de los Cisnes. A la hora de comer, ella con el rostro afligido y un moretón en su mejilla, mecánicamente les había servido la comida. Luego las horas pasaron y ella no se movió de la puerta esperando que Manuel regresara. Era consciente de que le había hecho daño con la peor de las traiciones. Necesitaba hablar con él, pedirle perdón, contárselo todo. Pero llegó la noche y no apareció.

Ella y su hija permanecieron en la cocina hasta que a la pequeña le venció el sueño y la trasladó a su dormitorio.

Cuando salió el sol y empezó el trasiego en la ciudad, su esposo aún no había regresado y el pánico se apoderó de ella. «¿Y si me ha abandonado para siempre?», se preguntó.

No se podía alterar el pasado, pero no iba a darse por vencida. No sin que antes él la escuchara. Dejó a los niños al cuidado de Piedad, a la que tuvo que decir que su moretón era un golpe que se había dado con una puerta y dirigió sus pasos a la Estación.

—Felisa, ¿qué haces tú aquí? —se extrañó Antoñito — ¿Y ese moretón? ¿No te habrá pegado Manuel?

Salieron de la Estación para alejarse de miradas indiscretas y, sentados en un banco, ella le comunicó que su esposo había desaparecido. Quiso reservarse el motivo, pero reconoció que Manuel la había pegado.

—¡Me cage en dena! —masculló — ¿Se ha vuelto loco o qué? Ahora que empezaban a salirle las cosas bien.

No le quedó más remedio que explicarle a Felisa que Moreno le dejaba el taller a Manuel y que estaba loco de contento. Ella desconocía esa novedad.

—Aunque nadie le ha hecho más daño que yo, quiero a Manuel y necesito que me ayudes a encontrarlo.

Antoñito no comprendía qué les había sucedido para llegar a ese estado.

—Necesito saber qué os ha pasado.

Entre lágrimas y avergonzada, Felisa tuvo que reconocerle que sus temores sobre don Gustavo eran ciertos.

—Me amenazó con alejarme de mis hijos, ¿Qué otra cosa podía hacer?

A Antoñito se le ocurrían mil maneras para no haber llegado a esa situación, pero no quiso hurgar en la herida.

—Ya sabía yo que ese hijo de puta traería problemas —masculló. —Ahora lo más importante es encontrar a Manuel. Ya habrá tiempo de aclararlo todo.

Después de acompañarla, recorrió todos los lugares que solían frecuentar y en ninguno supieron darle algún detalle. Sacó de la cama a Pelayo, el Sereno, y fue a la Plaza Mayor para preguntar a Casimiro. Ellos tampoco lo habían visto. Por la tarde, Emeterio después de visitar a su hermana y sus sobrinos, se sumó a la búsqueda. Al día siguiente, sin que se tuvieran noticias de Manuel, Felisa llamó por teléfono a Gregoria por si sabían algo. A su cuñada le sorprendió la gravedad del enfado, pero se quedó sin saber a qué se debía.

La búsqueda se extendió a Las Bichas y a Tarazona, pero parecía que a Manuel se lo había tragado la tierra. Felisa pensó en recurrir a la policía, sin embargo, renunció a esa posibilidad

porque aparte de que no la tomarían en serio, el Comisario Argudo se enteraría y a su vez don Gustavo, y no quería darle esa satisfacción. Ella y los niños lo echaban de menos, sobre todo Abelarda que no dejaba de preguntar por él.

Todos los intentos de dar con él fueron infructuosos. Ya habían pasado dos días y la situación empezaba a ser preocupante. Felisa temió que su marido hubiera hecho una locura; no eran pocos los que por algo parecido se habían tirado por el Puente de Madera. Antoñito y Emeterio, recorrieron el Hospital, la Casa de Socorro y la Residencia, y ella fue de un lado a otro de la ciudad, con la esperanza de encontrárselo en cualquier callejón. Atravesó el Alto de la Villa aguantando las insinuaciones de algunos que la creían prostituta y la indiferencia de las meretrices.

Desolada regresó a su casa y desde la puerta escuchó unas risas.

—Manuel —gritó.

Pero cuando entró, se encontró a los niños jugando con el chahe. Al no ver a su esposo otra vez se derrumbó. Piedad, al escuchar los llantos, subió para hacerle compañía e intentar consolarla. Para ella estaba claro que Manuel tenía un deslíz.

—Todos los hombres son iguales cuando ven unas faldas.

—Piedad, mi Manuel no se ha ido con ninguna mujer. Sólo hemos tenido un enfado.

—Un enfado ¡Ja! Hija esto es más que un enfado. Cuando se canse de esa lagarta volverá —arguyó la vecina.

Felisa no la contradijo y dejó que continuara con sus consejos de esposa vieja. No le prestaba atención. Su cabeza estaba en otro lado. Pero la vecina no iba mal encaminada.

Acababa de sujetar su media al ligero y se estaba mirando al espejo, cuando escuchó unos insistentes golpes en la puerta de la calle.

—Paquita, ve a ver quién es —pidió Amelia.

Unos segundo más tarde la sirvienta asomó la cabeza por el umbral.

—Será mejor que salga —dijo con cara de circunstancias.

Amelia se cubrió con su bata de tul y salió al pasillo. Al fondo, en la entrada, vislumbró a Manuel con aspecto maltrecho. Hacía días que no se había afeitado y daba la impresión por su ropa arrugada que había dormido con ella puesta. En silencio se mantuvieron las miradas.

—Paquita, puedes irte a casa.

—Pero señora...

—Haz lo que te digo.

Sin que ninguno de los dos prestara en ello, la sirvienta se despojó de la cofia y el delantal y tuvo que encogerse para salir al rellano.

—Si me necesita...

Manuel cerró la puerta tras de sí impidiendo que se escuchara el resto y fue acercándose a Amelia. Cuando llegó a su lado, la agarró del cuello y la besó en la boca.

—Estás borracho —murmuró Amelia intentando apartarse.

Pero él la apretó contra su cuerpo y volvió a besarla.

—Así no Manuel —se quejó Amelia.

Como si no escuchara, la levantó del suelo y a horcajadas la arrinconó contra la pared. Cada segundo y cada beso fue reduciendo la resistencia de Amelia. Las quejas dieron paso a la respiración agitada y a los gemidos. A la vez que aumentaba el frenesí, la ropa de ambos fue desapareciendo y ella gritó de placer cuando la penetró. Al llegar al orgasmo le clavó las uñas en

la espalda, lo agarró del pelo y le besó apasionadamente. Sin despegarse fueron dando tumbos hasta caer en la cama y allí llegaron al clímax como nunca antes había disfrutado ninguno de los dos.

—¿Por qué ahora Manuel? —le preguntó Amelia después de más de dos horas de frenético placer.

—Es lo que siempre has querido, ¿no?

Era la primera vez que la tuteaba.

Amelia, aun entre sus brazos, lo miró a los ojos.

—Te quiero a ti, pero es como si estuvieras en otra parte. ¿Qué pasa con tu esposa?

—No quiero hablar de ella.

Amelia se arrepintió de haber mencionado a Felisa. ¿Qué le importaba a ella? Llevaba lustros esperando ese momento y no quería que nada rompiera esa magia que les envolvía.

No podía creer que hubiera pasado y no dejaba de pensar cómo afrontarlo. Su marido no era problema; él nunca estaba en casa, hacía meses que no compartían lecho y, lo que era mejor, estaba al tanto de que amaba a Manuel. Así que si ella no le importaba que tuviera una querida, a él no tenía por qué importarle que estuviera con Manuel.

Abrazada a él se detuvo el reloj. Ninguno de los dos dijo palabra alguna. Ella aferrada a su cuerpo sin dejar de mirarlo y de mover con el dedo la cruz que le regaló en otro tiempo, y él con la mirada pérdida en algún lugar del infinito. Cuando al fin ella se levantó y cubrió su cuerpo desnudo con la bata transparente, salió de la habitación y al cabo de unos minutos volvió con ropa bajo del brazo.

—Creo que te servirá —le dijo a Manuel depositándola encima de la cama.

El miró la ropa con desagrado.

—Sé lo que estás pensando, pero no es de Arnaud. La compre hace tiempo y nadie la ha estrenado.

Sin añadir nada, Manuel se levantó y se vistió. La camisa, el pantalón, la corbata, el sombrero... incluso los relucientes zapatos, le quedaban que ni hechos a medida. Se miró al espejo.

—Te sienta bien —murmuró ella.

Él hizo un gesto con el sombrero y provocó su sonrisa.

Amelia agarró la ropa sucia y salió de nuevo de la habitación. Cuando retorno llevaba lo necesario para darle un afeitado. Mientras le daba espuma con la brocha y pasaba por su cara la navaja de afeitar, él no dejó de observar la desnudez que traslucía la bata. Cuando Amelia hubo acabado, se sentó sobre él y lo besó apasionadamente: él se dejó llevar.

Mientras en la calle Tejares, Felisa seguía esperando.

Pasó esa noche, dos días y sus correspondientes noches sin que salieran de la casa. En ese tiempo Paquita llevó la compra, cocinó y los dejó solos. Amelia reprimió su curiosidad, cuando en la cocina la interrogó.

—¿Qué va hacer ahora la señora? ¿Se lo va a decir a su marido? No quiero perderme su cara ¿Está segura de lo que hace? Mire que la gente es muy mala...

—Voy a disfrutar. Ya deberías saber que no me importan las habladurías. Desde que tengo memoria lo amo y pase lo que pase lo voy a retener a mi lado —se limitó a responder.

Como era habitual Arnaud no apareció. Ella y Manuel no se separaron durante días, hicieron el amor con frenesí, comieron a la luz de las velas, bebieron buen vino, rieron y Amelia no paró de hablar. Estaba como en una nube. No le importó que él empleara todo el rato monosílabos;

estaba acostumbrada a sus silencios. Pero por fin lo tenía.

Aunque cada uno y por motivos diferentes querían evitarlo, estaba claro que así no podían continuar. Tarde o temprano tenían que hablar de Felisa, Arnaud y de ellos.

Un día, cuando Manuel se despertó, comprobó que estaba sólo en la cama. Se vistió y buscó a Amelia. La encontró fumando en la salita sentada en el triclinio.

—Te has despertado muy temprano.

Ella se giró y con un ademán lo invitó a sentarse a su lado.

—Manuel así no podemos seguir. No he pegado ojo en toda la noche y por más vueltas que le doy, sólo tenemos un camino.

Él la instó con la mirada.

—Vámonos de aquí —le dijo ella agarrándole de la mano.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—¿Que más da! A Madrid, a Valencia. No me importa con tal de estar contigo. Cojamos el primer tren y vivamos nuestra vida.

—No podemos huir. Para ti es fácil, pero yo...

—Tienes mujer e hijos —acabó ella la frase.

Manuel se mantuvo en silencio y ella se apoyó en su hombro.

—Cuando viniste, quise convencerme que sería para siempre. Luego cuando en sueños llamas a Felisa, me he preguntado por qué estás aquí. He sido una ilusa y me he comportado como una adolescente. Durante todos estos años he esperado que vinieras a mí y me dijeras te quiero, ahora sé que eso no sucederá nunca.

—Yo...

Amelia le cubrió la boca con la mano.

—No digas nada, es mejor así.

Amelia lo dejó con sus pensamientos y fue a su dormitorio. Cerró la puerta y se sentó frente al tocador. El espejo reflejó una imagen que no conocía. Estaba llorando y no de rabia por no conseguir a Manuel. Era la primera vez en su vida que no pensaba en ella.

Al cabo de un rato, salió vestida.

—Tengo que hacer algo —le dijo a Manuel—. Te espero dentro de una hora en el Altozano.

Sin esperar respuesta abandonó la casa.

Felisa se estremeció cuando abrió la puerta y contempló a Amelia. Desde que desapareció Manuel había pensado mucho en ella y quiso convencerse que no estaban juntos. Por unos segundos se estuvieron observando en silencio.

—Sé dónde está tu marido —se rompió el tenso momento.

Ahora se enfrentaba a la realidad.

—¿Se encuentra bien? —se atrevió a preguntar Felisa.

—Físicamente sí, pero tiene el corazón roto.

Por un instante Felisa se reprochó el haber empujado a su marido a los brazos de Amelia.

—¿A qué ha venido? ¿A restregarme que está con usted?

—Te equivocas. No me interesa lo que os ha pasado. He intentado retenerlo a mi lado, pero él te quiere.

—¿Dónde está?

—Ven, te llevaré junto a él.

Desde la puerta, Amelia vislumbró tres cabecitas que se asomaban con vergüenza.

—Tenéis unos hijos preciosos —murmuró Amelia.

Felisa dejó a los niños y al chache y fue en pos de Amelia. En la calle subieron al automóvil y en silencio se desplazaron hasta el Altozano. El vehículo se detuvo al llegar al Gran Hotel. Desde el interior, Felisa contempló a su marido sentado en un banco, frente al Ayuntamiento.

Manuel le pareció otra persona. Llevaba un impecable traje negro y un sombrero. Por un momento dudo.

—¿Qué esperas? Ve con él —instó Amelia.

—Gracias por haber cuidado de él —la sorprendió Felisa.

Amelia no dijo nada. La vio cruzar la calle y aproximarse con paso indeciso. Manuel advirtió su presencia, se puso en pie y se quitó el sombrero. Se miraron en silencio y al cabo de un minuto iniciaron el camino hacia su casa. Manuel miró a Amelia y ella lanzó un tímido saludo con la mano. Luego, conscientes de que nunca volverían a estar juntos, se alejaron.

Cuando Manuel y Felisa llegaron a casa, los niños abrazaron a su padre.

—Papi, ¿dónde has estado? —le preguntó Abelarda.

Él no pudo hablar. Se acuclilló y permaneció abrazado a ellos unos minutos.

Ni Felisa ni él hablaron de lo que les había separado esos días. Pero esa sombra les perseguía. No sabían si lo superarían y dejaron que el tiempo decidiera.

Capítulo 51

Al día siguiente Manuel se presentó en el taller. Antoñito y Emeterio le habían cubierto las espaldas y Moreno no reprochó esa ausencia. A partir de ese día acompañó al jefe del taller para aprender los entresijos. Antoñito sintió su falta en la Estación y añoraba los momentos pasados. Ya no se juntaban como antes y cada vez que lo hacían, Manuel se comportaba como un extraño. Antoñito, que sabía por boca de Felisa lo que verdaderamente había sucedido, se ahorró él; «Te lo advertí». Aunque podía haber aprovechado para proferir mil y una maldiciones contra don Gustavo Carrión, no tocaba el tema e intentaba hablar de cualquier cosa para sacarle del estado en el que se había sumido.

—En América hay un líder negro llamado Martín Luther King... En Tenerife se ha derrumbado un edificio y ha habido más de veinte muertos...

Nada de eso importaba a Manuel. Aunque no lo mencionase, para todos era evidente que en su interior se estaba entablando una dura batalla, en la que nadie se aventuraba a predecir el final. La mayoría lo achacaba a que aún no se había repuesto de la pérdida de su hija. Actuaba como un autómatas, había ratos en los que nadie sabía dónde se encontraba, llegaba tarde a casa y apenas hablaba con su esposa... sólo se comportaba como siempre cuando estaba con los niños.

Si bien se auguraban mejoras en cuanto a la situación económica, Felisa se planteó volver a trabajar. Estar tanto tiempo sin hacer nada, la volvía loca. Afortunadamente, desde que en casa de los Carrión servía una joven alocada con aspecto provocativo, don Gustavo dejó de interesarse por ella. Pero nada de eso restaba un ápice de lo que la carcomía por dentro. Se sentía incapaz de reprocharle a su marido los arañazos en su espalda, ni de pedir perdón o hacer algo para que volvieran a ser los mismos. Vivían bajo el mismo techo, pero eran extraños. En ocasiones se sostenían la mirada, como si esperasen que el otro diera el paso definitivo que rompiera esa tensa situación. Por la noche compartían lecho, pero ni se rozaban. Luego, por la mañana, Manuel desaparecía.

Ese día llegó tarde al taller. Moreno se preocupó al ver su semblante y la actitud nerviosa con la que cubría con papel de periódico algo que no distinguió. Pero más le sorprendió cuando rescató de una de las estanterías el fajín de navajero, lo cargó de material y lo ajustó a su cuerpo.

—¿Qué haces? —inquirió.

Manuel se tomó unos segundos antes de responder.

—Hoy es mi cumpleaños y quería despedirme de la Estación y de los otros navajeros, como si fuera uno de ellos.

A Moreno no le pareció una razón muy convincente, pero no se lo impidió y lo dejó marchar.

Otro tanto ocurrió cuando Antoñito lo vio aparecer ataviado de navajero.

—¿Qué... qué diablos haces aquí? —tartamudeó.

Manuel miró el reloj que destacaba en la pared.

—Está a punto de llegar el de Madrid y no quiero perdérmelo —reposó con voz queda.

—¿Me cague en dena! ¿Pero tú no habías dejado esto?

—Será la última vez.

Antoñito detectó algo extraño en los ojos de su amigo.

—¿Te encuentras bien?

Manuel asintió con la cabeza a la vez que le entregaba un paquete envuelto en papel de

periódico.

—Toma amigo. Esto es para Felisa.

—¿Por qué no se lo das tú?

La respuesta quedó sin respuesta y Antoñito desconcertado. Introduciendo el paquete debajo del fajín, lo vio caminar hacia el final del andén y dedujo que querría ocuparse de los vagones de cola, como en los viejos tiempos. Observó que se alejaba más de la cuenta y como encendía un cigarrillo.

Los pitidos empezaron a escucharse cada vez más cerca y el jefe de estación hizo sonar la campana. Los viajeros que esperaban se acercaron al andén con sus maletas. Los navajeros se prepararon para abordar a sus clientes y Antoñito se mantuvo inmóvil sin quitar la vista de su amigo. El tren estaba a punto de llegar y empezó a escucharse el estridente chirrido que provocaban las ruedas al frenar. Manuel arrojó el cigarrillo a la vía y en el mismo instante que la maquina silbaba, avanzó un par de pasos. Su cuerpo fue arrastrado varios metros hasta que fue despedido a las otras vías.

Se escucharon gritos de terror, el jefe de estación corrió, varias personas y el maquinista fueron a ayudar al desafortunado cuando el tren hubo detenido su marcha. Antoñito seguía en el mismo lugar inmóvil intentando recuperarse del shock que le había producido ver a su amigo arrastrado por la máquina.

Cuando por fin llegó a su lado, contempló el cuerpo destrozado y desmembrado. El brillo de sus ojos se tornó opaco y cuando Antoñito se los cerró, exhaló su último aliento.

—¿Por qué amigo? —repitió Antoñito desolado.

En la estación se armó un gran alboroto. La Guardia Civil tuvo que poner orden. Hasta que los viajeros ocuparon sus asientos y acudió la Policía Armada con otro vehículo para trasladar el cadáver, Antoñito no dejó de reprocharse que podría haber evitado que su amigo, se hubiese quitado la vida.

—¿Quién ha visto lo sucedido? —indagó un policía.

Se escucharon varias voces, pero la de Antoñito sobresalió entre todas.

—Yo he visto cómo ha sucedido. Hace un rato que estaba conmigo y parecía que se encontraba mal. Le ha dado algo y se ha caído a la vía —mintió.

—¿Tú lo conoces? —le preguntó el policía.

—Es... era amigo mío.

—Que se retiren los demás —ordenó el otro con vehemencia.

Mientras esperaban al forense y al juez, hicieron unas cuantas preguntas a Antoñito, dónde vivía el muerto, si tenía esposa...

—Pues llevamos buen día —se quejó desdeñosamente uno de los policías—. Este es el segundo fiambre de hoy. Espero que no haya otro antes de que acabemos el turno.

—¿Quién es el otro desdichado? —se interesó Antoñito.

—Era un pez gordo amigo del Comisario. Menuda se ha armado.

Antoñito tuvo que ocultar su asombro.

—¿Cómo se llamaba? —insistió para confirmar una sospecha que de pronto surgió en él.

—Gustavo Carrión —resolvió el policía.

—No lo conocía —aseveró Antoñito.

—Esa gente no se codea con cualquiera —añadió el otro—. Era un vividor y no me extrañaría que alguien al que ha jodido le haya dado puerta.

—¿Cómo ha muerto? —inquirió Antoñito.

—Lo único que se sabe es que lo han acribillado a navajazos.

Antoñito no quiso saber nada más.

—Me cago en la leche. Ahora nos toca lo peor; darle la noticia a la viuda.

—Si me permiten, sería mejor que lo hiera yo.

Ninguno de los policías se opuso. Después de que llegaran más policías y el forense, Antoñito, tras mirar el bulto tapado con unas mantas, subió al vehículo de la policía y se encaminaron a la calle Tejares.

En la puerta de la calle se encontraba Piedad y Agustín con sus tres sobrinos. A la mujer le sorprendió ver llegar a Antoñito en un coche de la policía. Los niños fueron a saludarle y el chahe con su eterna sonrisa le dio unas palmaditas.

—Concédanme unos minutos.

Los policías permanecieron junto al coche, causando expectación en la vecindad.

Felisa se encontraba en la cocina, probando la comida cuando Antoñito entró.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Comes con nosotros? Como hoy es el cumpleaños de Manuel, he hecho un gazpacho que os vais a chupar los dedos.

Antoñito se mantuvo impertérrito intentando afrontar lo que irremediabilmente iba a pasar.

Ella asomó la cabeza por la ventana y contempló en la calle el coche de la policía.

—¿Dónde está Manuel? —inquirió cayéndosele la cuchara.

—Manuel no vendrá a comer —se le escapaban las palabras.

—¿Por qué? ¿Qué hace ahí la policía?

—Ha ocurrido un accidente y Manuel...

—No —gritó ella agarrándose a él.

—Felisa, Manuel no vendrá más. Ha muerto.

Ella negó con la cabeza.

—Tiene que venir. He hecho su comida preferida... es su cumpleaños. Los niños le están esperando para ir al Parque... —dijo moviéndose de un lado a otro de la cocina.

—Felisa, Manuel nos ha dejado... No va a venir.

Al escuchar los gritos y llantos desgarradores, acudieron Agustín, los niños y la vecina. Felisa se abrazó a sus hijos.

—¿Por qué lloras mamá? ¿Dónde está papá? —preguntó Abelarda con su desparpajo.

Felisa no supo cómo explicar a sus niños que su padre había muerto y, que ya no les contaría un cuento por las noches, ni les sentaría más en sus rodillas, ni les llevaría al parque a ver los patos. ¿Cómo se podía explicar algo así?

Un instante más tarde, subieron los policías y después de que Piedad saliera con los niños, se encargaron de añadir los detalles más escabrosos. Con bastante frialdad le informaron que su marido había sido arrastrado por la máquina del tren y que su cuerpo había quedado destrozado.

Pero ella no les escuchaba. Se encontraba pensando cuando unas horas atrás, haciéndose la dormida había visto como Manuel abandonaba la cama y luego a hurtadillas, desde la ventana, lo había visto caminar hacia el final de la calle. No podía creerse que esa había sido la última vez que lo había visto con vida.

Antoñito permaneció con ella en todo momento. No le contó nada de la muerte de don Gustavo ni que Manuel se había quitado la vida voluntariamente y tampoco creyó oportuno entregarle el paquete.

Piedad se encargó de dar la mala noticia a Gregoria y en unas horas todos los Romano se encontraban frente al féretro. Todos estaban notablemente afectados, sobre todo Indalecio que

perdía a su tercer hijo.

Los que aún no sabían que don Gustavo había sido asesinado, se enteraron durante el velatorio. Varios policías de uniforme y otros de paisano dirigidos personalmente por el Comisario Argudo, se personaron en el domicilio para efectuar un registro. No respetaron que el muerto estuviera de cuerpo presente, ni las suplicas de Felisa, don Justo o Indalecio. Los policías registraron la casa sin encontrar lo que buscaban. Al parecer el Comisario había avanzado en sus investigaciones y para él estaba claro que el asesino conocía la casa y que posiblemente llevara días acechando, esperando el momento en el que la sirvienta salió a comprar para entrar por el jardín, acuchillar a don Gustavo y vaciar la caja fuerte.

Cuando el Comisario y sus esbirros abandonaron la casa, la mayoría de afligidos se quejaron de esa falta de respeto, y aparte de Antoñito, a Felisa le quedó claro quién había sido el autor del crimen.

Por la mañana, el párroco de San José, dedicó a Manuel sus palabras y bendiciones. Luego la comitiva se trasladó al Cementerio para dar sepultura a Manuel Romano Cortes. Muchos acompañaron al campesino, paracaidista y navajero en su último viaje. Allí entre oraciones y plegarias se vivieron escenas de dolor y, una que nadie hubiese pensado que ocurriría. Felisa y Amelia se fundieron en un abrazo. Ese día se celebraron dos sepelios; uno en tierra y otro en un suntuoso panteón.

Antes de que echaran la primera palada de tierra y que el sacerdote la bendijera con el hisopo, Antoñito pidió permiso a Felisa para decir unas palabras. Ella asintió y él sacó de uno de los bolsillos un papel arrugado.

—Esto es de un amigo con el que coincidí en la cárcel de Alicante —anunció con voz temblorosa y procedió —«yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano. Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento, a las desalentadas amapolas daré tu corazón por alimento. Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento. Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado... »

En ese punto se detuvo. Las lágrimas le impidieron leer el resto.

Después de que cubrieran el ataúd, los asistentes en un caminar lento, fueron dando las condolencias a la familia. Con la muerte de Manuel, todos habían perdido algo; un esposo, un hijo, un padre, un hermano, un amigo... o como en el caso de Amelia, un sueño.

Felisa no sabía cómo afrontar la vida sin su marido. Se sentía incapaz de superar esa pérdida, pero tenía que sobreponerse al menos por sus hijos. Muchos fueron los que la aconsejaron que dejara Albacete y que volviera a la aldea, pero ella se resistía a alejarse de donde había sido tan feliz y a la vez tan desdichada. Además había algo que le remordía y no había contado a nadie; en su vientre estaba formándose un bebé.

Después de unos días, Antoñito encontró el momento de entregarle el paquete. Los niños estaban con Agustín y Emeterio, y ella estaba sola en la cocina.

—Poco antes de que Manuel muriera, me dio esto para ti.

Felisa agarró el paquete y retiró la envoltura. Con asombro observó la cigarrera que había visto mil veces en casa de los Carrión, donde don Gustavo guardaba la llave de la caja fuerte. La abrió y descubrió dos fajos de billetes, la navaja de Manuel y lo que parecía una carta.

—Será mejor que te deje sola —murmuró Antoñito.

—No. Quédate conmigo.

Antoñito permaneció inmóvil y ella leyó con voz queda.

—«Querida Felisa:

Cuando leas estas líneas yo ya no estaré a tu lado. Ya será inevitable la vuelta atrás. Quizás me taches de cobarde, pero tengo miedo, mucho miedo de dejar de amarte. Por eso quiero que comprendas que yo no puedo vivir con lo que me corroe por dentro.

No quiero que te sientas culpable de nada. Creo que me retorcería en mi tumba si así lo hicieras. Mi muerte es una circunstancia más del infortunio que nos ha perseguido desde que dejamos la aldea y que yo te arrastré a compartir conmigo.

Aún queda en mí el recuerdo de aquella niña a la que le prometí que sería mi esposa y que compartiría mi vida. Siento no haber sido fuerte y no ser la persona que tú merecías. Te agradezco los buenos momentos que hemos compartido y lamento ser el culpable de que nuestros sueños no se cumplieran.

A mis hijos les tendrás que explicar cuando sean mayores muchas cosas. Sé que lo harás con cariño. Diles que les quiero.

Junto a esta carta encontrarás dinero. No es lo que te mereces, pero te ayudará a empezar de nuevo. Esta también mi navaja. Una navaja no puede estar sin un dueño. Tú sabrás bien a quién le corresponde tenerla.

De mis actos de los que yo soy el único responsable ya he empezado a pagar mi condena. Estar sin ti es el peor de los castigos que merezco.

Te quiero, y nunca imagine una vida en la que tú no estuvieras a mi lado. Perdóname por el daño que te he causado. Ahora tengo una cita con lo que todo el mundo intenta evitar y yo voluntariamente busco.

Perdóname.

Manuel».

Cuando acabó de leer la carta, Antoñito y ella estaban llorando. Las palabras de Manuel, lejos de aliviar su dolor lo habían empeorado. Ahora sabía que se había suicidado y por qué.

—Yo he sido la responsable —se reprochó.

—No Felisa. Él fue débil y no pensó en vosotros.

Pero ese sentimiento de culpabilidad la perseguiría el resto de su vida.

—¿Cómo puedes decir eso? Él te apreciaba.

—Lo sé. Pero no valoró lo que tenía. Yo mismo he pensado mil veces en quitarme la vida y mil veces he llegado a la conclusión de que no vale la pena. Es mejor sufrir día a día y pensar que mañana será diferente a no tener mañana.

—Eso ahora ya no tiene remedio.

—Felisa tienes que ser fuerte. Hazlo por tus tres hijos.

Ella acarició su barriga y murmuró:

—Estoy embarazada.

A Antoñito le sorprendió la noticia.

—¿Él lo sabía?

Ella negó con un leve movimiento de cabeza.

Por un momento se le pasó por la cabeza preguntarle quién era el padre. Un hijo era motivo de alegría y algunos matrimonios habían superado un bache con el nacimiento de un nuevo hijo. Sin embargo, que ella no le hubiera mencionado a Manuel era algo casi revelador. No quería pensar lo que ella tendría que soportar si el hijo que llevaba en su vientre era de don Gustavo.

Felisa se recompuso y le ofreció los fajos de billetes.

—Haz con ellos lo que prefieras. Yo no los quiero.

Antoñito se negó a cogerlos.

—Manuel deseaba que fueran para ti. No lo desprecies.

—No puedo aceptarlos. Están manchados de sangre.

—Sangre de un ser vil —replicó Antoñito con vehemencia—, que no merecía vivir. Ese hombre hacía mal a todo ser viviente. Si no hubiera sido Manuel habría sido cualquier otro.

Felisa los guardó, pero se desprendió de la cigarrera. Así la segunda vez que registraron el domicilio, no encontraron nada que implicase a su marido en la muerte de don Gustavo.

Tuvieron que pasar meses y centenares de interrogatorios, para que el Comisario Argudo, sin que descubriera al o a los asesinos de Gustavo Carrión, fuera cesado. Algunas voces se alzaron contra él acusándolo de incompetente. Muchos de sus trapicheos salieron a la luz, pero sus superiores fueron indulgentes con él; lo trasladaron a Melilla.

Lo que sucedió aquel fatídico día en casa de los Carrión sería un enigma, que con el tiempo pasó a engrosar el libro invisible de las leyendas populares. Sólo Felisa y Antoñito tenían una ligera idea de lo ocurrido.

Antoñito siempre que tenía un minuto, acompañaba a Felisa. Con los niños y Agustín a su lado, recordaban a Manuel. Esas reuniones provocaron que las lenguas de doble filo, les adjudicaran un idilio. Pero a ellos poco o nada les importaba.

Seis meses después de la muerte de Manuel, Felisa parió a una niña. Antoñito pensó que ella le resolvería quién era el padre. Y aunque nunca lo mencionó, para el que conoció a don Gustavo no había dudas. Esa fue una ocasión más y, no sería la última, en la que todos los Romano se reunieron.

La inexorable muerte fue cobrando su tributo. Doña Dorita murió un mes más tarde que su hijo. Felisa asistió a su funeral, pero no la acompañó al panteón familiar donde le dieron sepultura. No deseaba permanecer ni un minuto al lado de la tumba del causante de su desdicha. Miguel dejó viuda a Piedad. Sus hijos no estuvieron junto a su padre y él, en sus últimos minutos, se acordó de ellos. Piedad, deambuló hasta su muerte de casa de un hijo a otra. Las vecinas no volvieron a verse.

Felisa nunca volvió a enamorarse ni a compartir su vida con otro hombre, a pesar de que no pocos lo intentaron. Era una mujer bastante atractiva, aunque no hacía nada por resaltar su belleza. Vestía siempre de oscuro y visitaba a diario la tumba del hombre que había llenado su vida. Por lo general prefería estar sola frente a la lápida y siempre se despedía con las mismas palabras.

—Te quiero Manuel.

Epilogo

Por paradójico que parezca, los sueños de Manuel se realizaron tras su muerte. Llegó el anunciado retiro del patriarca de los Romano. Las puertas de Las Bichas se cerraron para siempre y Anastasio e Indalecio se trasladaron a Tarazona. Allí en una casa sin renta, cedida por don Justo, vivieron hasta el final de sus días.

Con el paso del tiempo cambió la fisonomía de Albacete. La vieja Estación fue engullida por las edificaciones modernas y hubo que buscarle otro emplazamiento. La Cárcel desapareció del casco urbano y por paradójico que parezca en su antiguo emplazamiento hay una Comisaría. La calle Tejares fue transformándose año a año. El Estanque de los Cisnes, fue cegado y en su lugar se erigió un Museo. Igual ocurrió con el barrio del Alto de la Villa o el palacete de los Carrión. Actualmente en su lugar hay moles de hormigón, que albergan a muchos habitantes. Los navajeros o mochileros fueron desapareciendo y la ciudad les rindió homenaje levantando un monumento en la Plaza del Altozano. Para satisfacción de Antoñito, se retiraron la Cruz de los Caídos, el monumento a la División Azul y otros símbolos franquistas. Él también vio muchos de sus sueños cumplidos. Después de la muerte de Franco llegó la democracia, la legalización del Partido Comunista de España y las primeras elecciones. Muchos de sus antiguos compañeros de la clandestinidad le sugirieron que se presentase a Diputado, pero él se negó. Aunque tuvo que seguir ocultando su homosexualidad, su lucha por la igualdad y la libertad no cesó. En el año 1983, siendo el alumno de más edad, acabó Magisterio y ese mismo año, sus ojos brillaron como si fuera un adolescente cuando Geer, el pintor holandés, atravesó la frontera para vivir lo que le quedaba de existencia en Albacete, junto a él.

Felisa aportó su granito de arena a ese cambio. Después de superar mil y un obstáculos, montó en la Plaza Mayor un modesto negocio de costura, que con los años tuvo que ampliar y que sirvió para que a sus hijos no les faltara de nada. No pudo compartirlo con Manuel, pero él siempre estuvo presente en sus pensamientos. Otra de las paradojas fue que Amelia y ella se convirtieron en buenas amigas. El mismo motivo que las separó mientras vivió Manuel, las unió tras su muerte. Ninguna de ellas dejó de amarle ni un solo segundo de sus vidas. Entre Rosarios, novenas y recuerdos pasaron el tiempo.

En el año 2014, Abelarda encontró a su madre muerta en la cama con la foto de su boda entre los brazos. Hoy descansa en la misma tumba que su marido.

Y ahora, se preguntarán ustedes dónde encajo yo en esta historia. Mi nombre es Manuel Gignac Aguilar, y sí, soy hijo de Manuel y Amelia. Aunque yo no lo supe hasta que mi madre me regaló la cruz de plata y la navaja que Felisa le había entregado para mí. Mi verdadero padre murió ignorándolo. De la persona que me dio su apellido tengo un vago recuerdo, ya que cuando yo tenía tres años, afortunadamente desapareció de nuestras vidas. Si mi padre amó a mi madre, aunque fuera un minuto, seguirá siendo un enigma. Desde que nací, aunque lo ignoraba, he estado a un instante de mi padre, de mis hermanos y de mi verdadera familia; Felisa y mi madre así lo decidieron. Por eso cuando paseo por la Plaza del Altozano y me detengo frente a la estatua del hombre con gorra, bigote y fajín repleto de navajas, susurró:

—Padre, te echo de menos.

NOTA DEL AUTOR

Esta es una novela de ficción. Aunque ocasionalmente se aluda a determinados lugares, instituciones o hechos históricos, lo escrito es producto de mi imaginación. Los personajes son de ficción y cualquier parecido con alguien vivo o muerto es mera coincidencia. Los escenarios son reales, aunque para el buen curso de la trama, he incluido otros de ficción. Las aldeas Torreparada, Casa Aguilar y Las Bichas no existen, pero en la Mancha hay muchas parecidas en las que me he inspirado.

[1] Noticiero documental propagandístico del Régimen Franquista.

[2] Partido Comunista de España.

[3] Juventudes Socialistas Unificadas.

[4] Sinónimo cariñoso de hermano, utilizado en algunos lugares de la Mancha.

[5] Agua con anís.

[6] Partido Socialista Unificado de Cataluña.

[7] Organización parapolicial republicana, que durante la guerra civil detenía, interrogaba, torturaba y hacía juicios sumarísimos.